

Espectros del pabellón

Editorial Cuenteros, verseros y poetas.

Espectros del pabellón

Sarlo, Alberto

Espectros del pabellón. El hedor de la tortura / Alberto Sarlo

— Guadalajara, Jalisco, México:

editoriales cartoneras, 2021.

242 p.; 21.5 x 14 cm.

Espectros del pabellón

Primera edición, 2021

La Rueda Cartonera

Viento Cartonero

Cartonera Ateneo Tzapotlatena

Cartonera Publishing

Ediciones Tierra Culta

Ediciones del Varrio Xino

Editorial Sin Fe

El Viejo Cartonero

La Fragata Negra

La Biznaga Cartonera

Mexihca Cartonera

Pato con Cantlas

Sonrisas Cartonera

Soy Arte Cartonera

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons. Atribución 4.0 internacional.



ruedaviento@gmail.com
elvientocartonero@hotmail.com

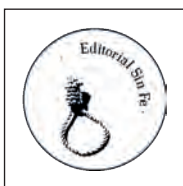
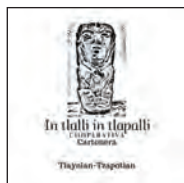
Impreso en México

Esta impresión fue realizada por la Comisión por la Memoria en el marco del trabajo realizado con la Editorial *Cartonera Cuenteros, verseros y poetas*

Espectros del pabellón

El hedor de la tortura

Por Alberto Sarlo



Agradecimiento especial
de las editoriales cartoneras mexicanas
a Alberto Sarlo,
por facilitar la difusión de esta obra.

A la editorial *Cuenteros, verseros y poetas*,
así como a los internos que han participado en los talleres.

Para Juana, Lara y Marina

*Para mis amigos del Pabellón N° 4
(los que están y los que ya no están)*

El pensamiento no se ve ni se toca, pero pesa.

RODOLFO KUSCH

Enseñar no es transferir conocimiento, sino crear las posibilidades para su propia producción o construcción... Los oprimidos han de ser el ejemplo de sí mismos, en la lucha por su redención.

PAULO FREIRE

En lugar de cantar el advenimiento del ideal de la democracia liberal y del mercado capitalista en la euforia del fin de la historia, en lugar de celebrar el fin de las ideologías y el fin los grandes discursos emancipatorios, no seamos negligentes jamás con esta evidencia macroscópica hecha de innumerables sufrimientos singulares. Ningún progreso nos permite olvidar jamás, en cifras absolutas, que jamás tantos hombres, mujeres y niños han sido esclavizados, han estado hambrientos y han sido exterminados.

JACQUES DERRIDA

Somos los reproductores fracasados de la tierra, los cuerpos imposibles de rentabilizar para la economía del conocimiento.

PAUL B. PRECIADO

Prólogo

LA DOCENCIA Y EL TERRITORIO

Enseñar filosofía, literatura y boxeo en una cárcel no es tan difícil. Alfabetizar y coordinar que analfabetos funcionales escriban centenares de cuentos y poesías tampoco. Publicar más de veintiocho mil libros que se regalaron en el conurbano, mucho menos. Organizar cinco concursos nacionales carcelarios y hacerlo en forma autogestiva sin aceptar donaciones de ninguna persona física, ni jurídica, es sencillo si estás dispuesto a sacrificarte patrimonialmente. Lo difícil no está en enseñar, ni en dar, porque estas son acciones individuales y, como tales, dependen de la constancia de una única voluntad. Lo arduo, lo complejo, lo peligroso, es hacer territorio, hacer comunidad. Este último camino es el que elegí, el que disfruto y el que padezco.

No es lo mismo hacer comunidad que enseñar. Hay muchos docentes que enseñan en cárceles. Son muy pocos, poquísimos, los que hacen territorio. Porque hacer territorio es defender a tus alumnos, a tu tropa. Hacer territorio es pelearte por los tuyos. Si tu gente está expuesta y se juega por tus convicciones, entonces vos tenés que estar a la altura del desafío. A mí, los guardias del Servicio Penitenciario Bonaerense (SPB de acá en adelante), los directores de unidad o los ministros de justicia podrán amenazarme, desgastarme y minarme el espíritu. Pero a mis alumnos, que son mis compañeros, los matan. En once años a mí me mataron catorce. Por eso los que hacemos territorio nos jugamos por ellos. Por eso a partir de ahora usaré indistintamente la palabra “centro de tortura” para referirme a las cárceles, porque la batalla debe nacer primero en el lenguaje, si quiere ser efectiva en el territorio. Efectivamente las cárceles bonaerenses son centros de tortura contruidos hace más de un siglo (con un siglo me quedo corto, la cárcel

de Mercedes que al día de hoy alberga algo más de 1400 presos, fue construida en 1876, la de San Nicolás que alberga más de 800 presos se inauguró en 1863 y así puedo seguir nombrando). La capacidad carcelaria bonaerense no permite más de 25 mil internos, pero a principios de 2020 tenemos más de 52 mil detenidos.

Destruyamos mitos con datos oficiales: Las cárceles bonaerenses no son puertas giratorias, son agujeros negros donde entran todos aquellos que cumplan la condición de ser pobres. Datos estadísticos oficiales de la Procuración Penitenciaria de la Nación: El promedio mundial de prisionalización es de 144 presos cada 100 mil habitantes (otros estudios hablan de 166 cada 100 mil habitantes), en Provincia de Buenos Aires el promedio al año 2020 es de 320 presos cada 100 mil habitantes, mucho más que el doble de lo establecido en el mundo. Según la misma fuente, más del 60 % de los presos son procesados, o sea NO tienen condena firme. **Esas personas son inocentes según el artículo 18 de la Constitución Nacional**, pese a ello pueden pasar más de siete, ocho, nueve años o más con prisión preventiva para luego ser liberados por inocencia o por haber estado más tiempo presos que lo que dictamina la sentencia definitiva.

Otro mito a destruir es que en Argentina tenemos poca presencia policial en la calle. Esa falsedad se desmorona de leer el informe de la ONU que recomienda 300 policías por cada 100 mil habitantes, siendo que en Argentina poseemos 800 policías por habitante. Si a la excesiva presencia policial en Argentina que excede por cinco las recomendaciones internacionales, sumamos otra estadística tenebrosa que informa que el 90 % de los presos fueron detenidos en flagrancia (o sea en presencia directa de la policía bonaerense, sin investigación previa, ni orden judicial), entonces podemos concluir que la Policía Bonaerense es la mejor policía del mundo, o que nuestro Poder Judicial es el más patético, corrupto y negligente del universo. Humildemente me inclino por la segunda opción. Odio los conceptos binarios, pero la ironía descarnada y sincera es una buena manera de que algunas personas despierten de su tibieza intelectual.

Luego de haber recorrido más de 25 unidades penitenciarias provinciales y federales de Argentina y Uruguay, de haber dado clases y charlas en muchos de esos establecimientos, y de haber construido territorio por más de una década en un pabellón de

“población” de un centro de tortura de máxima seguridad, puedo decir que no tengo ni certeza ni parámetro objetivo alguno para afirmar que en nuestras cárceles haya delincuentes. Lo que sí puedo aseverar con contundencia es que a la cárcel sólo mandan a los pobres. En diez años jamás tuve un solo alumno de clase alta, media o media baja. Los más de mil alumnos que pasaron por mi pabellón eran pobres o indigentes. Son los marginales marginados, son el descarte del sistema. Las cárceles de la nación serán sanas y limpias, para seguridad y no para castigo de los reos detenidos en ellas, reza la Constitución Nacional, pero según el informe anual 2019 del Comité por la Tortura y Procuración Penitenciaria, **mueren tres presos por semana, siendo que la tasa de asesinatos es ocho veces más alta en las prisiones que en libertad y la de suicidios (o suicidados, quien sabe), es cuatro veces superior.** Ese es el famoso genocidio por goteo.

Por eso no es lo mismo ser docente que hacer territorio. No hago juicio de valor sobre ninguna de las dos actividades, simplemente me detengo a diferenciarlas. Ser docente implica enseñar los contenidos de la currícula en el área de educación de la cárcel — ámbito horrible, pero que posee al menos presencia de guardias y normas urbanas de acuerdo a la representación estatal disciplinaria—. Conozco excelentes docentes que llenan de amor sus clases y han ayudado a muchísimos presos. Muchos de ellos, enseñando en el área protegida del sector de educación, con su presencia y su sapiencia, han logrado despertar algo en el interior de sus educandos. Eso es genial y admirable, pero es distinto a hacer territorio.

Cuando uno hace territorio primero se debe interactuar en el espacio físico del sufrido, el pabellón. Esto es así porque a diferencia del hacinamiento en que se sobrevive en los pabellones, el área de educación es un ámbito edulcorado e inaccesible para la gran mayoría de los presos. El cupo para ingresar a Educación es muy limitado, por cuestiones de espacio y presupuesto sólo el 15 o 20 % de los presos de una cárcel puede acceder, por ende, educarse es un privilegio y como tal, caldo de cultivo para extorsiones propias de un centro de tortura. Hacer territorio, además de educar, es negociar, discutir y pelearse con los verdugos del poder judicial. Hacer territorio, o sea comunidad, es cagarte en la currícula, en los exámenes y en los contenidos y combatir al sistema. Para combatir al sistema hay que tolerar que te manden mensajes amenazantes,

que te rayen el auto y que te desinflen las ruedas. Ser docente territorial implica ser amenazado por la máxima autoridad penitenciaria y también encerrarte en un cuartito de tres por tres con cuatro guardiacárceles y mandarlos a los cuatro a la reverendísima concha de la lora. Lo que cuento no es retórico, son cosas que me pasaron en estos más de once años de militancia y que ustedes leerán en los próximos capítulos. Hacer territorio, hacer comunidad, también es tener la templanza suficiente para NO abandonar tu proyecto. Si entrás a un centro de tortura lo haces para quedarte varios años, sino traicionás a los eternamente traicionados. Muchas veces me he planteado seriamente renunciar y terminar con tanto ninguneo y humillación. En esos momentos de duda, en los muchos períodos de dolor e incertidumbre, opté por seguir aguantando porque sabía que había un grupo humano que resistía gracias a mi presencia. Me quedé y me quedo por ellos. Mientras haya cordura, habrá proyecto. Porque la sensatez es el último bastión que nos queda a los burguesitos que entramos al infierno. Hacer territorio atenta contra la razón. Por eso somos pocos.

Un centro de tortura es una de las tantas sucursales del infierno en la tierra. Yo no creo ni en la vida eterna, ni en el paraíso, ni en el infierno, pero sí creo en la perniciosa efectividad de operadores terrenales del franchising bíblico en las cárceles. La franquicia de la vida eterna subyuga a los seres finitos, pero la comercialización de servicios infernales es la maquinaria que renueva y mantiene la concurrencia de nuevos franquiciantes. La cárcel es uno de los tantos servicios infernales con locación mundana. Quienes queremos cambiar algo de esta realidad aterradora tenemos que estar dispuestos a combatir en infiernos. La clave es saber entrar y salir de esas sucursales infernales sin quemarnos, porque si te quemás, sos parte del problema. Si el fuego disciplinador te consume, te transformás en un escéptico y la cárcel está llena de progresistas escépticos. Son los peores. Yo todavía puedo entrar y salir de los centros de tortura sin haberme quemado demasiado, pero tengo que reconocer que ando un poco chamuscado. Cuando uno empieza a quemarse, comienza a cometer errores como los que yo he cometido: insulta a todos sus compañeros de pabellón en medio de una reunión; se encierra con cuatro amigos en una celda del pabellón y los invita a pelear arrojándoles guantes de boxeo; destroza un mate de cuerno vacuno contra una reja en medio de una discu-

sión grupal y puedo seguir citando más ejemplos de todo lo que un docente no debe hacer en una cárcel. Un preso, sometido a tortura constante en un ámbito ignominioso, comete errores o cae en tentaciones que perjudican al grupo. Muchas veces algunos compañeros me han traicionado, nos han traicionado. Las traiciones en centros de tortura terminan en muertes. Casi todos me pidieron perdón, aun cuando muchos de ellos debieran abandonar nuestra Editorial. A todos perdoné, aún a los que nunca se disculparon.

En casi doce años de docencia carcelaria he insultado a varios compañeros muchas veces. Nunca, nunca, nunca, ningún compañero de pabellón me devolvió el insulto. Jamás un preso, un chorro, un asesino, un bastardo, un negro, un nadie, me faltó el respeto. Jamás pasó pese a que me lo merecía. Esa es una lección para todos los que desconocen las cosas que ocurren en el mundo de la cárcel. Una lección para quienes de la cárcel sólo conocen la versión hollywoodense que circula en películas o series de televisión argentina dirigidas por directores progres, palermitanos, modernos y carentes por completo de conciencia social. No se debe insultar a alguien que nació insultado. Yo lo hice. Lo hice porque estaba abrumado en medio del infierno. Lo hice y no tengo excusas. Ellos me entendieron. Ellos fueron los docentes. Esos graves errores pueden terminar mal, muy mal. Son los errores que cometemos los que perdimos cierta protección a las llamas. Soy consciente que mi tiempo como docente ignífugo en territorio sulfúrico se va a acortando. El paraíso podrá ser eterno, la cordura no.

En mayo de 2010 comencé a enseñar literatura en la Unidad de Máxima Seguridad 23 de Florencio Varela como parte de un proyecto que yo mismo presenté en el Ministerio de Justicia de la Provincia de Buenos Aires. Decidí enseñar "ad honorem" literatura con la finalidad de fundar una editorial cartonera. La literatura y la editorial eran una excusa para fomentar la lectura. Escribir era la excusa para que lean. Para que leamos. Tenía que hacer algo y ese algo no podía estar vinculado con mi carrera de abogado. La crisis del 2001 me había enseñado que el Derecho para lo único que sirve es para profundizar las desigualdades. No hay capitalismo sin leyes que lo protejan. No hay mercado sin leyes que desregulen las trabas de su expansión. El capitalismo es una estructura económica basada en leyes, leyes defendidas por abogados, abogados que pueden trabajar como lo hago yo, en la profesión liberal,

o que pueden pasarse al Estado y hacerlo como jueces, fiscales o defensores públicos, pero siempre deben haberse recibido de abogados. Abogados que aplican la ley de los justos, justos que defienden un conjunto de normas que dan vida al sistema social, económico, demográfico, cultural e ideológico que se necesita para que una sociedad desarrollada funcione por medio del mercado y la propiedad privada. En ese sistema defendido por abogados, están incluidas las empresas, los estados nacionales y provinciales, los bancos, las financieras, las bandas criminales del conurbano y las mega bandas criminales de Wall Street. El neoliberalismo es una de las distintas facetas del capitalismo que aboga por la ausencia de controles de mercados: nos dice que la ruta óptima hacia la prosperidad pasa por que los individuos persigan su propio interés particular, y que el mercado es la única vía de expresión de ese interés propio. Nos dice también que el Estado debe ser mínimo (reducido a fuerzas policiales de choque urbano y de vigilancia interna), que la especulación financiera es positiva, que la desigualdad es un hecho natural que promueve la perspicacia para encontrar nuevos negocios en las crisis y que nuestra humanidad no es ni más ni menos, que un escenario de supervivencia del más apto, al mejor estilo darwinista. Los neoliberales leyeron muy mal a Darwin o lo que es peor, inventaron una lectura.

Por eso alfabetizamos en el Pabellón 4. Nuestros propios compañeros más avanzados enseñan a los compañeros recién ingresados a leer y a escribir. Es necesario que el analfabeto lea. Leer para resistir. Leer para tener una mínima posibilidad de defensa frente a una sociedad enferma de capitalismo. Haber vivido la nefasta década noventa en el sur de Sudamérica y haber sido testigo de los estragos del neoliberalismo, me marcó, y esa marca me llevó al compromiso social. Quería y quiero que gente que no tuvo la oportunidad de conocer el placer de la lectura, pueda leer y que tenga herramientas para comprender la profundidad de dicha lectura. Una simple reivindicación de derechos. Sólo eso busco.

Pero en mayo de 2010 no tenía la más remota idea de lo que era una cárcel, ni lo que era la literatura, ni lo que era enseñar, ni mucho menos lo que era una editorial. Tampoco se me cruzó por la cabeza que terminaría dando clases de boxeo y de filosofía en un centro de torturas, ni que regalaríamos más de 28 mil libros en cárceles, villas, universidades y comedores sin aceptar dinero de

ninguna persona ni de ninguna institución. Pero lo que menos me imaginaba es que iba a terminar de hacer todas esas cosas juntas dentro de un pabellón de “población” de una Unidad de Máxima Seguridad. No podía imaginármelo porque en 2010 no dejaba de ser un abogado especialista en seguros que nunca había practicado derecho penal, que nunca había sido docente y cuyo único antecedente literario era haber publicado una novela mediocre en una editorial cartonera. Ese antecedente, sumado a la voluntad de hacer algo para pelearme con mi sociedad, eran el único combustible que alimentaban la pasión por intentar cambiar, aunque sea un poquitito, la realidad en la que me tocó vivir.

Ya lo he dicho mil veces, pero me veo forzado a decirlo una vez más: en la Argentina (y en casi todo el mundo), las cárceles son manejadas, gestionadas y administradas por los propios presos. La connivencia del poder judicial, los poderes políticos y el SPB con la venta ilegal de drogas, celulares, alimentos, medicamentos y sexo dentro de las penitenciarías permite un “status quo” mínimamente pacífico, pese a las tres muertes de detenidos que ocurren por semana. Ese pacto entre los poderes fácticos y los presos se hizo mucho más fuerte con el nacimiento del “antichorismo”. En la década de los noventa, a partir de la fuerte presencia del paco y otras drogas, en las villas y en las cárceles, el SPB logró controlar los grandes motines gracias a un cambio de paradigma en la sociedad marginal. Ese cambio de paradigma fue el “antichorismo”, fenómeno sociológico que se dio en los años noventa y comenzó muy fuerte en la Unidad 1 de Olmos. El antichorro es el chorro que no respeta ninguno de los viejos códigos de los chorros, el chorro que no respeta ni mujeres ni niños, que le roba al chorro pobre, que ataca con facas al chorro respetado, el que combate en medio de reuniones familiares, el que se caga en la solidaridad tumbera, el que transa con la gorra, en definitiva, el chorro que no respeta nada ni nadie y que se golpea el pecho orgulloso por eso. De Olmos, el antichorismo se propagó a todos los centros de tortura, y al día de hoy se hizo ley en todas las cárceles bonaerenses. El antichorismo se fomentó desde el SPB con millonarios negociados que se generan en los ámbitos penitenciarios de los cuales también se benefician muchos de los aristocráticos miembros del Poder Judicial. El hecho de que los tres muertos semanales en centros de tortura estatales sean marginales, sean negros, sean chorros, explica el porqué

de que el periodismo —institución reaccionaria y conservadora como pocas—, y la sociedad toda, acepte este genocidio por goteo. Somos racistas, pero no nos gusta que nos reprochen nuestro racismo. Somos cómplices por omisión y muchas veces por acción. Esta connivencia social, este pacto silencioso con la muerte de los “nadies”, que genera una economía millonaria y furtiva, es lo que permite que no haya grandes motines en los centros de tortura, ya que al haberse asociado el Estado con los presos en estas actividades (droga, ingreso de prostitutas, facilidades para que los presos salgan a robar y regresen al pabellón luego del atraco, etc.), son los propios presos “asociados” los que reprimen la voluntad de amotinarse en gran escala. El antichorrismo ha generado una nueva clase social dentro de los marginales. Hay una nueva burguesía antichorra, hay nuevas gerencias y subgerencias marginales que administran muerte dentro de los hacinados patíbulos que nuestra sociedad llama cárceles.

Todo esto que cuento lo aprendí a los golpes luego de años de hacer territorio. Nada de eso sabía en mayo de 2010 cuando empecé mis clases. Tampoco sabía que los pabellones de “población” son los pabellones para los chorros más violentos e incorregibles del sistema, y el hecho que un civil ingrese dentro de un pabellón de ese tipo en una de las unidades del Complejo Florencio Varela era poco menos que un acto suicida. El Complejo Florencio Varela es un conjunto de seis cárceles creadas a fines de los noventa con capacidad edilicia para 450 presos cada una, pero que en la actualidad alojan un promedio de 1500 detenidos por unidad. El Complejo Varela está compuesto por las Unidades 23, 24, 31, 32, 42 y 54, separadas por menos de doscientos metros cada una. Las conozco bien a todas. Son un ejemplo carcelario de lo peor y lo más insalubre del país. En el Complejo Varela se baten récords de suicidios y muertes violentas. Enseñando en esa academia de la tortura, aprendí que nadie entra a un pabellón de “población” si no lo hace custodiado por guardia armada. Esos pabellones se autogobiernan, el Estado no entra allí, el servicio penitenciario sólo lo hace armado para engomar (encerrar en la celda) o para requisar.

Mi ingreso al pabellón de población 4 no fue un acto suicida, como decían los penitenciaros, ni mucho menos. Yo jamás lo viví como acto suicida porque la comunidad del pabellón 4 me hospedó en su casa. Ellos fueron los que me invitaron a mediados de

2010 a ingresar al pabellón. El director de la Unidad se opuso ferientemente. Me iban a matar, me decía. Yo le decía que no, que tenía muy claro que nadie me iba a matar, que eran ellos los que me invitaban a dar clases a su pabellón. Insistí diciendo que cada vez que mis alumnos salían del pabellón 4 y se dirigían al área de educación, tenían que caminar esos doscientos cincuenta metros insultados por los propios guardiacárceles que los iban escoltando, acusados de putos que hacían poesía. La mitad de mis alumnos eran castigados por las reacciones a esos insultos, todo lo cual hacía inviable el ejercicio de la docencia. Argumenté frente al director, que, si el problema en la cárcel es el autogobierno de los pabellones, pues entonces es dentro del pabellón en donde se debe poner el cuerpo. Mal puedo enseñar en un aula protegida a Sócrates, Foucault o Hegel a un alumno que cuando regresa del área de educación debe dormir con una faca bajo su almohada para no ser robado, golpeado o violado por sus propios compañeros de pabellón. El director insistió que no había antecedentes ni permiso para acceder a mi petición. Yo insistí diciendo que la única manera de continuar el proyecto era dentro del pabellón. El área de educación penitenciaria era una farsa (lo sigue siendo). Si no ingresaba al pabellón no podría continuar dando clases, afirmé. La verdad es que al director de la unidad, mi proyecto le sumaba puntos. Tener una editorial cartonera en una cárcel famosa por la represión y la muerte le permitía que el periodismo lo colocara en una postura progresista que claramente no tenía.

Ante mis argumentos, la máxima autoridad de la unidad me pidió que lo acompañara a hablar con los presos. Salimos de su oficina e ingresamos al área de máxima seguridad del penal. Fuimos los dos solos hasta la puerta del pabellón 4. Sin que se abra el candado, reja de por medio, el director convocó a los “limpieza” —limpieza: presos encargados de llevar la ley y el orden dentro de cada pabellón—, y les preguntó si era cierto que ellos me habían invitado a dar clases allí dentro. Entre esos *limpieza*, estaba el que hoy es uno de mis mejores amigos, Carlos Alberto Miranda Mena (en adelante Carlos Mena, o el Kongo), uno de los promotores de mi ingreso. También estaba Ángel, otro amigo mío que al día de hoy es el encargado de entrenar los boxeadores del pabellón junto con otro ex alumno, Brian Calla. Ellos contestaron que sí, que ellos me habían invitado porque el trayecto hacia el área de educación

era un territorio cargado de emboscadas. El director fue preciso, tajante y contundente: A él no le gustaba nada esta invitación, pero la aceptaba bajo la expresa responsabilidad de los *limpieza* y del resto de los presos del pabellón. Ellos serían los custodios de mi seguridad, porque a él le chupaba un huevo si me mataban o me comían con guiso (esa frase la recuerdo porque todos nos reímos, aunque el director no se rio en ningún momento), a él, lo único que le importaba era su jubilación y si a mí me tocaban una pestaña, él se quedaba sin jubilación porque los diarios y la radio lo iban a crucificar si en su unidad mataban o lastimaban a un abogado que ejercía docencia. Si él veía peligrar su jubilación, daba su palabra de honor que iba a romper el pabellón trasladando a todos los presos a otras unidades. Él podría perder plata, pero antes de eso se encargaría personalmente de mandarlos a todos ellos al *campo* por el resto de sus días (“campo” son las cárceles del interior de la provincia a cientos de kilómetros de los familiares de los presos) ¿Ustedes se comprometen a que nadie le toca una pestaña a Sarlo? Preguntó alzando la voz. “A Sarlo nadie lo toca, don”, contestaron muy relajados mis alumnos. Se dieron la mano e ingresé al pabellón 4.

Los pibes cumplieron. A Sarlo nadie lo tocó. Al día de hoy le agradezco a ese director. Lo digo muy en serio, porque con mi ingreso estaba violando muchas, muchísimas normas de seguridad, pero a la vez, estaba gestando un antecedente, y yo me sentí con la obligación moral de transformar ese antecedente en símbolo (de alguna manera es lo que vengo haciendo desde hace diez años). De hecho, cuando al poco tiempo en un engome el jefe del penal rompió mis primeras computadoras (la primera de una decena de computadoras que el SPB tendría la amabilidad de romperme en forma periódica), el director salió a defenderme exponiéndose a una interna penitenciaria. No voy a dar públicamente su nombre para no exponerlo frente a sus colegas. Gracias a él, a su franqueza lindante con la locura y, sobre todo, gracias al apego a su jubilación, conocí otra faceta del mundo en el que vivimos. Recién allí me di cuenta lo que era ser docente territorial.

Cuenteros, verseros y poetas es el resultado de la fuerza de voluntad y coraje de miles de alumnos, amigos y compañeros que circularon en un pabellón con 26 camas en donde alojamos a 56 escritores presos. Las penurias que pasamos las soporté gracias al inquebrantable apoyo de Marina y de mis hijas Juana y Lara. Por

ellas todo, sin ellas nada. También quisiera agradecer a otros compañeros de viaje. Desde mediados del 2016 el coordinador principal del pabellón es mi amigo Francisco Bus Soto quien lleva la pesada carga cotidiana, ayudado por mis amigos Jorge Rivas, Ángel Araujo, Marcos Utchurburu, Nicolás Almeida, Gabriel Sánchez, Juan Manuel Pantano y Cristian “Largo” Genez. Por fuera de la cárcel la editorial la integramos tres amigos: Brian Calla, Carlos Mena y yo. A Brian lo conocí como alumno en el pabellón 4 y hoy en libertad enseña conmigo clases de boxeo en La Plata y en varios centros penitenciarios.

Con Carlos, nos une un lazo de amistad muy fuerte. El empezó a ser alumno el mismo día que yo empecé a ser docente, un día miércoles 5 de Mayo de 2010. Carlos, que a esa fecha era analfabeto funcional, se presentó a mis clases con la idea secreta de fugarse de la cárcel. Era un preso duro y mal llevado. Las primeras clases chocamos y discutimos fuerte. A Carlos no le gustaba perder ninguna discusión, pero mis argumentos lo dejaban indefenso. Decidió entrenarse para vencerme en nuestras batallas dialécticas. Retomó la primaria y comenzó a leer todo el material que llevaba a mis clases: Horacio Quiroga, Emilio Salgari, Jack London, María Elena Walsh, Julio Cortázar, etc. Estoy seguro que empezó a leer libros sólo para no perder discusiones conmigo. A los pocos meses de alfabetizarse pudo comenzar a leer y a comprender infinidad de obras de literatura, filosofía y teatro. Le picó el amor por la lectura y, su fuerza argumentativa, mejoró sustancialmente, hecho que yo le reconocía públicamente para alentarle a que siga leyendo. Pasó de alumno a docente, y yo de docente a alumno. Pero el guacho seguía con ganas de fugarse, y planeó hacerlo cuando fuimos a donar unos libros a un comedor en una villa de Florencio Varela. El libro en cuestión era el primero que editamos y se llamaba *Antología de cuentos infantiles 1*. Obviamente que yo no sabía nada de su plan de fuga. Era nuestra primera salida de índole cultural y de haberse efectuado, con la evasión no sólo hubiese sido el final de mi proyecto, sino que seguramente me hubiesen imputado en una causa penal. Viajamos custodiados por infinidad de guardias armados cosa que no hubiese detenido al “Kongo”, quien ya tenía gente amiga apostada cerca del comedor. Lo que lo detuvo, lo que hizo que su plan y su vida se modificaran por completo, fue la voz de un niño de la villa. El niño era un pibito desnutrido, parlanchín y con

el rostro desfigurado por una cicatriz que le había hecho perder por completo el sentido de la visión. Presentamos los libros en el comedor y luego de las palabras de ocasión, el chiquito, guiado por uno de sus amiguitos, tomó a Carlos de la mano y le preguntó si él era uno de los escritores. Carlos conmovido por haber sido llamado “escritor” dudó en la respuesta, pero finalmente contestó afirmativamente. “Entonces léeme tu cuento” exigió descaradamente el pibe, entregándole uno de nuestros libros cartoneros que tenía en la otra mano. Carlos emocionado le leyó su cuento. Recuerdo perfectamente el día y los hechos porque yo estaba al lado suyo. Lo que yo no sabía era que el muy turro estaba a punto de fugarse y menos sabía que, en el preciso momento en que Carlos comenzó a leerle al niño ciego, su plan de fuga se desvanecía. Carlos pudo haberse fugado, pero no lo hizo. No se fugó porque supo en ese momento que él era un escritor y que la escritura le cambiaría la vida (nos cambiaría la vida). Cuando años más tarde Carlos me contó lo cerca que estuvo de fugarse, me emocioné y me reí mucho. Si se hubiese fugado, pese al dolor y al enorme daño que me hubiese ocasionado, lo hubiese perdonado. Carlos me enseñó mucho del tortuoso mundo tumbero arriesgando su vida en más de una oportunidad por defender la editorial. Nunca se rindió, nunca transó y nunca entregó el pabellón. Por eso perduramos y por eso nos une una relación de admiración mutua forjada con sangre. Él sabe de lo que hablo.

También necesito agradecer a otro motor de mi militancia. El motor de los ausentes. Nuestros ausentes. Nuestros otros. Nuestros muertos.

Nuestros muertos eran negros, chorros, marginetas, sufridos y abandonados. Eran todo lo que nuestra sociedad racista desprecia. Eran los “otros” del descarte. Pero yo no los descarté, porque para mí no eran ni negros, ni chorros, ni marginetas, ni sufridos, ni abandonados. Eran seres humanos. Eran seres humanos que yo quería y que me querían. Ahora ya no son más seres humanos. Son muertos. Nuestros muertos tenían voz, pero ahora no la tienen. No tienen voz porque murieron sin haber sido escuchados. Nuestros muertos sin voz que el estado argentino abandonó son Amalio Florencio Biasoli, Rubén “el viejo” Arroyo, Matías Castro, Santiago Funes, Jonatan Insaurrealde, Miguel Núñez, “Sapito” Romero, Gabriel “Toto” Rodríguez, Demián Galván, Adrián “Pelado” Quiroga, Javier

Gentile, Diego “Sombra” Mansilla, el “Ñoño” Roberto y Cristian Aquino. Ellos murieron en forma violenta porque un Estado violento los condenó a ser los peores. William Butler Yeats escribió que *los mejores carecen de toda convicción, mientras que los peores están llenos de apasionada intensidad*. Para la sociedad, los pobres, los margineta, los cabeza de termo, los negros chorros del pabellón 4, somos los peores. Somos los peores y estamos llenos de apasionada intensidad. Por eso este libro también es para los peores dispuestos a resistirnos al gobierno de los justos. Somos los peores y estamos orgullosos de serlo. Este mundo de los peores es un muy distinto al tuyo. Te invito a conocerlo.

CUANDO ÉRAMOS CANCIÓN

Por Carlos Mena

Cuando éramos canción, soñábamos juntos, escrutando las estrellas con los cuerpos ardientes como un sol de enero.

Cuando éramos canción, cortábamos eternos pétalos de blancas margaritas a orillas del Tigre, por las tardes turquesas.

Cuando éramos canción, me dedicabas los mejores temas de la noche en el boliche, habiendo tantos solitarios escondiéndose en la barra, llorando un rock and roll de noviembre.

Cuando éramos canción, me celabas con dulzura amenazando al mundo con quitarle los ojos, si tan sólo me hacía un gesto de luz al prender el día.

Cuando éramos canción, te envolvía con mis piernas abiertas, y arrojaste flores en mi vientre, mientras tanto, yo, me hundía en tu historia decorando nuestro sexo sagrado con el fuego de las velas derretidas en tu cintura.

Cuando éramos canción, broté un racimo de hijos en mis brazos con guirnaldas, una vez, en la mañana entre sábanas de gloria, con tu boca y mis pechos desnudos.

Cuando éramos canción..., prometí darte mi sangre a muerte en el altar.

Sólo cando éramos canción, y nada más.

Cuando fuimos canción, no te molestaba mi escote, algo descubierto con la falda roja.

Cuando fuimos canción, no desconfiabas de tu hermano y mis primos.

Cuando fuimos canción, no me levantabas la mano adelante de nuestros amigos, por tan sólo opinar cuando conversan los hombres.

Cuando fuimos canción, te enamoré bailando enceguecida, como si fuese un orgasmo gigante de curvas erectas, vital como ninguna, con mi cuerpo nuevo de princesa, quien sedujo a tu animal salvaje

*en cada vaivén, en cada roce perpetuo; ahora, arruinada, intento
hamacarme en los tristes quehaceres de la casa marrón, a puerta
cerrada, sin respirar, sin contestar, sometida sirvienta en el planeta de
los simios, con hematomas en la espalda, en el alma.*

*Ahora ya no somos canción, tu mirada neurótica, machista, me hace
ruido en las venas.*

Ahora, degollaste a Cupido con la voz de tu hijo más pequeño.

*Ahora, ya no hay melodías en tu fuerza cuando abusas de mí, ebrio y
monstruoso, y los chicos lloran sabiendo lo qué pasa.*

*Ahora, no puedo arreglarme las uñas, mucho menos pintarme los
labios, porque sería la ¡¡puta del barrio!!*

*Ahora... ahora, me partiste la cara a puño limpio y me quemaste el
cabello que tanto adorabas, por temor a que intente denunciarte,
cuando te arde la culpa y corres a confesarte, domingo a domingo,
con tu amigo el párroco, en el confesionario.*

*Ahora, huelo el oscuro aliento de tus crímenes a la legua, masticando
el terror de todas las mujeres que fueron maldecidas con la misma
cosa, el hombre.*

Ahora, mi calvario fue darte la mano con ojos cerrados.

Ahora, me aterran los hombres y las canciones.

Ahora sufro el tormento de una madre sin hijos.

*Ahora no tengo a mis nenes traviesos, no siento sus labios de crema,
sus manos pequeñas, contar sus latidos.*

Ahora, ya no tiemblo.

Ya no molesto.

No respiro.

Cuando éramos canción, ¿me pensabas muerta?

Cuando éramos canción, ¿te soñaste siendo mi asesino?

Poema autobiográfico de Carlos Mena, huérfano por la violencia patriarcal. Disponible gratuitamente en versión PDF, obra *Ni una menos en el pabellón 4*, Ed. Cuenteros, verseros y poetas (2018), en el link publicado en el primer posteo del Facebook Editorial Cuenteros, verseros y poetas o en nuestro blog cuenteros-verseros.com.ar

Capítulo I

ENNEGRECER LAS LETRAS

Este libro resume una pequeña fracción de las muchas horas de clases semanales en el pabellón. En esas clases, iniciadas e interrumpidas hace más de once años, enseñé y aprendí, hablé y escuché, cuestioné y me cuestionaron, todo eso al mismo tiempo junto a mis compañeros del pabellón 4 de la Unidad de Máxima Seguridad N° 23 de Florencio Varela. Por esa razón a partir de este momento intercambiaré la primera y la tercera persona del singular constantemente: Leí, leímos, pensé, pensamos, enseñé, enseñamos, aprendí y aprendimos, todo en el bricolaje clasista-empoderador-interpelador que significa la editorial Cuenteros, verseros y poetas, editorial que no es ni más ni menos que un grupo de compañeros habitando en un centro de tortura, resistiendo con la acción y el pensamiento. Esos somos mientras nos dejen ser.

Con esos mismos compañeros organizamos dentro del pabellón distintos grupos de trabajo: coordinadores de alfabetización y comprensión de texto; coordinadores de filosofía que dictan clases semanales de apoyo a los recién ingresados al pabellón; coordinadores de las clases de boxeo; coordinadores de las clases de música y coordinadores de computación y fanzines. También tenemos un taller de xilografía y otro de dibujo. Dan fe de lo que digo los cientos de cuentos y poesías individuales que todos pueden leer gratuitamente ingresando al blog cuenteros-verseros.com.ar (cuidado, NO CONFUNDIR con el cuasi inexistente blog cuenterosyverseros.com.ar que fue durante casi diez años nuestro blog, pero que un hacker y/o un miembro del servicio penitenciario y/o un pícaro nos usurpó virtualmente y ahora promueve la venta de libros online luego de sustraer nuestro NIC. Pese al reclamo administrativo que hemos efectuado, a la fecha no nos han reintegrado nuestro

viejo NIC, razón por la cual tuvimos que cambiar el nombre del blog, sacando la “y” y poniendo el “-”, quedando definitivamente el actual cuenteros-verseros.com.ar, o también ingresando en nuestro facebook *Editorial Cuenteros, verseros y poetas*.

Si no han tenido la suerte de haber recibido gratuitamente alguno de los más de 28 mil libros que hemos regalado, pueden leerlos en formato PDF en el link del primer posteo del mismo facebook: *Antología de cuentos infantiles I, II, III, IV, La filosofía no se mancha I y II, Desde Adentro, Juguetes perdidos, Borges habla el silencio, Ni una menos en el pabellón 4, Ella la mejor de todas y Shakespeare subversivo*. En dichos relatos —también expuestos en otros muchos fanzines publicados y regalados—, podrán observar la influencia que tiene en nuestra comunidad el pensamiento de autores como Sócrates, Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino, Descartes, Spinoza, Kant, Hegel, Benjamin, Mariátegui, Martí, Arendt, Kusch, Heidegger, Quijano, Foucault, Dussel, Derrida, Bianco, Galeano, Borges, Segato, Marx, Shakespeare y demás pesos pesados del pensamiento occidental. **Está bueno dejar en claro que ninguno de los relatos escritos por los pibes fue intervenido por mi persona, ni por compañero alguno. Esa es una de las pocas reglas férreas de la editorial. Los textos los discutimos, los comentamos y los interpelamos, pero nunca los intervenimos, los textos son escritos, corregidos (corrección ortográfica NO es intervención), y editados con la voz de cada uno de los escritores. Los correctores de estilo de la editorial son los propios compañeros. Son textos que salen de las entrañas y la creatividad de los artistas del pabellón.**

Este libro fue iniciado en el 2019 y finalizado a principios de 2020. Como es un libro en donde denuncio cosas que pueden derivar en atentados contra alguno de mis compañeros, decidimos en asamblea que intentaríamos publicarlo en alguna editorial comercial, a fin de tener algo más de difusión, repercusión y por ende protección. Pero en 2020 ninguna editorial quiso editorarlo (apenas si logré que alguna que otra nos leyera). Ante la imposibilidad de publicar, no me quedó otra que seguir escribiendo, lo cual no fue malo porque los trágicos sucesos del 2020 y de 2021 necesitaban ser denunciados.

No quise escribir solo. Quise hacerlo acompañado por mis compañeros, los vivos y los muertos. Creo que es importante plasmar

en un relato coral y cronológico nuestra experiencia de vida. Mi historia va de la mano con la historia de los escritores del pabellón 4. *Espectros del pabellón (el hedor de la tortura)*, es un libro coral porque cada cuento es una voz que debe ser difundida. Mis compañeros no tienen acceso a difusión alguna, por eso es que debajo de cada narración colocaré hasta el cansancio el facebook de nuestra editorial indicando el link donde pueden leer gratuitamente todo lo que ellos han escrito. Este libro pretende mantener viva la voz de los sin voz. Es una convocatoria a la resistencia y una invitación a la reflexión, ni más ni menos que eso.

Esas obras por lo general provienen de pibes que ingresan al pabellón en carácter de analfabetos funcionales. Junto a los escritores más avanzados, les enseñamos a leer, escribir, a amar la filosofía y a militar la literatura, con metodologías muy diferentes a las de la escuela tradicional. Metodologías que no me enseñó nadie y que aprendí en la acción. Aprendí a enseñar cuando aprendí a escuchar a los pibes del pabellón.

Espectros del pabellón (el hedor de la tortura), son vivencias en un centro de tortura en donde interpelamos aquello que el sentido común asume como “verdad”. Lo hacemos en aras de encontrar una interpretación libre de cualquier enajenación y adoctrinamiento. Yo hago micropolítica de la resistencia, pero esa micropolítica no tiene que quedar como mera resistencia aislada e individualista. Esa micropolítica es el espacio para expandirnos desde nuestro territorio y de esa manera “generar pueblo” combatiendo el sentido común.

La clave para que mis compañeros me hayan aceptado y hayan creado obras literarias de tanta belleza se debe a que, como docente autodidacta, supe cambiar a tiempo, supe ejercitarme en el olvido y en el desaprendizaje. Sólo olvidando uno puede abrirse al otro, sólo desaprendiendo uno puede moverse para darle espacio al diferente, al marginado, al olvidado, al despreciado de nuestra sociedad racista. No hay emancipación sin descolonización subjetiva. No hay expectativa de cambio mientras no hagamos temblar al conocimiento, mientras no ambicionemos que lo sólido se desvanezca en el aire. Si no me hubiese desplazado desde mis certezas hacia mis “posibilidades”, nada de lo que van a leer hubiese sucedido. Lo que hice y lo que hago en el pabellón 4 es el resultado directo de haber derrumbado todas mis certezas, todas mis creencias.

Lo más interesante de todo es que, tanto he desaprendido que, si alguien me pidiera algún consejo para repetir un proyecto similar al nuestro, mi consejo sería que no tengo ningún consejo, ninguna receta. A lo sumo me animaría a decirle que desconfíe de los que dan consejos, de los portadores de certezas. Ninguna educación es posible repitiendo el esquema de los docentes satisfechos de sí mismos y de sus saberes. La educación que practico no tiene escuela, ya que nadie me puede tomar en serio cuando afirmo que un pibe analfabeto funcional logra en pocos meses leer y experimentar literariamente con Gilles Deleuze, Enrique Dussel, Michel Foucault, Rita Segato o José Carlos Mariátegui a base de cultivar sus inseguridades y fomentando el arte de desaprender.

La educación es una experiencia de iguales, entre iguales con la idea de generar herramientas que resistan los relatos dominantes. La educación debe ser emancipatoria, de lo contrario nos transformamos en reproductores de contenidos, en estructuras de dominación. Tal como vengo sosteniendo y escribiendo en otros libros, la palabra “escuela” proviene del griego “scholé”, que significa “tiempo de ocio”. La escuela es tiempo de descanso, de vacación, de goce, de reflexión personal y comunal, todo lo contrario a nuestra vivencia escolar. En los hechos, nuestra escuela con sus dogmas curriculares, es la primera escala en la enseñanza del racismo y la violencia de género. La escuela es el primer frente de la guerra civil que vivimos en nuestros días, donde creamos centros de tortura para personas negras, pobres, marginales, chorras, putas, trans, mulas. La escuela evalúa y al evaluar descarta a quienes no aprueban dichas evaluaciones. Evaluar no es un elemento de la enseñanza, es un instrumento de control y de selección y está pensado desde una lógica empresarial. Lo que se busca con la excusa meritocrática, es reducir cantidad de alumnos, de docentes, desde una base de la superación individual. La educación es muy sencilla y a las pruebas me remito: los primeros descartados de la escuela son los mismos descartados de la sociedad. Los conozco porque yo no los descarto. Yo los recibo y trabajo no sólo para que sean lectores, sino para que sean docentes territoriales. Por eso sostengo que nuestra escuela “oficial” es una fábrica de subjetivación, una corporación disciplinar cuyo objetivo es la normalización racial y sexual. La escuela potencia y valora las convenciones de soberanía nacional, blanca, heterosexual, burguesa, dócil y productivista, pa-

tologizando toda forma de disidencia. El negro de mierda, el chorro es una patología social en Argentina y en el mundo, y por ende es expulsado de la escuela y de la sociedad blanca y cartesiana, para ser depositado en centros de tortura donde matan y mueren sin que nadie se espante por ello.

Personalmente viví el rechazo de la “doxa” escolar hacia mis compañeros y hacia mi tarea. Si bien siempre intenté generar lazos con los profesores del área de Educación de la cárcel, jamás me apoyaron, ni intentaron vincularse, ni hicieron devolución alguna cada vez que les regalaba libros. No es casual que en diez años de trabajo educativo en la unidad 23, sólo dos maestras del área de educación se me acercaron para felicitarme por lo que hacemos y nos hayan saludado personalmente o vía facebook. El resto de los docentes o nos ignoró, o nos rechazó. Jamás se solidarizaron cuando nos atacaron y nunca nos invitaron a participar de evento alguno dentro del penal. De hecho, varios alumnos míos fueron fuertemente criticados en sus aulas, aduciendo que los alumnos del pabellón 4 están muy “ideologizados” o que tienen posturas demasiado “intelectuales”. El colmo del desprecio se lo llevó un profesor de filosofía del colegio, quien, al escuchar en su clase como Jorge Rivas y Francisco Bus criticaban algunas posturas de Hegel citando “Así habló Zaratustra” esgrimió que “Tengan cuidado con las clases de Sarlo. Él les enseña a Nietzsche, que fue un nazi y que ni siquiera era un filósofo. A Nietzsche ni siquiera nos lo enseñan en la facultad”. Los chicos, entre carcajadas, me contaron la anécdota. Los argumentos de mis enemigos “culturales”, me eximen de perder el tiempo planteando defensa alguna. Pese a ello sigo valorando el trabajo que realizan muchos de estos docentes de cárceles, quienes ejercen su labor en carácter de trabajadores precarizados, quienes en la mayoría de los casos no cuentan con la protección del Estatuto Docente, no pueden titularizar cargos ni horas y están expuestos a todas las enfermedades medievales que existen en los centros de tortura.

Es por esta razón que nosotros no abogamos por volver a una “vieja escuela pública de excelencia” que nunca existió. No nos interesa la fantasía humanista eurocéntrica de la escuela inclusiva y su consigna “toleremos al diferente, integremos al negro para que se adapte a nuestros dogmas supremacistas”. Todo lo contrario, nosotros peleamos por desnormalizar a la escuela, peleamos

por introducir heterogeneidad y creatividad en sus procesos institucionales. El problema no es el negro de mierda, la puta mula o el transexual, sino la relación constitutiva entre pedagogía, violencia, colonialismo y normalidad. No somos los negros de mierda los marginales violentos. La escuela de tu sociedad es la matriz de nuestra violencia. Contra esa escuela, contra esa sociedad, contra esa construcción social es que edificamos nuestro bloque de resistencia en el pabellón 4.

¿Por qué escribo este libro? ¿Por qué ahora? ¿Por qué exponerse nuevamente? Tal vez haya escrito *Espectros del pabellón* motivado por la esperanzadora gesta que los movimientos feministas están generando en estos días. El dispositivo de pensamiento expuesto por ellas, su militancia por una filosofía de la acción, su constante defensa de un pensamiento teórico que respalde la praxis, son hitos que me vinculan con militancias emancipatorias como la feminista. Me refiero a los feminismos anticolonialistas y anticapitalistas, o sea, los feminismos que pelean realmente por un cambio contra el imperio del patriarcado que nos rige. El sistema capitalista necesita reproducir en el plano de la subjetividad y en las relaciones de género las normas y conductas de sumisión patriarcal, culturalmente consideradas como “normales y naturales”. Paul B. Preciado nos recuerda que las primeras máquinas de la revolución industrial no fueron ni la máquina de vapor, ni la imprenta, ni la guillotina, sino el trabajador esclavo de la plantación, la trabajadora sexual-reproductiva y el animal. Las primeras máquinas de la revolución industrial fueron máquinas vivas. El humanismo inventa al “humano” que claramente es definido como un cuerpo soberano, macho, blanco, heterosexual, sano, seminal y burgués. Ya lo hemos escuchado en los debates por la despenalización del aborto en Argentina en el 2018: los defensores de la infancia y de la familia invocan la figura política de un niño que construyen de antemano como heterosexual y generonormado. Esos mismos defensores de la moral cristiana no defienden los derechos del niño, protegen el poder de educar a sus hijos en la norma sexual y de género, como presuntos heterosexuales, concediéndose el derecho de discriminar toda forma de disenso o desviación. Desde esa convicción es desde donde defendemos el derecho de todo cuerpo a la autodeterminación de género y sexual, con independencia de su edad, de sus órganos sexuales o genitales, de sus fluidos reproductivos y

de sus órganos gestantes. Tarde me di cuenta que mi lucha debe seguir la brecha que las mujeres han conquistado. Mi disputa por los desposeídos, por los olvidados, por los nadies, por los otros, comulga con sus enseñanzas. Yo fui formado en el patriarcado y en el machismo y ellas me han abierto los ojos, no sólo de los daños irreparables que hemos cometido “los machos” en la historia universal, sino de las cagadas que yo he cometido en mi propia historia. Trabajo día a día para despegarme de esa formación, que ha dejado su huella por escrito (en mis primeras novelas se puede leer como he incurrido soezmente en párrafos de humor sexista, machista y misógino). Desde ese trabajo interior, desde esa reconfiguración personal, desde ese pensamiento, es desde donde definiendo el derecho de todo cuerpo a no ser encerrado, torturado o educado exclusivamente para convertirse en fuerza de trabajo o fuerza de reproducción.

Otra opción es que haya escrito este libro como respuesta al nihilismo imperante. Un mundo nihilista y decadente en donde la propia vida, la relación con los otros, es concebida como gestión, cálculo y maquinación de ventajas. En otros términos, un formato empresarial que administra la continuación del propio linaje como bien se puede leer en la obra de Thomas Piketty *El Capital en el siglo XXI*. Este mundo nihilista reproduce la tonalidad afectiva, la disposición espiritual del capitalismo neoliberal, y contra eso doy pelea. Peleo en el territorio y pelea en los libros. Ese nihilismo decadente, Nietzsche lo describe simbólicamente con su frase “*Dios ha muerto*”, aseveración que afecta tanto a laicos como a creyentes y que implica que todas las figuras de la autoridad simbólica han declinado y se disuelven en el aire. La verdad, los imperativos éticos, los proyectos existenciales, las causas políticas, el sentido estético, ya no disponen de ningún suelo firme. No así el *Poder* y sus dispositivos, cada vez más decisivos en la producción de la ideología que hace posible la reproducción del engranaje que establece que la vida se ha vuelto capital humano. Ese nihilismo decadente es el que reduce nuestra lucha y nuestra acción tachándonos de idealistas, radicales o de poco pragmáticos. La reproducción infinita de este tipo de difamaciones, nos obligan a quienes tenemos pensamientos populares y de izquierda, no solo en militar por un cambio en la matriz social sino, tal como sostiene Jorge Alemán, a intentar el casi imposible acto de una nueva afirmación *no nihilista* de la vida.

Ahora más que nunca transformar lo colectivo es examinar la propia ética de vida en cada uno.

O quizás este libro lo haya escrito por la desesperación que me inunda al no poder darle espacio a otras voces. Voces que ya han muerto sin hablar y voces que morirán sin ser escuchadas. Voces que tal vez nos ayuden a cambiar un mundo donde renovadas formas de fascismo se imponen. Fascismos que se están llevando muchas vidas de compañeros sin que nadie los escuche. Por eso es que desde hace diez años publico ficciones filosóficas y literarias escritas por artistas que nacieron, vivieron y seguramente morirán en la más absurda marginalidad. Quiero que esas voces no mueran sin ser escuchadas. Tal vez por eso haya escrito este libro, tal vez, no lo sé.

En las *Tesis sobre el concepto de historia*, Walter Benjamin nos recuerda que la historia se escribe desde el punto de vista de los vencedores. Lo que Benjamin nos invita a hacer es escribir la historia desde el punto de vista de los vencidos. Solo a través de esa reescritura invertida será posible interrumpir la repetición de la opresión. Cada palabra de nuestro lenguaje contiene, como enrollada sobre sí misma, un ovillo de tiempo hecho con los hilos de miles de operaciones históricas. Mientras el profeta y el político burgués se esfuerzan por santificar las palabras ocultando su historicidad, pertenece a la filosofía y a la literatura, la tarea de profanar las palabras sagradas para devolverlas al uso cotidiano. Esto supone deshacer los nudos del tiempo, arrancar las palabras a los ganadores para ponerlas de nuevo en la calle, en el pabellón, en la villa, ya que son en esos lugares donde pueden ser objeto de un proceso de resignificación colectiva.

Jean Paul Sartre define al intelectual como aquella persona que da testimonio por todos de su contradicción, que es la misma que se encuentra en todo trabajador alienado. Expresa que *"debe a la vez realizar su oficio y comprometerse en la manifestación de las contradicciones de la sociedad"*. El escritor, debe comprometerse con su tiempo dando cuenta de las contradicciones que su propia tarea encarna en la sociedad. Yo soy escritor, yo soy contradicción y quiero dar testimonio de mi contradicción a la vez que peleo batallas emancipatorias desde la praxis y desde el lenguaje. *No soy un hombre, soy un campo de batalla*, dijo Nietzsche describiendo a los mil y un diferentes Nietzsches que martillaban su cerebro. Así mi siento

como escritor, como burgués, como abogado comercialista, como padre, como hijo, como boxeador, como pareja, como explotador, como explotado, como persona y como militante de una educación igualitaria. Dentro de mi persona hay otros tantos iguales y agonistas. Soy un campo de batalla.

Bienvenido a nuestra aventura literaria en el pabellón 4. Bienvenido a nuestra derrota.

LA FILOSOFÍA DESDE UN CAJÓN

Por Marcos Utchurburu

Cuando le comenté a Felipe lo que quería hacer, le pareció totalmente descabellado. Era entendible, después de todo no todos los días se roba un cuerpo de un cementerio y, menos aún, el cuerpo de un hermano.

Aunque el propósito para él carecía de sentido, para mí tenía toda la lógica de una persona, si se quiere, fuera de sus cabales. Con la excusa de visitar la tumba de César, es que entramos esa tarde al cementerio privado de Parque Iraola. Ya se había hecho la hora del cierre, pero nosotros nos escondimos a fin de concretar nuestro cometido.

Luego de que cerró el cementerio, totalmente carentes de escrúpulos, nos dirigimos a la garita de los guardias, no sé si llamarlo suerte, o qué, pero sólo uno había esa noche; así que, luego de reducirlo, mi amigo tomó su lugar. Con el dominio total de la situación le aseguré al tipo que nada iba a pasarle, siempre y cuando, me obedeciera. Lo dirigí a la tumba de mi hermano y le dije que me lo llevaba; totalmente sorprendido asintió con un movimiento de cabeza.

Lo desenterramos y, con cajón y todo, lo subimos a uno de los coches fúnebres que estaban estacionados, aseguramos al custodio con unos precintos y nos marchamos. El regreso fue en un completo silencio, llegamos a casa. Luego de bajarlo nos deshicimos del coche; le agradecí a Felipe por su ayuda y volví a mi hogar. Lo habíamos dejado en el pequeño jardín trasero, bajo el resguardo del quincho que tan pocas veces usé, saqué la tapa del féretro y la dejé a un costado.

Me impresionó ver sus restos, sólo quedaban huesos de lo que alguna vez fue mi hermano, un ser patético, pero hermoso, migajas de un hombre que vivió la vida a su antojo. Era aquello la confirmación de que también yo tengo fecha de vencimiento. Tomé su cráneo. Del lado derecho, a la altura de la sien, estaba el orificio por donde entró esa maldita bala, “el hombre le da forma al objeto”. La puta que los parió Smith and Wesson. O quien quiera que haya inventado las armas. Lo dejé

en el piso, agarré dos caballetes que había cerca y, tomando la tapa del cajón, improvisé una mesa, en ella puse el cráneo, traje una silla y me senté esperando no sé qué cosa. Mis ojos no se despegaban de donde alguna vez estuvieron los suyos, parecían aquellos orificios túneles. Inexplicablemente me vi entrando por uno de ellos, como quien viaja en el tiempo. De la misma manera me pasó ese día, ahí estábamos los dos, en un pool de avenida La Plata que él solía frecuentar.

—¿Me extrañas?

—No te extraño, te necesito, ¿Qué pasó, loco?

—Lo inevitable

—No seas forro, boludo

—No me arrepiento, ¿sabés? Viví como quise, también sufrí de la misma forma, ¿qué me llevó a decidirme?, todo y nada, lo que me ha pasado y lo que nunca me pasó, como tenerte cerca, por ejemplo.

—No tenías derecho

—¿Estás seguro que no?

Cuando volví en mí, la noche estaba avanzada, ¿qué era todo esto?, no lo sé. ¿Qué estoy haciendo?, ¿a quién se le ocurre robar el cuerpo de su hermano? Sólo a mí, ya es tarde, ¿Qué busco, con todo eso? Ahora caigo en cuenta que casi no te conozco, ¿qué es lo que sé de vos? Eras tres años menor que yo, viviste a tu forma, sin importar el qué dirán, te han amado, odiado. Supiste desenvolverte en el ambiente más hostil, mientras yo negaba la realidad, construyendo mundos que se adecuaban a mis fantasías. Vos confirmabas la realidad del mundo, con la sutileza de tus cinco sentidos.

Por boca de otros pude enterarme de tus viajes en bicicleta, adentrándote en el mundo de lo posible, tomando contacto con la naturaleza, y conociendo las innumerables riquezas que, tan generosamente nos da la tierra para nuestro subsistir, ojalá hubiera podido compartir con vos la mitad de tus experiencias. A través tuyo trato de entender el porqué de todo, y digo, a través tuyo, porque cuando escucho hablar del pensamiento autónomo y de que el hombre y la historia son una misma cosa, o de que Dios fue quitado de la centralidad.

Entonces sé que vos eras ese tipo de hombre, jamás te escuché nombrar a Dios y muchos menos, que esperaras a que Él hiciera algo por vos. Una vez me dijistes que para vos Dios sólo era la invención de unos pocos, para atrapar la mente de otros más débiles: “pero yo no tengo tiempo ni ganas de dejar mi vida en manos de una divinidad que permite el tipo de atrocidades que vemos todos los días, además, esto es

sencillo, en todo caso, Él me dio la libertad de elegir, y yo elijo hacer mi vida sin molestarlo". Esas fueron tus palabras, las pocas veces que salimos juntos me quedó bien en claro de qué estabas hecho, jamás te vi doblegarte, siempre antepusiste tus deseos, sin sentir, u ocultando tus miedos, y eso te dio una posición privilegiada entre tus amigos, ellos me lo confirmaron en más de una charla. Según Hegel, en la dialéctica del hombre y el esclavo, "el deseo del hombre, es ser reconocido por el otro, y en ese enfrentamiento cuando uno antepone el miedo al deseo, termina sucumbiendo a la voluntad del otro". Ahora, tus huesos parecen confirmar que carecías de miedo ante la muerte, ¿o tú miedo a la vida, te supero? Son preguntas que me hago a diario. Dicen que el hombre está como expectorado sobre el mundo, para mí, fuimos defecados por un ser perverso, terminamos en un pozo ciego llamado tierra, donde todo es una mierda, y debes en cuando, ese mismo ser desagota el pozo, descomprimiendo el estiércol.

Lo que siempre admiré de vos, era tu facilidad para conseguir laburo, panadero, peón de obras, mantenimiento en unas cabañas en Bariloche; ah... la dueña de aquel lugar vino a verte, pero vos ya no estabas, no pudo creer lo que hiciste, creo que fue a visitar tu tumba. Sé también que fuiste carpintero, ah, loquito, todo un especialista con la materia. Si la vida me lo permite, algún día voy a ir a Bariloche, por si acaso, capaz que la cabaña que construiste sigue en pie. Cuando dije que fuiste patético es porque me refería a tu forma de partir de éste mundo, no entiendo cuáles fueron los motivos que te llevaron a gatillar ese fierro en tú cabeza, en realidad, nunca fuiste fácil de interpretar. Cuando me entere de tu muerte, dude de todas las versiones que me dieron, y hasta el día de hoy lo sigo haciendo, mi conciencia es libre, tampoco trato de justificarte, si hay algo que aprendí, es qué, sin importar lo complicado que sea, o lo precario de nuestra situación, cada momento en nuestras vidas es único, y aun la adversidad puede ser algo bueno, a través de ella uno se supera como persona, claro está, depende de la interpretación que le demos a la vida.

Otra de las cosas que me atraían, era tu gracia para vestir, lo mismo te daba unas Pampero, que unas Nike, mientras muchos buscaban lucirse, vos, simplemente, vestías tu humanidad y, sin embargo, terminabas luciéndote.

Hoy pienso si el motivo de tus viajes fue tan sólo conocer parte del mundo, o si, a través del mundo, querías conocerte a vos mismo, si fue así, ojalá lo hayás logrado. Muchas veces, queremos llegar a vivir en el

mejor de los planetas, cuando eso podría significar que para lograrlo, muchos otros tengan que vivir en el peor, pero nuestro ego es tan grande, que nos impide mirar a nuestro alrededor, y así percatarnos de que en el afán de conformar nuestro egoísmo destruimos aquellos que nos acerca a ser un poco mejor como personas, “el amor”, me diste el claro ejemplo de lo contrario el día que un rato antes de quitarte la vida, le distes tus documentos a mi ex mujer, pensando en no perjudicarme, porque yo me encontraba pagando una condena bajo tu identidad.

Hermano, tengo un quilombo en la cabeza, lo bueno de esto, es que todos los días, busco razonar el mundo en el que vivo, mis conocimientos son limitados, ¿si el hombre es lo que hace?, ¿soy una mierda, entonces? o ¿soy un gusano queriendo convertirme en mariposa? Dicen que, todo lo real es racional, y todo lo racional es real, quisiera que la mitad de mis pensamientos lo fueran, porque, últimamente, sólo divagan en un mundo donde nadie me sabe explicar ¿Por qué debo amar? Si para mí, lo mejor es no sentir nada, de esa manera la agonía por tu partida se esfumaría. “Todo saber requiere esfuerzo”. A veces me cuestiono, mi pensamiento libre me lleva a sacar conjeturas, y aun así no puedo encontrar el sentido a la vida, “la conciencia que más ama es la que termina siendo gobernada y viceversa”, quisiera no amarte, pero es inevitable te sigo amando, me doblego ante tu fantasma, tal vez así no me rinda ante el deseo de ningún ser humano.

Si no tuviera este chaleco, podría plasmar todo esto, y darte así la posibilidad de intentar ser eterno, pero bueno, encima, es hora de la medicación...

Marcos Utchurburu. Cuento *La filosofía desde un cajón*, del libro *La filosofía no se mancha II*, Ed. Cuenteros, verseros y poetas (2017). Disponible gratuitamente en versión PDF en el link del primer posteo del Facebook: Editorial Cuenteros, verseros y poetas o en nuestro blog cuenteros-verseros.com.ar

Capítulo II
EL NACIMIENTO DE CUENTEROS,
VERSEROS Y POETAS

(1995/2010)

¿Cuándo nació la locura de hacer una editorial en un centro de tortura? La semilla pudo haber germinado en el mismo momento en que pisé una cárcel. Fue en el año 1995 y lo hice como parte de las prácticas de la materia Derecho Procesal 1. Llegamos a Olmos y nos estaba esperando su director quien nos recibió con su mejor sonrisa de chacal. Nos acompañó al quinto piso y todos los alumnos de la cursada nos llevamos una pasteurizada impresión. El quinto piso de Olmos es el pabellón universitario y también para algunos el pabellón de los “refugiados”, el pabellón de los que tienen contactos o dinero para alquilar una celda y zafar de ser torturados o asesinados. Luego de dicha visita el director nos llevó a los talleres donde trabajaban los presos de buena conducta dando por finalizada la visita. Nuestra profesora —no recuerdo su nombre, pero sí su valentía— era una defensora oficial con muchos ovarios. Le dijo al director que sus alumnos tenían derecho a recorrer todo el establecimiento. El director le contestó que él tenía que responder por nuestra seguridad y que por tal motivo no permitiría que se haga turismo en “su” cárcel. La profe no se amilanó. Se plantó. Citó infinidad de artículos del Código Procesal y de convenciones internacionales de derechos humanos y no sé cuánto más. El director con risa socarrona continuaba negando nuestro acceso. Pero el debate público no había finalizado. Lo que parecía una derrota para el alumnado universitario, se transformó en victoria gracias a un as en la manga que tenía la profe, quien manifestó el malestar que sentiría el titular de la cátedra si la visita no era completa. Para dar un poco más de énfasis a sus palabras, le recordó al director de la cárcel el apellido compuesto

del renombrado juez platense con vínculos en el gobierno que ocupaba dicha cátedra. El director, cambió el tono y las formas. Llamó a un subalterno y finalmente permitió que se haga turismo en “su” cárcel.

El subalterno nos llevó a todos los pisos de Olmos y nos hizo ingresar a casi todos los pabellones, salvo los del segundo piso. El segundo piso era la ley de la selva. El segundo piso de Olmos no respondía a las autoridades del penal. Vimos algo del segundo piso desde la escalera, pero era lo máximo que nos acercaríamos. La profesora admitió que el segundo piso no podía ser visitado porque era territorio tomado por los presos. Lo dijo así como así. A esos pabellones se ingresaba sólo con la autorización de los detenidos. Las autoridades habían pactado esa cesión de soberanía para mantener una suerte de *pax romana* y evitar motines.

¿Qué me llevé de esa visita a Olmos? Me llevé la derrota de occidente, si es que en algún momento de la historia fuimos parte de occidente. Me llevé la derrota de la revolución francesa. Me llevé la derrota del idealismo alemán, de la duda de Descartes, de la puntualidad de Kant y de la omnipotencia de Hegel. Me llevé la derrota de la razón, porque esa visita me hizo conocer el horror. El horror no es una palabra. El horror es una sensación en el estómago. Una sensación que tiene olor. Olor asqueroso, nauseabundo. Tomen un tacho de pintura de veinte litros y llenenlo de orina, excrementos, amoníaco, jugo gástrico, tres kilos de clavos oxidados y aceite de cocina usado para la peor fritanga que tengan memoria. Batan esa mezcla por veinte minutos, caliéntenla a fuego lento por otros diez minutos y como resultado obtendrán el olor del Olmos, que es el olor de cualquier cárcel, el olor del horror. El horror también posee sonido. El sonido es ruido. Son gritos y carcajadas. Gritos amenazantes y carcajadas diabólicas, todo ello matizado con cumbia villera. El horror es una sensación en el estómago que tiene olor, ruido e imagen. Las imágenes son rostros desfigurados, rostros con cráneos hundidos y miradas estrábicas. Rostros con torsos desnudos plagados de cicatrices y tatuajes con tinta china. Estigmas en jóvenes de diecinueve años que aparentan cincuenta. Eran jóvenes gastados, mutilados. Eran jóvenes ancianos. En el 95, con veintidós años de edad nunca había visto tantas cicatrices en tan poca carne. Los físicos eran todos iguales, todos de un color marrón grisáceo, todos delgados, todos desnutridos, todos

con sus antebrazos rayados por infinidad de puntazos de faca. Los antebrazos de todos los internos eran iguales. Los antebrazos son el escudo para defenderse de los cuchillos. No había ningún interno que no tuviese al menos veinte o treinta cicatrices en sus antebrazos. Ninguno. No había ningún interno que al menos no le faltaran dos dientes. Ninguno. No había ningún interno que al hablarnos no tuviese aliento a podrido. Ninguno.

En la mayoría de los pabellones no funcionaban las duchas. Los internos no se bañaban hacía meses. En un par de pabellones vimos el piso cubierto con dos centímetros de agua. Todo el año al bajar de sus camas pisaban agua podrida, tanto en invierno como en verano. Ninguna ventana en Olmos tenía vidrio. El frío es polar en esos pabellones y encima siempre tenían los pies mojados. La superpoblación había obligado a las autoridades a fabricar celdas debajo de las escaleras. Eran celdas de tres por tres (el mismo tamaño que el descanso de la escalera que le servía de techo) en donde yo conté doce internos encerrados. Lo vi con mis propios ojos y los conté. Doce presos encerrados en una celda prefabricada en el hueco de una escalera de tres por tres. La profesora me dijo que eran presos que estaban esperando que se libere un lugar en algún pabellón. Podían pasar semanas alojados allí, tal vez meses. Tímidamente le pregunté a uno de esos detenidos hacía cuanto que estaba encerrado debajo del descanso de la escalera. Me contestó que había ingresado a Olmos hacía un mes y medio y que desde el primer día lo mandaron ahí junto con otros cuatro pibes. También me dijo que prefería estar allí antes de que lo subieran al segundo piso. No me animé a preguntarle que pasaba en el segundo piso.

Todo eso me llevé de mi visita de Olmos en el año 1995. Olmos me habló. Mejor dicho, Olmos me escupió algunas verdades.

Olmos me escupió en la cara que yo no tenía huevos para ser abogado penalista. Nunca lo fui. Nunca lo seré.

Olmos me escupió en la cara que, no existirían Olmos sin la complicidad de la *Familia Judicial*, familia con apellidos patricios, endogámica, incestuosa, en donde todos deben favores y pleitesía a los aristócratas del derecho. Familia de jueces, camaristas, defensores y fiscales que se reparten los cargos entre tíos, sobrinos, novios, amantes, esposos y esposas. Familias con doble apellido para ampliar la base jurídica. Familia que no paga impuesto a las ganancias y que con sus puestos vitalicios condenan a pobres y liberan a

ricos. Familia corrompida y corrupta que aparece en los medios de comunicación como la salvadora de las instituciones, que tolera y promueve cincuenta y cinco centros de tortura iguales a Olmos en la Provincia de Buenos Aires.

Olmos me vomitó con una sonrisa que Olmos es Olmos gracias al racismo de nuestra sociedad. La sociedad quiere que existan muchos Olmos ¿O acaso no escuchamos el reclamo popular *Que se pudran en la cárcel*? Bien muchachos, Olmos se tomó muy en serio esa consigna. En la actualidad, en nuestros centros de tortura mal llamado cárceles, la gente se pudre hasta que muere. En Olmos y en el resto de los centros de tortura la gangrena es tan común como las cucarachas. Victoria de la sociedad, victoria para Olmos.

Cuando salimos, juré que si tenía la desgracia de caer preso preferiría morir baleado por fuga que a quedar atrapado en ese infierno. Juré no volver nunca más a una cárcel. Me prometí no tener nada que ver con ese basural de nuestra sociedad. Creo que, al jurar no volver, me estaba regodeando en mi cobardía, me estaba provocando, así funciono yo. Tengo que procesar mis fantasmas, tengo que rebajarme al menosprecio personal. Me denigraba por haber tomado la decisión de mirar para el costado y no tomar alguna medida para modificar alguna de las cloacas creadas por la libertad, la igualdad y la fraternidad. Al jurar “no volver” estaba haciendo un pacto de guerra. Estaba reconociendo que la batalla era una derrota segura y, de alguna manera, debía asimilar la idea de pelear sin esperanza alguna. Cuando salimos de la visita de Olmos juré no volver para fortalecer mi regreso.

Me recibí de abogado un año después, a mediados del 96. En octubre de ese mismo año empecé a trabajar en el estudio jurídico de un amigo. A los dos años decidí junto con mi actual socio, correr la aventura de abrir mi propio estudio jurídico. No teníamos clientela, por lo tanto durante más de tres años trabajamos gratis haciendo las tareas que ningún otro abogado quería hacer. Fueron años durísimos en donde laburaba doce o trece horas por día recorriendo en tren todo los Juzgados de paz, civiles, comerciales, laborales y administrativos de Capital Federal y del conurbano bonaerense. Conocí La Matanza, Lomas de Zamora, Quilmes, San Martín, Tres de Febrero, San Miguel, San Isidro, Mercedes, Florencio Varela, Lanús y varias localidades más, iniciando causas, diligenciando cédulas y oficios, llevando papeles de otros abogados que no perdían

el tiempo en tareas impagas, tareas que me hacía sentir un zángano ya que mi trabajo no reportaba beneficio económico alguno, ya que mi supervivencia dependía de vivir bajo el techo de mis padres. No tenía ni energías, ni dinero, ni tiempo, ni capacidad para cumplir con mi promesa hecha en Olmos.

Para fines del 2001 nuestro trabajo de varios años no había generado ahorro alguno, y por ende no sufrimos desde lo económico la debacle ocurrida por años de neoliberalismo concentrado. El hecho de no verme afectado en mi bolsillo, no implicó que lo que pasaba no me afectara. El 2001 me partió la cabeza. El 2001 fue como vivir con Olmos todos los días. Desde mediados de ese año se podía advertir la presencia de más y más mendigos y más y más carros tirados por caballos con familias que juntaban cartón, botellas o bolsas de basura. Hoy uno, mañana dos, pasado tres. La calle se abarrotaba de cartoneros y de mendigos. Las familias salían a la calle. El país estaba explotado. No pienso escribir sobre algo que todos conocemos, sobre las consecuencias de lo que significa un Estado ausente (ausencia que es presencia, ausencia que es acción y decisión política). De lo que sí pienso escribir es de lo poco que hice para no atormentarme con la culpa y la desazón. No sabía qué hacer, pero tenía que hacer algo.

Me presenté en una oficina de CARITAS y me puse a asesorar en forma gratuita a gente de un barrio carenciado de La Plata ubicado en la zona de las calles alledañas a 531 y 18. Asesorando en CARITAS me di cuenta de que el derecho para lo único que sirve es para imponer el deseo de los poderosos. Lo expuso Platón en boca del sofista Trasímaco hace casi 2400 años: *"Lo justo es la imposición del poderoso"*. Ni Platón, ni su *República*, ni 2400 años de ejercicio del derecho pudieron modificar ese axioma. Las universidades del mundo deberían cambiar el nombre de la carrera de abogacía, en vez de llamarla *Derecho*, deberían llamarla *Trasímaco*, así de fácil. Una cruzada contra la hipocresía de los eufemismos es otra batalla pendiente en mi vida. La abogacía es cómplice del capitalismo que nos está matando. Asesorar jurídicamente a quienes mi sociedad ni siquiera consideraba sujetos de derechos me enardeció. No podía cambiar nada si el centro de mi acción política y social nacía de la abogacía. Tenía que pensar en otra cosa.

Siempre fui muy tímido. Tal vez haya sido la timidez la que me llevó a refugiarme en la lectura desde muy chico. Soy un lector vo-

raz y desde siempre quise contagiar esa pasión a quienes me rodean. El dolor que me causó no poder cambiar nada de mi sociedad desde las leyes positivas, tal vez me haya inspirado al cambio de estrategia. No sé si lo que me pasaba era “culpa de burgués culposo”, autoflagelación, masoquismo o conato de misericordia, pero como antídoto a esa angustia se me ocurrió refugiarme en un ambiente cálido, confortable y agradable como lo es una cárcel bonaerense. Fue una decisión que surgió cuando me enteré que un ex compañero del secundario trabajaba como profesor del secundario en la Unidad N° 9 de La Plata. Venciendo mi timidez radical le pregunté si no necesitaba de alguien que pudiese ayudar en el armado de una biblioteca en donde los internos pudiesen juntarse a leer y a escribir. Le gustó la idea. No pasé ni por el Ministerio de Justicia ni por Jefatura del SPB. Fue todo medio casero. Fui directamente a la Unidad 9 y mi amigo me presentó al director quien me condujo al área de educación. El proyecto consistía en ampliar la biblioteca y en juntarme un par de horas a la semana con un grupo de presos que estuviesen cursando carreras universitarias. Con ellos charlaba acerca de las obras más importantes de algunos autores de la literatura universal, los invitaba a leerlas y debatíamos sobre las mismas. Sin formalidad burocrática de ningún tipo, comencé a entrar “de onda” como si fuese un docente, pero sin serlo. No tenía carnet, ni documentación habilitante (al día de hoy y luego de más de diez años de presencia en las cárceles sigo sin tenerla).

La cosa empezó bastante bien, pero duró poco, muy poco. A los cuatro meses, mientras ingresaba otra tanda de libros para donar a la biblioteca me detuvieron en la guardia y me informaron que atento que yo era un abogado, mis donaciones de libros debían contar con el visado de la responsable de la Facultad de Derecho, quien había firmado un convenio con la Unidad 9 para entregar libros. Pedí hablar con el director para explicarle que yo les estaba regalando libros de mi propia biblioteca. Le dije que ni Dostoievsky, ni Tolstoi, ni Hemingway, tenían la más puta relación con los políticos fracasados que enseñaban derecho en la ciudad de La Plata ni con los hipócritas de Franja Morada que impedían mi ingreso. El director de la unidad me dijo que tenía razón, que pensaba igual que yo, pero que la Dra. De la Paz (no recuerdo su apellido, pero sonaba más o menos así), reconocida profesora de Introducción al Derecho notificó que, siendo abogado matriculado, previo a cual-

quier nuevo ingreso de mi persona, debía reunirme con ella en el rectorado de la Facultad de Derecho. Era una cuestión de egos y de perversidad muy corriente en nuestras casas de altos estudios. En la Facultad no conocía a nadie, porque nunca había militado en ninguna agrupación ni tenía conocidos ni amigos docentes. Cuando fui al rectorado, me dijeron que la Dra. De la Paz estaba en un Congreso en México y que regresaría dentro de quince días. Hasta dicha fecha la doctora había dejado la orden de que yo no podía ingresar ningún libro en ninguna cárcel provincial. Me fui masti-cando bronca. Nunca me reuní con nadie. Volví a la cárcel y metí cientos de libros de contrabando hasta que alguien se dio cuenta y cancelaron mi proyecto por no tener credencial de la Universidad, ni autorización oficial para el ingreso.

No me rendí. Tenía que cumplir con la promesa de “no volver”. Tuve que esperar unos años para la revancha. Recién cuando me animé a dar el paso de lector compulsivo a escritor anodino pude ingresar en forma definitiva. Al publicar mi primera novela *“Pura Vida. Noticia de un viaje”* en una editorial cartonera, se me ocurrió que esa era mi oportunidad de ayudar. Fundaría una editorial cartonera en una cárcel. Esa sería la excusa para fomentar la lectura de las novelas que a mí me habían fascinado. Ya tenía algunos ahorros y editar en formato cartonero es mucho más barato que hacerlo de manera comercial (con los años terminamos publicando muchos más libros tradicionales y encuadernados, que libros cartoneros, pero los primeros cinco años solo editamos cartoneros). Ya estaba casado con Marina y ella me impulsaba tanto para que escriba como para que edite en la cárcel. No puso ningún reparo para que gastásemos parte de lo que ganábamos en el proyecto. La escritura era una excusa para leer, para que lean y para que pensemos lo que leemos.

Había un par de ex compañeros del secundario trabajando en el Ministerio de Justicia de la Provincia a fines de 2009, me reuní con ellos y me ofrecí como docente para encarar ese proyecto en forma gratuita. Mis amigos me contestaron que en las cárceles de La Plata había muchos talleres y clases de la Universidad, pero que a las cárceles del Complejo de Florencio Varela nadie quería ir. Que allí se podía empezar de inmediato. Si nadie quería ir a Florencio Varela, pues entonces ningún burócrata universitario me iba a romper las bolas con los libros, pensé, y acepté sin dudarlo.

El miércoles 5 Mayo de 2010, di mi primera clase en el área de educación de la Unidad de máxima seguridad N° 23 de Florencio Varela. Era la primera vez en mi vida que me paraba frente a una clase. Mis primeros doce alumnos fueron convocados por el jefe del penal para que participen de un taller para fabricar pañales. No lo dijo como broma, era lo que él creía que iba a enseñar. Los alumnos, todos presos del pabellón 4 de “población”, no entendían nada cuando se dieron cuenta que yo de pañales sabía lo mismo que de física cuántica. Entre esos futuros escritores estaba uno con cara de malo. Era un preso al que le faltaba un ojo, fruto de una represión penitenciaria. Ese alumno se presentó como Carlos “Kongo” Mena. El Jefe de Seguridad me dijo que el Kongo era uno de los “limpieza” del pabellón y que tenía que tener cuidado porque era un preso muy jodido. Las primeras semanas con Carlos nos mostramos los dientes y cada tanto nos tirábamos algunos tarascones. Carlos prácticamente no sabía ni leer ni escribir. Con el tiempo empezó a traer unos poemas y cuentos incomprensibles, barrocos e interminables. No le gustaban nada mis críticas y para demostrarme que yo estaba equivocado volvió a inscribirse en la escuela de la cárcel para dejar de ser un analfabeto funcional. Los cuentos mejoraron un poco y se lo dije. Poco más de seis meses más tarde me mudaría al pabellón 4 invitado por Carlos y el resto de los pibes. Al año Carlos ya era el mejor escritor del pabellón. De esa manera se cerró el círculo de la promesa incumplida en el año 1995. Me llevó quince años *no volver nunca más a una cárcel*.

No ingresé con apoyo institucional, ingresé gracias a la buena onda de dos ex compañeros. A ellos les entregué un acta compromiso firmada y redactada por mi persona en donde en menos de una carilla me comprometía a dar clases “ad honorem” y a financiar una editorial que regalaría todo lo que publicara y que no tuviera costo alguno para la Provincia de Buenos Aires. Esa acta se la entregué en mano, fotito de por medio, al Dr. Javier Mendoza, el director del SPB en el año 2010, quien supuestamente en pocos meses reglamentaría formalmente el proyecto. Pero el proyecto nunca se reglamentó. Nunca hubo formalidad alguna para ingresar. A los pocos meses mis ex compañeros del ministerio de justicia renunciaron. Lo mismo pasó con Javier Mendoza a quien le regalaron un cargo de juez, *modus operandi* idéntico al que utilizarían un poco más adelante Carlos Mahiques y Juan Baric quienes luego de de-

sastrosas gestiones publicas utilizaron sus cargos como trampolín para conseguirse un conchavo vitalicio en el Poder Judicial.

Yo seguí ingresando a la Unidad de Máxima Seguridad 23 de Florencio Varela sin papeles ni reglamentación, porque el director de la unidad veía que mi proyecto podía pacificar una de las cárceles más picantes del complejo penitenciario. Buena onda de mis ex compañeros, buena onda de un director del penal. Nunca se reglamentó nada. Al día de hoy sigo dependiendo del albur de los dioses del Olimpo para que no me echen. Al día de hoy mis alumnos no pueden dejar constancia alguna en su expediente judicial de sus logros literarios, porque jurídicamente la editorial Cuenteros, verseros y poetas no existe. Para el sistema no existimos. No tengo apoyo formal. No tengo apoyo institucional. No tengo apoyo patrimonial. No obtengo beneficio económico alguno y mis alumnos tampoco. ¿Por qué hago lo que hago?

Todos creen que lo hago por bueno, por caritativo o por promover la reinserción de los presos. Están muy equivocados. Ni soy ni bueno, ni caritativo ni promotor de reinserciones.

No soy bondadoso. No me gustan los que se dicen buenos. Yo no regalo los libros porque soy bueno, los regalo para protegerme de la locura. Cuando en asamblea los compañeros del pabellón me piden que acepte donaciones o que algunos libros puedan ser vendidos, al menos para que yo recupere algo de la plata que pierdo en imprimirlos y editarlos, yo les contesto que en un pabellón con 56 compañeros marginales, la prioridad del dinero debería abocarse en el alimento y la salud de sus familias. Si bien es cierto que yo gasté mucho dinero en maquetar e imprimir los 28 mil libros editados en diez años, también es cierto que, en ese mismo período de tiempo, muchos compañeros escritores padecieron hambre y penuria (y muchas veces muertes de seres queridos), por no contar con medicina o alimentación apropiada. Si por nuestra Editorial circulase dinero, el mismo debería tener prioridad para los sufridos y no para la billetera del único burgués del grupo. Yo no puedo mantener económicamente a los miles de familiares marginales de mis compañeros que pasaron por el pabellón 4, pero si puedo sacrificar un poco de mi patrimonio en sus expresiones artísticas. Si el dinero queda ausente de nuestra creación artística, todos ganamos y todos perdemos, y en ese empate yo puedo mantenerme cuerdo en un centro de tortura donde la gangrena, el HIV, la sífilis

y la tuberculosis son moneda corriente. Esa es la razón de no aceptar dinero de nadie y de regalar todos los libros. La autogestión que ejerzo es un acto político de emancipación y de cordura, nada tiene que ver con la moral y la bondad. Soy demasiado terco, mal llevado y contestatario como para ser catalogado como bueno. En un mundo racista, desigual y plagado de miserias, si todos te quieren y a nadie incomodás, es que sos un insensible. Cuando la política oficial es represiva, la neutralidad es una opción cómplice. Los que no queremos ser cómplices por lo general somos señalados como fanáticos o como intolerantes, nunca como buenos. Los buenos nunca se pelean con su sociedad, los que se dicen buenos y pelean, en realidad están peleando contra los “malos” elegidos por el sentido común. Esos malos suelen la excusa del poder para someter al desadaptado. Son los malos que el poder necesita erradicar para mantener su relato de bondad occidental. En donde hay poder, hay resistencia, dice Foucault. Por eso el poder necesita elegir los “resistentes preferidos”, y yo no entro en esa categoría. Por eso no me gustan los buenos. Yo me peleo con mi sociedad, con mi tiempo, mal puedo ser catalogado como “bueno”. No soporto la bondad occidental. Menos me gustan los que se dicen caritativos. La caridad se ejerce a corto plazo, deja a la persona necesitada en el mismo lugar anterior a la ayuda y crea cierta satisfacción al que entrega. Es una acción que va de arriba hacia abajo. Los derechos sociales se reclaman, pero la caridad se concede. La caridad mantiene las diferencias sociales, la miseria y la desgracia de los receptores, contribuyendo a perpetuar el puesto privilegiado de las clases dominantes, que encuentran en prácticas como estas un instrumento útil para extender en el tiempo las injusticias sociales. Es algo muy propio de medios de comunicación y de referentes sociales siempre cercanos al “César”. Muchas religiones observan en la caridad una virtud teológica. Yo simplemente veo un instrumento de dominación. Me gusta más la palabra solidaridad, que revela un compromiso mayor, es una acción más horizontal y parte del concepto político de justicia social, es decir, de tratar de crear las condiciones para que se desarrollen sociedades con igualdad de oportunidades. La solidaridad no tiene carácter benéfico ni asistencialista ni paternalista, sino que se sustenta en el apoyo mutuo. Pero tampoco me gusta definirme como solidario. La solidaridad debe ser immanente en el ser humano, no debe ser promocionada

como un valor, mucho menos como una virtud. La solidaridad promocionada no es ni más ni menos que onanismo hipócrita y ese juego se juega y publicita muy bien desde la ceocracia de algunas ONGs millonarias y famosas. Todo esto lo dije en octubre de 2018 cuando me invitaron a los Tribunales de Lomas de Zamora a presentar el libro sobre violencia de género “Ni una menos en el pabellón 4”. El problema es que entre los presentes estaba el futuro obispo de Río Gallegos, Jorge García Cuerva, quien para muchos es una especie de mano derecha del obispo de Roma, Jorge Bergoglio. Para los organizadores de la charla era la gran oportunidad para que el monarca del Vaticano conociera mi proyecto y de alguna manera difundiera nuestra lucha, ya que, al menos frente a periodistas, siempre ha afirmado que le importa mejorar la condición de detención de los presos. Si bien le donamos más de cien libros cartoneros para que él los repartiera en comedores de CARITAS (con la condición que nos mande una foto el día de la entrega para que la vean mis compañeros detenidos), García Cuerva tuvo que escuchar previamente mi discurso donde diferenciaba caridad paternalista de militancia solidaria. Lo dije suave, con buena onda y diplomacia. No quería ofenderlo, simplemente quería que entendiese mi punto de vista. Lo dije porque lo creo, y no me gusta jugar la carta de la hipocresía. Encima los libros donados los saqué de mi mochila en la cual siempre llevo anudado un pañuelo verde con la insignia aborto legal, seguro y gratuito. Tenía buenas referencias de García Cuerva, me han dicho que es una excelente persona y seguramente lo es, pese a con nosotros se portó como el orto. Al despedirse se tomó el tiempo de saludar uno por uno a los jueces y defensores públicos, pero se “olvidó” de darnos la mano a Carlos y a mí. Nunca supe qué hicieron con nuestros libros donados porque nunca nos mandaron foto alguna. Esas fotos no las pido por cholulismo, las pido porque a los compañeros presos les hace mucho bien ver las caras de les niñes sonriendo con el arte que ellos crearon con su mente y con sus manos. Si una gran editorial como Planeta o Anagrama le hubiese donado cien libros para niñes vulnerables, el obispo García Cuerva hubiese tenido algún gesto de agradecimiento que, con nosotros, optó por no tener.

Siguiendo con la incorrección política, tengo que decir que tampoco creo en el concepto de reinserción. Yo no enseño contenidos colonizadores, ni relatos para lavar cerebros. Yo soy docente que

brinda herramientas de pensamiento a pibes víctimas, victimarios, vulnerados y marginales. Yo no quiero reinsertar a alguien en una sociedad enferma que construye centros de tortura para pobres. La reinserción no es mi motor ni mi labor. Otros se dedican a esa tarea, para eso trabajan mucho los pastores evangélicos y también ONGs muy mediáticas como lo son “Espartanos”, esta última gestada en la Unidad 48 de San Martín por el abogado penalista Eduardo “Coco” Oderigo quien basa su trabajo en inculcar en los presos “los valores del rugby”, en un vínculo muy cercano (cercanísimo), con el Servicio Penitenciario Bonaerense. Oderigo, a quien no conozco pero me han dicho que es una muy buena persona y que cree profundamente en lo que hace, es un ex jugador del club de Rugby San Isidro Club muy vinculado a la Iglesia Católica y ha gestado una organización no gubernamental que recibe millonarias donaciones de empresas para la construcción de canchas de rugby en diferentes penales bonaerenses. Ha sido patrocinado y recibido tanto por el papa Francisco I, como por el presidente Mauricio Macri quien organizó en el año 2018 una cena en donde obtuvieron más de 3 millones de pesos de parte de organizaciones vinculadas al macrismo. Espartanos cuenta con el apoyo explícito del Opus Dei y de sus empresas adheridas. Oderigo jamás denunció al SPB porque trabaja codo a codo con él. Los casos de tortura para Oderigo son hechos repudiables pero aislados. Evidentemente es una temática ajena a su militancia y nadie puede criticarlo por eso. Los presos y guardiacárceles Espartanos además de jugar al rugby deben rezar el rosario y tal como ha dicho el propio Oderigo con sumo orgullo *“Antes lo único que se escuchaba en la cárcel era cumbia y gritos. Ahora entrás y están cantando canciones de misa”*, también Oderigo sostiene que *“él no se mete con los temas de la cárcel ni de las causas de los presos. Si están presos, es porque algo malo habrán hecho. Él no quiere que se vayan ni un día antes del cumplimiento de la pena, pero hay que hacer algo por ellos mientras la cumplen”* (Oderigo dixit). No quiero polemizar, simplemente marcar que mi pensamiento y mi militancia está en las antípodas de la de Espartanos. No sólo por la elección de un nombre vinculado con la eugenesia, la pedofilia y el racismo (aclaro que no estoy siendo revisionista con esta crítica al paradigma de la sociedad espartana. Hace más de 2500 años los atenienses, corintios y aqueos acusaban a Esparta de monstruosidad por su trato con los ilotas —ciudadanos espartanos de segunda clase que eran

usados como debut homicida en el entrenamiento de niños-soldados espartiatas—), sino por razones coyunturales más dolorosas: Con el 90 % de los presos detenidos “in flagrancia” por la sacrosanta policía bonaerense —o sea sin intervención previa de fiscales ni jueces—, con una población carcelaria donde más del 60 % de detenidos lo está con prisión preventiva, (“procesados sin condena”, ergo inocentes de acuerdo a la Constitución Nacional) y con un 99,9% de presos pobres o marginales, tengo derecho a discrepar con su frase de “algo malo habrán hecho”, salvo que lo malo que hicieron fue haber nacido pobres. Mucho más discrepo con la mentalidad colonizadora de disfrutar del canto de misa en los centros de tortura. No es casual que cuando sucedió la mayor represión estatal de la historia de la provincia de Buenos Aires los días 31 y 1 de noviembre de 2020, Espartanos no haya dicho ni hecho nada por ayudar a los más de 1500 pibes mutilados y torturados (informe oficial de la CPM del 20/11/20). La Unidad 48 de San Martín, sede de dicha ONG, sufrió la destrucción total del espacio de estudiantes universitarios sumado a traslados masivos, traslados que no perjudicaron en nada al pabellón de Espartanos. Fuimos muy pocos los civiles que luego de la masacre no sólo denunciarnos estos hechos (lo leerán más adelante), sino que nos pusimos a disposición de miles de familiares para intentar encontrar a los presos mutilados y capeados (capear es secuestrar por violencia y de noche a un preso y trasladarlo a unidades penitenciarias en el medio del campo a cientos de kilómetros de sus familias), mientras que la única manifestación de Espartanos puede leerse al día de hoy en su cuenta de Facebook: El día 2 de noviembre (mientras todavía en toda la provincia y en la U48 de San Martín seguían torturando pibes), Espartanos subió un posteo **festejando el cumpleaños de Coco Oderigo**. El hecho de que el principal responsable de las torturas, el Jefe del SPB, Xavier Areses, se presente y fotografíe declarándose amigo personal de Coco Oderigo, tampoco suma a mi aprecio por dicha ONG. No obstante, lo expuesto, valoro que al menos algunas decenas de presos consigan trabajo en las empresas vinculadas al Opus Dei que ellos patrocinan y que dentro de un centro de tortura existan espacios donde muchos presos puedan leer, estudiar y jugar algún deporte, sea rugby o el que les plazca. Lamentablemente por decir estas cosas los periodistas hacen muecas al momento de alabar mi trabajo dando por sentado que mi tarea tiene como

objetivo la reinserción del preso. Enorme es su sorpresa — y muchas veces su disgusto —, cuando les respondo que me chupa bien chupado un huevo el concepto de “reinserción”. Mi tarea no es hacer una película de superación personal a lo Hollywood, donde gracias al esfuerzo individual, un hombre marginado se abre paso en una sociedad racionalmente competitiva hasta llegar al éxito, éxito que en las películas siempre se traduce en un buen trabajo, un buen auto y una esposa hermosa, blanca y rubia a la puerta de un hogar hipotecado en un banco de Connecticut. Toda esa mierda que se la queden los adoradores de la meritocracia. Ni bondad, ni caridad, ni paternalismo idiota. Hago lo que hago porque la educación es un derecho que se le niega a un tercio de la población de mi país y esa situación me subleva y encabrona. Punto.

La educación que practico debe mantener un tenso equilibrio entre la teoría y la praxis. La teoría no puede quedar sólo para los libros. La acción y el logos deben interactuar en el territorio. Pero mi concepción de “acción”, no va de la mano de “resultados exitosos”. Mi acción docente no se fija metas utilitaristas. No sigo una filosofía “práctica”. No comulgo con filosofías de la conducta, filosofías que buscan la felicidad o la autosuperación. Eso lo enseñan los neo-estóicos y los pensadores pragmáticos tan en boga en estos tiempos. Mi militancia tiene como objetivo, primero pensarme y pensarnos. Al pensarme me hago preguntas. Preguntas que no obtienen respuestas. Al no conseguir respuestas, sigo pensando, angustiado, pero con voluntad de seguir pensando. Esa filosofía, la de las preguntas sin respuestas, la de la angustia de un mundo sin un centro, sin un orden, sin una verdad (pero con verdades que defender), esa filosofía es la que practico. Y al practicar esa filosofía combato el mediocre pensamiento binario que es la base de una sociedad donde el racismo es la regla. No soy docente por razones morales. Enseñar literatura y filosofía no es un fin utilitarista. No todo en la vida está determinado por el carácter práctico de sus resultados. Enseñar a “pensar” tal vez no tenga un fin práctico. Tal vez sea una pérdida de tiempo para muchos. La mayoría de las personas desean que yo enseñe para que los chorros cambien y sean mejores personas ¿Qué significa ser buena persona? ¿No ejercer violencia es ser buena persona? ¿El Estado Argentino con sus leyes cartesianas es “bueno” asesinando tres personas por semana en las cárceles? ¿El preso argentino será tan bueno, justo y civilizado al

reinsertarse como buena persona luego de sobrevivir años de tortura estatal? Si esperan eso de mí, es hora de que abandonen este libro. Quienes pretenden eso de mi proyecto están proyectando en mí al colonialista que llevan dentro, porque hay que decirlo con todas las letras: aspirar que un detenido en un espacio creado para la muerte sea “normalizado” y transformado en un operario “económicamente productivo” para una sociedad que lo desprecia, es repetir el esquema de una clase colonial y racista. Eso hicieron los conquistadores y los evangelizadores y es bueno que todos sepan que no soy ni conquistador, ni sacerdote, ni pastor.

El amor por la lectura, por pensar y por pensarse no tiene que estar atado a contratos explícitos ni implícitos. Leer, cultivarse, pensar, no garantizan ser una buena persona: Heidegger, tal vez el filósofo más importante del siglo XX fue nazi; Céline uno de los escritores más influyentes de la historia francesa era antisemita; el Mahatma Gandhi golpeaba a su mujer y abusaba sexualmente (sin coito) de sus amigas mujeres, describiendo minuciosamente en sus cartas las jornadas nocturnas junto con decenas de niñas y adolescentes desnudas para fortalecer su control libidinal; Rousseau tuvo cinco hijos destinados a una muerte segura ya que fueron abandonados en asilos pestilentes mientras él se dedicaba a pensar la libertad y la modernidad; Borges, el mejor escritor argentino de todos los tiempos, defendió a Pinochet y a Rafael Videla; el premio Nobel Vargas Llosa reconoció su giro a la derecha y su defensa a ultranza del neoliberalismo luego de haber conocido personalmente a quienes él considera dos íconos revolucionarios de la cultura occidental: Ronald Reagan y Margaret Thatcher. Puedo seguir con ejemplos similares por cientos de hojas. Lectura y moral biempensante es una hermosa impostura de la civilización judeo-cristiana. Militar por la lectura y el pensamiento no significa ser cómplice de la hipocresía de quedar bien con una sociedad que tiene leyes que castigan solamente a los pobres y que inventó cárceles donde mueren hacinados tres presos por semana. Esa sociedad que marginó a los marginales, no puede reinsertar a los que nunca tuvo insertos. Esa sociedad desea que mis clases generen cuerpos dóciles para ser económicamente productivos, como decía Foucault. La productividad económica de mis alumnos, de mis compañeros, es algo que ellos deberán definir y decidir una vez que estén en libertad, luego de pasar por un proceso introspectivo. Ese proceso debería

contar con la presencia y el apoyo de infinidad de actores e instituciones públicas que brillan por su ausencia. Hasta allí llego yo. Hasta allí llega el pensamiento. El pensamiento crítico tal vez nos haga un poco, un poquito más libres de las ataduras de una sociedad enferma como la nuestra.

Tomo nota que tal vez no contesté la pregunta que formulé párrafos arriba ¿Por qué hago lo que hago? Lo hago porque puedo. Porque todavía puedo.

UN CAMPO INFINITO

Por Nico Almeida

Creí que por ser éste el peor de mis recuerdos me quedaba con la peor parte, y al ver la escena completa me apenaba de mí mismo. La verdad, es que mi madre fue quien se llevó consigo la peor parte. Dueña de una sonrisa eternamente contagiosa y poseedora de tantas pecas como se es posible tener, de estatura pequeña pero robusta, de semblante café y su cabello castaño oscuro que cada tanto se entremezclaba con canas plateadas. Imposible olvidar de ella un centímetro. Por mucho que uno intente un recuerdo me lleva a otro, y a otro y al final siempre es uno que atrapa, tortura y ahoga. Mi padre, quisiera omitirlo, pero es necesario para completar así esta historia. Recordar a ese hombre es imaginar manos crueles, llenas de odio, que al cerrar su puño formaba un yunque que hasta hacía un tiempo aplastaba mi vida entera. Por aquel entonces transitaba yo los nueve años de edad, y no del todo comprendía los por qué y ni aún lo hago. Éramos cinco hermanos, Débora de dos años y Angi de cinco eran las pequeñas, mientras que Gaby de 14 y Antonela de 13 eran los mayores.

La noche en la que nuestras vidas se fueron al diablo, sólo estábamos Débora y yo en casa con nuestros padres, porque los demás prefirieron quedarse en casa de mi tía que vivía a unas tres cuadras cruzando el baldío. Era domingo, verano y como cada fin de semana mi padre desaparecía para beber y debíamos, luego, buscarlo por las calles, plazas y kioscos veinticuatro horas que vendiese alcohol. Mayormente lo hallábamos golpeado y otras veces muy golpeado, pero lo mejor era siempre encontrarlo dormido porque si nos veía merodear, la cólera lo invadía y, a insultos, sopapos y patadas nos llevaba a casa y nos encerraba con candado hasta la hora que a él se le antojaba. Los días de la semana parecían normales, pero al llegar el viernes todos temblábamos y es por eso que también los mayores preferían quedarse con la tía. El olor a alcohol en mi padre nos advertía que cosas in-

evitables ocurrirían. Que mi madre saliera ilesa, sin moretones o con la boca llena de sangre en esos días era un triunfo. Lo que producía la mezcla de bebidas y celos injustificados en el cerebro de mi padre, le afectaba directamente a mamá. Generalmente usaba sus manos y sus pies para golpearlos, pero si algo útil se le cruzaba en el camino, improvisaba sin medir jamás una sola consecuencia. Esa noche la pelea comenzó por la comida, quién sabe si poca sal o qué, pero cualquier motivo siempre fue buen motivo para enojarse. Primero tomó el plato con polenta, y se lo arrojó a ella que se encontraba justo en el otro extremo de la mesa, y sólo un buen reflejo apartó a mamá del recorrido del plato, antes de incrustarse contra la pared. Como el tiro falló, aún no estaba conforme, entonces se levantó de la silla dejándola caer sin importancia y rodeó la mesa como un león asecha su presa, al mismo tiempo que mi madre nos apuraba a encerrarnos en su habitación que era la única que tenía puerta.

En ese momento, tomé a Débora en mis brazos y corrimos a encerrarnos. La súplica de mamá era sepultada por golpes con sonidos apagados, eran los puños de papá en su estómago quizá. Creo que si hubiera tenido por un segundo la oportunidad de gritar, alguien tal vez, acudiría para ayudarnos, pero eso jamás pasó. Se escucharon vidrios estallar y cosas caer al compás de la tortura, cuando noté que las voces se alejaban hacia el fondo de la casilla. De un momento a otro dejé de oír la voz de mamá, ya solo eran insultos de él y golpes. Alcé a Débora nuevamente, respiré como si el aire me diera valor y salimos por la puerta del frente rumbo a casa de mi tía. Para llegar allí debíamos atravesar un campo muy oscuro que nos aterraba el sólo pensar tener que cruzarlo, pero eso no importó. Corrí con Debo en mis brazos, un campo que sólo era iluminado por una gran luna plateada. El trayecto se hizo infinito, ya no podía correr, a duras penas lograba sostener a mi hermana. La angustia y las lágrimas me ahogaron rápidamente y caí de rodillas, pero nunca soltaba la nena. Largué algunas lágrimas y como un resorte me volví a levantar y, aguantando la respiración, logré terminar de cruzar el campo. Llegando al fin a la luz de la calle. Hay quienes resaltan mi valor, en cambio yo sigo viendo a un cobarde por dejar sola a mamá con ese animal.

El forense encontró el mango de una antigua bomba de agua junto al cuerpo de mi madre, ambos bañados en la misma sangre. Tal vez quisieron ellos usar el optimismo al decir que falleció en el primer golpe con aquel hierro, pero sólo lograron aclarar mejor la imagen de

aquella cizaña. La bestia que tuve como padre, fue encontrado en su cama dormido, también empapado en sangre que no le pertenecía. Fue condenado a reclusión perpetua, pero eso no cambiaba nada.

Con el tiempo la calle terminó de criarme, comencé a consumir cualquier cosa que me alejara de la realidad. Las armas me daban ahora cierto control de todo, un control despótico para muchos, pero en mí provocaba una calma única. Si tan sólo hubiera podido tener una pistola y a mi padre en frente, todo sería tan bello, pensaba.

Un día, saliendo de un violento robo, me encontré rodeado de policías y descargué mi pistola contra aquellos que no me dejaban huir. Terminé así también en la cárcel. Han pasado ya dieciséis años desde aquel día y sigo preso. Nadie murió en el robo ni tampoco en el enfrentamiento con la policía, pero mi pena se agravó diez años más. Encontré a mi padre aquí dentro, y ahora sí, al fin, yo descanso en paz.

Nicolás Almeida. *Cuento Un campo infinito* del libro *Ni una menos en el pabellón 4*, Ed. Cuenteros, verseros y poetas (2018). Disponible gratuitamente versión PDF en link de primer posteo del Facebook: Editorial Cuenteros, verseros y poetas o en nuestro blog cuenteros-verseros.com.ar

Capítulo III
LA DELGADA LÍNEA ROJA
(2012)

“Alberto, tené cuidado. Uberti es tumbero” me dijo al oído Santiago cuando me estaba retirando del pabellón “Boludo, relajá. Ya sé que es tumbero” contesté “Entonces ponete pillo porque puede ser una tumbeada amigo. Con el Perro no se jode. Puede rompernos el pabellón y hasta pegarte un corchazo, si quiere” “Tranquilo amigo. Voy a tener cuidado”. Me abrazó fuerte e insistió pegando su boca todavía más a mi oreja “No le des cabida. Te va a joder la vida”. Santiago me quería. Santiago no quería a mucha gente, de hecho, no se quería mucho a sí mismo, pero a mí me quería. Y Santiago estaba preocupado. No le gustaba nada que me reuniera con el jefe del penal, con el Perro Uberti. Según él, Uberti me estaba “tumbeando”, o sea me estaba preparando una emboscada para que me rajen a la mierda o me pase algo. Yo también pensaba lo mismo que Santiago, pero si das clases de filosofía y literatura en una cárcel y el jefe del penal “señor de la guerra”, quiere reunirse con vos, bueno viejo, por más tumbero que sea “el gorra”, tenés que reunirte.

Creo que Santiago exageraba cuando decía que el Perro podía pegarme un corchazo. Poder, podía, por supuesto que podía, tenía fama de *duro tiempo completo*, pero desde mi perspectiva era inadmisibles que el Perro atentara contra mi vida. El principal argumento era porque el Perro no era boludo. Eliminar un burguesito que encima es abogado trae muchas, muchas complicaciones. Mi eliminación traería un ruido mediático que repercutiría principalmente en el Servicio Penitenciario. Por el contrario, romper un pabellón o hacer matar uno, o varios presos es mucho más fácil y produce desde la perspectiva perversa del sistema, mejores resultados que pegarme un tiro. Santiago temía por el pabellón, pero también temía por mi vida. Santiago estaba equivocado. Yo sigo vivo, pero

Santiago, con su amor incondicional por Nietzsche, con su pulsión autodestructiva, con su adicción a las pastillas y con la flagelación de centenares de demonios internos, morirá a los pocos meses de dicha advertencia. Según la versión oficial, Santiago murió en un penal bonaerense acuchillado en una reyerta entre internos.

Transcurría el año 2012. Eran épocas en donde matar presos era fácil (en la actualidad también, aunque cuidan algunos detalles más). Es muy sencillo hacer matar presos. En un centro de tortura donde el hacinamiento y la carencia de higiene, salud, alimentos y comunicación es la regla, cualquier maquinación es efectiva para que los rehenes del Estado se maten entre sí. El SPB conoce todos los expedientes de los presos aún sin leerlos. Los presos una vez que entran en el circuito tumbero raramente pueden salir. Para sobrevivir deben tejer alianzas, pactos, deudas y acreencias de todo tipo. Todos se conocen, son todos parte de una misma historia. Con esa información y el mandato discrecional que el cobarde Poder Judicial le otorga al SPB, se le hace muy fácil a un Jefe de Penal o a un Director de Unidad mezclar bandas enemigas en un mismo espacio y que se eliminen entre sí. Los resultados están a la vista, la muerte de tres presos por semana no es desidia, es decisión política (Para ahondar esta temática les recomiendo la lectura de dos libros excelentes de nuestra editorial: *Desde adentro* en donde las propias víctimas del sistema explican autobiográficamente lo que significa vivir en un centro de tortura y *Juguetes perdidos*, donde narran sus experiencias en institutos de menores).

Pero la principal arma de muerte selectiva que posee el SPB, se da cuando a dicha clasificación de presos destinados a morir en pabellones letales se le suma la espada de Damocles que son los traslados ininterrumpidos ¿En qué consiste? Vos sos jefe de penal o director de una unidad y tenés un grupo de presos conflictivos o renuentes a participar o compartir negocios ¿Qué hacés? Les armás una causa para tener una excusa legal y conseguir la orden judicial de echar a todos los presos que no te gustan. ¿Cómo les armás una causa? Supongamos que recibís en tu unidad a cinco presos conflictivos de una bandita de Lomas de Zamora. Entonces los mandás transitoriamente a un pabellón donde hay veinte pibes de una bandita enemiga de Lanús que te están complicando el penal. A los cinco minutos empieza el combate y el Jefe de Penal sólo tiene que dejarlos pelear unos minutitos para ingresar con la guardia

armada que reprime y redacta un acta en donde dejan constancia de los nombres de todos los que tengan alguna lastimadura. Todo aquel que querías expulsar y no sufrió lesión alguna en la pelea, los lastiman los propios guardias en ese momento para que puedan acreditarse las lesiones y listo. Con esa tumbada (emboscada, engaño, trampa), ya podés pedir formalmente que trasladen en forma urgente a esos internos a otra unidad carcelaria.

Tengamos en cuenta que, para los presos, cualquier traslado es una ruleta rusa. Cuando te suben a un camión de traslados te colocan junto con diez o quince pibes todos esposados junto con los monos (pertenencias personales), de cada uno. Los viajes duran muchas horas, a veces días. A los cinco minutos de haber arrancado todos los trasladados ya se sacaron las esposas (sacarse las esposas es un arte que sorprende. He visto con la rapidez que lo hacen. Usando un alambre, un clip y hasta un mondadientes un interno puede sacarse las esposas en menos de diez segundos) y comienzan a atacarse o defenderse los unos de los otros de no ser robados, violados o asesinados, según la cantidad de pastillas que hayan consumido. Eso es un traslado normal. Pero si a lo expuesto, dicho traslado tiene como destino un pabellón donde te esperan veinte enemigos, el interno sabe que la suerte está echada y actúa en consecuencia. Genera violencia para que lo bajen del camión en cualquier otra parte, y es en ese momento, donde ocurren los peores desastres.

¿Es muy difícil para el SPB saber dónde están los enemigos de cada detenido? Es lo más fácil del mundo. Como ya he dicho, los presos y los guardiacárceles se conocen casi todos. Es sorprendente la memoria que posee la mayoría de los directores y los jefes de penal. Saben la historia completa de sus internos, pese a que los mismos pueden ser más de mil por unidad. Poco importa que los presos cambien sus apellidos para que no les unifiquen causas o descubran reincidencias. Los viejos penitenciarios los descubren sólo viéndoles las caras. Conocen sus historias porque ellos han hecho carrera penitenciaria a la par que los presos hicieron su carrera tumbera. Han convivido años y años, reja de por medio. A ese conocimiento que brinda la experiencia tenemos que sumarle el aporte del “espionaje interno”. La gente de inteligencia del servicio penitenciario bonaerense no es gente glamorosa como la que aparece en las películas de James Bond. Son más sudacas, pero segura-

mente más eficientes que los flemáticos agentes del MI6 británico. La gente de inteligencia del servicio penitenciario está compuesta en forma exclusiva por internos buchones del SPB que cobran en especie: pastillas, comida, protección, sexo o tarjetas telefónicas.

Quien me invitó a charlar fue el Jefe del Penal, que es una jerarquía inferior y distinta al de director ¿Cuál es la diferencia entre el director de unidad y el jefe del penal? En los centros de tortura los presos suelen apodar al director de la unidad carcelaria como “el dueño del circo”. El director es el responsable de todos los miembros del servicio penitenciario de la unidad penitenciaria y debe rendir cuenta por todos sus subordinados. Pero los directores de unidad no nombran a sus subordinados. Los cargos y los puestos jerárquicos (subdirector de la unidad, jefe de seguridad, jefe de requisa, jefe de sanidad, jefe de tratamiento, etc.), los deciden desde Jefatura del SPB. En los hechos concretos, el segundo puesto más importante en una unidad es el del Jefe del Penal, quien es el responsable de todo lo que ocurre dentro de los pabellones. Recordemos que la cárcel tiene un área administrativa, por lo general ubicada al frente del edificio. A medida que uno sigue ingresando en el espacio edilicio, traspasa varias guardias armadas para pasar al área penal propiamente dicha, o sea el lugar donde están los presos. Esa zona es la zona administrada por el Jefe del Penal. Es el área roja de los centros de tortura. Muchas veces ocurre que los Jefes del Penal tienen tanto o más poder que los directores. Mucha gente cree que a los presos se les asigna pabellones de acuerdo a un dictamen judicial basándose en sus antecedentes, su peligrosidad o su delito. Eso es falso. Al preso se le asigna el pabellón que negocie mano a mano con el Jefe del Penal. El Perro Uberti era el poder dentro de la unidad. Llevaba muchos años en la misma, siendo que el director, el “Mostro Sanchez”, si bien era experimentado, había asumido en su cargo hacía pocos días y se cuidaba de no joderle la vida ni los kioskitos al jefe de penal. El Mostro, como buen zorro viejo, no quería patear hormigueros sin saber con cuantas hormigas se iba a encontrar. Mi relación con ambos funcionarios era nula. Sanchez era un recién llegado que no me había convocado nunca, y con Uberti durante años el único contacto había sido un “hola” o un “chau”. Pero ese día el Perro Uberti me citaba en su despacho y no sería solo para saludarme. Allá voy.

Para salir del pabellón tengo que acercarme a la reja principal, apoyarme contra la misma y pegar el grito clave: “¡Encargado del 4! ¡La gente de la calle tiene que salir!” El encargado del 4 es el agente penitenciario que posee la llave del candado principal del pabellón. Hay tantos encargados como pabellones. En el caso de la unidad 23, en máxima seguridad tenemos nueve pabellones. Por esos años los pabellones de máxima se dividían así: Pabellón 1 y 2 eran pabellones de “hermanitos” o “siervos” (pabellones regentados por evangelistas). Pabellones 3, 4 y 5 “Población” (supuestamente la mierda más peligrosa del penal). Pabellón 6 y 7 también respondían a los evangelistas, pero con mayor conflictividad porque el pastor de estos dos pabellones estaba enfrentado al pastor del pabellón 1 y 2 por las comisiones que tenía que pagarle al SPB. El Pabellón 8 era un pabellón de “transitorios”, o sea los presos que estaban algunos días, o a lo sumo algunas semanas, esperando subir permanentemente a otro pabellón o a un camión de traslado que los lleve a otra unidad. El pabellón 9 era un pabellón de aislamiento. Esos pabellones son lo peor de lo peor, porque son catacumbas al mejor estilo medieval. Son los famosos buzones de castigo. Al pabellón 9 mandaban (y en la actualidad mandan) como sanción de aislamiento a los internos que cometieron actos graves o a aquellos que voluntariamente se esconden allí para protegerse de posibles ataques. Es una situación humillante e inhumana. Los internos pueden pasar en buzones, quince días, o seis meses sin salir ni siquiera un minuto de sus apestosas celdas de 3 x 3 mts. Todas las celdas de máxima seguridad del complejo Varela tienen ese tamaño. En ese diminuto espacio donde se alojan 4, 5 y hasta 6 presos, hay que restarle las tablas que usan de cama y la bacha de agua que hace las veces de inodoro y canilla para beber (los presos cagan y beben del mismo mobiliario de concreto. La bacha es el respaldo del inodoro). Si bien los alojados en buzones no tienen salidas al patio, tienen el “privilegio” de no compartir la celda con otros cuatro presos como ocurre en los restantes pabellones. Conozco un montón de presos que han pasado más de seis meses en esas condiciones. Es bueno recordar que todo esto que les cuento es algo que saben todos los jueces, fiscales, defensores públicos y funcionarios del Ministerio de Justicia Provincial. Ellos creen hacerles un favor al enterrarlos en tumbas a cincuenta grados en verano y a cinco grados bajo cero en invierno, durante muchos veranos y

durante muchos inviernos. Ellos llaman a eso, reinserción.

No pretendo aburrirlos con digresiones e interrupciones, pero desearía dedicarle un párrafo a la presencia de algunos actores sociales del “mundo cárcel”. La iglesia católica tiene una presencia ínfima en los centros de tortura. Pese a ello existe un cargo oficial de Capellanía Mayor con un presupuesto envidiable e innecesario. Durante 15 años el beneficiario de todo ese dinero fue el capellán mayor del SPB, el cura Eduardo Lorenzo quien fuera el confesor y confidente del sacerdote Julio César Grassi, condenado por múltiples casos de pedofilia. El padre Lorenzo fue un personaje nefasto y asqueante, despreciado por todos los presos, quien cobraba un suculento sueldo penitenciario hasta que tuvo que renunciar en el 2019, luego de ser ordenada su detención, por el delito de violación y pedofilia. Nadie lo va extrañar en las cárceles, pese a la hipocresía de cientos de católicos platenses que fueron a despedir sus restos en la misma parroquia Inmaculada Madre de Dios de la localidad de Gonnet, mismo lugar donde ocurrieron varias de las violaciones de los niños. La comunidad católica de Gonnet y el Arzobispo de La Plata, Víctor “Tucho” Fernández, permitieron y autorizaron ese revictimizante homenaje póstumo. Y pensar que muchos de esos puritanos vecinos son los mismos que dicen que la cárcel está llena de monstruos...

Quienes si tienen presencia en las cárceles son las iglesias evangélicas. En diez años de territorio en centros de tortura conocí a muchos pastores evangélicos dueños de pabellones. Si bien deseo aclarar que no me gusta para nada que un estado nacional le ceda soberanía educativa, judicial y espacial a organizaciones religiosas, también es justo que reconozca que muchos pastores realizaron y realizan infinidad de tareas con sensibilidad y humanismo únicos. También están los otros, los muchos que se dedicaron a contrabandear droga, abusar sexualmente y cobrar suculentas comisiones. Muchos que, amparados por la biblia, explotan a sus compañeros en categorías de siervos, consiervos, concertistas y atalayas, sólo para acumular poder político y económico al mejor estilo de kapos de los campos de concentración. Algo parecido viví con los punteros políticos de quienes puedo dar fe, tanto de loables gestiones para ayudar a familiares de presos, como a macabras extorsiones y propuestas ilegales que maquinaron. Sería reduccionista criticar binariamente a tanto a unos como a otros. El prejuicio de quie-

nes nada saben del enorme trabajo social de pastores y punteros, siempre se impone al menos en los medios de comunicación. Sirve de ejemplo la reiterada idea de asimilar los punteros villeros con los barones del conurbano. Eso es fruto del anacronismo y la ignorancia de nuestra sociedad que no pisa las villas ni las cárceles por temor a la dictadura del temor. Esa sociedad *puntero-barón* tuvo su etapa más promiscua en los noventa, hoy todo está mucho más capilarizado y atomizado. Hoy se imponen más “las punteras” que los punteros y puedo dar fe que el concepto de solidaridad lo aprendí luego de conocer a las heroínas de las villas que se encargan de alimentar y educar a miles de pibes en sus comedores compartiendo lo que no tienen. **Cuando hablo de cesión de soberanía en pastores evangelistas no es una opinión personal, es un hecho objetivo.** En la actualidad y según datos de la Procuración Penitenciaria de la Nación, más de un tercio de la población de las cárceles del país están vinculadas, administradas o supervisadas por pastores evangélicos. El primer pabellón evangélico se inauguró en Olmos en 1983, y esa práctica comenzó a popularizarse en la década de los noventa. Muchas veces son los propios directores de las unidades quienes convocan de buena fe a pastores evangelistas para que pacifiquen pabellones difíciles, pero otras veces alquilan pabellones a otro tipo de pastores para delegar protección a presos por delitos sexuales o para la compra y venta de droga. Con una población carcelaria que supera los cien mil presos es bueno hacernos preguntas sobre las consecuencias de esta cesión. Evangelismo y cárcel es una temática para otro libro, pero es una temática de análisis urgente que debemos abordar en profundidad, sin prejuicios ni binarismos, antes que sea demasiado tarde.

Regresemos al relato. Luego de despedirme de Santiago y del resto de los alumnos, lo primero que hice fue gritarle al encargado que me abra. Pese a que los encargados están tomando mate a menos de quince metros de la puerta del pabellón, no suelen reaccionar con mucha celeridad. De acuerdo a la buena, o mala predisposición, pueden tardar desde dos minutos o llegar a tenerme gritando media hora. A medida que uno lo llama, le agrega que quien sale es alguien de “la calle” o sea yo. De esa manera el encargado sabe que no es un preso el que reclama para salir del pabellón, sino un pastor evangelista y/o un posible funcionario. Luego de que el encargado se tome su tiempo para abrirme el candado, salgo del

pabellón custodiado por dos o tres compañeros coordinadores del pabellón 4. Esa custodia yo nunca la quise ni la pedí, pero los chicos al día de hoy la siguen realizando. Lo hacen por dos motivos: uno afectivo, ya que los coordinadores son amigos cercanos. El otro motivo es por seguridad: el área más vulnerable para un ataque por encargo del SPB o de un preso antichorro, es el trayecto de mi pabellón hasta la salida del área de máxima seguridad. Por esa zona circulan todo el tiempo un montón de presos con facas escondidas en sus remeras. Ese día en particular salí custodiado por mis amigos Carlos Mena y Ángel Araujo. Caminamos por el “pasoducto” hacia el control de pabellones. Las cárceles actuales no se diferencian demasiado del panóptico diseñado por Bentham en el siglo XVIII. Los pabellones son como brazos de una estrella o media estrella cuyo centro es el control de pabellones, centro desde el cual uno tiene una mejor visión de todas las puertas de los pabellones. Una vez en el control me despedí de mis compañeros y me anuncié para que me reciba el jefe del penal, quien posee su oficina a diez metros de la sala de control, apastosa salita circular de visión 360 con cuatro sillas en donde se reúnen a tomar mate los “escopetas” —personal armado— y los responsables del monitoreo, quienes poseen una computadora con un solitario en su pantalla. Mal acomodados por los rincones poseen cinco monitores que deberían mostrarnos por medio de cámaras lo que ocurre en los pabellones, pero que nunca muestran nada porque nunca funcionan.

A los pocos minutos de anunciarme, se acercó un preso de más de cincuenta años con una pava en la mano, me dijo que lo acompañe. Al llegar a la puerta de la oficina de Uberti, golpeó dos veces “¿Quién es?” contestaron “Soy Hipólito. Traigo a Sarlo” contestó el detenido. “Pasen, pasen”. “Pase doctor” me dijo Hipólito. A Hipólito lo conocía de vista. Nunca se lo veía en los pabellones de máxima seguridad porque estaba condenado por violación. Todos sabemos que si se alejaba mucho del área de control lo mataban. “Sarlo, querido, como andás” fue lo que me dijo el Perro ni bien ingresé. Gustavo Uberti medirá un metro sesenta y cinco y pesará cerca de cien kilos. Es morucho, panzón y tiene un rostro picado por la viruela. Es el prototipo de personaje malo de la típica película xenófoba de Hollywood en donde los narcos y asesinos siempre son latinos con cara ladina. Uberti se dirigía a mí como si lo conociera de toda la vida, pese a que era la primera vez que nos sentábamos a charlar.

Me presentó a dos suboficiales que lo acompañaban en su despacho y luego les pidió que se retiren para poder hablar conmigo. Eso fue lo primero que me llamó la atención. En su despachito Uberti trabajaba junto a dos oficiales del servicio penitenciario a quienes les pidió que se retiren para tener más privacidad, pero Hipólito, que era un preso “refugiado” se quedó toda la reunión junto a nosotros, tomando mate y asintiendo a cada afirmación que hacía el “Perro”. Los “refugiados” son secretarios todo terreno de las jerarquías del SPB. Por lo general son violadores como Hipólito, pero también hay femicidas, abusadores, homicidas o narcos, o sea presos que deben tener mayor protección ya que de relacionarse con la población carcelaria morirían en pocos minutos debido al tipo de crimen que cometieron.

“Sarlo, te mandé llamar para que nos conozcamos y para saber si necesitás algo para el pabellón”. “Bueno, Uberti, el lunes vinieron los de la requisa y se les cayó agua arriba de una de nuestras computadoras. No estoy acusando a nadie, pero estaría bueno que tengan más cuidado con las compus. Hoy traje unas nuevas, y la idea es que duren un buen tiempo, porque nos son baratas” “¿Pero ustedes tienen computadoras adentro del pabellón?” “Sí, Uberti. Hace dos años nos autorizaron. Tenemos tres computadoras y una impresora” “¡Una impresora! ¡Fahh loco! Ustedes se van para arriba, che...” “Sí, la traje hace dos años ¿No la vio? Es una Epson Multifunción, la verdad nos viene bárbaro para imprimir los cuentos infantiles” “Sarlo, tuteame por favor tuteame. ¡Ustedes editan cuentos infantiles con impresora láser! Unos capos” Tenía que venderle el producto, siempre vendiendo para que no nos baje el precio... “Laser, laser, no sé si es, pero es un aparato de impresión profesional. El año pasado con esa impresora sacamos seiscientos libros a la calle y este año quisiéramos sacar más. Por eso es importante que la gente de requisa tenga cuidado con nuestras cosas. Yo hablé con Pedernera y me dijo que no sabía nada. La verdad es que estoy un poco caliente, pero bueno, supuestamente no se va a repetir” “Tranquilo Sarlo, el gordo Oscar es tumbero como yo. A veces se le va la mano al gordo, pero es buena leche. Voy a hablar con él. No vas a tener más problemas con la requisa. Yo no sabía nada de lo de los libritos infantiles. Cómo siempre te veo pasar con traje y corbata pensé que eras un pastor y que dabas clases de biblia”.

El Gordo Oscar Pedernera era el Jefe de Requisa, un tipo todavía más pesado que Uberti. Si bien era probable que el Perro Uberti no tuviese la más mínima idea de que se trataba mi proyecto, de inmediato me di cuenta de cómo venía la mano. Las compus arruinadas por la gente de requisa había sido un atentado de Uberti para marcar la cancha. Había sido un mensaje implícito que, con esta reunión, se hacía explícito ¿Clases de biblia? ¿Un pastor que da lecciones de biblia? Uberti quería verduguearme frente a Hipólito, cuya función en la tertulia era la de dar testimonio de la manera en que el Perro humilló al boludito de Sarlo. Estaba dispuesto a soportarlo si eso significaba que no me romperían las nuevas computadoras de reemplazo que había donado. Me resigné a jugar el jueguito tumbero. Tragarse estos sapos son parte de “hacer territorio”, de alfabetizar, de enseñar filosofía. Es lo que hay.

Hipólito me ceba otro mate. Uberti nos cuenta un chiste que escuchó esa mañana. El chiste es malísimo. Todos nos reímos “Pero en serio Sarlo. ¿No necesitás nada?” Esa pregunta en la confidencia de una chara sin otro testigo que su “secretario”, era una invitación a asociarme en alguno de sus negocios y de incluir en esa sociedad el mercado de consumo del pabellón 4. Decidí eludir la propuesta dándole un valor agregado a mi proyecto para que Uberti no advierta la desprotección en la que habíamos caído “No gracias, Uberti. La verdad que todo bien. Estamos terminando de leer todos los cuentos y poemas del concurso nacional, así que los pibes están laburando a full. Desde el Ministerio de Justicia nos apoyan un montón porque quieren venir a filmar la entrega de premios” “¿Van a filmarlos por un Concurso? Nadie me dijo nada. Yo no sabía nada del Concurso Sarlo” Su sorpresa era real. La lectura de cuentos y poesías para el Concurso Nacional también era un hecho real. La filmación una mentira piadosa. Cholulismo mata facho. “Son concursos que hacemos todos los años. Nos mandaron más de mil cuentos y poemas de todo el país. Tenemos que leerlos todos y elegir un ganador” “Una bocha... ¿Y esos negros leen? Ja, ja ¿Escuchaste Hipólito? ¡Los guachines del 4 hacen concursos como los de la tele!” “Tres de ellos son jurados, Uberti. Los leemos todos, nos juntamos para decidir cuáles son los mejores y después de seleccionar algunos le pego una leída y votamos lo que nos parece mejor. Hay mucho personal del servicio penitenciario que mandaron muy buenos cuentos” “Pero qué ¿También podemos participar

nosotros?” El Perro Uberti no tenía la más remota idea de lo que se hacía en el Pabellón 4. Su única función, su único laburo es cuidar pabellones siendo que en uno de esos pabellones se fundó una editorial, se instaló una biblioteca, se creó una sala de edición con computadoras e impresoras y se organizan concursos nacionales de literatura y el responsable de todo eso no tenía ni idea de lo que se hacía. Bienvenido a mi mundo.

“Sarlo, aprovecho para avisarte que mañana están ingresando a tu pabellón los hermanos Reveco, eran cachivaches, pero ahora se rescataron. Ya no quieren más joda. Ayer hablé con el Flaco Guille y me dijo que no había drama, me dio el pase. A los Reveco los apalabré y me hicieron la segunda. Yo soy un tumbero de ley y ellos lo saben. Se comprometieron a laburar con vos. Respondo por ello y no te juego por atrás ¿Está bien?”

La puta madre. Santiago tenía razón. Me están tumbeando. El Perro Uberti quiere meter gente de su confianza dentro de mi pabellón. Para carpetearme (espiarme), para armar algún kiosquito o simplemente para tener gente de confianza en un pabellón del cual desconoce todo. Encima me dice que habló con el Flaco Guille. Guille es mi amigo, es uno de los presos coordinadores del proyecto. Si no me dijo nada es para no preocuparme. Guille, Ángel y Carlos consideran que no tienen que pasarme esos problemas a mí, pero la realidad es que me hubiese venido bien que me avisaran “Todo bien Uberti, gracias por comunicármelo, pero no hacía falta. Ustedes, junto con los limpieza son los que deciden quienes ingresan, en eso, yo no tengo nada que ver. Yo lo único que tengo arreglado con el director es que no trasladen a los alumnos míos. En eso te pido por favor que estemos atentos porque a veces vienen a la noche a trasladar gente y ya me han sacado chicos que venía formando desde hace meses y que fomentan la lectura dentro del pabellón. Cada vez que me sacan uno de esos pibes nos parten al medio” “Estoy al tanto del listado Sarlo, yo no toco a ninguno de tus pibes” Hipólito seguía cebándonos mate mientras la tumbada se gestaba. Yo quería irme cuanto antes. Yo no sirvo para esto. No sirvo para la política, mucho menos para la política tumbera. No sirvo, pero tengo que jugar. Si no juego soy pollo, como dicen los pibes “Bueno Uberti, me voy yendo”. El Perro se levantó me abrazó y me dio un beso en la mejilla. “Sarlo ¿Estás seguro que no necesitás nada?”. “Nada Uberti, nada”.

Antes de retirarme me acerqué a la reja del pabellón 4 y le grité a Carlos que me llamara en media hora porque tenía que decirle algo importante.

“Van a meter gente pesada” le dije cuando me llamó “Ya la metieron” me contestó. “Me dijo el Perro que el Flaco Guille dio el pase” manifesté esperando una explicación que no tardó en llegar “Si. Habló con Guille y nos dijo que eran pibes que quieren cambiar. Vos sabés Alberto que mi política es bancar a los sufridos. Estos pibes son jodidos, pero yo era mucho más jodido que ellos. Tenemos que darles una mano. El Perro no pidió nada a cambio, si lo hubiese hecho nos hubiésemos parado de manos. No es boludo el Perro, sabe que no transamos con la gorra” “Bueno dale, cualquier quilombo avisame” dije por decir algo “Si se pudre te llamo. Pero vos tranqui. Yo voy a solucionar este bondi” Mintió Carlos.

Carlos nunca me llamó ni me llamaría por un quilombo en el pabellón. Carlos fue coordinador del proyecto durante más de cinco años. Desde el año 2010 hasta que fue trasladado del pabellón a mediados de 2015 a un régimen semi abierto en la unidad 24, Carlos fue un coordinador que asumió infinidad de problemas, atentados y peleas, sin darme traslado. Yo podía ver sangre, podía olfatear animosidad entre los diferentes “ranchos” (grupos), pero Carlos siempre me decía que la cosa estaba controlada. Esos conflictos se resolvían puertas adentro mediante asambleas generales y mediante mateadas individuales, gestadas por Carlos. Por más que yo fuese su amigo, era claro que yo no vivía en el pabellón. En algunas situaciones, por más que quisiera ayudar, era imposible que tuviera participación.

Al otro miércoles di la clase, pero el grupo era reducido y estaba muy disperso. Era obvio que durante la semana hubo rock and roll. También era obvio que había corrido mucha pastilla ¿Cómo me doy cuenta cuando mis alumnos se drogan con pastillas? Por los ojos y por las ausencias. Cuando tengo muchos alumnos que no vienen a las clases que organizamos en la cocina del pabellón, es porque tengo muchos alumnos con resaca de falopa. Y si encima los pocos que vienen tienen los ojos dilatados y rojos como rubíes es porque la cosa estuvo densa. Desde que entraron los Reveco al pabellón, Santiago había empezado a faltar a mis clases. Santiago en la calle se había pasado de paco. Cuando ingresó a nuestro pabellón lo habíamos cuidado y rescatado, pero era un adicto con recaídas

recurrentes y ahora se había pegado a los Reveco, y los Reveco conseguían pastillas que les vendía Uberti por medio de Hipólito. Carlos me decía que me quede tranquilo. Qué él se iba a encargar de enderezar al pabellón con diálogo y empatía, como le gusta decir a él. El pabellón estaba complicado. Mi única carta de presentación, mi único aliado en el proyecto es tener un pabellón en paz. Ya lo dije, pero es bueno repetirlo: Como mi proyecto no existe en ningún papel legal, como nunca reglamentaron mi proyecto, no tengo más derecho a entrar al pabellón 4 que la buena onda de los directores de la unidad, gente con pésima predisposición para con todo civil metido en un lugar en donde los civiles son mala palabra. Pero a los directores de unidad se los cambia como calzoncillos y con cada nuevo director recomienzo una nueva ronda de diálogos y presentaciones en donde miento un poco, exagero mis logros y enumero una falsa lista de contactos mediáticos, confundiendo al nuevo funcionario quien por lo general prefiere mantener las cosas como están hasta que se asiente en el gobierno de la cárcel. Y así vengo sobreviviendo durante diez años por no tener padrinzago alguno, por no tener a nadie en el Ministerio de Justicia que me atienda el teléfono y nadie en la Jefatura del Servicio Penitenciario me dedique ni medio segundo. **De alguna manera, la única razón por la cual los distintos directores de la unidad permiten que siga dando clases es por tradición.** Yo ya estaba en la cárcel antes de su llegada y todos dan por sentado que sobreviví tantos años es porque tengo a algún amigo político en las sombras. Está claro que yo juego un poco con ese mito, alegando supuestas reuniones en la Suprema Corte y mentiras parecidas. Ese es la principal razón de mi subsistencia. Esa y también el hecho de que mi pabellón es un pabellón que no les genera ni muertos ni heridos. Que un pabellón de población no tenga ni muertos ni heridos por años, es una especie de milagro, y se ve que yo me especialicé de alguna manera en militar “milagros”. Los directores advierten que, si no se generan peleas en mi pabellón, ellos pueden dedicarle más tiempo y más personal a los pabellones conflictivos. El pacto implícito con los penitenciarios es sencillo: el pabellón 4 no transa con ellos y por ende les hace perder mucha plata, pero por otro lado ellos no tienen que lidiar con peleas, sangre y muerte y de esa manera se evitan sumarios y potenciales pérdidas de jubilación. Trato hecho.

La movida del Perro Uberti había sido buena. Yo seguía sin entender si realmente quería romper mi pabellón o sólo colocar espías y cómplices dentro del mismo. Con los Reveco yo estaba en una encrucijada. Nunca había pedido que sacaran a nadie de mi pabellón. No hacía falta estando Carlos como coordinador. Los presos se iban solos cuando se daban cuenta que no cuajaban en el grupo, ni en las actividades del mismo. Tampoco me animaba a pedir traslados porque los traslados son muy riesgosos para los internos. Pero si algún día me arrogaba la responsabilidad de pedir el traslado de uno, dos o tres internos, tenía que hacerlo a una autoridad diferente y superior al Perro, o sea al director de la Unidad. El director de la Unidad como dijimos era el “Mostro” Sanchez, un viejo penitenciario que había asumido en la unidad 23 hacia pocas semanas. Era arriesgado acudir con Sánchez. Si salteaba en la cadena de mando al Jefe del Penal para hablar con el Director, estaba rompiendo lanzas, estaba declarando la guerra lisa y llanamente. También estaba la posibilidad de hablar a calzón quitado con Uberti y pedirle que, así como me había metido la fruta podrida adentro del pabellón, que se encargue de sacarla. Ahora bien, si hacía eso, Uberti tenía dos opciones: a) Uberti ignoraba mi petición y seguía todo peor, porque seguía todo igual dentro del pabellón con el agravante de que al rechazar mi pedido, Uberti ganaba un espacio de poder conmigo o b) Uberti accedía a mi petición y entonces me colocaba en una situación de deberle un favor a un tipo muy jodido y mafioso como él. Las dos opciones eran perder o perder.

Hablé con Carlos. Lo vi preocupado, pero hizo enormes esfuerzos por transmitirme tranquilidad. “Alberto, problemas como los Reveco tengo todas las semanas hermano. Hablo todos los días con todo el pabellón. Escucho, ayudo y vamos tirando”. Carlos se jugaba a vida en esto. No quería que lo acuchillaran por defender nuestros principios. Algo tenía que hacer. No soy de los que se quedan de brazos cruzados, soy de los que se mandan enormes cagadas con tal de no quedarse de brazos cruzados. Si encaraba a un director como el “Mostro” Sanchez y mostraba mis cartas, podía ganar algo, pero podía perder mucho. Muchísimo. Consensuar con el Mostro Sánchez podía ser el inicio del fin. Es el modelo de director más despreciable que existe. El Mostro era un penitenciario duro. Toda su carrera como oficial fue hecha en Olmos “academia entre las academias penitenciarias”. Amplió mi definición: Sánchez

era un penitenciario duro y jodido. Tumbero como el Perro, pero enfrentado con él. Mala cosa. No se me iba a hacer fácil encararlo para explicarle que me estaban rompiendo el pabellón, no se me iba a hacer fácil justificar porque pasaba por encima de la autoridad del Perro Uberti. No iba a ser sencillo que se pusiera de mi lado. Pero yo contaba con algo a favor. Sánchez estaba obsesionado con la seguridad dentro del pabellón y con mantener la paz, y esa obsesión provenía del motivo por el cual fue designado como director. El Mostro Sánchez fue nombrado director luego de una fuga espectacular del penal. Hacía pocos meses un interno condenado a treinta años de prisión se había profugado de la unidad 23 vestido de mujer. Así de fácil. Vinieron familiares a visitarlo, se juntó con ellos, almorzó, se disfrazó de mujer y pasó por seis controles vestido de mujer para desaparecer de la unidad. Nunca se supo si esa versión realmente ocurrió o si directamente salió vestido de hombre y custodiado por funcionarios penitenciarios sin más ni más. Algo puedo estar ocultando, pero no dejan de ser conjeturas del mundo tumbero que mejor no develaremos. Por esa fuga el anterior director fue inmediatamente cesanteado al igual que el subjefe del penal y varios suboficiales. Cambiaron a todos y en ese revoleo pusieron como director al Mostro Sánchez. El Perro Uberti no fue echado nunca supe por qué. Luego de esa fuga ambos funcionarios se jugaban el puesto si en el Pabellón 4 se armaba lío, pero se notaba que por despecho, por motivos oscuros, o económicos al Perro Uberti le interesaba la opción del caos. Yo esperaba que Sánchez no fuera tan complicado. Pero no me animaba a dar el paso de reunirme con alguien tan complejo y “tumbear una tumbada”. Yo nunca le pedí favores a ningún penitenciario. Dialogo, pero no transo. Pedirle un traslado al Mostro Sanchez era cruzar esa delicadísima línea que existe en el infierno. Los Reveco eran pastilleros, eran violentos, seguramente tenían facas y en algún momento intentarían derrocar al grupo de coordinadores que tanto esfuerzo le ponían para el bien de la editorial y de la comunidad. Cuando hablo de derrocar hablo de que podían matarlo a Carlos. A Santiago ya lo habían sumado a su causa regalándole pastillas o paco ¿Intervengo o no intervengo? Carlos me pidió que no me meta, pero lo hacía por sus viejos códigos de chorro, no quería que yo me expusiese tanto. Porque si intervenía, la única opción que me quedaba era peticionar formalmente el traslado de los Reveco

y el traslado puede ser una sentencia a muerte para esos pibes. Si hago eso ¿Qué me diferencia del Perro Uberti? ¿Si cruzaba esa línea volvería a ser el mismo? Finalmente opté por no intervenir y crucé los dedos para que Carlos pudiese resolver la situación. Me di un plazo de quince días. Si en quince días notaba que me estaban por “tomar” el pabellón me jugaría el todo por el todo y me sentaría a hablar mano a mano con los Reveco y trataría de pedirles que se vayan del pabellón. Era una locura, pero fue lo único que se me cruzó por la cabeza. Iba a ser mano a mano la cosa, nada de meter a los verdugos del SPB. Nada de Perros ni de Mostros. En 15 días si todo seguía igual los encararía a los Reveco sin consultar ni a Guille, ni a Ángel y mucho menos a Carlos. Pero todo se “solucionó” a los tres días. El albur fue el responsable.

La diosa fortuna con su varita mágica hizo que, a los tres días de haberme impuesto un plazo para intervenir, el Perro Uberti dejó de trabajar en la Unidad 23. Se hizo echar por angurriente ¿Qué cagadón se pudo mandar un tipo que se consideraba impune y que manejaba los códigos tumberos como nadie? Se mandó una jodida, jodida. Uberti, además de Jefe del Penal de Florencio Varela, era barra brava de un club de primera división. Y daba la casualidad que en la Unidad 23 había doce barrabravas de su club detenidos. El Perro los había acomodado en un módulo de mediana seguridad, un ámbito con bastantes beneficios. Los amigos del Perro tenían pica con otro módulo de mediana lindero. Entonces el Perro Uberti no tuvo mejor idea que liberar la zona y permitir que los barras entraran a sangre y fuego al módulo enemigo. Nada hubiese pasado si la maniobra hubiese quedado en una buena paliza y nada más. Pero el Perro no supo controlar a su gente. Invadir un pabellón es una movida muy peligrosa. Para juntar coraje los presos suelen empastillarse antes de entrar a combate y se ve que los *hinchas caracterizados* entraron demasiado empastillados y lastimaron a demasiada gente. Lastimaron mucho a muchos. Tanto mucho lastimaron que tuvieron que trasladar al Hospital de Melchor Romero a cuatro presos uno de los cuales no pudo volver a caminar. Junto con el Perro Uberti se fueron una decena de presos de los módulos de mediana seguridad y cinco del área de máxima seguridad, entre ellos los hermanos Reveco. El Mostro Sanchez personalmente pidió esos traslados porque quería sacarse de encima todos los presos amigos del Jefe del Penal. Sanchez quería adueñarse del penal y lo

hizo esperando pacientemente el error de su enemigo. Pero para que eso ocurra un pibito de los módulos de mediana seguridad quedó cuadripléjico. Nunca supe el nombre del pibe. Es uno más entre miles que se llevan un estigma de la tumba. Es un negro y como negro no tiene nombre. No tiene nombre porque para una sociedad racista como la mía, el negro, el chorro, el preso, el cabeza de termo no es un ciudadano. Y los que no son ciudadanos no merecen recibir un trato humano. Así de fácil.

Estas maquinaciones políticas penitenciarias que les cuento pasaron en un gobierno democrático. Al día de hoy siguen pasando. Me siguen pasando y me seguirán pasando mientras siga siendo un marginal de la educación, un docente de los nadies. En diez años nunca pude salir de esa taxonomía. En los centros de tortura, las democracias y dictaduras son lo mismo, porque la cárcel es una república aparte en donde no existe el estado de derecho. Si somos parte de una sociedad donde más de cien mil personas viven hacinadas en un espacio geográfico donde no se aplica la Constitución Nacional, pues bien podemos concluir que en nuestro país no hay estado de derecho. Calculo que el Estado burgués no entra a la cárcel porque en la cárcel no hay banqueros ni empresas.

Para los marginales, para los negros, para los chorros, para esa clase social que ni siquiera es registrada como humana, pensarse debe ser el primer paso para una resistencia emancipatoria. La frase "ausencia de Estado" es sumamente peligrosa, ya que de ser real dicha afirmación, con la simple presencia estatal los problemas se solucionarían. Es bueno que sepamos que ni al Estado ni a nuestra sociedad le importa la vida o la muerte de nuestros presos. El problema de lo que algunos llaman "ausencia" del Estado en las cárceles es una falacia, ya que **el Estado tiene una presencia absoluta en los lugares de donde se dice ausentar.** La presencia de la "ausencia" estatal fomenta la muerte.

Tres presos muertos por semana no son accidente. Son política de Estado.

DEFONDÉ

Por Gaby Sánchez

Obra experimental nacida de la lectura de *El Mercader de Venecia* de William Shakespeare y la realidad económica de Argentina.

Sentado en una mesa del café la paz, en el momento en que pidió la cuenta, Argentino pudo ver a un niño dejando estampitas con imágenes de santos a los presentes; esperaba a cambio una pesada moneda. El pequeño comerciante le hizo recordar su infancia, cuando él transaba el mismo producto en los trenes; se pudo ver entrando en almacenes a manguear los retazos de fiambres, y una lágrima melancólica se deslizó por su rostro. Una especie de autodefensa le trajo a la cabeza un recuerdo, donde era feliz manejando su carrito de madera aglomerada, que por ruedas llevaba cuatro rulemanes. Una sonrisa inocente iluminaba la plaza Martín Fierro.

El niño se aproximó a su mesa, entonces Argentino extrajo su gorda billetera del bolsillo trasero del pantalón, contó mil pesos y dijo:

—No se lo des a ningún mayor, comprate golosinas y jugate unos fichines

—¡Don, con ésto como todo el mé, gracia! —dijo con las mejillas sonrojadas.

—¡Jorgito! —le gritó al mozo—, trae un chocolate caliente y un tostado para el pibe.

Le rascó la cabeza al joven y se retiró pensando en el cambio que había dado su vida: de cargar medias reses en el lomo, a liderar la cadena frigorífica más grande del país.

Se montó en su auto con tres letras en la trompa, y emprendió la marcha a alta velocidad hacia la casa de su viejo amigo, que temprano, mediante un audio de Whatsapp le contó que no andaba nada bien. Con el sonido del timbre salió Obdulio, con la cara machacada y los párp-

dos tan caídos que le llegaban a las rodillas. Después de estrecharle un fuerte abrazo, Argentino preguntó:

—¿Qué te anda pasando, compadre?

—Mal de amores, Argentino, mal de amores.

—Qué cagada, che, ¿te puedo ayudar en algo?

—Nooo, te agradezco —*respondió el tortolo, mientras pensaba que su vida estaba siendo financiada por su amigo.*

—Contame que pasó, se iban a casar y de un día para el otro, me salís con esto.

—Vicky, es una mina refinada, vos conocés a la familia.

—¿Eso, qué tiene que ver?

—Te la hago corta, se dieron cuenta de que soy un tirado, no me quiere ni ver.

—Entonces, el tema es la guita.

—Y, la verdad que sí.

—Yo tengo la solución a eso, la guita mía está invertida en mercadería, pero puedo pedir un préstamo, te comprás un lindo autito, alquilás algo y cuando te casas me la vas a poder devolver.

—No puedo aceptar, ya te debo mucho.

—Hermano, la vida es una obra de teatro y en ésta soy el productor— finalizó Argentino lanzando una carcajada.

Al día siguiente a tempranas horas, se dirigió a la oficina de Defondé, una empresa con un sólo propósito, “salvar a los ahogados”, al menos eso decía el slogan de la marquesina que estaba en la puerta. Al ingresar lo recibió una mujer esbelta, con un acento particular.

—Buenos días, soy Christine Lagarto, gerenta de préstamos en Defondé.

—Que tal, yo soy Argentino Lleca, quiero saber cuáles son los requisitos para los préstamos.

—Venga, pase por acá y siéntese —*dijo la gerenta. En su cabeza retumbaba “es un mono”, odiaba el estereotipo de nuevo rico que daba con su cliente.*

—Qué linda oficina —*dijo Argentino, y agarró un libro de arriba del escritorio, “El mercader de Venecia”; era el título.*

—Deje eso ahí, y vamos a lo nuestro, como si fuera usted a entender a Shakespeare.

—¿A quién?

—A nadie, vamos a lo nuestro, ¿de qué cifra estamos hablando?

—Ochocientos mil pesos, necesito.

—Es mucho dinero, ¿tiene usted cómo devolverlo? —preguntó ella, con un tonito irónico.

—Claro que sí, señora, ¿qué se cree? —replicó Argentino, algo molesto.

—Ok, yo se lo puedo prestar, pero le aviso que a la gente como usted le hacemos un contrato particular.

—¿Gente como yo?, ¿a qué se refiere?

—Usted me entiende, hablo de los simios domesticados —exclamó la señora Lagarto, con una sonrisa en el rostro.

—No me falte el respeto, y dígame cuál es ese contrato.

—La hago sencilla, si se atrasa con el pago, nos tendrá que pagar con su sangre, hasta la última gota.

—Acepto —dijo él, más por orgullo, que otra cosa.

La usurera se fue riendo, a los dos minutos regresó con una cláusula que remarcaba que si el beneficiario del préstamo se atrasaba con el pago, tendría que pagar con su propia sangre. Él firmó de mala gana y se hizo con el dinero; se fue a lo de Obdulio y se lo entregó para que pueda impresionar a Victoria, nunca se enteró cómo terminó esa puesta en escena, ya que nunca más volvió a ver a su amigo.

Dos años después, un hombre que presidía casa amarilla decidió cambiar el color por rosada, las decisiones de este sujeto afectaron fuertemente a la economía del país; Argentino no fue inmune, se vio obligado a vender todo lo que tenía para pagar su deuda con Defondé, también las boletas de luz y gas. Tal era la malaria que estaba pasando, que una tarde en el café La Paz lo cruzó al niño de las estampitas y éste le terminó pagando el café, lo apuró de un sorbo y corrió para no perder el colectivo que lo llevaría a las oficinas de préstamos.

—Argentino Llega. Lo estaba esperando, está atrasado en el pago —dijo Christine mientras sacaba un puñado de jeringas de un cajón.

—Me atrasé porque no pude venir, pero tengo la plata.

—Yo te avisé que te íbamos a desfondar, monito.

El deudor la miró fijo a los ojos, extrajo un treinta y ocho especial del bolsillo de su campera y le metió un balazo en el medio de la frente.

—¡Buitres! —gritó—, a mí no me van a chupar la sangre.

Miró el revólver, se lo acercó a la altura de la sien y se voló la cabeza.

Gabriel Sanchez. Cuento Defondé del libro *Shakespeare subversivo*, Ed. Cuenteros, verseros y poetas (2019). Disponible gratuitamente en versión PDF en link de primer posteo del Facebook: Editorial Cuenteros, verseros y poetas o en nuestro blog cuenteros-verseros.com.ar

Capítulo IV

LA INSOPORTABLE SOLEDAD DEL SER

(2014/15)

Fue a fines de 2014 o principios de 2015. Pese a que ya habíamos regalado miles de libros con las tres antologías de cuentos infantiles y con el libro *La Filosofía no se mancha 1*, la falta de apoyo oficial había empezado a generar suspicacias. Hacía cuatro años que enseñaba en la unidad 23, y el Servicio Penitenciario empezó a darse cuenta de la verdad: **yo nunca había tenido ni tenía (ni tendría), ningún padrino político, ni jurídico, ni mediático**. Para corroborar esta falta de protección empezaron con pequeños ataques a mis compañeros de pabellón para ver cómo reaccionaba. Era algo esperable, estaba sólo en la pelea. El resto de mi tropa eran presos y los destinatarios de nuestros libros eran pibas y pibes villeros, o presos.

Al día de hoy puedo decir que yo soy el único responsable de no tener respaldo ni apoyo de gente “poderosa”. En primer lugar, porque el tiempo y la pasión son finitos, por ende, hay que administrarlos ambos de manera equitativa. Yo tengo una familia a quien priorizo y un trabajo de abogado que es desgastante y estresante y que no puedo descuidar. Si encima de ello, me doy el lujo de abocarme a enseñar filosofía, literatura, boxeo y alfabetización en un centro de tortura, realmente son pocas las ganas que me quedan de juntarme a comer canapés con políticos, periodistas o gente “importante”, si es que algún día la gente importante deseara juntarse a comer canapés con un negro peroncho y mal arriado como yo. En segundo lugar, porque siempre fui tímido y todo lo que es difusión realmente me cuesta mucho. En tercer y último lugar porque mi búsqueda pasa por editar el trabajo de mis compañeros sin censuras ni deudas con ningún actor social que desee usarnos o manipularnos. Por eso los que se acercan con dobles intenciones

se alejan de inmediato. No toda ayuda es interesada, pero generalmente implican devoluciones poco recomendables.

A finales del 2010, ni bien empezó mi proyecto, hubo un par de funcionarios bien intencionados que me ofrecieron donaciones de la Fundación Banco Provincia para financiar nuestras publicaciones. No era poco dinero. Pero dije que no. Muchas gracias la plata la pongo yo, de ese modo no tengo que dar explicaciones a nadie. Sobre todo, cuando es el estado provincial el que consiente muertes y torturas en las unidades penitenciarias. El Servicio Penitenciario Bonaerense con sus casi 25 mil miembros es la cuarta fuerza de seguridad más numerosa e importante del país, no puedo enfrentarlo y exigir cambios estructurales de una fuerza armada corrupta e ineficaz y a cambio percibir dinero de la misma provincia que la comanda. El Banco Provincia, su Fundación benéfica y el Servicio Penitenciario Bonaerense juegan en el mismo equipo. Eso es lo que respondí luego de agradecer el ofrecimiento. Eso es lo que pienso y lo que hago.

Crecimos sin apoyo de ningún tipo, sin respaldo político ni mediático y cuando los buitres del servicio penitenciario y el ministerio de justicia de la provincia, notaron que no me respaldaba nadie, decidieron eliminarnos.

Hasta ese momento, mal que mal, me dejaban ingresar y no me molestaban “demasiado”, porque daban por sentado que si un civil como yo, había logrado algo tan difícil como sobrevivir por años en un pabellón de población en una cárcel de máxima seguridad, era porque era ahijado de un peso pesado o un lunático. Hasta el 2014 era atacado con ciertos “códigos” por parte del SPB. Eran ataques tolerables y tolerados porque yo no esperaba que mi proyecto fuera recibido con alfombra roja en un centro de tortura. Lo que menos quieren los jueces, fiscales, defensores oficiales, ministros y policías es que los presos piensen, lean, conozcan sus derechos y analicen la realidad que les toca vivir. Por eso es que todos ellos se benefician de la inexistencia del estado de derecho en las cárceles. Mi presencia rompe el accionar criminal de la familia judicial y de los burócratas de turno. Cuando empezaron a percibir que podía no tener padrino político alguno y que me movida era solitaria, empezaron poco a poco a pegarnos. Cada tanto algún que otro guardiacárcel me levantaba el tono de voz o pretendía maltratarme, hecho que yo solucionaba ladrando un poco más fuerte. En alguna

oportunidad un jefe de penal había aconsejado que me cuida, a lo que yo contestaba que él debía cuidar un poco más su trabajo. Comenzaron a retardar mi ingreso a la unidad, haciéndome esperar horas antes de poder entrar al pabellón, también amenazaron a algún alumno mío, y hasta llegaron a romperme “por error” muchas computadoras nuevitas. Todas cosas normales cuando llevas a cabo un proyecto que, de alguna manera, propone la lectura atenta de Borges en medio del hundimiento del Titanic.

Pero a mediados de 2014 los códigos de la guerra empezaron a resquebrajarse. Había empezado el invierno y un compañero del pabellón, Rubén Arroyo, empezó a tener accesos de tos y fiebre. Me junté con él, charlamos y le prometí llevarle Amoxidal si el médico le indicaba antibióticos (nunca en diez años hubo antibióticos en la Unidad 23). Rubén fue a la guardia médica de la cárcel y el médico lo mandó de vuelta al pabellón con una pastilla de Ibuprofeno. El diagnóstico era “catarro”. Mismo diagnóstico y misma medicina para todos los enfermos invernales prisioneros del Estado. Apparentemente la gripe continuó y la tos empeoró. Arroyo empezó a escupir sangre. Cuando volví a la semana siguiente, el “viejo” Arroyo ya había muerto. Los inviernos son así en los centros de tortura. Nadie supo de qué carajos murió Rubén, si de tuberculosis, gripe o que mierda. Encaré al médico asesino que lo atendió y lo mandé al carajo en frente de oficiales que, mirando al piso, me daban la razón. Al médico, que había cumplido burocráticamente con el papeleo de atender a un “interno quien falleció de un paro cardiorrespiratorio” ni lo sumariaron ni lo amonestaron. A mí, el director me avisó que si volvía a insultar a otro oficial médico me echaban de la cárcel. La falta de insumos médicos era un problema estructural y no dependía de uno o dos médicos, argumentó. Además, yo no era médico ni fiscal para discernir si hubo mala praxis, afirmó. Mi respuesta fue que no hacía falta ser forense para distinguir entre un eugenésico hijo de puta y un funcionario competente. Mi defensa no mejoró mi situación, ni revivió a Rubén. El médico penitenciario de alguna manera cumplió con su función sanitaria dejando matar a un preso. Así se ejerce la medicina en mi mundo.

Por esos años pude contar con la ayuda de un oficial penitenciario llamado Marcos Di Lorenzo quien apoyaba el proyecto y de alguna manera me ayudaba con las trampas que me hacían los jefes del SPB y las autoridades del Complejo. Pero Di Lorenzo pe-

leaba sólo y al poco tiempo tuvo que irse de la 23 ya que su pensamiento iba en contra de la ortodoxia penitenciaria. Con su partida quedé sólo frente a las fieras.

El primer mensaje de hostilidad encubierta apareció con una rayadura profunda en la puerta delantera izquierda de mi auto. No dije nada. Hay decenas de autos estacionados en la puerta de la cárcel y cientos de personas circulan diariamente en ese sector. Pero la cosa no quedó en el rayoncito. Al poco tiempo empezaron a ponerme cartelitos en el parabrisas con la palabra PRESERO (amigo de los presos); me rayaron todas las puertas y el baúl; me desinflaban las ruedas (siempre agradecí que no las pincharan), etc. Mi auto siempre estaba estacionado frente a la ventana del director de la unidad, José Escobar. No voy a acusar a Escobar de las amenazas ni de las rayaduras — estoy convencido que no tuvo nada que ver, ese no era su estilo—, en lo que sí tuvo que ver Escobar es que justo en esos momentos empezó a trasladarme más alumnos de lo pautado. Y los traslados son potenciales condenas a muerte en la cárcel.

Una de las políticas de tortura más usada por el SPB son los constantes y cotidianos traslados de los presos a distintas unidades. Hoy estás en la 23 de Varela, por una orden judicial que lo establece ya que tu familia vive cerca. A los seis meses el SPB te traslada sin justificación alguna a la cárcel de Batán en Mar del Plata, a 400 kilómetros de tu casa y al año lo hace para Olavarría. Esos ejemplos son circuitos típicos de todo preso. A eso se le llama entrar en el sistema del SPB. En cada cárcel tenés que pelear hasta que te terminás acomodando y cuando te establecés, por cualquier motivo te vuelven a trasladar a la otra punta de la provincia y así, hasta que te matan o matás. Si cometés el error de matar cuando te defendés ya no salís más y si te defendés demasiadas veces, es difícil que no te terminen matando. Hasta el 2014 con cada director había negociado que, para alfabetizar, y luego enseñar a escribir literatura y filosofía, necesitaba años de trabajo en un pabellón de 56 presos que deben sentirse mínimamente seguros sin la amenaza de traslados intempestivos. Hasta el 2014, mal que mal se respetaba ese pacto, pero con Escobar ese pacto se rompió. Cuando iba a plantearle al director que sin orden judicial me habían trasladado un alumno, él me decía que fue un error de un subordinado, o que se le había pasado, o que justo estaba el otro subdirector..., siempre me pro-

metía que no volvería a pasar y siempre volvía a pasar. Pero cuando trasladaron a la cárcel de General Alvear al Flaco Guillermo, mano derecha de Carlos Mena y uno de los coordinadores y alumnos más avanzados, me di cuenta que mi proyecto ya no gozaba de ningún tipo de defensa. Durante meses tuve que pelear, discutir y pasear por infinidad de pasillos del Ministerio de Justicia para que Guillermo regresase al pabellón 4. En esos años el ministro de justicia era Ricardo Casal y su mano ejecutora César Albarracín. Nunca tuve contacto con ellos, pero sabía con hechos concretos, que ambos despreciaban mi proyecto y por medio de terceras líneas dilataban cualquier petición que hiciera. Luego de tres meses de gestiones burocráticas logré que Guillermo Quiroga retornara al pabellón. Pero ni bien regresó, el SPB me mandó un nuevo mensaje mafioso. Y esta vez el mensaje estaba manchado con sangre.

Un preso conflictivo de otro pabellón había estado castigado por semanas en buzones. Buzones son las celdas de castigo en donde confinan a los detenidos por mala conducta. Pasan meses comiendo la comida putrefacta del penal, sin salir a caminar al patio, ni ver el sol. Cumplida la sanción, a este preso lo sacaron de buzones para llevarlo nuevamente a su pabellón de origen, pero en el trayecto apuñaló a Carlos. Un preso que estuvo castigado semanas en buzones sólo puede salir sin custodia a pasearse por la cárcel con una faca de 25 centímetros guardado entre sus ropas, sólo si cuenta con la complicidad de varios guardiacárceles. Carlos recibió tres puñaladas, pero ninguna de las heridas fue mortal. Atacando a Carlos atacaban el proyecto. Así de racista es el mundo carcelario. Si matan a Alberto Sarlo, el Jefe del Penal, el Director de la Unidad 23 y el Jefe del Complejo Varela pierden su trabajo y hasta sus jubilaciones. Si matan a Carlos, o sea a un chorro, a un negro, a un mierda, a lo sumo trasladan a otro negro a otra cárcel y punto. Carlos estaba desarmado, pero sobrevivió gracias a las clases de boxeo. El mensaje era clarito: Ya no había códigos de convivencia para conmigo ni para con el proyecto. La guerra era abierta y pasaba a un estadio más virulento.

Si no recuerdo mal a Carlos lo atacaron un viernes o un sábado. Yo me enteré a los dos días. Mi primera reacción ante el ataque a mi amigo fue violenta y vergonzante. Mis convicciones a veces me llevan a perder el control de mis actos. Para mí la Editorial no es un mero relato, mucho menos un trabajo, es una opción vital. Si se

meten con Carlos, se meten conmigo y con mi gente. Hay detalles que no puedo dar porque no estoy orgulloso de lo que hice. A nadie le he contado lo que pasó. Ni siquiera a Carlos. Lo único que diré es que en la Sala de Control decidí encarar al jefe de la guardia del día en que ocurrió el atentado. Lo hice de manera poco amable. Hubo un revuelo y tuvo que intervenir personal penitenciario para atemperar ánimos. Como no lo lograron se apersonó el joven sub-jefe del Penal para intentar poner algo de cordura. No logró su objetivo. Finalmente intervino un veterano oficial que me conocía de hacía años y respetaba mi tarea. Aplacó a sus compañeros y supo reconocer errores de seguridad, prometiendo que no se volverían a repetir. También supo decirme que, si se hacía pública mi reacción (más pública de lo que había sido), el Ministerio de Justicia o el Servicio Penitenciario deberían echarme a patadas de la unidad 23. Ese veterano oficial del servicio penitenciario tenía razón y con su intervención, salvó al proyecto. Entendí el mensaje. Hubo un pacto de caballeros con la guardia del penal. Como ninguno de nosotros era un caballero ese pacto duró poco. Muy poco.

Hacerme el Rambo no era solución. Mi reacción fue un error, un grave error. Los penitenciarios no me destrozaron sólo porque todavía creían que había senadores o diputados defendiendo mi presencia en el pabellón 4 (versión que con disimulo dejaba flotando en los pasillos de la cárcel). Si hubiesen sabido la verdad no tengo ni idea que pudo haber pasado en la trifulca que generé (o mejor dicho, tengo muy claro lo que me hubiese pasado). Indefenso por mi propia decisión de no gastar energías en buscar aliados de peso, tenía que reformular mi plan de alianzas para resguardar a los pibes.

Hasta ese momento nunca había pensado en el concepto de “difusión”. El periodismo siempre tuvo una relación de morbo y racismo con las cárceles. Me parecen despreciables casi todos los periodistas que hacen policiales. Pero en esos días me di cuenta que la difusión era mi única protección. Hablé en el pabellón con los chicos e impuse la frase: **“Difusión es protección”**. Salí a buscar ayuda en quien creía que era gente del palo. A ver..., conceptualicemos lo que significa “gente del palo”: Con matices, puedo definirme como un hombre de izquierda con fuerte influencia por los movimientos populares. No me duele que me encasillen dentro de un peronismo de izquierda, porque creo que de alguna manera ese es “mi palo”.

El problema es que “mi palo” es atacado por tres frentes al mismo tiempo: Desde el peronismo ortodoxo, los peronistas de izquierda somos espías de la KGB (con el agravante de que yo encima nunca cumplí con la liturgia de patear unidades básicas). Desde la derecha soy un zurdo resentido e hipócrita ya que trabajo como abogado en la profesión liberal y entre mis clientes tengo una importante empresa de seguros. Desde la izquierda trotskista soy un desclasado reformista que le hago el juego a la derecha..., me cago en los encasillamientos.

Debo reconocer que mis enemigos políticos tienen argumentos para no quererme. Nunca supe responder orgánicamente a jerarquías intocables. Nunca fui un cuadro orgánico de ningún partido, nunca milité partidariamente en el peronismo y mucho menos en el trotskismo (no lo digo con orgullo, describo un hecho objetivo). El sentirme identificado con el *peronismo izquierdoso* no me trae beneficio alguno, pero es el lugar donde me siento ideológicamente más cómodo.

Pero la “izquierda”, los “movimientos populares” y “la cárcel”, se deben un debate profundo, un debate que todavía no se dio, que urge que sea dado. Es un debate que nunca dan alegando que la famosa “correlación de fuerzas” no permite que ese debate pueda darse, que las “condiciones objetivas” para el mismo no están dadas. A esa gente yo la mando a leer a Gramsci, quien en *El príncipe moderno* sostenía que las condiciones objetivas para una revolución no son, ni más ni menos, que el conjunto de las relaciones sociales en acción. Que los cambios sociales se producen por medio de un conjunto de ideas, de intervenciones, de operaciones y debates estratégicamente comandados para intervenir y modificar las bases hegemónicas del status quo. El acomodaticio argumento de que no están dadas las condiciones para la acción lo esgrime una izquierda anquilosada, muy en boga en la actualidad, que lo único que desea es no molestar demasiado a los actores sociales, logrando que las cárceles sigan siendo los depósitos de carne putrefacta que padecemos. **A la correlación de fuerzas hay que militarla, muchaches, la correlación de fuerzas no es una imposición divina, tampoco una maldición de Zeus, la correlación de fuerzas se balanceará hacia la izquierda haciendo trabajo en el territorio, como el que hacemos nosotros en el pabellón 4. La correlación de fuerzas no se modifica pontificando en asados, ni fumando porros discursivos una noche de copas.**

El problema no es la correlación de fuerzas, el problema es la vagancia intelectual y física de nuestros dirigentes de las *izquierdas posibles* que no se tomaron ni cinco minutos para pensar que hay que hacer con las cárceles y que cada vez que asumen la administración de la cosa pública se olvidan del hacinamiento, la muerte y la ignominia de la población carcelaria por ser una minoría estigmatizada que no otorga ningún rédito político. Aclaro que nunca voy a renegar de la palabra “populista”, palabra bastardeada por la alta alcurnia intelectual europea que nos trata a todos los sudamericanos que pensamos desde colectivos populares como fascistas. Esa afirmación prejuiciosa, propio del clasismo y etnocentrismo europeo puede ser conjurado con la simple lectura de pensadores como Jorge Alemán, Chantal Mouffe, o Ernesto Laclau. Hecha esta aclaración, insisto en la trascendencia en dar una fuerte discusión sobre lo que queremos hacer con los centros de tortura una vez que el populismo llega a la administración central de un país. La izquierda popular y la izquierda en particular, demuestran desde el oficialismo y desde la oposición, no tener voluntad política para tratar problemas de delincuencia y mucho menos en como erradicar los centros de tortura. Cuando utilizo la palabra “voluntad”, lo hago pensando en **Gramsci, lo hago sosteniendo el concepto de voluntad como conciencia activa de la necesidad histórica**. En el 2014 todavía no advertía esa falta de voluntad, esa ausencia de conciencia activa, y por eso cometí la ingenuidad de pensar que ciertos actores sociales podrían ayudarme ante la urgencia de los traslados y los atentados contra mis alumnos. Me llevé una horrible decepción que tomé como buena lección de vida.

El primer lugar al que me dirigí en búsqueda de ayuda, fue a la Comisión Provincial por la Memoria (CPM). Lo hice porque su laburo es admirable y, pese al destrato que les contaré, no voy a dejar de defender su prestigio bien ganado (sé distinguir muy bien a las personas que me despreciaron de las instituciones defensoras de derechos humanos, y sé todavía más diferenciar las malas personas de las buenas instituciones como la CPM). En once años de militancia me he peleado y discutido con infinidad de personas, instituciones y ONGs, pero siempre respeté a la CPM y siempre lo haré. Cuando fui en busca de ayuda, el plan era presentarme y pedirles que me den algún tipo de respaldo para que no se les haga tan fácil matar a Carlos. Daba por sentado que al contarles mi historia se

iban a indignar y que algún respaldo obtendría. Las oficinas de la CMP estaban ubicadas en calle 7 y 42 de La Plata, justo a la vuelta del gimnasio donde enseñé boxeo. Mi relación con la Comisión hasta ese momento era unidireccional: yo les regalaba libros todos los años y, en contraprestación, ellos optaban por ignorarme rotundamente. Desde nuestra primera edición en 2010 hasta el 2014, todos los años me hacía un tiempito para llevar a la CPM libros cartoneros escritos por los compañeros del pabellón para que ellos los distribuyan en las cárceles que visitaban. Lo hacía entregando decenas de libros impresos en cartón en la mesa de entradas. Una recepcionista los recibía y me agradecía la donación. Jamás me enteré que hayan entregado ni uno solo de los cientos de libros que les donamos. Por eso esta vez, llevando algunos libros cartoneros bajo el brazo, le solicité a la recepcionista si algún miembro del personal o dirigente podía atenderme, simplemente como para hacer la entrega un poco más formal.

De inmediato apareció una joven que se presentó como Macarena. La acompañaba un chico con acento colombiano. Me invitaron a pasar a un despacho y sin que medie palabra comenzaron a interrogarme: *¿Es abogado penalista? No, no ejerzo el derecho penal, soy abogado especialista en derecho de seguros ¿O sea que usted no le lleva las causas a sus alumnos ni cobra honorarios de ellos? Por favor tutéame Macarena, no, no le llevo ninguna causa. No voy a la cárcel en búsqueda de trabajo ¿Cómo se financian Alberto? No, no me preguntes en plural porque trabajo sólo. En cuanto salga en libertad un alumno llamado Carlos Mena seguramente seremos dos, pero en libertad estoy sólo y me financo con mi trabajo de abogado. ¿Vos solo? Si Macarena, yo solo y no acepto donaciones de ninguna persona física ni jurídica ¿Todos los libros los financias vos sólo? Si, solito y solo. ¡Jah! (exagero un poco, Macarena no soltó una carcajada, simplemente sonrió irónicamente cuando le dije que no aceptaba dinero de nadie). ¿Había trabajado para el SPB? No, nunca trabajé para el Servicio Penitenciario. Como les dije, ejerzo la profesión liberal de abogado en el área de derecho de seguros ¿Tenés amigos en el Servicio Penitenciario? ¡Nooo! No tengo y poco importaría si los tuviera ¿Vos no presentas habeas corpus? No, chicos, no presentó ningún habeas corpus. Los ayudo de otra manera. Siempre charlando con mis compañeros en el pabellón surge algún comentario con sus causas y de alguna manera puedo charlar y asesorar jurídicamente con mis escasos conocimientos de derecho*

penal, pero el día que aparezca un solo habeas corpus firmado por mí, el SPB me echa de la cárcel con justificación sobrada. No puedo jugar a docente y abogado defensor de mis alumnos y que el director de la unidad me siga dejando entrar ¿Así que no firmás ningún habeas corpus no? No. Tengo que elegir, o mi proyecto o firmar habeas corpus. ¿Sabías que nosotros hemos representado a los presos con miles de habeas corpus no? Sí..., pero no sé qué tiene que ver eso conmigo, Macarena..., la cosa duro como cuarenta y cinco minutos y fue bastante humillante. La resumo: Luego del inesperado interrogatorio, encontré un resquicio para contarles todas las amenazas y padecimientos que sufría por llevar a cabo mi proyecto. Macarena me dijo que era muy triste saber lo que me pasaba, pero que lamentablemente ellos estaban para otra cosa, ellos estaban para cosas serias, le faltó decir. Ellos denunciaban muertes y torturas de presos, no tenían equipos de trabajo para auxiliar a trabajadores sociales ni a grupos religiosos. Yo les dije que tal vez no me había expresado muy bien, pero yo no era ni trabajador social ni mucho menos religioso, yo lo que necesitaba era un poco de apoyo nada más. La idea era estar vincularme un poco con ellos, esgrimí. Pero ambos volvieron a desconocerme como interlocutor. Macarena insistió que, para mi proyecto, lo mejor era relacionarme con la gente del Museo de la Memoria, que eran la rama cultural del CPM. Era obvio que no les interesaba en absoluto lo que hacía. Derrotado le pedí a Macarena que al menos me hicieran la gauchada de llamar al Museo de la Memoria para que algún ser humano me recibiera y me evitaran un nuevo interrogatorio de 45 minutos. Macarena me dijo que ella me iba a llamar para indicarme con quien debería hablar. Como vi que no le ponía demasiado énfasis al interés por contactarse con el Museo, le pedí su número de celular y me retiré triste, muy triste. Nadie me llamó. A los cinco días llamé al celular de Macarena. Le recordé que me tenía que pasar con el contacto del Museo. Macarena me dijo que ella lo haría personalmente y me llamaba en breve. No lo hizo. La volví a llamar. No me atendió. Insistí con una tercera llamada. Nunca más me atendió.

Como el director de la 23 seguía trasladándome alumnos “por error” y estaba fresco el atentado contra Carlos, ante el fracaso del plan “A”, recurrí a la Facultad de Periodismo de La Plata. Otro ámbito “progre” donde regalaba todos los años, decenas de libros sin recibir llamado de agradecimiento alguno. Esta vez fui al rectorado

con otra tanda de libros para regalar y con la intención de que por primera vez alguien me los recibiera oficialmente. Pedí audiencia con la mediática rectora de la Facultad, Florencia Saintout. Me dijeron que Saintout tenía la agenda muy cargada, pero que le dejara los libros al encargado de derechos humanos de la facultad de periodismo, un tal Jorge Jaunarena. Me dirigí a su oficina y lo esperé sentado más de media hora y un joven me dijo que Jaunarena no podría atenderme, que dejara los libros y mi número de teléfono, que luego me llamarían. Nunca me llamaron. Fui tres veces más a la oficina de Jaunarena. Las tres veces, tres personas distintas, en nombre de Jaunarena me decían que no hacía falta que vaya, que él me llamaría. Nunca me llamó. Jamás volví a regalarle libros a la facultad de periodismo de La Plata. Calculo que ni se enteraron...

Ante el fracaso de plan "B", pergeñé un plan "C". Como no conocía a ningún periodista de los medios masivos (en realidad no conocía a ningún periodista de ningún medio) decidí buscar ayuda con los medios más chicos que sintieran alguna afinidad por mis convicciones. Mandé mails a diestra y siniestra. Nada.

Ante el fracaso del plan "C", surgió el plan "D". Me presenté un día en la puerta de Radio Continental y rojo de vergüenza por mi ineludible timidez, esperé en la puerta de la misma la salida de un periodista muy famoso que al día de hoy sigue siendo muy famoso. Charlamos parados con la puerta abierta del remis que aguardaba para llevarlo quién sabe a dónde. Me dijo que me ayudaría y me pasó el correo electrónico de su productora/secretaria que se encontraba a su lado, para que le narrara con detalles el problema de mi proyecto. Esa tarde le escribí. Como no me respondió, a los dos días reenvié el correo. Cuatro veces repetí la operación. Con cierta humillación escribí la última vez que al menos me informaran si continuaban con interés en darme una mano. Mi computadora informaba que los correos eran recibidos, pero la productora del famoso periodista nunca me contestó, ni siquiera para ponerme una excusa.

Caducó el plan "D", probemos con el "E". En vez de los correos electrónicos a los periodistas, optaría por llamar por teléfono a las redacciones de los diarios Tiempo Argentino y Página 12. Las secretarías y secretarios me atendieron gentilmente, tomaron nota de mi petición, mi número celular y si te he visto no me acuerdo.

Los meses pasaban, los traslados también, el ninguneo mediá-

tico se imponía como ley. Frustrado por el fracaso de los planes A, B, C, D y E, tomé coraje y probé con el plan “F”. Superando un nuevo ataque de timidez me presenté en Radio Metro con la excusa de regalar ejemplares de *La Filosofía no se mancha 1* y de *Desde adentro* dos libros geniales de ficciones filosóficas y de vivencias autobiográficas, escrito por mis compañeros de pabellón. Esta vez logré que un productor del programa de Matías Martín se conmoviera y me agendó para realizarme un reportaje de media hora en la sección “escritores”. ¡¡Funcionó el plan F!! El día de la entrevista llevé un montón de libros para regalar a los oyentes. Los chicos de la producción con buena onda me dijeron que en ese programa no se estilaba regalar libros. Los guardé en la mochila con cierta vergüenza. Mientras me entrevistaban en el estudio de radio, yo podía espiar los mensajes de los oyentes que llegaban a las computadoras de Matías Martín, Eduardo Massa Alcántara, y Diego Ripoll. Las caras de los conductores lo decían todo. La audiencia porteña me estaba puteando en colores haciendo hincapié esencialmente que era un defensor de violadores y asesinos y deseándole a mis hijas no sé cuántos castigos divinos y cataclismos apocalípticos. Massa Alcántara se durmió dos veces durante la entrevista. Francamente se notaba que no había mucho interés en lo que decía. Los otros dos periodistas (los que se quedaron despiertos), supieron disimular al aire la situación. Pese a todo la entrevista no estuvo tan mal. Matías Martín me prometió que cuando sacara otro libro me volverían a convocar. Ingenuamente le creí y cometí el error de transmitir la promesa a los pibes del pabellón. Los compañeros se entusiasmaron con dicha promesa (otra famosa “promesa de preso” que no se concretaría nunca). No molesté a los productores de la radio por un año, para no ser cargoso. Pasado ese tiempo, llamé nuevamente al productor de Matías Martín y le pedí si podían entrevistar a Carlos Mena por un nuevo libro que salía del pabellón o que por lo menos difundieran de alguna manera lo que hacíamos, porque los muchachos del SPB nos seguían pegando abajo. El productor de radio Metro me dijo que Matías no quería hacer más notas de ese estilo. Insistí diciendo que eran el único medio de comunicación que nos había dado espacio. El productor me dijo que era una decisión tomada y que no nos podían hacer más notas, era algo irrevocable. No lo consideré una traición. El hecho que no hayan cumplido su promesa posee la lógica del mercado. Ellos no militan, ellos hacen

un programa de radio y punto. Me tengo que hacer cargo de mis pulgas. La cosa es que ya no me quedaban más contactos en el periodismo. Me cago en el plan “F” y en la progresía porteña...

No me rendí. Con la ayuda tecnológica de mi amigo Diego Lunansky armamos un blog y su posterior Facebook de Cuenteros, verseros y poetas. Algunas decenas de personas empezaron a leer algo de lo que hacíamos. Aproveché dicha energía y probé invitando por facebook a infinidad de periodistas y representantes de la “progresía declamativa popular”. Nadie contestó. Insistí con otros intentos fallidos: planes “G”, “H”, “I”, cuando llegué a la letra “Z”, empecé una nueva tanda de planes con el alfabeto cirílico y luego con el árabe, pero ningún plan funcionaba. Igual seguía probando. Al publicar mi segunda novela “Cómo quedarse a veinte metros de la cima del Aconcagua” conocí a varios escritores y editores independientes de Capital Federal. A ellos les regalé libros cartoneros y los invité a participar como jurados de los Concursos Nacionales Carcelarios que inventé y financié: Nada, ningún escritor, editor o estudiante de Filosofía y Letras porteño me dio ni cinco de cabida, salvo por el poeta platense Hugo Emilio Sánchez, que militó nuestros libros con pasión ineludible. Algunos escritores del “under” ni siquiera agarraban mis libros cuando se los regalaba y les contaba quienes eran los autores. Llamé, mandé mails, regalé libros del pabellón a otra tanda de periodistas y escritores famosos, a filósofos mediáticos, etc., etc. Con muchos llegué a lo sumo a “hablar” o chatear, pero nadie vino al pabellón ni mostraron entusiasmo por mis compañeros del pabellón 4. Casi todos cuando insistía en invitarlos directamente dejaban de contestarme. Para alguien tímido como yo, acercarme a un medio de comunicación o institución era algo bastante difícil. Pero si encima de tímido soy cabrón y medio rencoroso, todas esas experiencias me llenaban de bronca y humillación.

La hago corta: Como muchas cosas que pasan en la vida, las notas periodísticas llegarían solas, sin que las convoquen. Cuando publicamos el libro “Desde adentro” en donde los chicos describen las torturas cotidianas en las cárceles bonarenenses, mi amigo Sebastián Vinagre me consiguió por primera vez un stand de la Defensoría del Pueblo en la Feria del Libro de Buenos Aires y algo de ruido mediático se hizo. Luego de a poco empezaron a hacernos notas algunos periodistas copados de medios cooperativistas. Esas son

las mejores notas. Son las que más disfruto porque los periodistas son pibas y pibes del barrio, son compañeros. Javier Drovetto, La Garganta Poderosa, Tomás Vio de Revista Wacho (quien hasta nos consiguió un nuevo espacio para dar una charla en la feria del libro), La Pulseada, Radio Eter Mar del Plata y otros medios de Florencio Varela, Lanús y Lomas de Zamora que, si bien son medios de comunicación pequeños, cumplen un rol comunicacional y social fundamental.

También llegaron las notas de los medios masivos. Nos entrevistaron periodistas de la BBC, de la CNN, del diario El Mundo de España, del diario La Nación, de TN Noticias, del diario Infobae, del diario Perfil, de la Revista Brando, y hasta del diario Ámbito Financiero, y la lista de medios de comunicación de la derecha sigue. Página 12, el diario que yo leo, el diario que dice sostener posturas de izquierda, jamás hizo mención a ninguno de los libros que les regalamos, nunca nos dedicó ni un párrafo en diez años de vida.

Con relación al ingreso de los medios al pabellón en la época del gobierno de Scioli, es bueno aclarar que el mismo sucedía luego de un trámite burocrático desgastante ya que el ministro de justicia Ricardo Casal analizaba con lupa y detalle todo ingreso a las penitenciarías provinciales. La secuencia funcionaba así: un periodista se comunicaba conmigo y pedía ingresar al pabellón y hacerme una nota mientras daba clase. Yo llamaba a Gustavo Battista, Jefe de Prensa del SPB y le pedía autorización con al menos quince días de anticipación. Battista elevaba mi petición a Claudio Cardo, director general de coordinación del SPB, quien a su vez, se lo notificaba a César Albarracín, subsecretario de política criminal de la provincia y mano derecha del ministro Ricardo Casal. Finalmente el ministro personalmente daba el okay o el rechazo al periodista o medio de comunicación peticionante. El tema es que conmigo lo hacían con espíritu restrictivo y con mucha mala fe. En líneas generales puedo afirmar que en épocas de Casal autorizaban 1 de cada 5 pedidos de notas periodísticas. Y el rechazo me lo notificaba Gustavo Battista (si me lo notificaba), faltando 24 horas para el ingreso, argumentando razones de seguridad. Al dilatar tanto la respuesta, que encima era negativa, lograban de esa manera que el periodista en cuestión se enojara conmigo. Battista era muy efectivo en implementar ese juego de Casal. Las cosas han cambiado un poco y Battista hoy día me trata un poco mejor ya que sus jefes ahora

tienen la estrategia de no hacerme ataques frontales, pero cuando tuvo que hacerme daño, lo hizo sin que le temblara el pulso. Es un fiel representante de la burocracia penitenciaria que hace el mal sin pasión. En definitiva, Ricardo Casal y César Albarracín tenían orquestado un sistema inexpugnable para el ingreso mediático a las 55 cárceles y 10 alcaldías provinciales. Es bueno recordar que el ministro Ricardo Casal estaba propuesto por Daniel Scioli para asumir como Ministro de Justicia de la Nación si es que ganaban las elecciones en 2015. Esa es una prueba irrefutable de la confianza que el gobernador depositaba en su ministro de justicia provincial. Por eso es patético que el periodismo argentino nunca haya investigado seriamente las razones que llevaron a Ricardo Casal y a César Albarracín a autorizar el ingreso en la cárcel de Alvear del periodista Jorge Lanata, quien entrevistó con total libertad a Martín Lanatta, imputado por el triple homicidio de General Rodríguez. Esa entrevista se llevó a cabo a días de las elecciones PASO 2015. Para muchos esa entrevista (en donde Martín Lanatta acusaba al candidato oficialista Aníbal Fernández de ser una especie de “narco candidato” apodado “La morsa”), decidió las elecciones nacionales de 2015. Años después quedó demostrado judicialmente que Aníbal Fernández nunca fue “La Morsa”, pero el daño electoral ya estaba hecho. No hace falta aclarar que el periodista Jorge Lanata era la figura estelar del multimedio Clarín el cual apoyaba a Macri a nivel nacional y a Vidal en la Provincia. Tampoco hace falta aclarar que en las PASO 2015 en la interna del Frente para la Victoria Aníbal Fernández competía con Julián Domínguez y que Julián Domínguez era el candidato que apoyaba Daniel Scioli y su entorno ¿Por qué el ministro Casal, el ministro más leal a las órdenes de Daniel Scioli y tan eficiente para rechazar por seguridad a los periodistas que yo peticionaba autorizó una entrevista que se sabía influiría en las elecciones provinciales a favor de María Eugenia Vidal? ¿Por qué Daniel Scioli avaló dicha entrevista? ¿Pensó que con esa nota Julián Domínguez ganaría las internas? ¿Fue Scioli tan imbécil o tan corrupto como para no merituar que dicha maniobra no sólo destrozaría su postulación presidencial sino también la de cualquier candidato a gobernador? ¿Por qué Scioli ha sido “indultado” por sus propios compañeros luego de este ardid? ¿Porqué al día de hoy nadie investigó a fondo este acontecimiento histórico?

Una vez que el ministro Ricardo Casal abandonó su cargo, el ingreso de periodistas fue más sencillo por un breve período de tiempo. Cuando su sucesor vidalista, Gustavo Ferrari, se dio cuenta que yo no comulgaba con su política de mano dura penitenciaria, volvieron los problemas, pero eso podrán leerlo en los próximos capítulos. Con relación al periodismo y su difusión debo decir que no tuvieron la eficacia de “protección” que yo esperaba. Muchos periodistas vienen, entran al pabellón, preguntan, lloran, me abrazan, me felicitan, se van y nunca más vuelven ni responden mis nuevas invitaciones. Siempre los convoco a las presentaciones de libros que hacemos, me contestan que van a venir. Nunca vienen. Los vuelvo a llamar para nuevas presentaciones. Me vuelven a decir que vendrán. Salvo en muy contadas ocasiones, nunca vienen. Pero al menos, con cada nota periodística masiva, gano algunos meses de paz, eso debo reconocerlo. Hay algo de cholulismo en el personal penitenciario. Los mismos que me bastardean diariamente, cada vez que aparezco en un diario o revista me tratan con cierto aprecio y hasta me hacen preguntas. A las pocas semanas todo vuelve al desprecio y al maltrato cotidiano. Lo mismo pasó en el 2018 con el documental PABELLÓN 4. Fue una película hermosa, muy comentada y premiada. Nuestro eterno agradecimiento a su director y amigo del proyecto, Diego Gachassin. En lo personal es un logro y una enorme satisfacción que haya quedado un testimonio fílmico de nuestra militancia. Pero en el trabajo cotidiano el único beneficio que me trajo fueron no más de seis meses de tranquilidad, transcurrido ese tiempo la violencia y el desprecio volvieron con mucha bronca y de la peor manera en los años 2018 y 2019.

Vuelvo al año 2014: los traslados *sin querer queriendo*, se repetían sistemáticamente. Las cosas iban de mal en peor en la 23. Resignado a no lograr ningún apoyo mediático, endurecí mi discurso dentro del pabellón pidiendo que nadie debía responder a las provocaciones de los guardias y que debíamos controlar toda la comida y encomiendas, porque temía que nos metieran algo para denunciarnos. Tenían que estar alerta las 24 horas del día.

Poco tiempo después, un jefe de guardia abrió el candado del pabellón 4 y lo dejó abierto en forma intencional. Carlos lo advirtió y pidió a los gritos que lo volvieran a cerrar. Ese candado había sido abierto para que gente de otro pabellón ingresara a atacarnos. El miércoles siguiente me reuní con el Jefe del Penal y a los gritos le

dije que si se repetía “el olvido” de dejar abierto el candado de ingreso al pabellón no me quedaría otra opción que denunciarlo ante la fiscalía de Quilmes en donde tenía infinidad de amigos. Nos gritamos pero no nos insultamos. Yo no tenía ningún amigo fiscal quilmeño, pero por un tiempito esa mentira sirvió. A la semana de dicho incidente, la directora del SPB, María Florencia Piermarini, fue a declarar a Estados Unidos por una denuncia que le hizo el CELS ante la OEA por la corrupción y criminalidad reiterada en los centros penitenciarios de la provincia. Fue convocada en el extranjero por la penosa gestión que llevaba esa funcionaria junto con César Albarracín y el ministro de justicia Ricardo Casal. El oficial Claudio Cardo, quedó a cargo del SPB durante la ausencia de la terna citada. Cardo asumía la dirección interina por una semana, momento que aprovechó para convocarme. Yo no conocía a Cardo, ni conocía a ningún funcionario de jerarquía del SPB. Pero la fama de Cardo había llegado a mis oídos. Era un penitenciario que venía de la época de los militares. Se había formado en la escuela de Olmos. No hace falta aclarar que en su agenda el concepto de derechos humanos ni siquiera figuraba en la última hoja. Era la primera vez que me convocaban a una reunión en la Jefatura del Servicio Penitenciario y pensé que lo hacían para sacarse una fotito con un zurdito para mentir que apoyaban la educación en las cárceles.

Me presenté en el edificio de calle 6 entre 34 y 35 de La Plata. Me anuncié. Subí un par de pisos custodiado por un oficial y aguardé cuarenta y cinco minutos sentado en un mullido sillón rojo, hasta que finalmente Cardo me hizo pasar. No hubo formalidad alguna: apenas me senté, empezó a decirme con cara de malo que le estaba armando mucho quilombo en el Complejo Varela, que ya se había enterado que andaba hablando mal de ellos en la Comisión por la Memoria y que salí en un par de radios de Florencio Varela hablando de tortura y no sé qué otras mentiras. Si lo seguía jodiendo iba a complicarle la carrera tanto a él, como al director José Escobar y que Escobar era un director muy bueno y muy difícil de conseguir. Si caía Escobar caía un cuadro formado hacia años y él (Cardo), no lo iba a permitir. Si lo seguía jodiendo él rompía mi pabellón en una semana y a la mierda mi proyecto. Hasta ahí lo dejé llegar. Si bien me asustó un poco que supiera que estuve reunido en la Comisión por la Memoria (¿Cómo se enteró? ¿Quién le contó? ¿Me seguían? ¿Leían mis mails? ¿Tenían pinchado mi celular?), me

ganó la calentura. Todos los años de humillación se me vinieron juntos en una milésima de segundo. La tanada hizo que me levantara de la silla y le empecé a gritar quién carajo se creía que era, que hacía años que venía laburando en soledad y bancándome una y mil presiones y que por suerte ya no estábamos en época de la dictadura, que si bien Cardo jugaba de local en el Servicio Penitenciario, yo jugaba de local en tribunales y no sé qué más. Cardo me gritó que me sentara y que no le gritara, yo le grité que no me sentaba una mierda y que yo gritaría todo lo que se me cantaban las pelotas gritar, y entonces Cardo que no era mucho más alto que yo (lo digo para no definirme como petiso), se paró, y me gritó que él tenía pelotas para gritar más alto que yo, y yo le dije algo vinculado con las pelotas de Jara, a lo que él repuso inteligentemente que las pelotas de Jara no recuerdo por dónde se las pasaba y no sé cuánto tiempo estuvimos los dos de pie, sacando pecho y a los gritos citando literatura borgeana de compadritos y arrabales... Éramos dos machitos alfa patéticos, sudacas y berretas. No sé si fue por la mentira de que yo jugaba de local en tribunales, o por hacerme callar, o porque se quedó medio afónico, o porque se dio cuenta que yo estaba totalmente desequilibrado, la cosa es que Cardo en un tono un poco más ameno me dijo que me calmara, que lo había malinterpretado y que no tenía que ser tan calentón. La palabra *calentón* me hizo gracia y me sacó una sonrisa. En ese momento me di cuenta que si no bajaba un cambio mi proyecto se iría a la mierda. Me senté y le dije que no era mi intención faltarle el respeto a nadie, pero que no me había parecido nada justo lo que dijo de romper el pabellón. Cardo me invitó a tomar unos mates. Acepté los mates. Cebaba buenos mates. Mateamos. Con voz calma Cardo me dijo que si tenía problemas con Escobar, él los iba a resolver, que mi proyecto era “importantísimo” y que sumaba mucho que yo enseñara boxeo porque él era un amante del boxeo y su hijo ya había peleado en un par de peleas amateurs. Me pidió que me amigara con Escobar porque Escobar era honesto y buen laburante, que todos los problemas que surgieran se superarían si los trabajaba conjuntamente con Escobar. Me dio un fuerte apretón de manos y me fui de su despacho sin entender un carajo de lo que había pasado.

Me quedé sentado en el auto más de media hora tratando de racionalizar esa charla en mi acotado cerebro. Cuando volví al pla-

neta tierra, desde el asiento de mi auto me comuniqué con Escobar, le conté de la reunión de Cardo y le dije que yo no me comía los mocos con nadie (use esas palabras de matón de películas clase B) y que si tenía que decirme algo que me lo diga en la cara en vez de mandarme amenazar por Cardo. Escobar me dijo que no tuvo nada que ver con la apretada y que ni siquiera se consideraba amigo de Cardo. Le creí, o quise creer que le creía. Nunca entendí bien lo que pasó. Nunca supe que mierda se entretejió desde Jefatura del SPB, lo cierto es que Escobar dejó de molestarme y tuve paz por varios meses. Escobar finalmente fue ascendido a Jefe del Complejo Varela y se fue de la Unidad 23.

Con el nuevo director empezaron nuevos problemas sumados a que ahora Escobar sería el jefe principal de las seis cárceles del complejo, pero debo confesar que hasta su partida, Escobar no trasladó más alumnos, mi auto no sufrió nuevos daños y a Carlos no lo volvieron a apuñalar.

Fui y soy un paria en el territorio carcelario. Ser un paria es una cagada porque no podemos reproducir masivamente todo lo que hacemos en nuestro pabellón mugriento. Y si nos atacan o nos matan ¿A quién carajo le importa la vida o la muerte de un negro chorro? ¿A vos realmente te importa? ¿Cuánto estás dispuesto a arriesgarte por ella?

LA RANA ROJA PATONA

Por Jonatan “Torito” Insaurrealde

*(Fallecido demasiado joven, cuando todavía le faltaban leer
muchos cuentos, muchas novelas y muchas poesías.
Murió sin volver a subirse al ring con el profe Alberto)*

Esta es la historia de la asombrosa Rana Roja Patona. Tenía seis hermanas, todas eran verdes, las seis le tenían asco, a la pobre Patona. No les importaba que fuera su hermana, eran muy crueles con ella. Tal vez lo fueran porque Patona era joven, bonita, con ojos oscuros como la noche y con una piel roja igual a la de una manzana Y sus patas... sus patas eran grandes como las de una gansa. También era muy simpática Patona, por lo cual se contradecía con aquel supuesto de mala fama, que tienen de mito estos pequeños animales.

Y el mito dice que la séptima hija rana siempre es fea y malvada. Pero Patona no incentivaba a sus compañeras a hacer el daño, ni siquiera se defendía de los ataques de sus hermanas. El anciano iguana Macho Cacho, veía a la bella joven como si viera al mismísimo diablo, Decía que ella en las noches de luna llena se convertía en una serpiente gigante y se alimentaba de todo ser viviente, en esa tranquila laguna ¿Por qué el anciano iguana Macho Cacho creía en esas mentiras e infamias? Porque de joven había conocido a una verdadera rana roja patona... ¿Y saben lo que pasó? Se enamoraron... se enamoraron perdidamente, pero es otra historia que contare a su debido tiempo o tal vez en otro cuento, o tal vez nunca, porque ahora estamos metidos en la atrapante historia de nuestra adorable amiga Patona. Como veníamos diciendo, la Rana Roja Patona era alegre, vivaz y macanuda y hasta se reía cuando se mandaba alguna macana. Cuando su madre la retaba se reía, pero sin faltar el respeto ya que se reía para dentro. La Rana Roja Patona era una descomunal bailadora de reggaetón y su gran ilu-

sión, era ganar el bailando por un sueño de animales insectos, en Show Match. Y también era muy culta, ya que habla con fluidez tres idiomas, tortugesco, cocodrileco e italiano. Si ella hubiera querido la contrataban de traductora, pero no quería ese oficio, quería ser bailarina, era una rana reggeatonera así como lo oyen. Sin embargo ninguna de las virtudes de esta muchacha hacía que sus hermanas la vieran con buenos ojos. "Que se embrome por ser deforme y fea", decía unas de las hermanas. "Si por lo menos fuera parecida a un sapito yo le tendría cariño, pero roja no... no puedo, no puedo y esa manía por el baile me pone la piel de cangrejo", decía otra de sus hermanas.

Niños y niñas, si prestan atención a mis relatos, a la experiencia de vida de mi gran amiga la Rana Roja Patona, estén atentos a no discriminar a personas distintas, o de otro color o país o con discapacidades diferentes, ya que ustedes también son distintos o tal vez deformes... sí, sí, dije deformes ¿No me creen? A ver... quizás no se han dado cuenta, sin embargo si cierran sus ojos... vamos, vamos, cierren bien fuerte los ojos... así, así está mejor, ahora apoyen la mano en el pecho... ¿No sienten algo? ¿No sienten algo distinto o diferente? Apoyen bien apoyado y les garantizo que podrán descubrir que tienen un corazón gigante, un enorme corazón que sobra para compartir con mamá, papá, los abuelos y todos sus amigos...

Jonatan Leonardo Insaurralde. *Antología de Cuentos Infantiles II*, Ed. Cuenteros, verseros y poetas (2012). Disponible gratuitamente en versión PDF en link de primer posteo del Facebook: Editorial Cuenteros, verseros y poetas o en nuestro blog cuenteros-verseros.com.ar

Capítulo V

LA SANGRE Y LOS LIBROS

(2016)

A mediados de 2016 en el pabellón 4 estábamos pasando momentos complicados. Habíamos sufrido una sucesión de directores y jefes de penal o muy idiotas, o muy corruptos o muy hijos de puta. Duraban poco porque en sus excesos, o mataban, o suicidaban presos más de lo habitual y eran removidos por otros directores del servicio penitenciario que eran aún más idiotas, más corruptos o más hijos de puta. Encima de eso Carlos Mena, mi amigo, mi mano derecha y el primer coordinador de la Editorial, había sido trasladado a la Unidad 24 a tenor que estaba próximo a finalizar su condena y debía cumplir los últimos meses de detención en un régimen un poco más benigno (que de benigno no tuvo nada). Estábamos atravesando una etapa de transición con nuevas autoridades dentro y fuera del pabellón, y esos procesos siempre son peligrosos en un centro de tortura.

Los nuevos coordinadores ante la partida de Carlos eran el flaco Guille Quiroga, Miguel Núñez y Fabián. Tres presos responsables, excelentes escritores y con personalidad suficiente como para saber soportarme. Eran los responsables de respaldar y coordinar los equipos de trabajo que yo iba armando y los mejor preparados para escuchar a un grupo de 56 presos encerrados en un centro de tortura con espacio para 28. Esta sucesión administrativa en el pabellón 4 fue una mezcla de negociación constante, voto democrático, esfuerzo comunitario y búsqueda desesperada de liderazgos. No es fácil encontrar y generar líderes en una sociedad capitalista como la nuestra, mucho menos en una sociedad comunitaria en un centro de tortura. Complica mucho más la tarea, el hecho de que trato constantemente de evitar inmiscuirme “en exceso” en

esa construcción de jefaturas colegiadas. Pero sería un hipócrita si negase que gran parte de mi energía la vuelco en despertar almas dormidas. A veces lo hago suavemente, otras a puteada limpia.

Mi proyecto de micropolítica de la resistencia, nuestra comunidad del pabellón 4, es una sociedad que intenta organizarse desde abajo hacia arriba y desde adentro hacia afuera. No quiero que sean mis pautas verticalistas las que impongan las normas de convivencia, porque soy consciente que sigo siendo extranjero en el mundo ignominioso que les toca padecer. Si bien reconozco que en las asambleas que hacemos en el pabellón, mi voz es escuchada y tiene peso, el concepto asambleario que consensuamos implica que mi voz sea igual a la del resto. Sería falso decir que este precepto se cumple a rajatabla, pero es muy cierto que tratamos de que la metafórica mesa redonda donde nos sentamos no posea sillas más altas que otras. Prueba de ello está en que el nombre de la editorial “Cuenteros, verseros y poetas” fue decidido en el año 2010 por votación asamblearia con voto secreto. Varios compañeros propusieron diversos nombres. El voto mayoritario y secreto coronó al ganador. El elegido había sido propuesto por Luis “Chuck Norris” Benítez, un talentoso escritor compañero del pabellón, cuya opción ganó tan sólo por un voto al espantoso nombre que yo había sugerido (con el tiempo agradecí haber perdido esa elección. El trillado nombre que había propuesto “Resistencia Kartonera” hubiese envejecido mal).

Además de las asambleas generales en donde tratamos los temas de mayor trascendencia, hay ciertas reuniones ejecutivas de la “mesa chica” donde me junto con los coordinadores y los encargados de los grupos de trabajo (los que dictan clase de alfabetización, música, xilografía, boxeo, etc.) en la “matera” que se encuentra en la entrada del pabellón. En la cárcel llaman “matera” a una piedad de cinco por cuatro en donde está la caldera y usualmente los guardiacárceles guardan elementos de mantenimiento edilicio. En nuestro caso logramos a base de trabajo y negociación que el SPB nos cediera ese espacio el cual transformamos en la sala de impresoras y computadoras. En esa pieza hacemos las reuniones donde a veces discutimos algunos problemas “graves” que, por seguridad, no tratamos en asambleas. Con el tiempo a la matera empezaron a llamarla “El Salón de la Justicia”, porque en ese ámbito yo aplicaba “justicia” a los coordinadores. Por “justicia” entiéndase los momen-

tos en los cuales mandaba al carajo a uno, a dos o a todos. Lamentablemente esos excesos los cometí demasiadas veces. No es fácil manejar la presión de ser responsable “extramuros” de un proyecto que constantemente es atacado. Recuerden que nuestro pabellón es un “mercado” de 56 potenciales clientes del SPB, que desde hace diez años no juega para “el sistema”. El día que logren romper el pabellón 4, el Estado recuperará un negocio millonario en venta de celulares, drogas y sexo y la dura verdad es que el SPB está desesperado por recuperar sobresueldos, máxime cuando ese mercado de “negocios” de 56 potenciales consumidores de pastillas, incluye un SUM en donde podrían facturar por cada media hora de sexo como el mejor hotel alojamiento de Capital Federal.

Aclaro lo del SUM y el hotel alojamiento. El 2016 había arrancado bien, con dos hechos trascendentales: el primero había sido nuestra primera publicación no cartonera. Habíamos sacado la segunda edición de mil ejemplares en formato libro de *Desde adentro* (testimonios en primera persona de la vida en una cárcel). Era la primera vez que me animaba a quintuplicar los costos de edición. El esfuerzo patrimonial valió la pena porque notamos que el mensaje que emitíamos tuvo mucha más fuerza. *Desde adentro* tenía una terminación y formato igual o más bonito que los libros comerciales, ya que nosotros buscamos excelencia en nuestra obra, no nos gusta que nos lean por lástima o paternalismo, queremos que nos lean porque nuestra literatura es excelente y nuestros libros deben reflejar dicha calidad. Hasta esa época sólo publicábamos con estética de cartón. Regalamos las dos ediciones de 1000 ejemplares de *Desde adentro* con muy buena llegada y repercusión en las villas y barrios populares. A partir de ese libro, repetiría en ese mismo formato con ediciones promedio de 2000 libros por cada tirada. El otro hecho extraordinario de ese fatídico año fue la construcción de un SUM (Salón de Usos Múltiples), exclusivo del pabellón 4. En ese SUM habíamos construido tres habitaciones para encuentros íntimos de los presos con sus parejas y un espacio de esparcimiento para comer y jugar con sus hijos. Ese SUM lo construimos con fondos que aporté yo, por lo tanto, al ser una donación y no costarle ni un centavo al Ministerio de Justicia, los funcionarios deseosos de salir en una fotito inaugural, aceptaron. Poco me importaba el tema de la foto. El día de la inauguración oficial me excusé alegando una audiencia inexistente, la fotito salió y la reprodujeron en la

Revista Cambio, medio propagandístico del SPB dirigido por Gustavo Battista donde suelen promocionar mínimos eventos culturales que esconden las muertes y torturas del mundo carcelario real. No les di el gusto de salir en su fotito

¿Por qué es tan importante tener un SUM de uso exclusivo para el Pabellón 4? Por dos motivos: Primero, porque para recibir a tu pareja necesitás un espacio mínimamente decente. Por lo general, las piezas de encuentro sexual de las unidades penitenciarias están sometidas al pago de coimas. Para tener relaciones sexuales en las cárceles argentinas hay que pagar un precio que se reparte entre los presos que gestionan la seguridad del “alojamiento” y el personal del SPB, cómplice y socio de la coima. Un negocio millonario en sexo, ya que al espacio físico muchas veces se le suma el negocio de la prostitución interna y externa.

El segundo motivo es más personal: No soporto ver a los hijos de los presos en ámbitos tan repugnantes. Cada vez que entro a la cárcel y paso por entre los familiares de los presos tengo una necesidad patológica de correr el rostro, mirar a otro lado, de lo contrario me quiebro. Es mi talón de Aquiles, mi criptonita. Puedo bancarme fuertes presiones de las fuerzas de seguridad, puedo enfrentar con bastante templanza infinidad de amenazas y situaciones violentas, pero lo que no soporto, lo que me hace girar la vista con un nudo en el estómago, es ver los hijos de los presos haciendo fila bajo la lluvia o bajo el sol abrasador de los veranos en Florencio Varela. Esos niños sufren una presión psicológica indescriptible, y yo siempre, siempre tengo que girar la vista. No puedo afrontar ese espectáculo, no tengo coraje para mirarlos más de medio segundo. Por eso necesito que esos chiquitos tengan al menos un lugar con un poco de espacio para correr, jugar y relajarse. El SUM para ellos cumple esa función y también logro que dichas familias no sean agredidos por presos antichorros o “pastilleros”. Si bien restringimos cierto aspecto solidario de nuestra militancia con esta medida exclusiva para nuestro pabellón, es la única opción coyuntural que me queda en un ámbito de sangre, corrupción y muerte como lo son nuestros centros de tortura. Compartir el SUM con el resto de la cárcel implica estar todo el tiempo en guardia por posibles ataques de presos “antichorros” de otros pabellones en momentos de encuentro familiar, o sea, en momentos en los cuales el preso y sus afectos están más vulnerables. Muchas veces los presos deben

recibir a sus esposas e hijos armados con “facas” por temor a posibles ataques. A partir de contar con un SUM nuestros compañeros pueden celebrar cumpleaños, día del niño, fiestas o tener al menos unos momentos de paz y amor con los seres que ellos aman. No es poca cosa en un centro de tortura.

Pero la movida de armar el SUM no me resultó fácil ya que, si bien la idea fue aprobada por el Ministerio de Justicia, fue rechazada desde siempre por uno de los subdirectores de la unidad, por gente de requisa del penal y por muchos guardiacárceles. Mucho perdían con esa construcción. De hecho, cuando logré gracias a la ayuda de nuestro amigo Cristian Fernandez Moores que un corralón de Florencio de Varela lleve el material a la cárcel, fueron muchas las veces que los camiones con arena fueron rechazados, que los ladrillos no pudieron ingresar, que las bolsas de cemento fueron trasladadas por guardiacárceles para que queden expuestas a la lluvia y que la propia requisa “desapareciera” costosos materiales. Pese a ello, contando con mano de obra de los propios alumnos del pabellón 4, en cinco meses el SUM estaba en funcionamiento.

Siete meses habían pasado desde que funcionaba el SUM, custodiado y protegido por el pabellón 4. Sabíamos que algunos oficiales penitenciarios estaban al acecho y por eso todos los miércoles al terminar la clase, les recordaba a los pibes que teníamos que cuidarnos, que *no teníamos que regalarnos*, que debíamos ser cautos, revisar toda la comida que entraba al pabellón porque era probable que el SPB pusiera armas o drogas para tener una excusa para romper el pabellón y quedarse con el SUM. No es gratis ni fácil combatir el negocio de la droga en la cárcel. Estábamos todos alertas, pero no obstante eso el Servicio nos engañó...

Desde hacía meses que uno de los subjeses del penal vendía pastillas a un grupo de alumnos del pabellón 4. Las pastillas son la perdición en la cárcel: son pastillas de uso legal (Roiphol, Rivotril, etc.) que mezcladas con alcohol fermentado (Pajarito) u otras drogas, destroza el cerebro de los pibes quienes terminan haciendo cosas terribles que jamás recordarán. Esta venta de pastillas no la advertí, aunque la sospechaba. Fernando lo sabía. Fernando y el flaco Guille eran, junto con Miguel Núñez, parte de un grupo de cuatro coordinadores pero, de alguna manera, Fernando por personalidad y esfuerzo era el referente del pabellón. Miguel estaba por salir en libertad y por ende estaba más disperso, por lo que,

poco a poco, Fernando terminó siendo mi mano derecha. Las cosas venían funcionando relativamente bien. No hay recetas escritas sobre cómo manejar un pabellón de población en el Complejo Varela. Menos hacerlo estando presente sólo una vez por semana. Si bien en estos diez años siempre mantuve contacto telefónico cada dos o tres días con mis alumnos, mal podemos llamar eso estar pendiente del día a día. La presión era fuerte, se necesitaba ejecutar medidas urgentes en la convivencia y Fernando estaba acaparando demasiadas decisiones por fuera de las asambleas. La comunidad “socialista” se estaba verticalizando, y eso parecía enderezar las cosas, pero fue el principio de un desastre. Con el tiempo me di cuenta que la anterior gestión llevada a cabo por Carlos Mena —de 2010 a mediados de 2015—, fue más horizontal que la de Fernando. Si bien el grupo era más desorganizado y la respuesta literaria era menor, la pastilla estuvo más controlada y en las asambleas semanales yo escuchaba más voces. Durante la gestión de Carlos, al Pabellón 4 se lo bautizó “Cuba”, porque éramos una isleta de resistencia en un mundo donde no dejábamos entrar al “Imperio del mal” que extendía sus tentáculos capitalistas con negocios espurios. Fuimos “los cubanos” durante muchos años, pero con Fernando comenzó un proceso más estricto que generó algunas asperezas. Entre los disconformes estaban dos compañeros de editorial que por razones legales llamaremos César y Gabriel.

César era un preso viejo, difícil, chorro peleador, respetado y muy inestable. Lo quería y me quería, pero sus antecedentes con drogas lo hacían una persona compleja en el pabellón. Gabriel era de la misma estirpe que estaba atravesando un momento muy difícil ya que su esposa había muerto hacía pocos días en un accidente de tránsito mientras iba a visitarlo a la cárcel. Los dos hijos de Gabriel habían quedado prácticamente huérfanos y eran criados alternativamente por distintos familiares y amigos de la villa donde habitaban. Las pastillas eran el único consuelo de Gabriel y de su mejor amigo, César. Las “pastillas” dentro de un pabellón de población son garantía ineludible de violencia inmediata, incontrolable y mortal. Iba a correr sangre. Cuando concluí que no había más espacio para que el problema lo resolvieran dentro de las paredes del pabellón, tomé una decisión pasando por encima del mandato de Fernando y Guille, violando un principio explícito: **intervendría para que algún alumno mío se retire del pabellón.**

Una de las pautas de la comunidad del pabellón 4 es que yo no decido quienes ingresan o egresan del pabellón. Las únicas dos condiciones pétreas que consensué con mis alumnos es que NADIE paga por ingresar al pabellón y que NADIE puede retirarse del pabellón lastimado. Pero del ingreso y del egreso se ocupan ellos. Dos veces violé esa condición y las dos veces murieron personas. La primera la conté un par de capítulos atrás y ocurrió en 2015 cuando un alumno mío llamado Santiago, voraz lector de Nietzsche, pero persona muy percutida por el paco y las pastillas, había empezado a reaccionar en forma muy violenta en su consumo de drogas. Me había enterado que en una de sus viajes químicos había amenazado a una psicóloga de la unidad y a uno de los coordinadores de literatura, Miguel Núñez. Eso era peligroso para él y para todos. Una tarde nos juntamos, charlamos, discutimos, lloramos nos abrazamos y Santiago decidió irse del pabellón 4. Se retiró bien y sin problemas. Se fue a una Unidad cercana al Complejo Varela. A la semana me escribió desde esa otra cárcel pidiéndome disculpas por no haber podido controlar sus demonios y agradeciéndome por todo lo que yo había hecho por él. A los pocos días de ese mensaje Santiago murió peleando con facas pasadísimo de pastillas. Un año más tarde Miguel Núñez, ex coordinador y amigo mío moría en un enfrentamiento policial. Ninguno había cumplido los 35 años. Soportar esas cosas es el precio que pagamos los que resistimos los valores de nuestro tiempo.

La segunda y última vez que intervenía para que se vaya otro alumno fue para que se retiren César y Gabriel. Lo hice intentando evitar que alguien saliera lastimado, pero nuevamente alguien moriría.

Hablaba todo el tiempo con Fabián. Con César y Gabriel menos, porque empezaron a guardarse en sus celdas por la resaca de pastillas. En las asambleas, le pedía al grupo que estuvieran atentos y preparados contra la voracidad del servicio penitenciario en la venta de pastillas. Pero en los ojos de varios alumnos notaba que la dilatación de las pupilas no eran por consumo de marihuana. Eran pastillas. Estábamos jodidos. Un miércoles noté que la asamblea tenía mucho metamensaje violento. Muchos chistes solapados, muchas miradas furtivas..., al salir del pabellón me reuní con el Jefe del Penal, a quien consideraba un tipo jodido, pero que creía (y creo), que no estaba metido en el negocio de las pastillas. En la cárcel

hay que distinguir el funcionario que tiene que hacerse el boludo para no morir por las mafias, de aquel otro que comparte ganancias con las mafias. Estaba convencido que en cualquier momento habría un enfrentamiento provocado por César y Gabriel que ya no se podían controlar sobrios. Al jefe del penal le pedí que trasladara a ambos a otra unidad (es imposible que salieran a otro pabellón dentro de la 23 porque eso no evitaba que se mataran en cualquier rincón de la cárcel). Pero era fundamental que el traslado fuese dentro de alguna de las 6 cárceles del complejo Florencio Varela, porque no quería que las familias de César y Gabriel perdieran el contacto y tampoco quería que los subieran a un camión de traslado con los peligros que ello conlleva. Los traslados dentro de las distintas cárceles del Complejo Varela muchas veces se hacen en forma ilegal, caminando, acompañados por guardia armada ya que los camiones de traslados son muy escasos. Le dije al Jefe del Penal que la situación era desesperante y que en cualquier momento podía pasar lo peor. Me contestó que buscaría la forma de trasladarlos, pero que no era sencillo ya que no tenía una causa legal para hacerlo. La respuesta era correcta y formal, pero era una gran mentira. Cuando el SPB quiere sacarse a alguien "sin papeles" lo hace en un segundo. Eso fue lo que le contesté al Jefe del Penal. La charla no fue agradable, pero finalizó con el compromiso del funcionario de intervenir de inmediato.

Ese diálogo ocurrió un miércoles. Dos días después, viernes a la tarde, recibía un mensajito de un miembro del pabellón 4. Gabriel había muerto. Fabián lo había matado.

Todo se vino abajo y no tenía derecho a hacerme el boludo. Esta vuelta todo pasó frente mío. No puedo alegar que fui sorprendido y mucho menos acostumbrarme a la idea de que en las cárceles esto pasa todo el tiempo. Es cierto que esto pasa todo el tiempo, tres muertes semanales lo confirman, el problema es que la mayoría civilizada lo ha naturalizado. Yo no estoy dentro de la mayoría civilizada. No cuenten conmigo para aceptar lo inaceptable. Permítanme resistir

Poco después, testigos del homicidio me contaron lo que pasó. César y Gabriel estaban pasados de pastillas y en medio de una discusión en la cocina del pabellón le pusieron una faca en el cuello a Fabián y se lo llevaron a la celda. El resto del pabellón intervino para que no lo maten. En medio de la negociación, Fabián pudo sol-

tarse y escaparse de la celda de sus captores, quienes de inmediato se encerraron. Fabián en segundos armó una lanza y ciego de furia tiró un lanzazo por el pasaplato de la celda de César. La lanza impactó de lleno en el pecho de Gabriel. El lanzazo en realidad era un arrebató de ira y estaba dirigido a César (con ínfimas posibilidades de impactarlo y de matar a tenor que es imposible tener puntería atravesando un pasaplato que debe medir cuarenta centímetros de largo por veinte de alto). Los huérfanos de Gabriel perdieron a sus padres en poco menos de tres semanas.

Llegué tarde. Si bien el Jefe del Penal se movió con displicencia y negligencia, yo tendría que haber actuado con antelación. El traslado lo tendría que haber pedido semanas antes. Esa muerte me destrozó anímicamente. Nuevamente sufrí la maldición de Cassandra. Conocía el problema, conocía los actores del problema, conocía el escenario donde se llevaba a cabo la tragedia, pero llegué tarde para resolverla porque nadie me escucha ni me toma muy en serio. Por segunda vez una decisión mía, por acción o por omisión, terminaba en muerte. Primero Santiago y ahora Gabriel. El SPB aprovechó ese homicidio para “romper” el pabellón. Por romper el pabellón entendamos que trasladaron 30 alumnos que siendo analfabetos se habían transformado en escritores, alumnos que hacía seis años estudiaban y escribían filosofía sin beneficio procesal alguno por hacerlo. A esos alumnos los mandaron al campo, o sea Olavarría, Urdampilleta, Sierra Chica, Magdalena, Mercedes, Alvear..., las cárceles más alejadas de la provincia. Esos mismos funcionarios se quedaron con nuestro SUM en donde a los pocos días ya funcionaba una especie de hotel alojamiento con facturación millonaria a nombre del SPB. Todo el trabajo de más de cinco años se perdió, porque también el SPB aprovechó para robarme las computadoras y las impresoras que había donado. Hasta libros de la biblioteca se robaron.

Pero no tenía tiempo ni espacio para dejarme ganar por la angustia y la depresión, ya que los penitenciarios aprovecharon el momento para pedir mi expulsión. Comenzó una serie de negociaciones que narraré en el próximo capítulo, negociaciones para evitar la derrota total. Cuando finalmente pude evitar que me expulsen y logré regresar al pabellón, advertí que casi todos los referentes habían sido trasladados. Me dejaron sólo 25 compañeros.

Es más que correcto pensar que la Editorial Cuenteros, verseros y poetas nació en 2010, fue herida gravemente en 2016 y renació de las cenizas ese mismo año, prácticamente de cero. Mas de treinta compañeros escritores, artistas y deportistas fueron trasladados en las peores condiciones a cientos de kilómetros de sus familias. Muchos de esos jóvenes de menos de treinta años ya están muertos.

¡EY GUACHIN!

Por Fabián Miculán

¡Ey guachín, te cuento una! Mirá, ésta es mi vida, te la resumo un poco para que vos la leás y saqués tus propias conclusiones:

Primero caí un par de veces en taquería de provincia. Como era menor, me retiraba mi vieja. Antes estaba todo pago. A los dieciséis encané en capital, ahí fui a parar al Roca, ¡ja, ja, ja!!!! ¡Me quería matar! Estuve peleando las primeras dos noches con mis compañeros de celda, que eran cinco —porque las celdas eran de seis—, me atormentaron, pero yo sabía que no podía quebrar, porque era CHORRO y no era mulo de nadie y ni daba para que en el barrio se enteren que yo estaba mal en cana. Así que no me dejé quebrar y a los días andaba entre los más piolas. Vos sabés, sino marcheta. Tres meses y otra vez a la calle ¡era yo!!!, no perdí nada... unos días nada más. Después estuve un par de veces más de Menor, pero lo mejor empezó de Mayor cuando por andar robando y, ser el más piola, perdí la primer familia que había formado, dejé una buena mujer y mi primer hijo, pero no me di cuenta lo que perdía, porque no me paré a pensar. ¡Era yo!!! Mujeres, amigos. A todos lados, iba y sabía que era yo. Me junté con la más linda de seis o siete amigas, y me quedé en ese barrio, ahí fue la primera vez que pensé en dejar de robar. Estaba por volver a ser papá y no quería caer en cana y perder la oportunidad de ver a mi hijo crecer, pero cuando faltaban días para que nazca, caí en cana por no saber decir que no y querer darle una mano a un compañero que me necesitaba.

Cuando llevaba un mes y medio, nació mi princesa, que la amo, pero no estoy nunca cuando me necesita. En esa, le hice seis años... renegué a full. Cuando fui a la cárcel, ingresé a Olmos ¡cuando vi esa cárcel!!!! Se me llenó el bolso de preguntas, el mono se me hizo re pesado; subí al 2º, porque era CHORRO y no me iban a quebrar, porque yo soy CHORRO. Por un par de meses me hicieron la gue-

rra, no era dueño ni de dormir. ¡Ja, ja, ja!!! Renegué hasta que unos pibes de mi barrio me rescataron; ahí me empecé a acomodar y fui yo otra vez ¡ja, ja, ja!!! Empecé a tener problemas y a pelear por una u otra cosa, andaba para todos lados y mi familia conmigo. A mitad de condena, la que era mi mujer y madre de mi princesa, me dejó re tirado. ¡Ja, ja, ja!!! Y se juntó con mi primo, ¡no podés! ¡El peor! ¡Los cuernos me tocaban techo!, la peor parte la sacó mi hija, porque a ella también la dejó tirada y ahora la están criando las abuelas y tías, ya que yo —por otro lado— seguía en cana y como pensaba que no podía hacer nada, me dediqué a tomar pastillas y a fumar porro. Todo esto dejó como resultado que casi me mataran tres veces. Salí al hospital de la calle a tomar suero. Hice que maten a un amigo, por hacerme el piola, y por eso se quedaron dos nenitos sin papá y casi mis hijos tuvieron la misma suerte.

Pero bueno, me fui otra vez a la calle. Cuando salí me encontré con todo cambiado, los pibitos que yo conocía no eran más pibitos: eran guachis turros y andaban a las chapas, unos bien... pero la mayoría... con el paco, ¡un asco! No tenía ni dónde dormir, pero no le pasé cabida, porque estaba en la calle. Me dediqué a lo mío otra vez, a las andadas; mujeres; choreos y todo lo que quería; motos, camioneta, locales propios y lo mejor... muchas culisueitas, no es por nada: tuve feas, gordas, flacas, buenas, malas, lindas y ¡muy lindas! Lo mejor fue cuando conocí a mi mujer de hoy en día, dejé todas las demás. Sabía que era la que buscaba y me volví a juntar con la ilusión de formar una familia y de nuevo estaba esperando para ser papá y no quería por nada del mundo perderme la oportunidad de estar con mi bebé. Me cuidaba de todo. Si no me gustaba algo, me volvía para casa, total tenía para comer, pero lo mejor de todo: una nueva familia y la oportunidad de estar por lo menos con uno de mis hijos y tratando de recuperar el tiempo perdido con los otros dos; aunque sé que el tiempo perdido no se recupera, pero cuando casi lo logré se volvió a pinchar por mis compromisos, esos códigos qué como CHORRO no podés dejar a un lado; me compliqué la vida. Otra vez estoy preso. Llevo menos de un año y ya me volvieron a dejar tirado todos de mis compañeros, no quedó ni uno, hasta los que nunca pensé que me iban a dejar morir se borraron. La única que me sigue es mi mujer y a mi bebé lo veo cinco horas por semana. Y cada vez me pesa más saber que no lo voy a poder criar igual que a los hermanos.

Por eso amigo, vos si sos pillo, vos que estás a tiempo, tratá de no pasar por todo lo que la mayoría de los chorros pasamos. Dejá esta vida, que de fácil no tiene nada y no sufrás ni hagás sufrir a tu familia, que más pillos que los que están toda la vida con ellos, no hay. Te lo digo yo, que toda mi vida estuvo llena de falsas felicidades y duras desilusiones por todo lo que sufrí e hice sufrir a mis seres más queridos.

Hoy, después de todo ese sufrimiento, estoy buscando un cambio en mi vida; pero ya malgasté más tiempo del que me queda, haciendo las cosas mal.

Así que vos fijáte si vale la pena...

Capítulo VI

LA (IN) SENSIBILIDAD PROGRESISTA

(2016)

Todo lo que había logrado en seis años de lucha lo había perdido. Un compañero había sido asesinado en mi territorio, otro seguramente sería condenado a cadena perpetua y otros treinta escritores fueron arrojados al circuito tumbero del interior provincial sin posibilidad alguna de volver a mi pabellón. A nadie le importaba. Tenía que arreglarme solo.

No tenía tiempo para deprimirme o, mejor dicho, debía combinar la depresión con acción urgente. Tuve muchas reuniones y discusiones. El Jefe del Penal reconoció no haber reaccionado con la premura que le exigí, pero eso no ayudó en nada. El ministro de justicia de la gestión de Vidal era Carlos Mahiques, ninguno de sus subordinados atendió mis llamados, dejando todo en manos de los penitenciarios. A los pocos días del homicidio, el Jefe del Penal fue trasladado, nunca supe bien si como premio o como castigo. Su reemplazante era un subalterno que estaba en la unidad desde hacía años, era un subjefe que nunca me quiso y que hizo lo imposible por borrar me del mapa achacándose toda la responsabilidad de lo sucedido. Este penitenciario quería adueñarse del SUM que había construido. Se le hizo muy fácil arrebatarlo y alquilar dicha instalación a otros presos evangelistas.

Los penitenciarios me pasaron todas las facturas guardadas y se pusieron duros en la idea de que debía irme. El único que me apoyaba tibiamente era el director de la unidad, pero no quería malquistarse con el resto de los penitenciarios. Yo jugaba mi carta fuerte ante dicho director, pero los embates del resto de la fuerza eran enconados. Muchas reuniones, muchas discusiones, mucha

saliva, mucha energía para no putear ni cagar a trompadas a quienes se habían llenado de plata vendiéndole droga a mis alumnos...

Un mes duraron las negociaciones. Un mes con el resto del pabellón engomado las 24 horas. Esa era otra presión en mi contra. Yo necesitaba negociar lo más rápido posible porque hasta que no se resolviese mi situación (continuidad de mi proyecto), mis compañeros continuarían castigados con un régimen de engome sin salidas al patio. Para que se entienda bien, durante el mes que duró la negociación, los 26 compañeros que no fueron trasladados, estuvieron encerrados en sus celdas de tres por tres, sin haber salido ni un solo minuto a caminar al exterior. Dos compañeros por celda, sin poder bañarse, ni caminar, ni ver el sol por un mes. Y la única persona con ganas, energía y voluntad para levantar dicha sanción era yo. De alguna manera, como líder del proyecto, era el responsable tanto del castigo como de la potencial finalización del mismo. Bienvenidos a mi mundo.

Pasado un mes y luego de mucha paciencia y saliva argumentativa, autorizaron mi regreso al pabellón 4. El día que entré fue el mismo día que desengomaron a mis compañeros. Fue como ingresar a un territorio arrasado. El SPB me había robado las tres computadoras, dos impresoras y habían arrojado al suelo la biblioteca. No sólo arrojaron todos los libros, sino que también los pisotearon y rompieron. La mayoría de esos libros eran clásicos de literatura que yo había regalado de mi biblioteca personal. Eran libros que me ayudaron a crecer y a comprender mi realidad. Parte de mi personalidad la gesté pasando horas y horas de mi adolescencia leyendo, subrayando y releendo esos libros que ahora estaban rotos y muertos. Si bien no me robaron ni rompieron la impresora Multifunción Epson 210 (algo que negocié durante ese mes), si se robaron un freezer que habíamos comprado entre todos. Como si todo esto fuera poco, el nuevo Jefe del Penal ya había llenado las treinta plazas de traslados con nuevos detenidos que no me conocían ni sabían nada de mi proyecto. Treinta nuevos pibes en un pabellón de "población", donde acaba de morir un preso es una invitación a la masacre. Muchos miembros del SPB y autoridades del Ministerio de Justicia de la gestión de Mahiques apostaban al conflicto. Era la excusa ideal para darme la estocada final y que se enterrara por siempre el proyecto Cuenteros, verseros y poetas.

Estaba muy golpeado pero contento. Luego de un mes de negociaciones, presión y estrés, había logrado vencer a mis enemigos. El miércoles que volví a ingresar, me abracé emocionado con los 26 veteranos sobrevivientes y me presenté formalmente ante los 30 recién ingresados. Pese a la muerte, los deportados, la acechanza de las hienas y al dolor general, volvió a fluir un hilo de esperanza en los 56 compañeros que conformaban una nueva camada de Cuenteros, verseros y poetas.

Pero nada es gratis en la vida. Esa noche, al llegar a mi casa, el cuerpo me pasó factura. Empecé a toser 39 grados de fiebre. Estuve 5 días en cama con antibióticos, alucinaciones, chuchos de frío y muy fuertes dolores en los huesos. Era la primera vez que levantaba tanta temperatura desde que tengo uso de razón. La última vez que tuve que guardar reposo fue cuando era niño y sufrí de paperas. De alguna manera mi organismo me dijo: “Lo logramos chabón. Volviste a entrar a tu puto pabellón y salvaste del destierro a 26 amigos, ahora dale un poco de descanso a tus huesos, capo”. Al sexto día ya estaba mejor y volví al Estudio Jurídico. Al séptimo día volví al pabellón. Todavía sigo yendo...

No tengo la más remota idea de dónde saqué las fuerzas para remontar la parada, pero la cosa es que empecé a viajar dos veces por semana a Florencio Varela. Tuve que apoyarme mucho en quien sería el nuevo coordinador, Francisco Bus. Con él, con Jorge Rivas y con el esfuerzo de compañeros sobrevivientes del tsunami, como Brian Calla, empezamos la refundación. Con estos referentes empezaba a nacer la “tercera administración” editorial. La primera y fundacional fue liderada por Carlos Mena del 2010 hasta mediados del 2015, fecha en que Carlos fue trasladado a un régimen más benigno previo a su libertad. La segunda administración duró menos de un año, de mediados de 2015 a mediados de 2016, y fue la encabezada por Fabián. La tercera, puede ser la vencida, o la que me venza y es la que está llevando hasta estos días Francisco “el Rengo” Bus. El Rengo es un laburante como pocos y un amigo con quien puedo charlar, pensar y aprender. En pos de defender nuestro proyecto hemos tenido infinidad de discusiones, pero siempre dentro del marco de la convicción por generar un espacio de resistencia y pensamiento. Es una pieza fundamental ya que Francisco fue testigo de los diferentes liderazgos de Carlos y de Fernando.

Aprendió de sus virtudes y también de sus errores.

La primera tarea fue concientizar a los nuevos compañeros en nuestro concepto de “comunidad”. Por medio del diálogo y el ejemplo empezamos a mostrarle a los nuevos pibes que nuestro pabellón de población es muy distinto al resto de los pabellones de población del país.

La segunda faena fue imponer un discurso muy contundente en contra de las “pastillas”. No teníamos espacio para la traición. Ningún miembro del pabellón podía ingresar pastillas. Habíamos aprendido la lección. Podíamos ser más tolerantes con otro tipo de sustancias, máxime cuando la mayoría de mis compañeros ingresan sin desintoxicarse totalmente de la nefasta pasta base. Nada de Paco, nada de pastillas. Pero esta política tenía que llevarse sin “mano dura”. Cada compañero debía ser responsable de cumplirla y de aprender a dejarse ayudar. Podíamos ser pacientes, abiertos y comprensivos, pero la última palabra lo tiene cada uno consigo mismo. Quien no respetaba pautas mínimas de convivencia y confianza, debía retirarse por su propia decisión. Nadie expulsaría a nadie por la fuerza, porque nunca los Cuenteros, verseros y poetas habíamos aplicado “mafia” (paliza colectiva), a ningún compañero. Los que se van de nuestro pabellón, siempre se van bien y sin violencia.

La tercera campaña urgente que implementé al reingresar fue comprometer a todos a sacar un libro en forma urgente para tener algo de difusión que nos dé aire frente al SPB. Ese libro se llamaría *Juguetes perdidos*, y convoqué a todos los compañeros a que escriban sus experiencias en los Institutos de Menores. Era un libro urgente por dos motivos: primero porque nadie nos protegía y la publicación del libro tal vez consiguiera algo de difusión, única alianza que manteníamos; el segundo motivo es porque el gobierno de Macri estaba impulsando un proyecto de ley para bajar la edad de imputabilidad y necesitábamos generar un acto de resistencia ante semejante iniciativa.

Nos pusimos a trabajar todos en todos los frentes. Doné nuevas computadoras e impresoras. Volví a conseguir de mi amigo Silvio Rotela guantes y bolsas de boxeo. Con los veteranos armamos distintos gabinetes de trabajo: un equipo de alfabetización para los recién ingresados, otro de filosofía para que expliquen las clases atrasadas a los novatos, un equipo de pintura para colorear nues-

tros libros cartoneros y para pintar los muros de nuestro pabellón; y un equipo de música para volver a armar una banda de rock como la que teníamos antes de que nos rompieran el pabellón. Armamos esos equipos de trabajo a contrarreloj. Los coordinadores volvieron a coordinar, los escritores volvieron a escribir y los compañeros volvieron a crear arte.

A los pocos meses, luego de mucha lectura, escritura, debate, corrección y transpiración publicamos *Juguetes perdidos*. El libro salió a la calle a finales de 2016. Como siempre nos pasa, tuvo nula repercusión mediática (recuerden que ningún periodista respondía mis mails), no obstante, algo de movida se hizo y yo me encargué de difundir ante las autoridades de la unidad que había sido convocado por el Poder Legislativo para declarar el libro de interés provincial. Esa mentira la difundí con bastante pasión y dio sus frutos, ya que la misma le sumó unos puntos al director de la unidad y ello conllevó que el Jefe del Penal abandonara la idea de insistir con mi partida.

Al poco tiempo, y gracias al boca a boca, un grupo de fotógrafos maravillosos conocidos como colectivo MAFIA (Movimiento Argentino de Fotografxs Independientes Autoconvocados), se contactaron con nosotros con la idea de conocer nuestra historia y realizar una serie de fotografías del pabellón. El director de la unidad autorizó el ingreso ya que le servía como publicidad “progre” de su cárcel, y a mí me servía porque empoderaba al grupo frente a nuestros enemigos.

Por intermedio de les chiques de MAFIA, se contactó un joven de una editorial independiente porteña, quien me invitó a una exposición de editoriales independientes que se realizaría en pocos días en la Facultad de Sociología o de Filosofía y Letras (no me acuerdo bien) de la UBA. La idea del editorialista era presentarme ante el resto de las editoriales para que las mismas nos donaran libros, algo que me venía bárbaro luego del saqueo del que habíamos sido víctimas. Acepté de inmediato el convite. Llevaría muchos de mis libros, los regalaría a las editoriales independientes y daría a conocer nuestra obra. De paso pensaba recibir un montón de libros de buena calidad. En los papeles el plan era perfecto, la realidad me demostró lo ingenuo que seguía siendo.

Pese a que mi trabajo de abogado me lleva un montón de tiempo y pese a que la prioridad temporo-espacial se la dedico a mi pa-

reja y a mis hijas, me hice un hueco para viajar a Capital Federal con cien ejemplares de *Juguete perdidos*. Llegué a la Facultad y en el hall de la misma pude ver más de cincuenta stands con centenares de libros. Había decenas y decenas de representantes de pequeñas editoriales. Se respiraba buena onda, idealismo, cheguevarismo cool y arte. Si bien mi perfil es más morocho del conurbano que bohemio metropolitano, recuerdo que pensé que acá la rompo, por fin un ámbito en donde voy a recibir una caricia anímica. Busqué al joven editorialista quien me estaba esperando con la mejor onda. Charlamos, tomamos mate y juntos empezamos a pasar stand por stand, con mis libritos y mi discurso. En ese preciso momento se terminó el encantamiento. La brillante carroza se transformó en apestoso zapallo...

Con mi mejor sonrisa me presenté acompañado del entusiasta editorialista en un stand, contando nuestra historia y ofreciendo mis libros. El joven del primer stand que visitamos me miró con desconfianza. Su vista no se dirigía a mis ojos, sino que miraba por detrás mío, incómodo con mi presencia. Esos ojos reflejaban hastío y una pizca de pedantería. Cuando terminé mi discurso y le regalé un par de mis libros, se lo quedó mirando y agradeció el obsequio. El editorialista que me acompañaba, carraspeando le indicó que la idea era regalarnos libros mutuamente, para que yo pudiese volver a armar nuestra biblioteca que había sido destruida por la requisa. Secamente nos contestó que no podía donarme nada hasta que llegase su socia, quien lo suplantaría en un par de horas. Nos despedimos medio confundidos y encaramos al stand de al lado. La historia fue parecida, pero al menos esta vez me regalaron dos libros de cocina y uno de autoayuda (seguramente pequé de prejuicioso o de boludo, pero recién ese día me enteré que las editoriales independientes también vendían libros de mierda). Empecé a sentirme mal y el editorialista que me invitó me pidió disculpas, me dijo que no entendía lo que estaba pasando. Fue a buscar un par de colegas suyos con los cuales tenía buena relación y la cosa mejoró un poco, al menos compartieron unos bizcochitos Don Satur y me regalaron un par de libros de ficción de autores nóveles. Eso me levantó un poco la moral, todavía no estaba todo perdido, pensé. De allí nos dirigimos a uno de los mejores stands, que era el de una editorial independiente muy famosa hoy en día. Sus dueños, un chico y una chica que en vez de tomar mate tomaban chocolate

en tazas como la de la serie Friends, pertenecían a un conocido grupo literario vinculado con la facultad de Filosofía y Letras. Ellos me recibieron con la mejor sonrisa y luego de escuchar mi discurso empezaron a cuestionar el concepto de donación, afirmando que los presos tienen derechos y que mi proyecto de alguna manera fomenta la mano de obra esclava. Me lo dijeron sin anestesia y sin perder la sonrisa en sus rostros. Su violencia pasiva me desarmó. Cuando me encuentro en un ámbito ideológicamente hostil y un facho me ataca, se me hace muy fácil desarmar sus planteos, básicamente porque el fascismo no tiene solidez argumentativa. Pero cuando me encuentro en un ámbito supuestamente amigable, me relajo y cuando me atacan cínicamente por izquierda, a veces quedo confundido, aturdido y esto fue lo que me pasó con los editoriales. Les expliqué a ambos que seguramente me había expresado mal, ya que muy lejos estábamos de generar mano de obra esclava, somos una cooperativa, les dije, mis compañeros antes que presos, son artistas y regalábamos todo porque nuestros lectores mayoritariamente eran habitantes de villas del conurbano y no tenían dinero para gastarlo en libros. Precisamente por eso deberían beneficiarse vendiendo el libro y no regalándolo, contestó el muchacho. Y remató su discurso afirmando que el hecho de que tus lectores sean gente muy humilde, no implica que haya que bastardear a los artistas. Juro por lo que más quieran que esas fueron sus palabras. Me quedé helado y ni siquiera tuve la lucidez de pedirles que me devolvieran el libro que habían vituperado. Lo peor de todo es que no me donaron nada. El editorialista que me acompañaba empezó a tartamudear contestándole que no tenían ni idea de lo que hablaban y que se yo que cosas. Yo me alejé porque hubiese sido mala prensa pegarle un cross al hígado al tomador de chocolate en tazas neoyorquinas. El editorialista que me invitó me alcanzó y comenzó a pedir disculpas por sus colegas. Le dije que se tranquilizara, que no había problema. Le expliqué que yo estaba acostumbrado al ninguneo y que el desconocimiento y prejuicio que tiene parte de la sociedad no me afectaba. Le mentí porque el pobre pibe no tenía nada que ver con la situación patética que estaba viviendo. Juntos encaramos siete u ocho stands más. En ninguno me recibieron con los brazos abiertos. En todos me miraban con recelo. Yo regalaba tres o cuatro ejemplares de *Juguete perdido* por stand, y recibía uno o dos libros elegidos entre los menos vendidos y de

peor calidad literaria. Fue bastante bochornoso. Estuve bajo fuego progresista casi dos horas. En esa reunión de editoriales independientes recibí el delicado sopapo de la bohemia palermitana. Hay una moda llamada progresía y es una moda que gusta mucho en ámbitos porteños. Yo no soy un proletario. Soy un pibe de clase media, formado en una familia gorila y de derecha. Fui gestado y criado en la derecha, pero mi formación intelectual se nutrió de autores de izquierda. De niño fui gorila y de adulto peronista. Peronista de izquierda. Mi acción militante también rumbea por la zurda. He leído mucho y llevé a la práctica mis lecturas militantes. Acepto y entiendo que me ataquen por todos lados ya que, al ser un abogado de buen pasar, al ser un desclasado en toda la línea, tengo flancos para ser atacado por izquierda, por derecha, por abajo y por arriba. No me afectan esas críticas, pero me enerva la impostura de los seudo punkitos que nunca conocieron el barro. Esos revolucionarios de Palermo Soho sólo conocen las calles de tierra como turistas, y como tales, lo hacen sacándose selfies para subir a Instagram, Twitter, Tick Tock o Facebook. Como ya he escrito en alguna novela, la izquierda le regaló el 80 por ciento del vocabulario a la derecha. Las palabras trabajo, constancia, esfuerzo, dedicación, sacrificio, templanza, son todas malas palabras para los personajes de izquierda. A esos boludos habría que avisarles que cuando la revolución mesiánica toque a sus puertas, no se van a poder levantar de sus camas, porque van a estar demasiado colocados por el porro y la birra que consumieron en sus charlas de café. Es bueno que se sepa que mi proyecto sufrió mucho más el ninguneo y la indiferencia de los actores progresistas que el ataque directo y sanguinario de los fascistas institucionalizados.

Cuando el estómago no aguantó más, me despedí del editoralista y me volví a La Plata. Al despedirnos volvió a pedirme disculpas y yo volví a decirle que él no tenía que disculparse de nada. Me había querido dar una mano y la cosa no salió tan bien como esperábamos. Punto.

El SPB me había destruido más de quinientos libros. Para recuperarlos había viajado a Buenos Aires, había perdido toda una tarde, había sido tratado como un apestoso alienígena y encima estaba seguro que había salido perdiendo en el intercambio. Para corroborarlo, al llegar a mi casa, revisé las cajas e hice un inventario y balance de mi presentación oficial frente al mercado editorial

porteño (lo tengo aún agendado en mi libretita): había regalado setenta y ocho ejemplares de *Juguetes perdidos* y había recibido a cambio treinta y dos libros. Si descartaba los libros de autoayuda, astrología y cocina, los libros donados de ficción o poesía, no llegaban a doce.

El día que necesiten un representante de relaciones públicas para su negocio, por favor no me contraten.

AUDACE E SINCERA

Por Francisco Bus Soto

La prematura separación de sus adolescentes padres a principio de los noventa, y luego de tres años de una relación tóxica, llevó a que su madre, Isabel, volviese a vivir con sus viejos, Ángela y Nino, vecinos de Lanús. Dos entrerrianos chapados a la antigua. Un veterano exmarino mercante y una ama de casa. «Piccola Isabel», Isabelita, como la llamaba su papá, no pudo digerir fácilmente la separación de Rubén, el formoseño que conoció en la secundaria, un “sesos de poeta” que la enamoró y se aterrorizó al saber que sería padre. La abandonó después tres años de idas y vueltas, huyendo a su tierra natal para nunca más aparecer. Isa, canalizó la tristeza en salidas a boliches y alcohol en exceso; olvidándose de la presencia de su bebé. A escondidas de su padre frecuentaba las noches, esas que la llevaron a conocer un nuevo amor diferente, un amor que la llenaría por completo... Roberto, Nino, jamás aceptó esa relación y echó de la casa a su hija, despojándola hasta de su apellido. Era una «puttana», puta, según él. Sí, una puta, «malata di mente», una enferma mental, a quién no le importaba el futuro de su hija, un «fodera pinchado», un forro pinchado, un error «nella sua vita», un error en su vida.

Diez años pasaron bajo la tutela del Tano Occhiuzzo, y ese «beccello», pimpollo de dos años que cobijó, se convirtió en toda una señorita. Romina Ayelén Occhiuzzo absorbió el vigor revolucionario de su abuela, el que se encontraba contenido en su pecho, y que en ciertas oportunidades afloraba de su boca en forma de concejos, enriqueciendo el carácter de Aye. No eran sólo pastelitos, tortitas ricas o pastas; Ángela tenía algo más. La finalidad de su existencia no era atender al abuelo, como la condenó el cura al casarlos.

Ella también se encargaba de que Romi fuera al mejor colegio, que se vistiera lo mejor posible; creando ella misma o copiando, en sus ratos libres, algún que otro modelo de esas revistas que enseñan a uno a diseñar ropa. Se conectaba literalmente a su Singer; armando remeras, pantalones, vestidos. Changueaba a escondidas de su marido para darse algunos gustitos, porque las migajas que él le dejaba, no cubrían por mucho, ningún gasto. Preparaba delantales, guardapolvos. ¡Una genia la nona! El Tano jamás perdonó que su hija se haya enamorado de una mujer. Luego de varias copas, los domingos, después de juntarse con sus amigos a jugar al truco, empezaban los reproches. Juraba «mia nipote non passerá attraverso lo stesso», mi nieta no va a pasar por lo mismo. Ella llevaba sangre Occhiuzzo, y a los Occhiuzzo no les temblaba la mano para tomar decisiones en su vida. No iba a ser una puta como su madre y abuela.

Esos genes de trola lo llevan ustedes —dijo casi sin abrir los ojos por tanto beber—. La «vecchia», vieja chota de tu madre, las hizo así. ¡Cómo la pegaste vos, Angelita, al casarte conmigo, ¿eh?! Andá a saber dónde terminabas. Mirá tu mamá, tantos machos que tuvo y le terminé pagando el cementerio yo. «Vecchia di merda», vieja de mierda. ¡Hasta muerta me caga la vida! Y de tu «bambina», esa inadaptada sociale, ni hablemos —decía con un vaso de vino en la mano, tomándose la calva cabeza. La abuela miraba a Romina, y con gestos cómicos para que no se asustara, murmuró: No le hagás caso, el vino y los años le hacen hablar pavadas, amor. Luego de escuchar un mar de insultos en italiano, por ser un viejo cabrón, las lágrimas aparecían en escena trasfigurando su rostro y hacía que sus manos no se quedaran quietas. Ángela agarraba a la muchacha y la llevaba a su cuarto, el único con cerradura y la encerraba. Ponía música en el living y, después de un rato, despeinada y con sus ojos rojos inundados de desilusión, volvía a abrirle para que la ayudara a ordenar el despelote que su abuelo había hecho al finalizar la borrachera...”

Francisco Bus. Extracto del cuento *Audace e sincera*. Te invito a seguir leyéndolo en *Ni una menos en el pabellón 4*, Ed. Cuenteros, verseros y poetas (2018). Disponible gratuitamente en versión PDF en link de primer posteo del Facebook: Editorial Cuenteros, verseros y poetas o en nuestro blog cuenteros-verseros.com.ar

Capítulo VII

EL REGRESO DE LA PARCA

(2017)

Las consecuencias de la muerte de Gabriel no terminaron sólo con la ruptura del pabellón y la “expropiación” del primer SUM que había construido. Meses después sucedió un nuevo evento que prueba que no existen recetas ni manuales de supervivencia para los centros de tortura. En la cárcel hay que estar preparado para esperar lo inesperado. Lamentablemente todavía no he comprendido como prepararme.

Transcurría el año 2017 y todo hacía pensar que ese año las cosas empezaban a encaminarse. Pese a las graves trabas y trampas del SPB, con el nuevo equipo de edición liderado por Francisco Bus, habíamos logrado publicar con pocos meses de diferencia dos maravillosos libros, *Juguetes perdidos* y *La Filosofía no se mancha II*, en tiradas de dos mil ejemplares cada una. Esas publicaciones fueron la mejor carta de presentación para sentarme en la oficina de un nuevo director de la unidad para que me permitiera construir un segundo SUM. Negocié con los libros en la mesa y con todos los recortes de diarios que pude, exagerando la “enorme” fama que tenía nuestra Editorial. Pese a la oposición del Jefe del Penal que todavía continuaba molestando, el nuevo director realmente se convenció de que nuestro proyecto era muy positivo y aceptó darnos un espacio para la construcción, en un viejo galpón abandonado ubicado en los límites de máxima y mediana seguridad. Firmaron las autorizaciones y financié esta nueva construcción que logramos inaugurar luego de siete meses de construcción. La mano de obra del SUM fueron los propios compañeros cuenteros, verseros y poetas. El presupuesto de la obra se coordinó con funcionarios de infraestructura del SPB que enviaron desde La Plata. Estos profesionales

midieron el lugar, analizaron la propuesta y solamente modificaron en algo los planos (había que cambiar el espacio para la cocina ya que el gasista matriculado no autorizaba colocarla donde la habíamos dibujado), y sin titubear le propusieron a mis compañeros que inflaran el presupuesto y repartirse la diferencia con ellos. “El que paga el SUM es un hermano, don. Ni medio centavo de lo que realmente salga” le contestaron secamente los “chorros” a los impolutos “profesionales” de la ingeniería civil de infraestructura del Servicio Penitenciario Bonaerense. Me encantaría decirles que esta anécdota es exagerada. Tengo todo un pabellón de población que puede testimoniar que no agregué ni media palabra de la coima que mis amigos desactivaron.

En esos meses de construcción salió en libertad Carlos Mena, quien estaba pasando sus últimos meses de pena en un régimen semi abierto del centro de tortura N° 24 de Florencio Varela. Salió con la totalidad de la pena cumplida. De sus 36 años había pasado 18 preso, y ahora en libertad, le ofrecí un trabajo como ayudante en las clases en el pabellón 4. A los pocos meses de contar con su ayuda, mi proyecto editorial abría una sucursal en la Unidad 9 de La Plata (la “Nueva” para la jerga carcelaria). El responsable de esa sucursal era (y es a la fecha) Guillermo Quiroga, un amigo, ex coordinador que fue expulsado junto a otros 30 compañeros del pabellón 4 como consecuencia del homicidio de Gabriel y que luego de pasar por penales de media provincia logré que pudieran trasladarlo a La Plata, donde estaría más cerca de su familia. No era la primera vez que abríamos una sucursal de la editorial Cuenteros, verseros y poetas. Siempre eran creadas por ex alumnos míos que eran trasladados y que convocaban a otros presos de otras unidades a repetir experiencias similares a nuestra comunidad editorial. Yo viajaba a dónde sea para apoyarlos y darles una mano (Sierra Chica, Unidad 24, Magdalena, Unidad 9, hasta estuve dando clases 10 meses en la Unidad Federal 1 de Ezeiza), pero como eran sucursales hechas por pura voluntad de los presos, siempre los penitenciarios lograban destrozarlas y desarmarlas con la sencilla herramienta de trasladar a mis ex alumnos y romper de esa manera la nueva editorial. Al pabellón 4 siempre lo pude defender porque voy todos los miércoles desde el año 2010. Esa presencia semanal en el territorio, sumado a las casi diarias llamadas telefónicas con los compañeros que están en el pabellón, nos hace fuertes. Pero

como estoy solo, no puedo abarcar más presencia física en otras sucursales y es por eso que los enemigos de mi proyecto tienen todo servido para derrotarnos. La única sucursal que sobrevivió por años a los ataques institucionales de las fuerzas de seguridad, fue la del Flaco Guille Quiroga. Sobrevivió porque el Flaco hace un trabajo deslumbrante y porque al ser un centro de tortura platense, estoy cerca para ir a visitarlos y apoyarlos. Al igual que en la 23, mi ingreso a la Unidad 9 se produjo porque el director de dicho centro de tortura conocía mi trabajo y deseaba repetir una experiencia similar.

En este punto vale hacer una aclaración. Es peligroso ingresar a pabellones de población. No es aconsejable entrar sin conocimiento previo del terreno y de los habitantes del pabellón. Recordemos que la autonomía carcelaria obliga a que la ley dentro de cada pabellón lo determinen los "limpieza". No existe Constitución Nacional en las cárceles. No hay otra ley que la del más fuerte y el más violento y el culpable de que impere esa anomia es el propio Estado Provincial que abandonó hace décadas el humanismo en las cárceles. Su ausencia es pura presencia, repetiré hasta el cansancio. Su anomia es pura norma. Tal como he narrado en el prólogo *La docencia y el territorio*, yo tardé más de seis meses en "ser invitado" a dar clases dentro del pabellón 4. Una vez que ingresé ya no me fui más, porque los presos me creyeron, al verme, escucharme y conocerme, supieron que podía ser miembro de su sociedad y que aceptaban que sea de alguna manera, su referente. Por ser parte de su pueblo, los presos me cobijaron y me defendieron. Yo tengo muy claro que mi seguridad en la Unidad 23 no depende del SPB, sino de mis compañeros del pabellón 4. El ingreso a la unidad 9 fue diferente, lo hicimos en tiempo récord por la sencilla razón de que tanto Carlos como yo conocíamos tanto al Flaco Guille como a varios ex alumnos que habían pasado previamente por el 4. Los códigos del pabellón 4 y del pabellón 18 eran los mismos. El respeto por la palabra y el respeto por la persona, también. De no haber estado Guillermo, jamás se me hubiese ocurrido ingresar tan rápido a un pabellón de población. Por lo expuesto en el párrafo anterior es que el error que cometimos con Carlos en la Unidad 24 fue mucho más grave. Nos faltó paciencia y humildad y eso pudo haber tenido consecuencias nefastas.

Todo comenzó cuando un funcionario honesto, inteligente y laborante del SPB, cuyo nombre podría ser Mario (no quiero identificarlo ya que el SPB no suele ser muy contemplativo con los pocos funcionarios que me ayudan), nos invitó a Carlos y a mí a repetir nuestro proyecto en la Unidad 24, una de las 6 unidades pertenecientes al Complejo Penitenciario de Florencio Varela. Mario había sido designado subdirector de dicha Unidad hacía pocos días y quería proyectos como el mío en su cárcel. Francamente yo no tenía ni tiempo, ni energías para armar otra sucursal. Mi familia y mi trabajo habían sido descuidados por mi militancia y la base de mi funcionamiento depende fundamentalmente del contacto, la presencia y el amor de Marina, de Juana y de Lara. No había espacio afectivo-temporal-sicológico para otro centro de tortura. No obstante ello, ante la insistencia de Mario y Carlos, acepté el convite.

Nos asignaron el pabellón 7, un pabellón de población que, pese a poseer los peligros de ser “población”, tenía un grupo interesado en replicar lo que hacíamos. De alguna manera la fama del pabellón 4 y de sus libros se esparcía en el mundo carcelario desde hacía tiempo. El plan que nos propusimos con Carlos era reunirnos en el área de educación con diez o quince alumnos del pabellón 7 durante dos o tres meses con la finalidad de conocernos y conocerlos, estudiar el territorio, observar las caras, las reacciones de las distintas guardias armadas, estar al tanto de los distintos kioscos de droga y celulares, saber qué personaje y qué banda manejaba la cárcel. En definitiva, asimilar tanto a amigos como verdugos, al mismo tiempo que dábamos clases protegidos en el sector de educación. Luego de transcurrido el período de estudio mutuo si observábamos que estaban dadas las condiciones, ingresaríamos al pabellón al cuarto o quinto mes, con la seguridad de estar mínimamente custodiados por los propios presos y que no había internas entre ellos, ni luchas de poder por apoderarse del pabellón.

Empezamos a ir todos los miércoles a la mañana a la Unidad 24. Luego, pasado el mediodía, me trasladaba los 300 metros que me separaban de la Unidad 23 y me quedaba en el pabellón 4 dando clases hasta la hora del engome (encierro dentro de sus celdas). Era desgastante estar dando clases ocho o nueve horas seguidas en dos unidades carcelarias distintas, sin comer y con todos los problemas del ámbito penitenciario, pero era la única manera de unificar la tarea en un solo día y no mermar tanto mi presencia ni en mi

casa, ni en el trabajo. Yo estaba un poco desgastado, pero a energía que ponía Carlos me daban ánimos para continuar.

Las primeras clases fueron realmente fascinantes. Venían 15 pibes interesadísimos en aprender a leer, a comprender textos, a animársele a la escritura. Charlábamos con ellos de todo: como era la convivencia en el pabellón, quienes eran los *limpieza* (dos de los cuales, “El Sapito” y el flaco Daniel, venían con nosotros a las clases), cuántos serían los interesados en ser alfabetizados, quienes podrían liderar determinadas áreas como gramática o comprensión de texto, etc. La cosa venía bien encaminada. A la tercera clase llevé material de boxeo y en vez de enseñar literatura nos calzamos los guantes y di un entrenamiento intensivo. La última media hora nos pusimos cabezales y bucales y realicé varios guanteos con ellos. Les faltaba técnica y ejercicio, pero les sobraba corazón. Después de diez rounds, los chicos que ya estaban bastante enganchados terminaron por enamorarse del proyecto. Al final de la clase nos pidieron acortar los tiempos. Todo el pabellón 7 quería participar de las clases, ellos decían que ya era hora de ingresar. Con Carlos nos dejamos convencer demasiado fácil. Al salir pasamos por la dirección de la unidad, hablamos con Mario y avaló nuestra decisión.

Pero durante la semana nos llegó el rumor que César, amigo íntimo del fallecido Gabriel, había ingresado recientemente en el pabellón 7. César se había ido mal del pabellón 4. Luego de homicidio había sido trasladado al igual que tres decenas de compañeros a unidades alejadas del Complejo Varela. Antes de ser expulsado, César empastillado, super drogado, comenzó a gritar a todo el pabellón que la culpa de la muerte la tenía yo y que mi verdadero trabajo era ser un alto oficial de la policía científica que me presentaba infiltrado como docente. Nadie en el pabellón le dio bolilla, pero estaba claro que las drogas lo habían llevado a César, antiguo amigo mío, a un lugar alejado de la cordura. Cuerdo o no, era claro que César podía tener intenciones futuras de lastimarme a mi o a Carlos.

Cuando llegamos a la Unidad 24 para la cuarta clase, primero nos reunimos con Mario y le preguntamos si era cierto que César había ingresado al pabellón 7. Mario nos contestó que efectivamente César había ingresado el viernes pasado, pero que como él sabía el problema que había tenido en el pasado con alumnos míos, había dado la orden al Jefe del Penal que sacara a César del

pabellón 7 y lo llevara a otro pabellón dentro de la unidad. Dicho esto, nos mostró la pantalla de una vieja PC en donde mostraba el nombre de César dentro del listado de otro pabellón de máxima.

Con Carlos nos dirigimos al sector de máxima seguridad e ingresamos por primera vez al pabellón 7. Nos esperaban el Sapito y Daniel junto con los otros tres limpieza. El resto de los chicos nos ofrecieron mate amargo y tortas fritas, un clásico desayuno festivo en nuestras cárceles. Al saludarlos con un beso y un abrazo, noté las facas de los limpieza debajo de sus remeras..., mala cosa. Saludamos de la misma manera uno por uno a todos los pibes del pabellón, al hacerlo también advertí que varios tenían revistas entre sus remeras. Las revistas entre pecho y remera son chalecos anti faca. Acá se pelea todo el tiempo, pensé. No obstante ello, me relajé. En el pabellón 4 también se peleaba con faca durante los dos primeros años de mis clases y no me pasó nada. Noté que los pibes tenían muy buena onda. Cumplí el rito de pasearme por todo el pabellón acompañado por ellos. Caminar hasta el final de un pabellón de población es todo un desafío que se hace solo si se tiene confianza en quienes te guían. El fondo de los pabellones es el lugar donde los presos combaten, tapando los pasillos con frazadas para que los guardiacárceles no los vean. Es la “arena” para las peleas mortales. Es un lugar al que nunca tenés que ir, salvo que confíes en quien te lleva o que sepas manejar bien un cuchillo. Yo de facas no sé nada, pero confiaba en ellos y fui hasta el fondo del pabellón. Nada me pasó. No hubo problemas.

Luego de conocer nuestro ámbito comunitario, nos sentamos en la mesa de la cocina del pabellón y comenzamos a charlar de Horacio Quiroga, sus cuentos y su vida. A la hora, habiendo leído ya un par de cuentos, desde mi izquierda, con una sonrisa enorme y una faca que sobresalía de su remera de Almirante Brown, apareció César. Lo primero que hice al ver a César fue dirigir mi mirada hacia Carlos. Quería ver los ojos de Carlos para saber en qué clase de quilombos estábamos metidos. Carlos no sólo es mi mano derecha en el proyecto y uno de mis mejores amigos, sino que es el hombre que decodifica la hermenéutica carcelaria ajena al pabellón 4. El pabellón 4 es parte de mi casa. Los demás pabellones no lo son. Carlos es mi referente en interpretación tumbera. Quería saber si con la repentina aparición de César, era hombre vivo o si era hombre muerto. Carlos miró a César. Vio el mango de la faca

que sobresalía de su remera, y luego me miró a mí. En el único ojo que Carlos posee, noté serenidad, calma. Eso me tranquilizó. Dejé de leer, me levanté y abracé a César. César me abrazó. Nos abrazamos. Noté las revistas en su pecho. Luego César se dirigió a Carlos y también ellos se abrazaron. Yo estaba muy tranquilo. Confiaba en la confianza de Carlos. Seguí dando la clase como si nada. Seguí tomando mate y comiendo tortas fritas mientras leíamos “La tortuga gigante” de Horacio Quiroga.

En un momento de la clase observo que Carlos se levanta de la mesa y se retira acompañado de César. Entraron en una celda. Yo mantenía la calma y la clase parecía ajena a esos movimientos furtivos. Fueron momentos tensos que disimulé de la mejor manera. En la mesa había confianza con el alumnado y notaba que había buena predisposición. Ellos me habían aceptado, pero Carlos y César estaban solos encerrados en una celda y eso podría ser malo. Podía ser mortal. Carlos sabía que al entrar a una celda ajena, quedaba absolutamente vulnerable frente a su anfitrión. Cualquier rescate o ayuda serían tardíos. Pero Carlos vivió más de la mitad de su vida en la cárcel, conoce el mundo tumbero mejor que nadie. Confié en su criterio.

Carlos y César salieron de su celda a los quince minutos. La clase terminó dos horas después.

Al retirarnos César me abrazó fuerte y emocionado me dijo: “Sarlo, perdoname. En el 4 hice mil cagadas porque vivía empastillado. Con vos la mejor Sarlo. Con vos la mejor.” Salimos. Caminamos en silencio los 150 metros que separan Máxima Seguridad del resto del penal e ingresamos al área administrativa. Retiramos nuestros DNI y recién allí Carlos me dirigió la palabra. Fue categórico: salimos vivos de pedo, me dijo. César tenía tres lanzas debajo de su colchón y me las mostró, continuó. No nos hizo nada porque César se dio cuenta que la gente del 7 nos banca y cuando hablamos recapacité. César entendió que no tenemos nada que ver con sus demonios, continuó Carlos. Fue sincero cuando te pidió perdón, finalizó. Ya dije que Carlos es mi intérprete del lenguaje simbólico tumbero.

Antes de irnos pasamos por la oficina del subdirector. Al escuchar la historia Mario se quería matar. Nos juró que fue pesimamente informado por su Jefe de Penal. Le creímos porque Mario es de buena madera. Si hubo mala fe no es imputable a su persona,

sino a algún subordinado que no nos quería mucho (abundan en el SPB). Aceptamos sus disculpas y le dijimos que se tranquilizara, que si había ordenado trasladar a César, que suspendiera el traslado ya que habíamos arreglado las cosas con él. Pero le aclaramos que el pabellón 7 no estaba en condiciones de tener un proyecto como el nuestro. Todavía había mucha faca presente y eso significaba que el poder del pabellón todavía seguía en disputa. Le dijimos a Mario que la muerte rondaba en el pabellón 7. Vendríamos un mes más y que si notábamos que había sangre dando vueltas por las celdas, nos retirábamos por falta de condiciones mínimas para generar comunidad.

No llegamos al mes. Dimos tres clases más. Antes de la cuarta, distintos grupos armados se enfrentaron dentro del pabellón 7. El Sapito Romero moría sin haber cumplido treinta años. El SPB rompía el pabellón el mismo día de la muerte. Cuarenta y cinco traslados al campo. Cuarenta y cinco vidas de las cuales, hoy, no creo que sigan con vida más de diez. Mi proyecto en la Unidad 24 murió junto con el Sapito.

¿Por qué traigo esta triste anécdota? Porque para enseñar en un centro de tortura todo el tiempo tengo que generar consensos para obtener avances en mi militancia. En todo momento tengo que elegir diferentes tácticas para mantener una única estrategia. Esas tácticas nunca suelen ser agradables. En un centro de tortura todas las opciones tácticas son “males menores” para seguir una estrategia de “bien mayor” a largo plazo. Al igual que distintos militantes y activistas políticos tuve y tengo que tomar infinidad de decisiones “mal menoristas” a la hora de la pervivencia de mi proyecto. El diálogo es la única manera de hacer territorio y en ese diálogo tengo que exponerme frente a víctimas y a victimarios. Tengo que tejer alianzas temporales con personas de bien y con personas de mal, pero nunca tengo que cruzar la línea que me separa de los verdugos. Todo tiene un límite. Una cosa es hacer política, o sea ejercer la militancia por medio del diálogo y el compromiso, y otra muy distinta es transar. Yo nunca transé. El “mal menorismo” también debe tener límites. El problema es que en un centro de tortura el límite siempre es difuso y por eso esta militancia es un aprendizaje constante, continuo e infinito.

Citando a Marx podemos decir que nada es sólido en una cárcel, todo lo sólido se desvanece en el aire en un ámbito donde la

vida humana vale menos que un raviol de cocaína. Expandirse es exponerse, expandirse es dejar al descubierto la vulnerabilidad de mis clases. La revolución es imposible, hasta que se hace inevitable, dice Trotsky. En el pabellón 4 trabajamos por la búsqueda de lo inevitable. En el pabellón 4 no somos ni románticos, ni utópicos, ni radicales: somos pueblo en acción. Somos un viejo y descoyuntado topo que aspira a asomar la cabeza. Somos praxis de la resistencia, y como toda praxis generamos tácticas y alianzas temporales embebidas de “mal menorismo”. Ninguna táctica puede ser sólida. Lo único sólido en el pabellón 4 es la unión de sus integrantes en pos de una estrategia colectiva.

SARTREANDO CON MARX

Por Luis Alberto Benítez

—Por fin te encuentro, te estuve buscando por todo el mundo durante años, perdóname, me presento, soy Carlos Marx y tú debes ser Juan Pablo Sartre.

—No me españolices. Jean Paúl me llamo, y aparte de eso no hay problema, amigo, tenía ganas de conocerte un día y poder intercambiar opiniones con vos, me alegra verte y saber de que me buscabas, yo también te estuve buscando, me crucé con otros pero no eran, ni son de mi agrado, contigo estuve de acuerdo en muchas cosas, en otras tengo serias discrepancias, pero ahora tendremos tiempo de filosofar sobre nuestros aciertos y errores.

—Así es, debatamos sin apuros, caminando y platicando nos iremos conociendo.

—Preferiría que nos sentemos, será más difícil que nos interrumpan.

—Como tú digas, filósofo de la libertad.

—No me cargues, los dos filosofamos la libertad, tú a través de la violencia y yo pacíficamente.

—Tuviste más suerte que yo, ayudaste a muchos combatientes revolucionarios, no sabes cómo veía desde aquí y me emocionaba, trataba de poder inspirarte y envidiaba tu situación y la época en que estabas.

—Es que el hombre vino al mundo para ser libre y yo creo que el pueblo debe entendernos para saber discernir, toda la sociedad debe saber filosofar, por lo que intenté que no sea solamente de un círculo cerrado como fue siempre, sino que creo que hay que llevarlo a las calles, a los barrios, al barro y así el sujeto libre siempre podrá cambiar la historia, el hombre alienado fue libre antes de alienarse y hay que tratar de que vuelva a ser libre.

—Dijiste, “todos somos bastardos”.

—Porque a todos nos falta algo, somos incompletos y la “conciencia mundo” es estar consciente del mundo, es el mundo consciente, que la conciencia esté expulsada al mundo y hay conciencia de sí porque hay conciencia de mundo y somos proyectos. El “ser en sí” es el pasado, lo que pasó hace cinco minutos ya es pasado. El ser “para sí”, es el ser en el mundo, es proyectarse al futuro, somos lo que hemos hecho proyectando.

—Es verdad, hasta el que está siendo torturado tiene la libertad de elegir en qué momento quebrarse y hablar.

—Así creo, amigo barbudo y feo, al ir eligiendo tenemos la opción de ser lo que elegimos, como el pasado es inmodificable el presente es nada. El “ser para sí” es una proyección hacia el futuro, la conciencia mundo presente no existe, sólo la conciencia mundo futura.

—También dijiste “el ser para sí no es lo que es”.

—Justamente, porque por ejemplo: soy lo que son mis proyectos de futuro, lo que era en mi pasado, comerciante; mendigo o ladrón, era mi pasado y en el presente por equis motivo no puedo ser eso que era y sólo tengo proyectos para mi futuro. Entonces no es lo que era antes, es algo completamente nuevo, entonces, el ser para sí es un proyecto de futuro, no es lo que es, porque es un presente sin nada, sólo un pasado que no volverá y con proyectos nuevos.

—Gracias y bien explicado, querido amigo, aunque el pasado nos persiga para mal o para bien, es inalterable e inmodificable, somos lo que elegimos ser.

—La vida en sí, son opciones y uno es responsable de esas opciones que tomamos, la conciencia existe mientras está inyectada al futuro.

—El ser inauténtico y alienado quiere ser algo y dejar de ser un inauténtico para poder proyectarse al futuro.

—Estamos enajenados porque ante de perder la libertad no sabíamos elegir, todo hombre decide elegir un camino que a veces es el equivocado y no se da cuenta.

—¿Cómo es eso de que “la esencia precede la existencia”?

—La libertad es la constante elección de decisiones libres, porque el hombre está condenado a ser libre.

—Pero sabemos que la libertad, a muchos le produce angustias, es más fácil no ser libres, estar alienado a los medios de comunicación, que en verdad son los miedos de comunicación.

—Sólo un ser libre puede perder la libertad, el hombre da sentido al mundo dándole libertad; y tú, mi querido amigo cabezón, fuiste el que sembró la semilla de la rebeldía con el Manifiesto.

Luis Alberto Benítez. Cuento *Sartreando con Marx* del libro *La filosofía no se mancha*, Ed. Cuenteros, verseros y poetas (2012). Disponible gratuitamente en versión PDF en link de primer posteo del Facebook: Editorial Cuenteros, verseros y poetas o en nuestro blog cuenteros-verseros.com.ar

Capítulo VIII
EL CONTRATO DE CARLOS Y LA ALEGORÍA
DEL POTUS RADIATIVO

(2017)

Desde el año 1999 practico boxeo. Desde el 2011 además de practicarlo lo enseño. Si bien en el gimnasio enseñamos boxeo recreativo, yo me dediqué a enseñar la parte de escuela de combate. Le enseño a los alumnos más avanzados técnicas para subir al ring y combatir sin que los lastimen. Pese a lo que cree la mayoría de la gente, el boxeo es un deporte muy técnico. Es un deporte de contacto en donde el golpe de puño debe nacer en los pies. El boxeo no tiene nada que ver con la pelea. Son dos cosas totalmente distintas. Pese a ciertas deformaciones del “show business”, el boxeo es un deporte donde dos púgiles con mismo peso y equivalencias combaten de acuerdo a normas preestablecidas, bajo la observancia de fiscales, tres jueces y un árbitro que interviene en la aplicación de dichas normas. El boxeo es el arte de golpear armónicamente sin ser golpeado. La clave está en saber defenderse con los pies y con la guardia. Pegar piñas puede pegar cualquiera, pero boxear pueden pocos. Mi profesor y amigo Silvio Rotela me instruyó primero en enseñar a armar la guardia desde los pies hacia las manos y luego a caminar el ring. Enseñar a golpear, explicar cómo tirar un jab, un cross, un directo, un upercut, es lo más fácil. Lo difícil es aprender el uso de los pies en la disciplina defensiva. Me gustaría pensar que en la vida y en la política pasa algo parecido. Primero hay que saber cómo, dónde y de qué manera, uno está parado. Lo segundo es caminar, lo tercero saber armar las defensas. Lo último en la vida como en la política es golpear. Es un juego intelectual, un juego de pensar el mapa y el territorio. Al boxeo no soy tan malo. En la vida más o menos, pero en política soy un analfabeto.

Desde el 2010 al 2021 pasé por tres mandatos gubernamentales en la Provincia de Buenos Aires. Con referencia al tema carcelario puedo definir las tres gestiones como criminales, lamentables y olvidables, con el agravante que los distintos ministros de justicia y jefes del SPB fueron batiendo récords de muertes en el ámbito penitenciario sin que a nadie le preocuparan estas violaciones de derechos humanos en la contemporaneidad seudo democrática en la que nos toca vivir. Ingresé al pabellón en el 2010 en pleno gobierno de Daniel Scioli, un personaje siniestro. Cuando Scioli dejó el poder ejecutivo la cantidad de presos en la provincia de Buenos Aires ascendía a 29 mil. Su política penitenciaria fue corrupta e inhumana. Pero su sucesora en el cargo, María Eugenia Vidal logró lo imposible: empeorar las cosas. Vidal rompió la línea informativa que tenía el Ministerio de Justicia con las cárceles, echando a los supervisores ministeriales de las mismas. Los supervisores eran empleados ministeriales que Casal había nombrado para que le cuenten la versión ministerial. De esa manera Casal se garantizaba dos fuentes distintas de lo que pasaba puertas adentro de las cárceles: la versión de los propios penitenciarios (que responden al jefe del SPB quien jerárquicamente está muy por debajo del ministro de justicia) y la versión civil de un empleado ministerial. Vidal al romper la estructura de “supervisores” dejó en manos de los propios miembros del SPB que comuniquen “la realidad del mundo carcelario”. Con esta medida Vidal le dio un respaldo a la violación de derechos humanos en los centros de tortura, empeorando la línea de mano dura imperante. Asimismo, Vidal sumó pasión por recortar gastos sociales, recortes que repercutieron en forma directa en las clases más bajas en general y en la población carcelaria en particular. Estos recortes sin embargo no afectaron la contratación de comida para toda la provincia con unos proveedores muy, muy cuestionados por todos los que conocemos las cárceles: el Grupo “L” fundado la Familia Lusardi. El clan Lusardi (Victor Lusardi fundador y sus dos hijos) son históricos contratistas del Estado y las licitaciones de esos contratos suelen ser muy cuestionadas. Los Lusardi supieron ser muy cercanos al Sciolismo, al Vidalismo y hoy en día al Kirchnerismo. Los Lusardi han ganado millones vendiendo comida de pésima calidad durante décadas. Vidal no hizo más que darles un poco más del poder que ya tenían en los espacios de licitaciones.

Pero lo peor se dio con el hacinamiento: con su política represiva se batieron todos los récords de encarcelamiento gracias al apoyo de un funcionario clave: el Procurador General de la Suprema Corte (en los hechos el Jefe de todos los fiscales), Julio Conte Grand, un funcionario devoto del Opus Dei cuya mayor pasión es encerrar a la mayor cantidad de pobres posibles. Con el aval de Conte Grand, Vidal ordenó al Servicio Penitenciario que todos los informes criminológicos salgan negativos, o sea: no hay ninguna salida transitoria ni pena domiciliaria para nadie. Por más buena conducta que tuviese el preso debía cumplir hasta el último segundo de su condena. De esa manera pasamos de superpoblación a hiper superpoblación carcelaria. Además, llenaron las calles de policías (política bendecida por Scioli) y vaciaron de humanismo los inhumanos centros de tortura. Como ya he expuesto, el informe anual de la Comisión de la Memoria 2019 realizado junto con la Procuración Penitenciaria de la Nación informa que el cupo carcelario en Buenos Aires soporta 25 mil personas. Vidal se enorgulleció de encerrar a 52 mil detenidos en mazmorras asfixiantes en donde fallecen tres presos por semana. En su gestión sumando cárceles, institutos de menores y comisarías incorporó a los superpoblados centros de tortura más de 20 mil seres humanos en espacios donde no había espacios. Este dato lo repetiré a lo largo de este libro porque esos muertos tienen nombre y apellido y yo conocí a muchos de esos muertos. No son estadísticas, son compañeros asesinados por un Estado homicida. Con relación al sucesor de Vidal, Axel Kicillof, su gestión está detalladamente descripta en el capítulo XI, "Los motines y yo. Posteos de una represión sangrienta (2020)". Sólo el título del Capítulo XI les está spoileando que la insensibilidad de Kicillof logró perforar el piso de incompetencia y muerte de una gestión incompetente y asesina como la de Vidal. Sólo me adelantaré a explicar los motivos del fracaso rotundo de Kicillof en su administración penitenciaria: mantuvo los contratos de Vidal con la familia Lusardi; mantuvo en su cargo al macrista represor Xavier Areses (nombrado por Vidal) y permitió que su ministro de Justicia Julio Alak hablara maravillas del ultra vidalista Julio Conte Grand. Kicillof mantuvo la estructura nefasta armada por Vidal con el agravante que tuvo que vivir tiempos de pandemia. El resultado es el único posible: muerte, corrupción y más hacinamiento. Por las razones que acabo de exponer y por la cantidad de cadáveres que

diariamente se están apilando en nuestras cárceles, es claro que por más gobierno popular que se quieran hacer llamar, los centros de tortura jamás estuvieron tan mal como con la actual gestión de Kicillof.

Fin de la digresión, volvamos a la gestión macrista. Dos veces fui convocado por el ministro de seguridad de la gobernadora Vidal, el ministro-empresario Gustavo Ferrari. En la primera reunión en 2017, obtuve dos de los tres objetivos que me había planteado antes de entrar. La segunda y última reunión con Ferrari en 2018, determinó que me echara de la cárcel. Esa se la cuento en los próximos capítulos.

En 2017 fui citado porque habíamos salido en una nota periódica en la Revista Brando, revista propiedad del diario La Nación, reducto informativo de lo más conservador de nuestra sociedad. La Nación tiene una línea editorial que acusa de “buenistas” a quienes hacemos territorio penitenciario. Ese mismo diario también esgrime que somos parte del “curro de los derechos humanos”. Pese a ello, de vez en cuando sacan notas destacando la meritocracia de los marginales quienes desde los oscuros pasillos de las villas logran vivir “dignamente” respetando las normas de convivencia de la civilización occidental y cristiana. Lo bueno es que la nota excepcionalmente no caía en ese concepto binario tan propio del periodismo, gracias a la pluma del periodista Javier Drovetto quien recibiría una Mención de Honor de los Premios de Periodismo Rey de España por ese reportaje. Eso hizo ruido y el ruido nos hace visibles. Difusión es protección.

A los políticos y a los empresarios les encanta el ruido. Ferrari quería sacar partido de los quince minutos de fama que tuvimos y me convocó junto con Carlos. Carlos Mena era el personaje principal de la nota de Brando ya que narraban su historia, la de un preso peligroso y analfabeto que había pasado 17 años en prisión, que aprendió a leer y escribir a los 30 y que luego en libertad, a los 35 años de edad, se había transformado en docente, trabajando conmigo en las cárceles enseñando literatura, filosofía y boxeo. Yo le pagaba un sueldo a Carlos por ayudarme en las clases en las Unidades 23 y 9. Ferrari nos quería a los dos en su despacho para una fotito, pero mi idea era algo más revolucionaria que posar para un flash: yo quería que Carlos Mena fuera el primer ex presidiario contratado por el estado provincial bonaerense para dictar clases

en las mismas cárceles que lo habían alojado. Una vez que contrataran a Carlos se me haría más fácil que otros ex presos lo sigan como ejemplo y como potencial salida laboral. Carlos era, y es, el docente ideal para llegar a los sufridos. Si Ferrari quería sacarse una foto con nosotros para sumar demagogia a su vida, nosotros teníamos que llevarnos un contrato para Carlos. Pese a no tener la más mínima experiencia en manejarme por los pasillos del poder, soy un abogado que me gano a vida ejerciendo la negociación entre partes que pleitean. Como abogado especialista en seguros suelo manejarme bien conciliando y consensuando discrepancias. En la cárcel también hago algo de eso. De alguna manera es una de las tantas maneras de ejercer política en pos de los objetivos de la editorial. Me sentía preparado para conseguirle un futuro laboral a Carlos y también aprovecharía esa excepcional cercanía con un funcionario para manguear dos cosas más: que permitieran el ingreso al pabellón al director de cine Diego Gachassin que deseaba realizar un documental sobre nuestro trabajo y que también reglamentaran mi proyecto.

¿Por qué es importante que reglamenten mi proyecto? Es importante porque me daría respaldo institucional para que no me eche cualquier perejil. Parece increíble, pero como ya he narrado en capítulos anteriores, yo ingreso a la cárcel por tradición, por costumbre o por inercia. Para que se entienda voy a utilizar una alegoría, la bautizaré la “alegoría del potus”. En el centro de tortura 23 de Florencio Varela soy como una especie de potus en el rincón de un hall de un viejo edificio. Todos los inquilinos y propietarios pasan por al lado del potus durante años. Nadie quiere al potus, todos lo odian porque es una planta que complica el paso, que es radicalmente diferente a la línea arquitectónica del hall. Todos deducen que alguien con muy mal gusto lo habrá colocado en ese lugar por algún motivo. Sacar al potus implica una potencial bronca del propietario que oportunamente lo colocó, o de algún vecino aburrido y conservador del consorcio con ganas de que nada cambie, o peor, que algún propietario o inquilino sea un miembro de la asociación de defensa de los potus. Sea por lo que fuera, la vida en el mundo y en el edificio ya es de por si bastante difícil como para ganarse un conflicto por un fucking potus del ojete. Los vecinos cada vez que pueden apagan puchos en el potus, o le tiran veneno para que se pudra, lo mean de madrugada y hasta ha vomitado en él más de un

vecino juerguista. Pero el potus no se muere, el potus sobrevive a todos esos ataques furtivos.

Yo soy el potus. Así de fácil.

En el Ministerio de Justicia y en el SPB todos dan por sentado que algún viejo estrellado de las altas y oscuras esferas penitenciarias me puso en la unidad 23 en algún momento y que ese alguien importante tiene mucha espalda ya que soy una especie de potus radiactivo y altamente quilombero. Al potus se lo podrá mear, envenenar, vomitar, patear y escupir, pero por las dudas no lo saquemos para no despabilar al vecino cascarrabias que nos encajó este puto potus infame..., entonces nadie se anima abiertamente a sacar al potus. Soy el fucking potus radiactivo.

Mi proyecto no es ni más ni menos que Alberto Sarlo entrando a enseñar a un pabellón. No hay ni una sola directiva, ni reglamento, ni decreto, ni firma, ni papel que diga algo de mi editorial ni que autorice mi ingreso. Eso me deja en una situación de doble vulnerabilidad: Primero porque en cualquier momento cualquier gilastmán podrá advertir que de radiactivo no tengo nada, y por ende cualquier funcionario del SPB puede pegarme un boleo en el orto finiquitando mi aventura literaria. El segundo inconveniente que sufro por no estar protocolizado el proyecto es que mis alumnos no reciben ningún beneficio judicial o de buena conducta por alfabetizarse y escribir ficciones filosóficas o literarias. Ninguno de sus jueces ni defensores públicos tiene la más remota idea de lo que hacemos en el pabellón 4. Al día de hoy sigo sin figurar en ningún papel, seguimos tan vulnerables como el primer día.

Volvamos a la convocatoria del empresario ministerial Gustavo Ferrari. La reunión fue amena, la foto pedorra. Mientras se retiraban los fotógrafos, con modos cortesanos le hice el pedido formal al ministro empresarial. Punto uno: Carlos debía ser contratado ya que no consideraba justo que trabajara para el estado provincial dando clases y que el sueldo se lo pagara yo. Le mentí que el diario La Nación estaba muy interesado en sacar una nota cuando firmara el contrato. Seguí mintiendo que Javier Drovetto gestionaría que esa segunda nota saliera directamente en el diario La Nación y no en su revista mensual (Javier Drovetto es inocente de esta maniobra, él no sabía nada, no obstante ello tiempo después lograría sacar esa segunda nota que yo me había inventado. De alguna manera le debemos parte del contrato); punto dos: el director de cine

Diego Gachassin debería ingresar porque fomentaría la tarea que hacíamos y sería muy bueno para la imagen de la política penitenciaria (ponele), máxime cuando Gachassin ya estaba gestionando un adelanto del INCAA para realizar esa película; punto tres y el más fácil de todos: que algún funcionario de segunda o tercera protocolizara mi ingreso a la cárcel para alfabetizar y enseñar filosofía. Lo consideraba lo más sencillo porque tal como le recordé a Ferrari en la misma reglamentación debería figurar que mi trabajo era gratis y que todos los gastos tanto de material didáctico (hojas, computadoras, impresoras, tinta, cartones, lapiceras, etc., etc.), como de edición corrían por cuenta de mi patrimonio en forma exclusiva y que los libros de la editorial serían todos regalados. El ministro me dijo que sí a las tres cosas. Cumplió con las dos primeras. Jamás nadie autorizó la tercera.

El ingreso de Diego Gachassin fue sencillo. Ingresó durante siete meses y filmó horas y horas dentro del penal. Pero al octavo mes hubo cambios en la dirección de la unidad. El nuevo director, Jorge Gómez, le prohibió la entrada a Gachassin y para esa época ninguna de las secretarías de Ferrari contestaba mis llamados. Por suerte la película prácticamente estaba terminada.

Pero la contratación de Carlos fue un calvario. Ni Ferrari ni ninguno de sus asesores querían contratarlo. Le saqué el sí por mera presión frente a periodistas y fotógrafos. Cuando empezamos el trámite, José Baric, el director del servicio penitenciario bonaerense me dijo que Carlos tenía que facturar y por ende había que inscribirlo en la AFIP. Baric me dijo que iba a ayudarme a que Carlos obtuviera la factura, pero jamás hizo nada. El primer problema surgió porque Carlos ni siquiera tenía DNI. Cuando había salido en libertad, el SPB le había perdido su documento, algo muy normal que ocurre tanto por desidia como por pura maldad. Nadie me ayudó a conseguir ese maldito DNI. Estuve dos meses pateando con Carlos escritorios y oficinas hasta que le conseguimos el documento de identidad. Otros dos meses tardé en lograr que un contador le hiciera un talonario de factura. Pese a las promesas que me habían hecho, nadie del Ministerio hizo nada por esta ardua tarea burocrática. Carlos vivía en una pensión en un barrio carenciado de Monte Grande. Pagaba un alquiler en negro y mal podía tener un domicilio fiscal, mucho menos pagar servicio alguno ya que el único sueldo que poseía se lo daba yo por acompañarme a dar clases

en el pabellón. El sistema fiscal argentino es tan racista que impide que pueda inscribirse como monotributista una persona que no tiene plata para pagar ningún servicio y que vive en una villa, así de sencillo. Pero por más racista que fuese el mundo yo tenía que solucionar el problema, y tenía que resolverlo sólo, porque ninguno de los asesores de Baric que prometieron ayudarme lo hicieron. Tuve que inventarle un nuevo domicilio a Carlos, con la ayuda de un amigo que trabajaba en el Patronato de Liberados logré que una comisaría informe que Carlos vivía en el barrio que decía vivir, le pagué por unos meses unos servicios de telefonía y de luz y finalmente contrate a un contador que lo terminó inscribiendo como monotributista.

Cuando finalmente Carlos tenía todo en regla, me presente ante el secretario de José Baric, a quien podríamos llamar Fabio. Este burócrata, al sentirse acorralado me contestó que era imposible que Carlos fuera contratado alegando la existencia de un decreto de excepción que, por la crisis económica que atravesaba la provincia, prohibía nuevas contrataciones en el Estado. Contesté que era de muy mala leche poner excusas evasivas luego de todo el sacrificio y gastos en que había incurrido para conseguir el DNI y el talonario de facturas. Ese decreto ya existía cuando me prometieron que sería contratado, manifesté, y lo más importante de todo es que esa afirmación era una burda mentira, ya que ese decreto exceptuaba a las fuerzas de seguridad y al servicio sanitario, por ende la contratación del Ministerio de Justicia y del SPB estaba exceptuado de ese decreto. El secretario Fabio no se dio por vencido, reconoció que lo que yo decía era cierto, pero alegó que iba a ser mucho más fácil si el contratado era yo. Melifluamente me explicó que al ser abogado y docente, podía beneficiarme porque con mis antecedentes podía sumar “horas cátedra”. Si contrataban a Carlos sólo podrían pagarle 14 mil pesos (poco menos que un sueldo mínimo en esos momentos). Si me contrataban a mí, con las horas cátedra podrían pagarme hasta 50 mil pesos y “yo podría administrar como compartirlo con Carlos”. Esta propuesta me la hizo el asesor, mano derecha de Baric, a quien sin ninguna ceremonia lo mandé a cagar. Le dije que en mi barrio a eso se llamaba coima. Se lo dije a los gritos. De hecho, luego me contaron que de las oficinas lindantes llamaron a la seguridad por temor a que la cosa pasara a mayores. Al día de hoy pueden ir al octavo piso de la segunda torre

del Ministerio de Justicia, ubicado en 12 y 53 de La Plata y preguntar por esa reunión. Varios testigos podrán recordarla con humor, otros no.

Me retiré pegando un portazo antes de que llegara ningún matón ministerial. Pasada una hora del portazo, concerté una cita con uno de los más importantes asesores del ministro Ferrari, llamado Joaquín Granillo Fernández. La reunión la tuvimos en el Café Drac, justo frente al Colegio de Abogados de La Plata, lugar donde Joaquín también realizaba tareas administrativas. Granillo Fernández vino a la reunión medio forzado ya que le había dicho que era fundamental y urgente juntarnos. Llegó agitado. Se casaba en tres días y estaba complicadísimo con su labor ministerial y los preparativos de la fiesta. Cada dos minutos lo llamaban para felicitarlo. A mí me importaba muy poco su estado civil. En ningún momento lo felicité ni hablé de su vida privada. Con mi peor cara de culo le conté la propuesta que había recibido. Le afirmé a Granillo Fernández de que con esa “generosa” oferta me liberaban, era lo mejor que me podía pasar. A partir de ese día los consideraba mis enemigos y haría público cómo se habían manejado. Reconozco que exageré diciendo que era amigo de infinidad de periodistas y directivos del diario La Nación. El asesor se puso pálido y me dijo que José Baric en persona me llamaría y que seguramente todo se solucionaría sin que pase a mayores. Granillo Fernández evidentemente fue disuasivo con Baric ya que este último me llamó a los cuarenta minutos. Me dijo que su secretario Fabio a veces se excedía, pero luego de ese comienzo, tartamudeando, Baric me volvió a proponer lo mismo, sumándole beneficios dialécticos a los conceptos de “horas cátedra y viáticos” de más. Me puse como loco y en forma poco diplomática le expliqué al interventor del SPB (y futuro juez federal de Santa Rosa), que Carlos debía ser contratado amparado por las leyes 14.301 y 14.806, normas provinciales que establecen un cupo de empleados ex convictos en organismos públicos, legislación que nadie cumple y que debe empezar a respetarse. Sin darle tiempo a respirar, rematé el discurso rechazando el ofrecimiento laboral con sus horas cátedra que me estaba ofreciendo y le recordé que mis contactos periodísticos malinterpretarían esa generosa oferta (en defensa de este buen hombre podríamos pensar que como siempre ejerció el derecho en La Pampa no conocía la legislación bonaerense, seguramente esa fue la razón que me llevó, como

buen samaritano que soy, a recordarle no sólo dichas leyes sino los límites geográficos de la Provincia de Buenos Aires). Baric me dijo que me tranquilizara que “justamente en esos momentos” estaba reunido con funcionarios de la Asesoría General de Gobierno y me pidió que aguantara en línea unos minutos. No pasaron más de quince segundos cuando nuevamente la voz timorata de Baric se rectificaba diciendo “precisamente en ese momento” uno de los asesores le confirmaba que lo de Carlos se podía hacer, que se podía resolver todo. Cuando Baric me confirmó la contratación aconsejado por los “supuestos” asesores con los que “justo en ese instante” estaba reunido, bajé cinco cambios en un segundo. Le agradecí a Baric su constante compromiso por los más sufridos y su apoyo incondicional a causas humanitarias. De paso aproveché para pedirle que saludara de mi parte a Joaquín Granillo Fernández, a su futura esposa y a la sagrada institución matrimonial. El urbanismo volvió a fluir telefónicamente. Juro que no es chiste, las cosas sucedieron tal como acabo de narrar. Carlos Mena fue contratado por seis meses sin obra social (contrato renovable y que sigue renovando a los ponchazos) y comenzó a cobrar 14 mil pesos (al bolsillo recibía 12 mil), por recorrer más de cinco cárceles enseñando y exponiéndose mientras que José Baric continuaba en su cargo esperando el momento en que sus contactos políticos le consiguieran un cargo de juez. Es bueno que sepan que los 12 mil pesos bolsillo que recibía Carlos como contratado, a esa fecha era menos que la mitad de un sueldo mínimo vital y móvil de un trabajador en blanco.

Pese a que fueron tiempos en que el insomnio y la acidez estomacal se adueñaron de mi cuerpo, debo reconocer que la contratación de Carlos fue parecida a una comedia italiana. Este acontecimiento, que puede ser tomado como algo insignificante o humorístico, para Carlos y para mí, fue un acontecimiento histórico. Por primera vez en su historia, el estado provincial contrataba a un sobreviviente de sus centros de tortura para que ese mismo sobreviviente ayudara a pensar a otros torturados del Estado.

Como siempre pasa, el final nunca es el final. A los pocos meses Carlos dejó de percibir el sueldo por problemas burocráticos. Volvimos a pelear y discutir y logramos restablecer el contrato. A Carlos le pagan su sueldo con interrupciones que han llegado hasta cuatro meses sin percepción salarial. Pasado ese tiempo le pagan todo

junto, pero vuelven a atrasarse por otros dos meses más, y así todo el tiempo. Esos atrasos denigrantes provocaron que Carlos tuviese que mudarse de pensión en tres ocasiones por atraso en los alquileres. Toda gestión para regular esa situación siempre termina en fracaso. Encima, como le ocurre a casi todos los contratados, esos contratos se renuevan cada seis meses. La voluntad de renovar es discrecional y se da o se saca sin argumento ni indemnización alguna. Hasta ahora a Carlos con atrasos, con idas y con vueltas le siguen renovando el contrato.

Desde el primer día Carlos empezó a trabajar como un poseso en las unidades 23, 24, 54, 42 y la 32, todas de Florencio Varela, también en la 40 de Lomas de Zamora y en la 9 de La Plata. Como si fuera poco se la pasaba visitando Institutos de Menores para hablar con los pibes. Básicamente el salario (que no contempla obra social), se le iba en viajes, ya que visitaba más cárceles que las que contractualmente le correspondían. Como era contratado del Ministerio de Justicia y nunca hasta la fecha lo han querido nombrar como planta permanente, para que no lo sigan explotando como lo hacen, le pedí que se abocara a trabajar más en las unidades que le asignaban sus jefes y, por eso en 2018 tuvo que dejar de venir a nuestro pabellón, si bien nos visita cada tanto para tomar unos mates con los muchachos del 4.

En 2019 pedimos formalmente que Carlos Mena sea nombrado planta permanente del Ministerio de Justicia de la Provincia. La respuesta que nos dio un asesor de Gustavo Ferrari es que no podían pasarlo a planta permanente porque el susodicho docente tenía antecedentes penales. Carlos sigue trabajando para la “reinserción de chorros”, sin obra social ni sueldo digno, porque para el Ministerio de Justicia de la Provincia, toda persona que fue chorra, siempre será chorra y no merece volver al mundo del trabajo por chorra. Chupate esa mandarina.

EL DÍA QUE NO ME GUSTARÍA VOLVER A VIVIR

Por Guillermo Quiroga Rojas

Todo empezó un día domingo, a la 1:00 de la tarde, cuando estábamos atrincherados, en la casa de Acevedo. Nos encontrábamos en el comedor, Diego, Andrés y yo, cuando se me dio por acercarme a la ventana. Vi un patrullero que dio marcha atrás, haciendo una mala maniobra, cayéndose a la zanja.

—Es para nosotros —les dije...

—No. —Me dijo Diego—. Quédate tranquilo.

Yo, empecinado, les contesté: —Es para nosotros.

Preocupado, comencé a caminar en el comedor, mientras los nenes miraban la tele. Sin saber lo qué estaba pasando, me dirijo hasta un cuarto del fondo de la casa, al darme vuelta, vi a Diego detrás de mí mientras que Andrés seguía en el comedor. Opté por levantar la persiana y vi un policía con un arma en la mano. Desesperado, la largué la mía. Volví hasta el comedor y el corazón me latía a dos mil...

Diego decía: —Otra vez no... Volví hasta la pieza, abrí el ropero, levanté unas ropitas de bebé, dejando una pistola y pertenencias que tenía de los hechos que cometimos; Diego, al ver lo que estaba haciendo, no dudó ni un segundo y se descartó todo lo que tenía encima.

No pasó ni un minuto, que la policía pateó la puerta, sin importarle que había chicos que estaban llorando. Hasta tiraron un tiro con una itaca, dándole al marco de la puerta, pegando de rebote unos cuantos perdigones en el brazo de Andrés, todo fue muy rápido. Los uniformados festejaban que habían capturado a los malvivientes. Nos pegaron patadas en la boca, en las costillas... por todos lados. Me taparon la cabeza con un suéter que traía puesto, tirado en el piso, boca abajo, todo dolorido. No podía ver nada, sólo escuchaba las sirenas de los

patrulleros. Nos subieron a un vehículo, y oí unas voces que decían: "Natalia, Natalia".

Nos llevaron a la comisaría 7° de Lomas y nos tiraron en el piso, arrodillados con las manos hacia atrás. Una luz fuerte nos iluminaba desde atrás: era el noticiero que nos estaba filmando y unas voces que se gritaban: "¡hijos de puta!". Eran las víctimas de los robos. Pasaron unos segundos. Todo en silencio. Aparecieron dos gordos con cara de malos, preguntando:

—¿Quién manejaba? Los tres juntos contestamos: —Todos manejamos. —Encima se hacen los vivos—, nos decían. Nos tiraron boca abajo y nos pisaron la espalda; cuando de pronto, se escuchó una voz: —Ya está. No le peguen más. Métenlos en contraventores—. (Eran pequeñas celdas donde sólo uno entraba). Un par de pibes que estaban en los calabozos grandes, nos pasaron unas mantas para usarlas de colchón. No podía dormir, ya que me dolía todo por la paliza que nos habían dado; encima, el piso que me rompía la espalda.

Pasaron unas horas; ya me estaba por quedar dormido, cuando escuché unos ruidos a llaves: abrieron una puerta de chapa, después una reja. Un policía nos dijo: "prepárense que van para Cuerpo Médico". Nos sacaron y nos subieron a un patrullero, directo a Lanús, al forense. Nos revisó un médico y me preguntó qué me había pasado —por los moretones que tenía— no me quedó otra que decirle que me había golpeado. Así hicieron con los tres. Hasta que nos subieron de nuevo al patrullero, llevándonos al juzgado de Lomas de Zamora.

Al llegar, nos metieron por un túnel, directo a unos calabozos que parecían jaulas para pájaros, el lugar era frío. Yo tenía miedo, pero mi orgullo no lo demostraba. Un escalofrío recorría mi cuerpo... algo nuevo para mí. Nos dejaron a los tres juntos...

Guillermo Quiroga Rojas. Extracto del cuento *El día que no me gustaría volver a vivir* del libro *Desde adentro*, Ed. Cuenteros, verseros y poetas (2015). Te invito a seguir leyéndolo. Disponible gratuitamente en versión PDF en link de primer posteo del Facebook: Editorial Cuenteros, verseros y poetas o en nuestro blog cuenteros-verseros.com.ar

Capítulo IX

NI BORGES ZAFÓ DE LA REQUISA

(2017)

A fines del año 2017 el ministro Gustavo Ferrari, sus asesores penitenciarios Fernando Rozas y Xavier Areses (futuro jefe del SPB) y el interventor del SPB, José Baric, estaban determinados a deshacerse de mi perturbadora presencia en los impolutos establecimientos penitenciarios que ellos administraban. El inminente estreno del documental PABELLÓN 4, les impedía expulsarme en forma directa ya que no querían pagar el costo político en momentos en que, mal que mal, tendría algo de prensa. Por eso comenzaron una tarea muy efectiva de desgaste que me perturbó física y psicológicamente. Pero roto y todo no lograron derrotarme. Para la faena de socavar años de esfuerzo escogieron a un nuevo director de la unidad, quien desde el primer día manifestó que *no iba tolerar cosas raras con mis libritos en su unidad*.

Ese año fue muy duro para el proyecto. No es fácil alfabetizar y hacer docencia territorial en el Complejo Varela. Tal como he afirmado, las unidades de Florencio Varela representan lo más horrible y deleznable del ser argentino. No es desatinado afirmar que no hay peores cárceles en Argentina que las de Varela y que la 23 es una de las peores unidades del complejo. Al encontrarse a mitad de camino del conurbano y del campo (están bien a las afueras de Florencio Varela), ninguna de las torturas, muertes y suicidios tienen repercusión alguna en los medios. Sumado a eso, los propios penitenciarios reconocen que en la unidad 23 “se tiran muchos tiros” y se “lastiman a muchos guachines”, yo puedo dar fe de que esa fama es veraz.

Desde hacía años, a la 23 la manejaba un preso complicado y poderoso que estaba cómodamente alojado en el sector de mediana seguridad de la 23. Los directores de la unidad desde hacía años negociaban y pactaban con él. A ese preso le pondremos de nombre Perazzi. Durante muchos años era quien administraba, distribuía y controlaba los kiosquitos más redituables dentro de la cárcel. Perazzi no sólo articulaba con el Servicio Penitenciario, sino que también lo hacía con jueces y fiscales.

En la 23 nunca hubo buena relación entre los presos de mediana seguridad y los de máxima seguridad. Perazzi era muy inteligente y sabía que si no jodía a los presos de máxima seguridad, ellos no se meterían en sus negocios. Mi pabellón, como ya he dicho, está en el sector de máxima seguridad. Perazzi me conocía y yo lo conocía a él. Yo nunca me metí con él porque él nunca se metió conmigo, o sea, nunca se metió con ninguno de los pibes del 4. Cada vez que nos veíamos era un “Hola que tal Sarlo” a lo que yo contestaba “Hola que tal Perazzi”. Esos saludos eran códigos. El metamensaje que ambos nos mandábamos con esas palabras era “No cruces mi frontera que yo no cruzo la tuya”. Eran códigos que se respetaban. Pero ese año, el nuevo director quiso sacarlo a Perazzi. No lo quería sacar para sanear los negociados, sino para beneficiarse de los mismos. La idea fue cambiarlo por otro preso afín a sus intereses.

Empezó a correr el rumor que trasladarían a otra unidad a Perazzi y era obvio que ese tipo de movida implicaba sangre. Dentro del propio Servicio Penitenciario y del Poder Judicial había una interna ya que algunos funcionarios respondían a Perazzi y querían mantener el status quo comercial con él, mientras otro grupo quería meterse de lleno en sus negocios cambiando de preso. Un día llegué a la Unidad y en la puerta encontré decenas de miembros de policía científica. Había habido un tiroteo en la puerta de la Unidad 23, con decenas de disparos de metralleta y de fusiles FAL. Los impactos podían verse en el frente y en un cartel lateral del portón de ingreso. No murió ningún guardiacárcel de milagro (la prensa nada dijo ya que los medios de comunicación de esa época protegían desvergonzadamente a la gobernadora María Eugenia Vidal y hubiese sido nefasto para ella y su gestión que se supiera que fruto de una interna penitenciaria y judicial se produjeran atentados con armas de guerra en la puerta de una cárcel). Desconozco si el fiscal que investigó el tiroteo pertenecía a la escudería Perazzi o a la des-

tituyente, pero a las pocas semanas de la balacera hubo una serie de mini motines en la unidad que conllevaron miles de disparos de balas de goma mientras yo daba clases enyoguizado y respirando pólvora en el pabellón. Los pibes del 4 nos mantuvimos imperturbables en los reiterados actos de represión de los cuales fuimos testigos. Finalmente, el sector penitenciario liderado por el nuevo director, logró trasladar a Perazzi a otra unidad y colocar a un preso antichorro en su lugar. Fue el principio del caos. El poder en mediana seguridad se atomizó. Surgieron infinidad de caciques que deseaban negociar en forma directa con el SPB, salteándose al nuevo líder impuesto. Ese caos generó mucho nerviosismo en máxima seguridad. Fue por esas épocas que cuando hablaba por teléfono con cualquier compañero del pabellón se escuchaban voces entrecortadas, como si se hubiese colgado otra llamada. Estoy totalmente convencido que mi celular estaba pinchado. Averigüé con algunos contactos que tenía en el Ministerio de Justicia y me confirmaron que había una ola de pinchaduras telefónicas tanto para personal penitenciario como para familiares de presos. El tiempo y las denuncias mediáticas demostrarían que durante la gestión de Vidal se espionaron teléfonos de penitenciaros, funcionarios y fiscales y, además, se cablearon muchas cárceles para grabar ilegalmente a presos y abogados. Todo confirmaría que también fui víctima de esa locura de espionaje ilegal muy propia del gobierno macrista.

Pese a tener la certeza de estar siendo grabado las 24 horas por quien sabe que aspirante a James Bond, no quise que la paranoia me ganase. Pero las cosas empeoraban día a día. En la 23 empecé a ver como los presos volvían a pasearse con espadas debajo de la remera porque no había normas ni códigos que valgan. Habían pateado el hormiguero y no tenían hormiga reina de repuesto. Como siempre digo, en el SPB hay buenos tipos, tipos que valoran al ser humano, oficiales y guardias que quieren hacer su trabajo en forma honesta y con respeto por la vida. Gente querible y respetable. Debo decir que mi experiencia me demostró que esos penitenciaros son la minoría. En diez años de trinchera en el complejo de Florencio Varela lamentablemente conviví con una mayoría que fue, o muy hija de puta, o muy pelotuda. Este nuevo director pertenecía a los muy pelotudos con aspiraciones de hijo de puta. Era la peor mezcla...

El texto que leerán a continuación es un extracto del segundo prólogo que publiqué por esos años en el libro *Borges habla el silencio*. Imprimimos mil de esos libros que regalamos a otras cárceles, a bibliotecas populares, villas, escuelas y medios de comunicación. Agotada la primera edición, editamos una segunda tanda de otros mil. Fue el libro que le regalamos a cientos de personas en las salas de cine cuando se estrenó el documental PABELLÓN 4. Aprovechando el apoyo de personas del Poder Judicial tuvimos la posibilidad de hacerle llegar este libro a todos los miembros de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires y a todos los miembros del Tribunal de Casación Penal de la Provincia de Buenos Aires. En un acto de arrojo (o de provocación), me tomé la molestia de entregarle en mano un ejemplar de este libro a las secretarías privadas del ministro Gustavo Ferrari, de Fernando Rozas, de José Baric y del Procurador General de la Suprema Corte, Julio Conte Grand. Decenas de periodistas, jueces, camaristas y abogados recibieron gratuitamente ese libro en donde describimos con bastante detalle la persecución de la que éramos víctimas ¿Cuál fue el resultado de la difusión? Pese a la denuncia pública que surge el segundo prólogo titulado **“Nuestro equipo furtivo, contrabandista y Panglossiano”**, la misma tuvo nula repercusión o, mejor dicho, la única repercusión que tuvimos fue la revancha del SPB con más violencia, mas extorsión y más amenazas por parte de los representantes del estado provincial. Ningún magistrado, ningún juez, ningún fiscal se contactó para ofrecer ayuda. Ninguno es ninguno. ¿Sabrán leer nuestras honorabilísimas, excelentísimas majestuosidades de la judicatura?

Es bueno que los que no lo hayan leído, lo lean y quienes lo hayan leído lo vuelvan a hacer, para entender la soledad y la impotencia de quienes hacemos territorio en los centros de tortura bonaerense. La derrota tiene un gusto amargo y bastante desagradable. La derrota duele y lastima. No está bueno hacerse amigo de la derrota. Pero mucho peor es rendirse ante su presencia.

Este es un extracto de dicho prólogo:

“...Según las pautas del Servicio Penitenciario el pabellón 4 de la Unidad de Máxima Seguridad 23 de Florencio Varela tiene capacidad para 28 internos. En ese pabellón habitan actualmente cincuenta y seis presos, treinta de ellos no poseen camas. No hay que quejarse mucho. Los restantes pabellones de la Unidad están en peores condiciones,

diría Pangloss, personaje creado por Voltaire para justificar lo injustificable.

Si bien el Pabellón 4 posee un régimen de patio amplio, sigue categorizado por el Servicio Penitenciario como Pabellón de "Población". Como ya se ha explicado en otras publicaciones "Población" es el peor estrato en la escala de valores de los distintos pabellones. Los pabellones de población son pabellones que se autogobiernan. Las autoridades provinciales sólo ingresan a los pabellones de población con fusiles para abrir o cerrar celdas y para requisar violentamente. Lo que pasa dentro de los pabellones de población depende del grupo (rancho) de presos dominante. Los que deciden la vida y la muerte en esos pabellones no son autoridades provinciales sino los propios presos por medio de combates con facas. Los líderes (limpieza) de los ranchos vencedores establecen los premios y castigos de la comunidad poblacional. Es por eso que cuando un juez de ejecución o un fiscal lee en los informes penitenciarios que un preso está detenido en "población" automáticamente se lo categoriza como un preso peligroso y haragán que no quiere progresar. Poco o ningún beneficio judicial se le otorga al preso de población. En el pabellón de población 4 no tenemos "limpieza", tenemos "coordinadores" y "correctores de edición". En el pabellón de población 4 no hay facas ni pastillas, la comida se comparte, los cumpleaños los festejamos entre todos y las discusiones se resuelven con argumentos y consensos. Los cincuenta y seis presos del pabellón de población o escriben poesía, o narran cuentos o estudian filosofía, o practican boxeo o hacen música o pintan murales. Los pibes del pabellón 4 son artistas que no reciben ningún beneficio judicial por su arte. Lo hacen porque están convencidos de que el arte y el deporte les hace bien. Pese a que merecerían dicho reconocimiento, no he logrado convencer a las autoridades para que lo plasmen por escrito en las comisiones evaluadoras. Las comisiones que son las que informan a los jueces de ejecución sobre la conducta del preso no hacen la mínima mención a toda la tarea que hacen los escritores del pabellón 4. En la práctica penitenciaria nada de su trabajo existe. De hecho ni siquiera he logrado en estos casi ocho años que reglamenten mi proyecto. Proyecto cuya axioma primordial es que el Estado no gaste un solo centavo en mí. Mis horas de clase son gratuitas. El viaje de La Plata a Florencio Varela lo pago yo. Mis libros se regalan. Los costos de todo el material los asumo personalmente. También asumí siempre los costos, premios y gastos de los Concursos Nacionales Carcelarios pese a lo cual el área

de cultura de servicio penitenciario prohibió estos concursos. En definitiva lo único que pido es que alguien establezca que mi proyecto de Editorial en el Pabellón 4 exista en los papeles, de lo contrario cualquier funcionario del ministerio de justicia o director de unidad que se levante mal dormido tiene el poder y facultad de negar mi ingreso al pabellón por siempre. No tengo normativa alguna que defienda mi ingreso porque formalmente para el servicio penitenciario ninguno de los siete mil libros que hemos publicado, existen. Es muy kafkiano lo que cuento pero es real. No hay que quejarse mucho, los restantes pabellones de población están en peores condiciones diría Pangloss.

Durante más de un año leímos cientos de cuentos y poemas de Jorge Luis Borges. Los analizamos, los discutimos y los releímos. Cada uno de los autores seleccionó uno, dos o tres, para tomar como base y a partir de ello experimentó ficcionalmente. Si bien elegí los doce mejores relatos, han quedado afuera más de treinta por no haber superado la calidad que nuestra Editorial exige. Nosotros publicamos a escritores, no a presos que escriben. Nosotros reafirmamos ser escritores y para ser escritor hay que valorar las horas de lectura, el sacrificio del análisis y la excelencia de la narrativa por igual. Cerramos la selección de sólo doce obras porque sufrimos un ataque que no permitió el ingreso de más cuentos. ¿Qué fue lo que pasó? Pasó el Poder.

Este libro estaba listo para salir a la calle a mediados de Agosto. Ese proyecto de libro contaba con más de veinte cuentos. Pero el libro que ustedes están leyendo salió a principios de noviembre y sólo tiene once cuentos experimentales ¿Por qué? Porque a principios de agosto el pabellón 4 recibió la no muy amable visita de una requisa enviada por la dirección general de seguridad del servicio penitenciario. En plena madrugada ingresaron a los gritos, golpearon violentamente a varios compañeros, rompieron camas, televisores, libros, computadoras y tajearon casi todos los colchones. Pero no encontraron ni celulares, ni drogas ni armas blancas, algo inédito para ellos que estaban desesperados por exponer ante la prensa material tumbero en época electoral para justificar su accionar (cosa que efectivamente hicieron a los pocos días con lo supuestamente encontrado en otras unidades carcelarias). Enojados por el resultado negativo de la operación, los miembros de la requisa robaron los nueve pendrives que yo había donado para la Editorial. Estamos un poco acostumbrados a estas cosas. Nos vienen pegando abajo desde hace un tiempo. Los moretones se curaron solos, los televisores los di por perdidos, las camas las arreglamos, los colcho-

nes “ignífugos” se volvieron a coser y rellenar con estopa, cartón y material muy poco “ignífugo”, las computadoras las repuse de mi peculio al igual que los libros, pero lo que se me hacía imposible era recuperar los pendrives robados con el material grabado. Como abogado que soy defino al hecho como “robo” porque técnicamente dicho accionar está tipificado en el código penal como robo. Fundo lo expuesto en que en las actas no dejaron nota de que los pendrives fueran requisados. Al robarnos los pendrives nos robaron nuestro arte. Como sabía que la orden no correspondía a las autoridades de la cárcel, me quejé borgeanamente para que la empinada burocracia verticalista pueda oír la voz de un petiso como yo. La primera respuesta telefónica que dieron desde jefatura del servicio penitenciario fue que ya habían hablado con los miembros de la ley y el orden amigos de la cultura ajena y que a la brevedad iban a devolver los pendrive previo análisis detallado del contenido de dichos diminutos equipos extraíbles. Pensé que el tema estaba resuelto ya que el único contenido de los nueve pendrive eran las últimas y finales correcciones con mis comentarios al igual que las consideraciones de los cuentos rechazados. Pero 24 horas después de ese llamado telefónico las autoridades advirtieron que en las actas de requisita no figuraban los famosos pendrive. Como los mismos no constaban como requisados, si eran devueltos implícitamente estaban reconociendo que habían sustraído ilegalmente objetos de nuestra propiedad con material artístico. La segunda y definitiva respuesta fue que los nueve pendrives nunca existieron. Todo de palabra. Las contradicciones telefónicas eran algo que no iba a poder probar, por ende algo que nunca existió (como mis pendrives que nunca existieron, como nuestros cuentos borgeanos que se afantasmaron). Esta segunda vuelta mis quejas ante las autoridades no fueron muy borgeanas que digamos.

Pero el servicio no se conformó sólo con robarnos. Mi queja, de tono elevado, gesticulación mediterránea y léxico acabronado no sólo no sirvió para recuperar lo robado sino que dio pie para un nuevo ataque. Me prohibieron que ingrese con pendrives a la Unidad. Yo expliqué que desde hacía ocho años que entraban y salían pendrives con cuentos y trabajos literarios ya que de lo contrario sería imposible subir miles de cuentos y poesías a la web como hacemos. Esgrimí que trabajo en un pabellón con cuatro computadoras que periódicamente se descomponen por los nidos de cucarachas, en donde se turnan para escribir más de cinco decenas de artistas que no tienen acceso a internet, siendo que

con muchos de ellos hago trabajo diferenciado porque poseen problemas de comprensión de texto. Bajo esas condiciones, la única manera de progresar como editorial es dejándoles en su poder pendrives que yo llevo para los distintos grupos literarios (grupos que van desde escritores destacadísimos hasta pibes que no saben ni leer ni escribir). Los pendrives son esenciales para compartimentar los distintos niveles literarios y filosóficos y aunarlos todos en un espíritu cooperativista como el nuestro. De lo contrario yo debería llevarme cientos de hojas impresas, dividir las por grupos y reescribirlas en mi casa. O lo que es peor, al mejor estilo Fahrenheit 451, debería memorizar en Florencio Varela los miles de cuentos y poesías que se hacen para luego de memoria corregirlos en La Plata ¡¡Eso quiere decir que Ray Bradbury fue menos vanguardista que las destacadísimas autoridades del servicio penitenciario!! Mi comentario no hizo cambiar la respuesta. Si no puedo trabajar con pendrives, la Editorial no tiene sentido de ser, argumenté con convicción. La respuesta negativa se mantuvo ¿Puede ser alguien tan obtuso como para pensar que la seguridad provincial o nacional se vería agredida porque lleve y traiga nueve pendrives en un Pabellón único en el país en donde se trabaja alfabetización, filosofía y literatura? ¿Alguna mente brillante del servicio penitenciario cree que dentro de esos pendrives llevo los planos de un submarino nuclear con el que planeamos invadir Mongolia? La respuesta negativa me la dieron luego de que chequearon en Wikipedia que Mongolia no tiene salida al mar.

Salí de esa reunión, me fui al Pabellón 4, reuní a todos los compañeros, pedí que hicieran silencio y les dije a los cincuenta y seis escritores que el servicio penitenciario no sólo no reconocía en sus comisiones evaluadoras la existencia de todo el trabajo que hacen en la Editorial, sino que además de ello prohibía el uso de pendrives dentro del pabellón. El mensaje del servicio era claro. La única opción era clausurar el proyecto. Hice una pausa, los miré a los ojos y les dije que somos el único pabellón de población del país que posee en su cocina una biblioteca con miles de libros. Que somos el único pabellón del país que posee muralistas que con su arte pintaron en las celdas las grandes figuras del pensamiento filosófico. Que somos el único pabellón de población del país que con cuatro computadoras roñosas subimos a la web miles de cuentos y que regalamos más de siete mil libros de formato tradicional a comedores del conurbano y entidades culturales. Les pregunté porque me seguían dando bola siendo que era tan poco el beneficio que les daba. No permití que nadie contestara. Yo mismo respondí:

“Ustedes siguen dándome pelota porque son el pabellón de población más pelotudo de la galaxia. El sistema les está pidiendo a gritos que no escriban más, que no hagan más murales, que no alfabeticen más. El sistema les está pidiendo desesperadamente que no lean, porque si leen piensan. Y si piensan desarticulan a un servicio penitenciario que sólo sabe reprimir. El poder no lo tengo yo, el poder lo tiene el servicio penitenciario y el poder del servicio penitenciario implica violencia. Ellos quieren que respondamos con violencia. Yo no voy a entrar en ese juego, pero tampoco puedo obligarlos a sacrificarse por ideales de un burguesito que no pone su sangre. A esta altura me estoy quedando sin fuerzas ni argumentos. No puedo ser tan hipócrita, el proyecto ya no depende de mí. Si yo estuviese preso mandarí todo a la recalcada concha de la reputísima madre. A partir de este momento dejo en sus manos la decisión de seguir con mi proyecto o de darnos un abrazo y despedirnos. Si deciden continuar les adelanto que tendrán más problemas de los que hemos soportado. Hablen, debatan, puteen y decidan”. Los chicos hablaron, debatieron, no putearon y decidieron. Los cincuenta y seis votaron por seguir. La voz fue unánime. Les dije que esta vez no se conformarían sólo con complicar mi ingreso o rayarme el auto como vienen haciendo. Esta vez van a venir en serio. En serio vamos a seguir con vos, contestaron. Insistí que en el combate mi posición era de privilegio, ya que ellos eran los que recibían los palos en el infierno carcelario de los hombres negros, mientras yo vivía en el paraíso hogareño de los hombres blancos. Es estúpido aclararlo, me dijeron. Nos abrazamos. Corrijo, me abrazaron.

Calentamos la pava, tomamos unos mates y transmití el plan de acción. Por enésima vez me jaquearon y esperaban mi renuncia. Pero no les iba a dar el gusto. Les dije a los muchachos que a partir de ese día tendría que llevarme hojas impresas para reescribirlas en Word en mi estudio jurídico. Cada tanto ingresaría con algún pendrive de contrabando y grabaría los cuentos que pudiera. Lamentablemente tendrían que publicar menos escritores, pero al menos publicaríamos algo. Se atrasarían las clases de alfabetización y de comprensión de texto pero al menos las mantendríamos. No responderíamos a ninguna de las provocaciones y hostigamientos que vendrían, y que les garantizo que vinieron.

Esó fue lo que hice y lo que hago y fue de esa manera en la que, tres meses después de lo planeado, ustedes pueden leer la segunda y definitiva versión de BORGES HABLA EL SILENCIO. No son veintipico de

escritores, sino sólo once. Once escritores que rehicieron sus ficciones y que yo tuve que reescribir en mi casa (respetando los errores de corrección y de puntuación de los escritores), ya que no podía llevarme el material en Word. Es una versión que posee algunas fallas menores y que tal vez hubiese necesitado algo más de trabajo, pero había que ganarle a la represión del Poder. Pido disculpas porque si bien el material es excelente todavía necesitaba una pizca de cocción.

La hora de la derrota está por llegar. Sigo gracias a la gestión de varios jueces provinciales que expresaron que mi proyecto no sólo debe mantenerse sino que debe replicarse. Los jueces fueron categóricos y por eso todavía seguimos con la esperanza de que Carlos continúe con su tarea y que nosotros lleguemos a publicar nuestro próximo libro contrabandeado. Se llamará NI UNA MENOS EN EL PABELLÓN 4 y esperamos sacarlo en el mes de abril de 2018. En esa obra debatimos, charlamos, leemos y contamos vivencias de violencia de género que luego ficcionalizamos ¿Eso también será delito?

Borges escribió en “La muralla de los libros” que quemar libros y erigir fortificaciones es tarea común de los príncipes. Borges muestra toda su sabiduría en esa frase. El príncipe ejerce el poder y el poder otorga la razón. Porque la razón es una construcción social y ellos con el poder de la razón construyen el lenguaje. Mientras no hablemos ellos seguirán siendo lo que son y seguirán construyendo el mundo que están construyendo. Tenemos que hablar. Tenemos que hablar para de-construir el lenguaje. Tenemos que hablar el silencio. Mientras no hablen el silencio, la tarea que realizo continuará siendo delictiva. Por eso hablo. Por eso peleo. Por eso repito las cosas. Por eso repito que mi mundo es tu mundo y es nuestro mundo. Los negros de mierda del pabellón 4 con nuestro mundo creamos a cuenteros, verseros y poetas ¿Vos qué estás creando con el tuyo?

Alberto Sarlo, La Plata, octubre de 2017

Segundo prólogo de Alberto Sarlo en *Borges habla el silencio*, Ed. Cuenteros, verseros y poetas (2017). Disponible gratuitamente en versión PDF en link de primer posteo del Facebook: Editorial Cuenteros, verseros y poetas o en nuestro blog cuenteros-verseros.com.ar

DEL PARAÍSO AL INFIERNO

Por Jorge Rivas

Alejandra le pasa el mate a Sabrina, su compañera de celda, y le dice:

—En serio te digo, yo no tendría que estar acá.

Y se le escapa una lágrima, que lentamente se desliza por su mejilla y termina en ese piso húmedo y deteriorado, con las huellas de muchas Alejandras y sus penas, que habían pasado por el lugar.

—Aahh... dale, boluda, mirá que a mí no me tenés que llorar. Eso hacécelo al juez. A mí no me mientas... Si me preguntás a mí, yo también soy inocente”.

Alejandra seca sus lágrimas, y con su garganta llena de angustia y su voz a medio sonar, dice:

—Y, bueno, Sabri, yo te creo...

—Ja, ja, ja... ¿Vos sos o te hacés? No podés ser tan boluda, amiga.

—¿Por qué me decís así?, Sabrina, en serio te digo.

—Por nada, por nada. A ver... y contame, ¿por qué no tendrías que estar acá?

—Porque soy inocente. Soy una víctima en todo esto. Yo, con mis veinticinco años, vivía con mis padres, trabaja en una tienda de ropa, estaba retomando los estudios, llevaba una vida bastante buena, hasta que conocí al hijo de mil putas que me arruinó la vida. Se llamaba Leandro, tenía treinta años y era abogado. Al principio, como todo malnacido, fingió ser ese príncipe azul que solo existe en las películas. Le salió bastante bien el papel, porque me enamoró profundamente. Estaba cegada, enloquecida con ese falso Romeo. Los primeros meses de relación fueron los mejores. Al año nos fuimos a vivir juntos, y comenzaron las peleas. Los pequeños

celos, que al principio me hicieron sentir amada, se convirtieron en celos enfermizos que transformaron todo en un calvario. Leandro tenía la contraseña de mi computadora y mi teléfono. Ya no podía tener amigas; mientras él, los fines de semana, salía con sus amigos y llegaba de madrugada desbordado de alcohol. Tenía serios problemas con la bebida, cuando tomaba cambiaba por completo su personalidad, se convertía en un monstruo.

—Páráááá... ¿Para tanto?! ¿Tan mal le pegaba el escabio?

—Sí. Vos no te das una idea de lo qué ese bastardo me hizo.

—¿Qué te hizo, te pegó?

—Ojalá hubiese sido eso. Una noche veníamos del cumpleaños de un amigo, él, como siempre, borracho y yo agotada, así que me puse el pijama y me acosté. Leandro hizo lo mismo, pero sin intenciones de dormir, porque ni bien apoyó su cuerpo en la cama puso sus manos en mis pechos y empezó a besarme. Yo no quería saber nada, lo corrí y me di vuelta, pero él siguió insistiendo. Me abrazó, volvió a poner sus manos en mis pechos, y al oído me decía: «Dale, amor, tengo ganas de hacerte el amor. Lo hacemos rapidito, ¿sí?». «No, Leandro, no tengo ganas y estoy cansada. Vamos a dormir y mañana lo hacemos, si querés». «No, nena. ¿Qué te pensás? ¡Vos sos mi mujer y yo quiero estar ahora con vos! Así que dale».

Se me tiró encima como un animal a su presa, y me redujo por completo. Me tenía boca abajo con las manos agarradas. Estaba sin movimiento alguno. Le gritaba que pare, que estaba loco, que así no. Pero él, sólo quería terminar su cometido. Seguía forcejeando, pero de nada servía, porque era mucho más fuerte que yo. Juntó mis dos manos, me tapó la boca, bajó mis pantalones, y me dijo: «Es un toque, amor, dale. No me la compliqués, boluda». Lo único que pude hacer fue morderlo, pero a él no le importó; parecía disfrutarlo, porque me decía: «Ay... así, perra mala, dale, dale que me gusta, mordeme». Cuando terminó de decir esas palabras, sentí toda su furia y hombría adentro mío. Lloraba desconsoladamente, esperando que termine rápido. En cada movimiento sentía cómo se me desgarraba el alma. Maldecía el día que lo conocí. Deseaba que me trague la tierra. Quería morirme. Encima, el hijo de mil putas, cuando terminó, se dio la vuelta y se durmió cómo si nada. Yo me levanté y me fui a bañar. Esa noche me quedé despierta en el comedor. Cada tanto iba a la pieza... y ahí está el bastardo, tirado en la cama. Al otro día se levantó como si nada.

—Noo, amiga. Le tenías que haber clavado un cuchillo en la espalda. ¡Violador hijo de puta! Acá, en la cárcel, no dura un segundo ese jil.

—No, Sabrina. Yo no soy una asesina y lo más triste de todo es que lo amaba. No podía hacerle eso.

—Pero sí, lo hiciste, o si no, ¿por qué estás acá?

—Ya te dije, yo soy inocente. Pará que te sigo contando: después de eso, vivíamos de discusión en discusión. Por mi cabeza se presentaba la idea de dejarlo, pero mi corazón me decía que aguantarte un poco más. Estaba tan cerca de formar esa familia que tanto soñé, y no lo quería arruinar.

Un lunes por la tarde, mientras me daba una ducha, recibí un whatsapp de un compañero de trabajo. Al salir del baño vi a Leandro sentado en la mesa con mi celular. En su rostro noté que algo no andaba bien, pero su voz me decía lo contrario, porque suavemente me dijo: «Amor, te llegó un mensaje». Caminé con precaución, a paso lento, y cuando estiré la mano para agarrar el celu, me tomó del pelo al grito de: «¡¿Quién es este Cristian?!, ¡puta de mierda! ¡¿Viste?! Yo sabía que me cagabas». Y sin escuchar lo que tenía para decirle, me tiró contra la pared y empezó a pegarme brutalmente y caí desmayada.

Cuando recuperé el conocimiento estaba en sus brazos. ¡Por favor! Me pedía que lo perdone, que él no quiso hacerlo. Y como muestra de que jamás lo volvería hacer, me propuso que no usemos más celulares; así no habría más peleas. Yo no sé si por miedo o amor, pero lo perdoné, con un gran dolor, pero lo perdoné. Ese día me cocinó, me llevó la comida a la cama y mientras me daba de comer en la boca, dijo que me amaba. Al escuchar esas palabras, lo odié, lo maldecía, deseaba que se muera...

Extracto del cuento *Del Infierno al paraíso* de Jorge Rivas. Te invito a seguir leyéndolo en *Ni una menos en el pabellón 4*, Ed. Cuenteros, verseros y poetas (2018). Disponible gratuitamente en versión PDF en link de primer posteo del Facebook: Editorial Cuenteros, verseros y poetas o en nuestro blog cuenteros-verseros.com.ar

Capítulo X

EL AÑO QUE VIVIMOS EN PELIGRO

(2018)

Fue a principios de 2018. Ese año, pese a cierta difusión que tuvimos por algunos premios que ganó el documental PABELLÓN 4 en festivales internacionales (aún no se había exhibido en Argentina), y también por haber editado y regalado más de 2000 ejemplares de *Borges habla el silencio*, el director de la unidad Jorge Gómez, nos echó a Carlos Mena y a mí de la cárcel. Era obvio que Gómez no actuaba sólo. Gómez era el verdugo, pero la orden partió del ministerio de justicia.

¿Por qué los burócratas del ministerio pasaron del desgaste periódico a la expulsión lisa y llana? ¿Por qué funcionarios tan pendientes de lo que diga la prensa decidieron echarme a pocos meses de la exhibición de PABELLÓN 4, justo cuando la película iba a generar alguna que otra fotito? No hace falta ser muy lúcido. Una semana antes de mi expulsión me había reunido con el ministro Ferrari y su asesor Fernando Rozas (mi segunda y última reunión con las altas esferas del poder), y en esa reunión les entregué un resumen con correos electrónicos donde surgía la anomia existente en las seis unidades del complejo Varela. La reunión fue muy desagradable. Fui solo, ya que no quería involucrar a Carlos y que perdiese su trabajo. Les demostré a ambos como desde el SPB habían robado los pendrives de nuestro libro *Borges habla el silencio*, haciendo desaparecer cuentos de compañeros que nunca más pudimos recuperar; les narré como las burocráticas e incompetentes autoridades de Cultura del SPB, Gabriela Ríos y Leandro Pelassini habían boicoteado los Concursos Nacionales Carcelarios y además le dejé impresos una serie de mails que fueron oportunamente dirigidos a José Baric en donde describía la enorme cantidad

de violaciones a los derechos humanos que sucedían en la unidad 23 ¿Por qué concurrí a ellos si sabía que no iban a hacer nada? Primero porque no tenía a nadie a quien concurrir. Los magistrados y gente importante del Poder Judicial sólo recibían mis libritos, pero nunca me recibieron a mí. Segundo porque no tenía pruebas jurídicas de los delitos. Yo narraba lo que sabía que pasaba pero carecía de testimonios porque nadie testificaría contra el SPB. Tercero porque Las fiscalías de Quilmes con jurisdicción en las muertes y suicidios del Complejo Penitenciario de Florencio Varela, en esa época eran poco menos que, informantes del servicio penitenciario (al día de hoy dudo que la cosa haya cambiado demasiado). De las razones expuestas, la más contundente es que no podía hacer ninguna denuncia formal, ya que los únicos legitimados para denunciar son los presos, víctimas o testigos directos de los crímenes de estado, y yo no expondría la vida de ningún detenido como testigo de las muertes en cuestión. Sin testimonios presenciales no hay denuncia. Yo no podía garantizarle la vida a ningún preso que decida denunciar al SPB. Hay demasiada cobardía en muchos jueces, fiscales y defensores oficiales, ellos casi siempre archivan estas denuncias y los pocos presos que las realizan siempre son trasladados a cientos de kilómetros: No es raro que al poco tiempo los denunciantes aparezcan colgados de sus celdas. Perdido por perdido decidí poner las cartas sobre la mesa del ministro, al menos para que en el SPB se cuidaran y no se sintieran tan impunes a la hora de lastimar pibes. En los correos electrónicos que le entregué al ministro había fechas y situaciones donde yo me adelantaba a decirle al Jefe del Servicio Penitenciario que habría tomas de pabellones de los guardiacárceles cuyo único objetivo era colocar presos cómplices de negocios con drogas, celulares y sexo. Obviamente nadie hacía nada con mis correos, pero luego del segundo “suicidio” que tuvo la unidad 23 en menos de una semana, pedí audiencia ministerial. Insisto: no soy tan ingenuo. Sabía que la audiencia no iba a servir para mucho, pero al menos quería decirle en la cara al ministro que su política de “zona liberada” en el Complejo Varela sólo era una burda manera de aplicar la pena de muerte implícita.

Todo ese relato le sacó al ministro Ferrari un par de bostezos. No me amilané y le di los nombres de la enorme cantidad de heridos y suicidados en la continua represión que se ejercía sobre todo en esos días sobre los pabellones 3 y 5 de la Unidad 23 (esos dos

pabellones eran de “población”, misma jerarquía que el pabellón 4). Reconocí frente a ellos que todo lo que les mostraba no tenía validez jurídica porque ningún preso firmaría denuncia alguna y por ende toda esa prueba era nula, pero al menos podía graficar la manera en que se ejercía política en el Complejo Varela. Rozas, su dilecto asesor, no hablaba pero sus ojos me transmitían todo su odio y rabia contenida. Ferrari leía los correos y decía “mmm”, “mmmm”, sin levantar la vista de los papeles. Cuando terminé de hablar, Ferrari dijo que analizaría todo y que alguien del Ministerio se comunicaría conmigo. Le pedí tanto a Ferrari como a Rozas confidencialidad ya que con esos datos mi seguridad estaba en riesgo. También me tomé el patético atrevimiento de aclararle al señor ministro que la oficina del interventor del servicio penitenciario, José Baric, estaba conformada por personal muy vinculado a la fuerza penitenciaria y que si esos papeles llegaban a Baric, todo el Servicio Penitenciario estaría avisado. Me contestó lacónicamente que no me preocupe. Al miércoles siguiente de esa charla me echaron de la unidad 23. La supervivencia del más apto, habrá pensado Ferrari. “Sos débil Sarlo, no me aportás ningún beneficio”, era el mensaje. Si sos débil no competís, sos un perdedor.

El día que nos echaron fue un poco humillante. Era algo que me esperaba, pero que igual me afectó profundamente. Llegamos con Carlos a la entrada y cuando nos disponíamos a ingresar nos detuvo una de las subdirectoras de la Unidad 23, una mujer famosa por torturar presos y jactarse de cómo lo hacía. Entre esas torturas, una de sus preferidas era hacer formar en fila a grupos de no más de cuatro o cinco presos con los pantalones bajos y medirles el aparato reproductor; aquel que lo tenía más largo era apaleado por sus subordinados frente a las carcajadas del resto de la guardia armada. Esa funcionaria, que en la actualidad ocupa uno de los cargos más importantes en la cúpula de Jefatura del SPB, nos indicó que a partir de esa fecha deberíamos ser requisados ambos de la misma manera que lo hacen con cualquier visita de presos: o sea, deberíamos hacer la cola de los familiares para ser revisados y requisados. Ese proceso conlleva no menos de dos horas. Obviamente nos opusimos. No teníamos problema en que nos requisen todas las veces que quieran, pero si nos obligaban a hacer la cola con los familiares tardaríamos horas en ingresar a la unidad y sería imposible dar la clase bajo esas condiciones, máxime cuando tanto Carlos como yo

tardábamos más de una hora en llegar a la unidad desde nuestras respectivas localidades. La discusión subió de tono y se presentó el director Jorge Gómez informándonos que deberíamos cumplir su orden. Al argumento de que éramos docentes, Gómez nos recordó que no lo éramos: Carlos era recientemente contratado por el Ministerio de Justicia como “tallerista” y nadie del Ministerio lo había designado para dar clases en la 23 y en cuanto a mi persona, ni siquiera era tallerista, yo no existía en ningún papel..., Gómez tenía razón, y ese argumento lo sabía mejor que nadie Gustavo Ferrari quien nunca protocolizó mi proyecto. Recordemos que a Ferrari le pedí tres cosas en mi primera reunión: que contraten a Carlos, que permitan que Diego Gachassin filme el documental “Pabellón 4” y que reglamentara mi proyecto ya que si no dependía de la buena o mala predisposición de los directores o jefes del penal. Ferrari cumplió los dos primeros pedidos, pero astutamente nunca cumplió con el más fácil, que era que un funcionario de tercer orden firmara un papel que autorizara mi ingreso a la unidad 23 dentro del marco de un proyecto educativo “ad honorem”.

Ante la inamovible postura del director y de la subdirectora, llamé de inmediato a la secretaria de Ferrari, Agustina Risso, a quien le conté que estaban clausurando nuestro proyecto. Ella, cortésmente, me contestó que no se iban a meter en temas administrativos de la Unidad 23. Le insistí, haciendo esfuerzos inhumanos por no levantar la voz, que si me echaban iban a romper el pabellón y que iban a morir muchos pibes. Me contestó que a ella eso no le constaba, y que yo no tenía elementos probatorios para realizar una acusación de tal calibre. Le contesté que la gran cantidad de amenazas que yo había recibido eran elementos más que suficientes para fundar mi acusación, pero ella, lacónica y magistralmente me espetó: *“Alberto, la realidad es que todos los días amenazan a muchos funcionarios del servicio penitenciario”*. ¡Touché! “Agustina Risso no es un humanismo”, podríamos designar a esta obra de arte de la *realpolitik*, pensé mientras apagaba el celular sin saludar. Con Carlos nos fuimos de la unidad 23.

Subimos al auto, puse música y le dije en chiste que nos parecíamos a Don Ramón y al Chavo del 8 y que finalmente el Señor Barriaga nos había echado de la vecindad. Nos reímos con tristeza. A los pocos minutos y mientras llevaba a Carlos a la estación de trenes de Florencio Varela, me quise hacer el estadista superado y empe-

cé a dictar los pasos de una táctica de control de daños: Comencé a explicarle a Carlos que, si bien era el fin de la Editorial, de alguna manera teníamos que tomarlo como un impasse, ya que yo lograría volver de alguna manera cuando finalizara el gobierno de Vidal. En los hechos el único expulsado era yo. Ahora teníamos que cuidar el laburo de Carlos. Le pedí que se despegara de mi persona porque en esos momentos yo era un apestado, una mala palabra para la gente del Ministerio de Justicia. Si Carlos llegaba a hablar bien de mí o no pedía mi regreso a la 23, era obvio que no le iban a renovar el contrato que tanto esfuerzo nos había costado. Carlos me contestó que ni en pedo se iba a borrar. Me calenté. Le expliqué a Carlos que no tenía que portarse como un pibe caprichoso. Su trabajo era un símbolo de nuestra lucha, detrás de su nombramiento tendrían que venir otros muchos contratos para pibes presos cuando las cosas mejoraran. Carlos me entendía, pero no daba el brazo a torcer. Mi calentura se estaba transformando en ira. Apreté fuerte el volante y le expliqué a Carlos que había sido un día horrible y que teníamos que hacer control de daños. Lo indispensable era no regalarse, no hacerse echar. Le dije a Carlos que era el último mohicano y que no tenía que dejarse matar al pedo. Es probable que haya gritado, pude haberlo insultado. Carlos estaba sereno y me contestó que podía enojarme todo lo que quiera y hasta podía insultarlo (efectivamente lo insulté), pero yo era como un hermano mayor y que él siempre iba a dar la cara por mí. Fueron muchos años en que Carlos puso el pecho sin preguntar, de alguna manera me estaba diciendo que no me iba a dejar caer sólo. Me cago en la lealtad...

Pero la echada duró poco. Ferrari y compañía tuvieron mucha mala suerte, o eligieron mal el momento de apretar el gatillo, porque a la semana siguiente de su movida, tenía una charla en los Tribunales de Lomas de Zamora en donde también estaba invitado el famoso periodista Ricardo "Patán" Ragendorfer. La organizaban algunos funcionarios judiciales que valoraban nuestro proyecto. De esa charla surgió un contacto con Emmanuel Gentile, un periodista muy piola que trabajaba en un diario muy reaccionario como lo es INFOBAE. Tanto a los funcionarios como al periodista les conté lo que estaba viviendo y les pedí si me podían acompañar la semana entrante a la cárcel, para entrar todos juntos y en patota. La invitación surgió efecto. Ese mismo día, al finalizar la charla, con Carlos le

regalamos una remera de la editorial a Brian Calla, quien hacía pocas semanas que había recuperado la libertad. Con ese acto formal ingresaba oficialmente como tercer integrante “extramuros” de la familia de Editorial Cuenteros, verseros y poetas.

A los quince días de mi expulsión aparecí en la cárcel con un nutrido grupo de funcionarios judiciales quienes pidieron hablar con el director de la Unidad. Fuimos recibidos todos. Carlos y yo disfrutábamos el momento. Varios jueces (algunos de ellos con los años traicionarían sus ideales por puestos de poder), con afabilidad pregonaron sobre lo importante de nuestro proyecto. En un momento tomé la palabra e hice hincapié en que en breve INFOBAE nos haría una nota que sería leída por millones de argentinos. Un defensor público afirmó que todos los Tribunales de Lomas de Zamora y también varios miembros de la Suprema Corte de la Provincia (exageramos un poco), valoraban mi esfuerzo y que, desde ese día, sería muy habitual la presencia de magistrados de toda la provincia. Gómez estaba pálido de miedo y rojo de furia. Todo al mismo tiempo. Placer total. Yo lo miraba fijamente con una bronca cargada con cierto rencor. Gómez rehuyó el contacto visual. Don Ramón y el Chavo del 8 volvieron a la vecindad.

Fue una victoria pírrica, pero victoria al fin. Digo que fue pírrica porque pese a que pude seguir dando clases, Ferrari mantuvo a Gómez en su cargo y boicoteó todo ese tiempo mi trabajo. Los funcionarios judiciales nunca más volvieron. Estoy muy agradecido por su acto, pero me hubiese gustado un poco más de compromiso con los horribles momentos que vivimos con las venganzas que sufrimos. No creo que nunca más vuelvan, bastante polvo pestilente acumularon ese día sus honorables judicaturas. Seguramente todavía deben estar mandando sus trajes a la tintorería para quitarle el olor a cárcel, olor que en su vida habían olido precisamente por ejercer el derecho penal a distancia.

A los pocos meses Ferrari nombró como Jefe del SPB a Xavier Areses, íntimo amigo de Fernando Rozas, el paupérrimo asesor directo de Ferrari. Xavier Areses me hizo la vida imposible desde su asunción, pese a que finalmente se vio forzado a sumariar en el 2019 al director Gómez por el descontrol financiero y organizativo de la unidad 23. Areses sigue en el cargo mientras escribo estas líneas. No son años fáciles, Gómez me hizo la vida imposible y Xavier Areses continúa en la misma senda represiva, ahora asesorado por

algunos de los jueces que en su momento me defendieron. A Carlos tampoco se la hizo fácil, al punto que un día, cuando concurrió sin mi presencia, lo dejó alojado en una leonera junto con otros presos (luego pidió disculpas alegando que un subordinado se había equivocado y había confundido a Carlos como si fuera un preso más). La presión que ejerció Gómez en nombre del Ministerio de Justicia, conllevó que sufriera padecimientos físicos y psicológicos, padecimientos no muy distintos a los que sufre todo militante social que trabaja responsablemente y con pasión por defender su territorio.

LO QUE NADIE VE

Por Brian Calla

Una lágrima recorría su frágil rostro, mientras un suspiro desgarrador salía de sus labios sin pedir permiso. Su cuerpo tenso, paralizado, no daba señales de vida, mientras que un frío interior se apoderaba de él por completo; otra lágrima se hizo presente al mismo tiempo que la brisa de otra mañana fría de invierno hacía flamear las apagadas cortinas del cuarto. Agazapada en un rincón, poseída por esa voz siniestra que minutos atrás habría logrado, una vez más, arrancar de sí toda su inocencia. Pensamientos alojados en lo más profundo de su conciencia, revoloteaban en su mente, llevándola directamente a su niñez.

Vinieron a su cabeza sueños; aquel horizonte que se volvió inalcanzable y angustiante en su vulgar vida; esas tardes de verano en la que solía saltar la soga o jugar a la rayuela con sus hermanos y amigos de la cuadra; los cálidos y protectores abrazos de su madre hicieron que una débil sonrisa intentase asomar por su rostro casi desfigurado.

El dolor de su cuerpo se hizo presente una vez más, pero no tenía lugar comparado a lo que expulsaba el interior de su corazón, y de nuevo esa voz latente en su mente cohibía su ser, haciendo temblar sus huesos. Cerró sus puños con fuerza, y esta vez logró vencer esa amarga lágrima que intentaba escurrirse por su mejilla.

Su adolescencia, esas encantadoras e infinitas ilusiones de adolescente se presentaron de un segundo a otro. Ese afán de vida que recorría sus venas en sus años dorados, lograron hacer mucho más aterrador y miserable su presente. ¿En dónde habían quedado aquellos anhelos? ¿La magia, producto de su primer beso con aquel muchachito que lograba llenar de gozo su espíritu con sólo mostrarle una sonrisa?

Ese joven que erizaba su piel con una caricia, sería más tarde el encargado de arrancar de sus entrañas todo sueño de cuentos de hadas. Las calles de aquel sencillo barrio que vieron dar los primeros pasos de este amor fracasado, se volvieron las acusadoras anónimas de tantas mentiras que transformaron al príncipe azul, en la bestia que hoy devora cada minuto de sus horas.

Un pequeño rayo de sol dejó verse por entre las apagadas cortinas, su mente se puso en blanco por varios segundos dejando su mirada perdida, clavada sobre un retrato, en el que se podía apreciar la felicidad de una quinceañera junto a su amado. El canto de un pájaro libre trinoó muy cerca provocando una envidia rabiosa en ella, haciendo volver en sí a esta nueva víctima. Violentos recuerdos de amor golpearon su alma, una y otra vez, haciendo convulsionar su cuerpo. Aquellas sucias promesas cuestionaron conceptos absolutos que fue desarrollando a través del mentiroso tiempo. Se preguntaba por aquel dios misericordioso que le inculcaron desde sus primeros años, dios todavía ausente. Asfixiada por esa realidad maldita, dejó de lado los pensamientos de amor eterno para suplicarle al miedo una muerte digna. El rostro de ese que golpeó duramente su corazón destrozando por completo su fragilidad de mujer, atormentaba cada vez más su vida, apropiándose de ella.

Ya, devastada, intentó levantar su mirada, la misma que dejaba al desnudo el infierno por el que a otra vulnerable muchacha le tocaba transitar. Un escalofrío recorrió su cuerpo de pies a mollera, en fracciones de segundos, dejándola indefensa y expuesta al karma ya inyectado en su piel. La puerta del cuarto se abrió, al mismo tiempo que otra lágrima cayó, la silueta de aquel violento amor volvió a aparecer.

¿Qué hacés? ¿Seguís tirada ahí? —un armonioso y desolador silencio se presentó en escena.

Dejame tranquila, por favor —con voz temblorosa manifestó ella.

¿Qué te deje tranquila, trola de mierda? Dale, levántate te dije, hija de puta...

No. Pará, basta, por favor. Yo te amo —exclamó con el último de sus suspiros.

Brian Calla. Cuento *Lo que nadie ve* del libro *Ni una menos en el pabellón 4*, Ed. Cuenteros, verseros y poetas (2018). Disponible gratuitamente en versión PDF en link de primer posteo del Facebook: Editorial Cuenteros, verseros y poetas o en nuestro blog cuenteros-verseros.com.ar

Capítulo XI
LOS MOTINES Y YO
POSTEOS DE UNA REPRESIÓN SANGRIENTA
(2020)

En casi doce años de hacer territorio en centros de tortura, fui testigo de varias peleas, combates descoordinados y revueltas en pabellones linderos al 4. Cuando esto ocurría, los compañeros se levantaban de sus asientos, se dirigían hacia la puerta del pabellón e insultaban a los escopeteros. Ante la reiteración de tiroteos, hace años acordamos en el pabellón que mientras estemos dando clase, salvo que haya presos heridos o combates multitudinarios, nadie se tiene que levantar de nuestro espacio asambleario cuando comienza un enfrentamiento armado en la unidad. Tenemos que apechugar y aprovechar el poco tiempo que tenemos de clase para pensar, aunque las balas repiqueteen cerca. Cuando el espacio físico de educación es un pabellón de población, uno debe acostumbrarse al olor a pólvora y sangre. De hecho, en una represión por una toma fallida del pabellón 5 a principios de 2018, una perdigonada entró en nuestro pabellón y unos balines de goma me impactaron en el muslo izquierdo. Dolieron menos que una picadura de avispa. Lo tomé como una anécdota graciosa y la clase siguió como si nada. Desde ese día guardo los cinco perdigones de plástico en mi auto. Necesito que me acompañen para que mi realidad burguesa no oculte mi otra faceta docente en territorio de la locura.

También he sido actor en complejas negociaciones representando a los compañeros del pabellón 4 y de los restantes pabellones de máxima seguridad en huelgas generales y en situaciones de conflicto. Redacté en su nombre, pautas de convivencia para evitar toma de pabellones y su consecuente estela de muertes. En repre-

sentación de los detenidos fui co-redactor en varios manifiestos o compromisos que firmaron distintas autoridades penitenciarias y ministeriales junto con la población carcelaria. A la corta o a la larga, las autoridades siempre incumplieron con todo lo firmado en esos papeles.

Pero, si bien presencié decenas de pequeños alzamientos y acciones violentas de distintos “ranchos”, motines propiamente dichos sólo sufrimos dos. Justamente los dos motines más duros de la historia del Complejo Varela. En el primero de ellos, el 22 de abril de 2020, llegué tarde y murió un pibe. En el segundo, iniciado el 31 de octubre de 2020 y el que fuera el motín provincial masivo más sanguinariamente reprimido desde el regreso a la democracia, llegué con lo justo y logramos evitar una masacre gracias a la persuasión de los compañeros del pabellón 4.

El primero se originó exclusivamente en la Unidad 23. En ese motín el SPB asesinó cobardemente a Federico Rey, un pibe de 23 años que no debería haber muerto. Todo comenzó el miércoles 22 de abril de 2020, aproximadamente a las 9 de la mañana en plena crisis carcelaria por la pandemia del COVID 19, cuando varios presos de los pabellones 1,2,6,7,8 y 9 del sector de máxima seguridad se subieron a los techos de sus pabellones. No fue un motín programado ni orquestado de antemano. Fueron una serie de reclamos vinculados por la nula práctica de protocolo para evitar contagios en pandemia, por el ausentismo absoluto del pérfido médico de la unidad y por la ausencia total de insumos de higiene básicos para combatir el COVID, como lavandina o alcohol en gel. Todos esos múltiples reclamos realizados durante meses, fueron desoídos por las autoridades, y, cuando el primer preso de la unidad 23 murió por coronavirus, la olla a presión estalló en forma de petición confrontativa y masiva. La revuelta comenzó en el pabellón 1, se replicó con más fuerza en el 6, de donde empezaron a salir algunos presos por los techos y con los primeros disparos e insultos de la guardia, se levantaron en forma descoordinada y espontánea los restantes pabellones cristianos de máxima. Mis compañeros del pabellón 4, pese a compartir las causas de la acción directa, decidieron no amotinarse porque no creen en la violencia descontrolada que generan los motines, que siempre terminan en muertes de bala penitenciaria y pase de facturas entre presos. Este motín no fue la excepción.

No hubo negociación ni diálogo alguno. Las autoridades de la unidad 23 pidieron refuerzos de las restantes unidades del complejo Varela. Al instante cayeron sin orden ni mando unificado, decenas de escopeteros armados. Los presos rompían paredes y arrojaban piedras, los guardias respondían con balas. La represión fue feroz. Cuando algún escopetero se quedaba sin balas, levantaba piedras del piso y se las arrojaba contra los amotinados. Una penitenciaria administrativa llamada Eliana Daniela Heidenreich, decidió voluntariamente participar de la represión subiéndose al muro perimetral. Yo conocía de vista a Heidendreich por cruzármela en los pasillos de ingreso. Ella no debió haber participado de la represión ya que no respondía ni ante el Jefe del Penal, ni ante el Jefe de seguridad. Ella era la encargada del área de tratamiento y seguimiento de los detenidos (según la ley provincial 12256, los encargados de dicha área deben generar actividades terapéutico asistenciales, dirigidas directamente a colaborar en el proceso de reinserción social..., la ley nada dice de subirse al muro para disparar con mejor precisión balas de plomo). Insisto en que ella no tendría que haber participado de la represión salvo último recurso (que no existió ya que el motín se produjo en un área totalmente alejada de la oficina de tratamiento y seguimiento), y de haber tenido que reprimir debió hacerlo dentro del propio penal, jamás debió haber subido al muro perimetral ya que ningún preso llegó ni por cerca a los muros. Pero los muros le daban mejor precisión de francotirador para disparos directos —no persuasivos—, máxime para alguien con mucha puntería. Así todo, lo que jamás debió haber pasado es que Heidenreich usara munición de guerra, las cuales están prohibidas para el uso interno y que están reservadas sólo para ataques de fuerzas del exterior del muro. Al cargar su escopeta no pudo haber habido error: todos los que vamos a las cárceles sabemos que las postas de plomo de las Itakas están separadas del resto de las municiones y son de color rojo. En diez años pateando centros de tortura he visto miles de escopeteros con sus balas en charretera. Las postas son siempre azules o blancas, en otras oportunidades son de un plástico transparente. Nunca rojas. La oficial Heidendreich, tomó una escopeta, la cargó con munición de guerra de color rojo y tiró a matar. Un pibe de 23 años, llamado Federico Rey Ramírez, alojado en el pabellón 6 moría aproximadamente a las 11 horas. Mientras Federico se desangraba en el techo del pa-

bellón 6, un par de guardiacárceles se le acercaron y golpearon su cadáver. El cuerpo de Federico quedó abandonado durante horas. Tal como pude ver por videos que mis compañeros me mandaron, varios chimangos, en forma parsimoniosa, picotearon su cuerpo mientras los penitenciarios se paseaban victoriosos luego de la refriega. A nadie le importaba que las aves carroñeras picotearan los ojos exánimes de Federico. Decenas y decenas de presos sangrantes y malheridos fueron arrastrados hacia el sector de control para ser esposados o atados a las rejas, esperando un camión de traslado. Para ninguno de ellos se destinarían ambulancias. Ningún representante del Poder Judicial estuvo presente en la represión del sector de Máxima Seguridad, pese a que la misma duró más de cuatro horas y los jueces estaban apoltronados en sus despachos a menos de 30 minutos del lugar. Por más poderoso que sea el poder judicial, sus integrantes no dejan de mostrar todo el tiempo su faceta más cobarde.

Una vez controlado a sangre y fuego el motín del sector de Máxima, aproximadamente a las 14:30 horas, comenzó un segundo motín, ahora en el sector de Mediana Seguridad de la misma cárcel. Los presos secuestraron a una docena de “siervos y hermanitos”, condenados por violación y los golpearon y lastimaron durante horas, hasta que finalmente se negoció una tregua. El segundo motín terminó aproximadamente a las 20 horas. Hubo negociación porque para esas horas ya había presencia judicial. Los violentos escopeteros no fueron tan violentos cuando aparecieron otros machos alfa en la selva.

Alrededor de las 21 horas de ese mismo día, una comisión integrada por Xavier Areses, Jefe del SPB, la jueza Julia Márquez del departamento de Quilmes, funcionarios del servicio penitenciario y miembros de organismos de derechos humanos, se reunieron con los “limpieza” de todos los pabellones de la unidad en nuestro SUM. Entre estos “limpieza” había varios que me conocen y me contaron detalles de la reunión. Los funcionarios prometieron que no tomarían medidas punitivas con la población carcelaria. Las autoridades se comprometieron a que los heridos y lastimados serían atendidos en hospitales públicos y que sus reclamos sobre la falta absoluta de medidas de higiene, ausencia de medicamentos, inexistencia de alcohol en gel, lavandina, etc., serían solucionados en los próximos días. La jueza Márquez fue la más locuaz y jocosa

del grupo y les pidió disculpas a los presos por el paupérrimo estado de higiene de la cárcel y en la nula respuesta del Poder Judicial y del SPB a sus continuos reclamos previos. La jueza Márquez, rodeada de guardias armados (la única manera que tiene esta funcionaria judicial de entrar a una cárcel, la que sólo visita cuando hay algún evento deportivo con la consabida presencia mediática), dijo que aceleraría las respuestas pendientes de las causas de su Juzgado y ayudaría en hablar con sus colegas jueces para que aceleraran al menos las respuestas de tantos reclamos. Se comprometió a participar de las próximas reuniones de una Mesa de Diálogo que empezaría 48 horas más tarde. En dicha reunión los distintos “limpieza” de los pabellones de máxima seguridad pidieron que yo los representara en dicha Mesa de Diálogo y las autoridades lo aceptaron.

La jueza Julia Márquez no sólo no cumplió con ninguna de sus promesas ya que nunca más volvió a la unidad, ni integró la mesa de diálogo, sino que tuvo la perversa actitud de salir en todos los programas de televisión y radio nacionales afirmando que las condiciones en la Unidad 23 no eran tan malas y que la mortal pandemia COVID 19 no era excusa para beneficiar a violentos que se amotinan. Como si eso fuera poco, alentada por la popularidad mediática que ganó esta jueza, se envalentonó y dos días después afirmó radialmente que el “el Gobierno ya había liberado 176 violadores en un solo día con la excusa del COVID”, falacia tan grotesca que la obligó a las pocas horas a desdecirse farfullando que “no se expresó muy bien”. Poca gente sabe que esta provocación de la jueza estuvo a punto de generar un nuevo motín en la 23, aplacado por los presos más cautos quienes impusieron su criterio alegando que un segundo motín a tan pocos días del primero, sólo ayudaría al ala más violenta del SPB, que estaba expectante de matar a muchos más presos. Conozco muchos más detalles de perversidad de esta jueza porque yo estuve entre las personas que por vía telefónica pedí a presos de pabellones evangelistas que, pese a la provocación mediática de Márquez, no debían responderle con violencia. Fueron llamados telefónicos que realicé con desesperación. Por culpa de la bajeza de la jueza Márquez tuve que pasarme horas angustiantes hablando con pibes de otros pabellones, a quienes apenas conocía, argumentando razones que eran respondidas con fotos de compañeros desfigurados por las balas del motín. Final-

mente logramos calmar las aguas. Todavía faltaban cinco meses para que se produzca el segundo motín...

Mi conocimiento profundo y directo de lo que pasó y lo que cuento, surge de que ese fatídico 22 de abril, estuve desde las 9 de la mañana en contacto telefónico con mis compañeros del pabellón 4, hablando, pidiendo, gritando y puteando. Llamé a los pocos periodistas que conozco pidiéndoles que den publicidad a la revuelta, ya que, si los medios se presentaban, el SPB se vería forzado a controlar el penal de acuerdo a derecho. Lamentablemente no logré mi objetivo. Recibí minuto a minuto todas las fotos y filmaciones de la represión que tomaban mis compañeros desde sus celulares y entre esas grabaciones, pude ver el momento del asesinato de Federico (video que saldría a la luz pública 24 horas después). Ese mismo día en horas del mediodía comencé a publicar una serie de posteos en el facebook de Editorial Cuenteros, verseros y poetas, en donde decía, con todas las letras, que el conflicto no era una pelea interna entre presos, sino un motín por reclamos de supervivencia. Dejé constancia que la muerte de Federico Rey fue un homicidio y no un combate a facas como seguramente iban a informar (y esa fue la versión que efectivamente intentó imponer a los medios el Director del SPB, Xavier Areses, horas después de la represión. La mentira duró muy poco, ya que la médica forense fue contundente en afirmar que Federico no tenía heridas corto-punzantes, y que su deceso fue provocado por los más de 8 tiros que recibió, varios de ellos de balas de plomo).

El motín fue un miércoles 22, el viernes 24 de abril, concurrí a la Mesa de Diálogo. Como les conté, había sido propuesto por los presos y Xavier Areses en persona había aceptado que participara. Yo me enteré de mi designación por los presos ya que nadie del gobierno me avisó. También por los presos me enteré del día y hora de la primera reunión. Ningún funcionario me llamó ni me confirmó oficialmente que participaría en las negociaciones. No me sorprendía esa actitud.

Como hice durante diez años, cada vez que me cerraban una puerta me metía por una ventana. En plena pandemia de COVID 19, sin permiso para circular, violando la cuarentena y exponiéndome a multas carísimas, viajé de La Plata a Florencio Varela. En el camino la policía bonaerense me paró en tres retenes. En las tres ocasiones aduje firmemente que era un abogado convocado por la

Unidad 23 para negociar por el reciente motín. Lo único que mostré para acreditar mi coartada fue mi credencial de abogado. Al día de hoy no entiendo cómo me dejaron pasar.

La reunión estaba pautada para las 12 horas. Llegué a la Unidad 23 a las 11:30. Como todavía no habían llegado los representantes del Estado, fui a la zona de Máxima Seguridad. Estuve charlando, reja por medio, con algunos presos amotinados de los pabellones evangelistas. No podía ingresar ya que sólo estaba autorizado para entrar al pabellón 4 (en realidad no estaba autorizado oficialmente a ingresar a ningún lado, ni siquiera a la Unidad). La represión había sido muy, muy dura. Algunos de los presos me mostraron sus heridas todavía sangrantes. La atención médica simplemente cumplió la función de ponerles un poco de mertiolate en los músculos desgarrados por las balas de goma. Otros me mostraron sus facas indicándome que, si bien estaban dispuestos a dialogar y deponer futuras acciones violentas, también estaban dispuestos a morir peleando antes que sucumbir por una gripe. Si un preso te muestra fierros es porque no los quiere usar. El preso, si quiere matar, lo último que hace es mostrar sus facas. La simbología fierrera era clara. No querían más putos motines. Querían que los médicos los atendieran, querían que los antibióticos aparecieran, querían que las lastimaduras no se gangrenaran, querían que sus escaras de sarna se curaran, querían que los tuberculosos fueran aislados y por sobre todas las cosas, querían que los escritos judiciales salieran de los escritorios del jefe del penal y llegaran a los jueces.

Para que el lector entienda: como ningún defensor oficial los defiende, alegando falta de tiempo y exceso de causas, los propios presos hacen sus propias defensas desde la cárcel asesorados por sus propios compañeros más versados en lecturas del Código Procesal Penal. El problema es que para que dichos escritos de defensa sean recibidos en el juzgado, un funcionario penitenciario de tercer orden debe dejar constancia y dar fe, firmando junto al preso para garantizar que el firmante sea realmente ser quien dice ser. Pero los penitenciarios sólo le hacen "ese favor" a los que pagan una coima o a sus amigos y protegidos, o sea a los narcos, a los femicidas y a los violadores, quienes deben guarecerse en sus cercanías.

Luego de ese recorrido por los baleados pabellones 1,2, 6 y 7, ingresé en el pabellón 4. Estuve con mis compañeros cerca de dos horas dialogando y coordinando en asamblea general la postura

que llevaríamos junto a los cuatro coordinadores: Francisco Bus como coordinador principal y los compañeros Jorge Rivas, Ángel Araujo y Nicolás Almeida, como coordinadores de otras áreas. Luego de dos horas de discusiones, la guardia armada nos pasó a buscar. Nos reunimos en el SUM que poseen los pabellones evangelistas que es un espacio más grande que nuestro SUM. De parte del estado provincial había cerca de 15 personas representando algunos a la Comisión Provincial por la Memoria, otros a organismos de derechos humanos, otros a los Defensores Públicos, otros al Ministerio de Justicia. No estaba la jueza Márquez (nunca más vendría, ya había tenido la prensa suficiente para su proyecto personal), ni ningún representante del Poder Judicial.

Todos los funcionarios se sentaron en sillas de plástico, con barbijos y vasos con agua sobre la mesa. En la mesa también había alcohol en gel. A cinco metros de distancia, sentados en bancos de madera estábamos los representantes de los 9 pabellones de máxima seguridad. Los presos no tenían barbijos. Ninguno tenía alcohol en gel. Los presos nunca recibieron alcohol en gel porque el Estado tiene miedo que, con el alcohol en gel, se emborrachen. En la Provincia de Buenos Aires a los presos los prefieren muertos, pero sobrios. A partir de ese día empecé a llevar de contrabando alcohol en gel para los presos del área de máxima seguridad. Por suerte desde hace poco dejé de hacerlo ya que el nuevo director de la unidad con buen criterio, anuló dicha prohibición.

Por parte del Estado provincial, la voz cantante la llevaba un muchachito, funcionario de derechos humanos muy joven, muy pequeño y muy gritón. Este joven de apellido escocés, manejaba la reunión de la misma manera que lo hacen los jóvenes estudiantes en las asambleas universitarias. Los presos lo escuchaban, se miraban y me miraban. Arrancamos mal con el Chapulín Colorado me dijeron al lado mío en voz baja. Voy a resumir, no los voy a aburrir. Luego de que el funcionario apodado Chapulín Colorado arengara con consignas de barricada, los compañeros presos comenzaron a denunciar todos los destratos y violencia institucional que padecen. Cuando tomé la palabra les dije tanto al Chapulín Colorado como a los restantes funcionarios que, si bien apoyaba el esfuerzo negocial del Estado, la verdad es que sabíamos que ellos vendrían a prometer cosas que no cumplirían. Les conté que en mis diez años de trabajo en ese centro de tortura había tenido varias intervencio-

nes de diálogo en mini motines, huelgas de hambre o petitorios. Había firmado actas junto con presos y funcionarios y siempre, siempre, SIEMPRE, la parte del estado provincial incumplía los pactos. Pese a ello, pese a que ni los presos ni yo les creeríamos, igual apostaríamos a que sus promesas se cumplieran. Lo importante dije, y dijeron mis compañeros, es evitar un baño de sangre. También pedí que los compromisos que se asumieran se pusieran por escrito. “No podemos hacerlo”, contestaron (respuesta obvia y que era la que esperaba). Si no podían hacerlo, insistí, que al menos uno de ellos viniera periódicamente a la cárcel a dar la cara por sus promesas. Si el problema era el traslado, yo me ofrecía como chofer para llevarlos y traerlos. Lo dije irónicamente, pero lo dije muy, muy en serio. Dijeron que se les hacía difícil esa presencia, ya que la misma Mesa de Diálogo estaba recorriendo las 55 cárceles y las 10 alcaidías de la provincia y que no podían dejar un representante en cada cárcel que visitaban. El margen de paciencia se acotaba, había que buscar una salida porque los compañeros no soportaban tanta sinceridad incompetente. Finalmente surgió el nombre de Mónica Falcone, funcionaria del Ministerio de Justicia conocida por todos los presos. Mónica es amiga mía y una funcionaria con muchos ovarios. Muchas veces tuvo problemas con el SPB por defender los derechos vulnerados de muchos presos. Era una buena elección. Ella sería la encargada de gestionar la aceleración en las peticiones judiciales y la mejora del sistema de salud. Si bien era una salida para destrabar la negociación, era una solución insuficiente. Transmití que Mónica Falcone sólo mejoraría las cosas si el Ministerio le daba facultades operativas para resolver problemas y articular con el Poder Judicial. El Chapulín Colorado dijo que tendría todas las facultades operativas delegadas por el ministro de justicia. Yo no le creí nada. Los presos tampoco. Pero optamos por demostrar credulidad ¿Teníamos otra opción? No, claramente no. Había que evitar un nuevo motín. Quedamos en volver a reunirnos con la Mesa de Diálogo el 1° de Mayo.

En horas de la mañana del 1° de Mayo de 2020 ingresé a la Unidad 23. Nuevamente había sido detenido en la ruta provincial por retenes policiales, como no tenía permiso alguno nuevamente aduje que era un funcionario ministerial en camino a la Unidad 23. Mi traje, mi corbata o mi locura lograron convencerlos de esa mentira. Esta vez la reunión empezó a la hora establecida. Por parte

del estado provincial sólo vino el Chapulín Colorado. Nadie más. Los presos empezaron a cargarlo en voz baja “El Chapulín Colorado está más sólo que el Chavo del 8”. Se lo tomaron con humor. Al día de hoy estoy seguro que el joven muchacho de derechos humanos nunca se enteró que nadie tomaba en serio sus posturas guevarianas universitarias. Todo bien con el pibe, pero el respeto hacia el preso comienza por NO SUBESTIMARLO y el problema de los burgueses progresistas es que subestiman a los marginales con el mismo criterio utilizado por los fascistas. El dispositivo racista es idéntico en ambos lados del espectro político. El Chapulín Colorado vino a la reunión con buenas intenciones, pero un centro de tortura donde hace pocos días asesinaron a sangre fría a un compañero no es un ámbito muy propicio para experimentar con improvisados. El funcionario no pudo ni supo responder a ninguno de los incumplimientos. Mónica había trabajado como bien sabía hacer, pero nada de lo que ingresaba a los Juzgados de ejecución o de juicio era respondido por los jueces, demasiado ocupados jugando al golf o al tetris. Ninguno de los médicos de Sanidad había sido removido a la fecha (médicos inoperantes y siniestros que fueron uno de las principales causas del motín). A Mónica no le dieron ninguna de las facultades operativas prometidas. El solitario funcionario, con la mejor predisposición y buena voluntad, volvió a prometer que personalmente solucionaría el bla, el bla y el ble, bli, blo. Pidió siete días más para demostrar que el bla, bla, bla se transformaría en blu, blu, blu. Yo tragué saliva. Los presos también. Aceptaron. Aceptamos ¿Había otra opción? Sí, los fierros. Nadie quiere sacar los fierros. Pero los fierros están ¿Hacen falta más ejemplos horribles de lucha de clases racista? ¿Hacen falta más ejemplos del destrato ignominioso de una clase social por sobre otra?

El Chapulín volvió un par de veces hasta que se aburrió de su incompetencia. La Mesa de Diálogo organizada por el Ministerio de Justicia fue una farsa total y absoluta. La muerte de Federico Rey fue una muerte al pedo, como todas las muertes de preses que se repiten semana a semana. La desidia del gobierno de Kicillof preparó todo para un segundo motín que yo comencé a advertir con tiempo en mi Facebook. A partir de estos sucesos fue que mi presencia en la Unidad 23 era necesaria tanto por los presos como por el nuevo director quien deseaba consensuar todo para evitar lo inevitable. La negligencia ministerial preparó todo para el segundo

motín. Pero el segundo motín se dio en otro contexto. En uno que terminó con más de 1500 preses torturados y mutilados.

Como anteriormente narré, desde principios de marzo de 2020 se prohibió el ingreso tanto de visitas de familiares, como docentes o cualquier persona ajena al SPB, como recaudo para evitar la propagación del COVID. A partir de mi intervención por la muerte de Federico Rey, desde el 22 de abril a la fecha soy el único civil no perteneciente al Poder Judicial ni al Ministerio de Justicia a quien se le permitió ingresar durante toda la pandemia a las cárceles en la Provincia de Buenos Aires (y muy probablemente yo sea el único caso en toda Argentina). Como dije, no me autorizan por cariño, lo hacen por necesidad. Por eso fui testigo directo y presencial de la paupérrima actuación del Ministerio de Justicia, del Poder Judicial y del SPB en lo que fue el trato hacia los preses, trato que se limitó simplemente a cerrar los pabellones, no hisopar a nadie y dejar que mueran como ratas. Todo lo que viví tanto en la pandemia como en el motín más cruento de la historia del SPB lo narré en mi Facebook con la inmediatez de la tragedia que veía venir y que estábamos padeciendo. No repetiré decenas de posteos donde prevenía al Poder Judicial, al SPB y a la sociedad toda que se estaba gestando una masacre (si desean corroborar lo que expongo ingresen a nuestro Facebook “Editorial Cuenteros, verseros y poetas” y en media hora lo advertirán con sólo leer los posteos del año 2020). Prefiero que conozcan los hechos con relatos que fueron escritos a pocos minutos de los sucesos. No son muchos, seleccioné unos pocos y deseo que sea así pese a resignar belleza en el relato. Los posteos que escribí son una narración inmediata y desesperada, mediocre desde lo estilístico, pero sincera y cruda desde lo vivencial.

Posteo del día 30 de octubre del 2020, 22 horas:

Soy Alberto Sarlo, único responsable legal del siguiente posteo: A tenor que en estos momentos (22 horas del día 30 de octubre de 2020) están ocurriendo infinidad de reclamos que podrían derivar en masacres en los centros de tortura bonaerense, solicito la difusión del presente posteo para intentar evitar lo que parece inevitable. En los últimos meses hubo infinidad de revueltas atomizadas en los 55 centros de tortura bonaerense. El origen de las mismas se deben a las paupérrimas condiciones de vida en los hacinados establecimientos carcelarios los cuales

poseen un cupo de 24 mil personas en donde malviven cerca de 50 mil. Esta situación en época de pandemia implicó centenares de muertes evitables, muertes de presos que el Jefe del Servicio Penitenciario, Xavier Areses y su incompetente directora de Salud penitenciaria, Sonia Quiruelas, ocultaron con facilidad ya que contaron con la connivencia de todo el periodismo nacional y con la cobarde anuencia de la Familia Judicial (este señor Xavier Areses es el mismo Jefe Penitenciario del gobierno de la ex gobernadora Vidal, quien junto con el Procurador General Julio Conte Grand superpoblaron las cárceles que recibieron en 2015 con 28 mil presos y las llevaron a 52 mil cuando entregaron el gobierno en 2019). Todos estos reclamos fueron aplacados a base de balas de goma y represión como única estrategia de contención que encontró Xavier Areses. Luego de un evento violento ocurrido a principios de esa semana en la Unidad 42 de Florencio Varela, Xavier Areses emitió la orden SIN CONSULTAR CON EL MINISTERIO DE SALUD Y SIN PEDIR AVAL CON EL MINISTERIO DE JUSTICIA, para que todos los Jefes Penitenciarios de la Provincia autorizaran las visitas a partir de mañana, sábado 31 de Octubre. Todos los presos fueron notificados y miles de familiares gastaron todo el dinero del mes en viajar desde toda la provincia para reencontrarse con sus familiares a partir de mañana. Para un marginal, un viaje de este tipo, luego de ocho meses sin contacto, implica, en costos económicos, lo mismo que para una persona de clase media un viaje a Japón. De hecho en estos momentos, miles de familias con mujeres y niños, están durmiendo con mantas en las puertas de los penales, para ingresar temprano. Al enterarse de esta decisión inconsulta de Xavier Areses, el Ministerio de Salud informó la imposibilidad de dichos traslados masivos para evitar mayores contagios y muertes por COVID, por lo cual Xavier Areses no tuvo mejor idea que a último momento SUSPENDER LAS VISITAS. LOS PRESOS Y SUS FAMILIAS SE ENTERARON HOY A LAS 18 HORAS QUE PERDIERON TODO SU DINERO Y TIEMPO POR NADA. EN ESOS MOMENTOS MILES DE FAMILIAS ESTÁN DURMIENDO EN LAS PUERTAS DE LAS CÁRCELES A LA ESPERA DE INGRESAR Y NI SIQUERA SABEN QUE MAÑANA NO PODRÁN HACERLO ¿ARESES HIZO TODO ESTO POR SER UN SOBERANO INÚTIL INCOMPETENTE O PORQUE ESTÁ BUSCANDO UNA MASACRE EN TODAS

LAS CÁRCELES'? ¿LAS CONSECUENCIAS VIOLENTAS DE ARESES QUEDARÁN IMPUNES? La decisión de un funcionario nefasto como Areses EXPONE TANTO A LOS PRESOS COMO AL PERSONAL PENITENCIARIO QUE TRABAJA EN LAS UNIDADES, QUIEN AL MENOS EN ESTA OPORTUNIDAD NO TUVO NADA QUE VER EN LA HOGUERA CREADA DESDE LA JEFATURA DEL SPB. Desde las 18 horas estoy recibiendo llamadas de decenas de ex alumnos de los centros de tortura N° 23, N° 24, N° 31 N° 1, N° 9, etc., que me cuentan que sus familias están afuera o que están empezando a incendiarse pabellones, Hace apenas unos minutos me detallaron desde un pabellón incendiado, como algunos presos desesperados están intentando subir a los techos en centros de tortura que conozco muy bien y que la sociedad toda desea que no sean conocidos. Todo motín termina en muerte y estos posibles motines tienen nombre y apellido: Xavier Areses. Sepan que esto puede terminar en fusilamientos de pobres fusilados por pobres. ESTA ES LA VERDAD. Por favor difundir. La voz de los nadies debe ser escuchada.

Posteo del 1 de noviembre de 2020 en horas de la mañana:

Soy Alberto Sarlo único responsable legal del siguiente posteo: Siendo las 10 a.m. del domingo 1 de noviembre de 2020, a tenor del cómplice silencio del periodismo nacional (de ambos lados de la grieta), es mi deber informar que los conflictos violentos en la mayoría de las cárceles bonaerense siguen en plena vigencia. Xavier Areses informó falsamente a la prensa que todo estaba solucionado y NADA SE SOLUCIONÓ EN NINGÚN MOMENTO. Toda la noche hubo disparos en la Unidad 31 y en estos momentos se está realizando una violentísima represión en un combate que ya lleva más de 1:45 minutos de balacera que no cesa. Las balas y la represión contagian y esparcen más violencia de la que se intenta sofocar, NADA SE PUEDE SOLUCIONAR CON BALAS, SEPANLO. AÑOS DE MENTIRAS ESTATALES QUE CONLLEVARON MILES DE MUERTES NO SE SOLUCIONAN CON PAPELITOS CON FALSAS PROPUESTAS QUE ENCIMA LAS FIRMA EL PROPIO ARESES ALGUIEN QUE NO TIENE CREDIBILIDAD. En Mediana Seguridad de la Unidad 23 empezó en estos momentos una revuelta que se está reprimiendo y que pronostica posibles reacciones de los 593 presos de Máxima Seguridad del mis-

mo centro de tortura. ME CONSTA Y DOY FE QUE EL DIRECTOR Y EL JEFE DEL PENAL DE LA U 23 NO QUIEREN REPRIMIR Y ESTÁN NEGOCIANDO CONTRA RELOJ PARA QUE LAS TROPAS QUE MANDARON DESDE LA PLATA NO USEN LA FUERZA. EN ESTOS MOMENTOS. ESTOY NEGOCIANDO Y LAS PALABRAS Y HECHOS DEL DIRECTOR DEMUESTRAN CREDIBILIDAD. POR FAVOR QUE DESDE JEFATURA DEL SPB NO LE ORDENEN REPRIMIR PORQUE NADIE QUIERE VIOLENCIA Y LOS PRESOS ESTAN ACTUANDO DE ACUERDO A DERECHO. El olor a pólvora se siente en todo el Complejo Florencio Varela que posee seis centros de tortura con 1500 presos en cada uno. Ese sonido genera pésimas premoniciones para toda la población carcelaria. La cantidad de heridos será descomunal SI EL QUE MANEJA ESTA SITUACIÓN ES ARESES. Todos rogamos que no haya muertos. LA ÚNICA SOLUCIÓN QUE HA ENCONTRADO XAVIER ARESES AL PROBLEMA CREADO POR HABER PROMETIDO Y EJECUTADO DISPOSICIONES SIN CONTAR CON EL AVAL DEL MINISTERIO DE SALUD (O SEA POR SER UN ABSOLUTO INÚTIL O POR SER UN PERVERSO), ES LA REPRESIÓN. Por favor DEJEN DE REPRIMIR EN LA UNIDAD 31 y por favor que algún funcionario tenga la creatividad o los cojones para salir del dilema creado por la Jefatura del SPB sin que haya muertos. Miles y miles de familias humildes dependen de una gestión que piense en la vida y no en la muerte. Es bueno que toda la población sepa que NINGÚN GOBIERNO PUEDE LLAMARSE DEFENSOR DE LOS DERECHOS HUMANOS TENIENDO COMO JEFE DEL SERVICIO PENITENCIARIO A UN PERSONAJE SINIESTRO DE LA POLÍTICA COMO LO ES EL INEPTO DE XAVIER ARESES.

Firma: Alberto Sarlo.

Posteo del día 2 de noviembre en horas de la noche:

Ayer a las 12 hrs. cuando todavía seguía el más salvaje tiroteo en décadas en la Unidad 31 de Florencio Varela, empezó una toma en el sector de Mediana Seguridad de la unidad 23. La 23 queda al lado de la 31. No pude aguantar y me subí al auto. A las 13 horas estaba en el centro de tortura donde desde hace diez años enseño filosofía, literatura y boxeo. Cuando llegué la represión en la 31 y en Mediana de la 23 había terminado. La 31 quedó destrozada desde lo edilicio, pero mucho peor des-

de lo humano. Decenas de heridos graves y familias arruinadas por siempre. En la 23 la represión de Mediana había finalizado con al menos tres heridos graves. A su vez, todo el sector de Máxima Seguridad (donde está el pabellón 4), entró en huelga desengomada (fuera de las celdas) y habían atado las rejas para no permitir el acceso a los penitenciarios. La represión era inminente. La orden del criminal Jefe del SPB Xavier Areses era que se engomen los de Máxima, de lo contrario se reprimiría a sangre y fuego igual que en la 31. Esa decisión no era compartida por los penitenciarios dentro de la unidad. En la puerta de la 23 me encontré con la Dra. Dina Rossi del Ministerio de Justicia que venía de presenciar los horrores de la 31. Pedí entrar para hablar con el pabellón 4 y el director Chamorro que era el último en querer reprimir autorizó mi ingreso y me dejó entrar en el sector de Máxima para hablar con la población. A las 13:30, los pibes del 4 desataron las rejas y me dejaron entrar solo a mí. Todos sabíamos que la única manera de salir del sector amotinado de máxima seguridad era con un acuerdo o con represión. Sin acuerdo no podía ni quería irme. Entré para quedarme y me quedé. Lo primero que hice al entrar al pabellón 4 fue violar los protocolos sanitarios porque hice lo que desde hace 8 meses no hago: abrace uno por uno a los 56 compañeros del pabellón. En el infierno de un posible motín en marcha, todos necesitábamos un abrazo y unas lágrimas. En cualquier momento podían matarnos. Preparamos unos mates y charlamos en asamblea. La discusión no era fácil. En la puerta del penal había mucha tropa enviada por Areses con ganas de lastimar pibes y los pibes querían mantener la huelga en solidaridad con las decenas de heridos graves de la provincia y por los legítimos reclamos que desde hace meses plantean (ES FALSO QUE LOS LEVANTAMIENTOS FUERON ÚNICAMENTE POR LA TOMADA DE PELO DE LA VISITA). Desde el Pabellón 4 nos comunicamos con los pabellones 1,2,5,6 y 7 y propusimos una estrategia en común entre los 693 presos de Máxima Seguridad para desactivar la inminente represión. No fue sencillo. Alrededor de las 17:30 horas, luego de unificar criterios con todos los pabellones de Máxima Seguridad, pedimos hablar con las autoridades y con Dina Rossi. Pactamos que la HUELGA CONTINUA, pero que los presos desatarían las rejas y permitirían que vuelva la normalidad en

el sector, siempre y cuando respetaran la paz y atendieran con urgencia los heridos de Mediana y los reclamos de sus referentes. Asimismo el Ministerio de Justicia se llevó infinidad de tarea para implementar de inmediato en la Unidad. Entre todos superamos la posibilidad de una masacre. La paz volvió pero está atada con alfileres. EL DIALOGO Y SOLO EL DIALOGO EVITÓ LA MUERTE Y LA MASACRE EN LA 23. ES HORA QUE EL MINISTERIO DE JUSTICIA SEPA QUE XAVIER ARESES ES EL RESPONSABLE EXCLUSIVO DE LAS FEROCES REPRESIONES EN LAS UNIDADES 19,48,31, 40, ETC, ETC. ES HORA DE QUE EL PERIODISMO EMPIECE A DEJAR DE MENTIR. A LOS POBRES NO SE LOS REPRIME. A LOS POBRES SE LOS ESCUCHA. LOS POBRES TAMBIÉN SE MERECEN UN ABRAZO EN ÉPOCAS DE PANDEMÍA DEL ODIO. Soy Alberto Sarlo y soy el único responsable de todo lo expuesto en este posteo.

Posteo del día 4 de noviembre del 2020:

Soy Alberto Sarlo, único responsable legal del siguiente posteo: *Luego de la más feroz y sangrienta represión en la historia del Servicio Penitenciario Bonaerense ocurrida el fin de semana pasado, todavía estamos trabajando para obtener un listado completo de los centenares de heridos graves y del paradero de decenas de detenidos. La desesperación de millares de ciudadanos humildes que desconocen el estado de salud y ubicación de sus hijos, nietos o seres amados, me aterra. Nuestro compañero Carlos "Kongo" Mena se encuentra desde hace tres días trabajando codo a codo con los pocos Defensores Oficiales con vocación solidaria que nos están dando una mano. Todo aquel familiar que necesite ayuda para ubicar seres queridos, por favor comunicarse al facebook oficial Carlos Kongo Mena -oficial- y tomaremos los datos para ayudar en todo lo que podamos para obtener información oficial del mismo. Es bueno recordar que el PABELLÓN 4 todavía se encuentra en huelga de hambre pacífica, en solidaridad con las decenas de compañeros heridos del Sector de Mediana de la U23 y con los miles de baleados por el atroz accionar gestado por el Jefe del SPB, Xavier Areses. También es bueno recordar que los levantamientos en los centros de tortura NO FUERON MOTIVADOS MERAMENTE POR NEGAR VISITAS, sino por la infinidad de reclamos vinculados a la paupérrima gestión sanitaria de la responsable de Sanidad Penitencia-*

ria SONIA QUIRUELAS, y por el absoluto desprecio de la vida de los preses que demostraron la enorme mayoría de nuestros JUECES, FISCALES Y DEFENSORES quienes no sólo NO TIENEN NI LA MÁS REMOTA IDEA DE LO QUE PASA CON EL COVID EN LAS UNIDADES PENITENCIARIAS, sino que violan desde hace décadas los derechos de los privados de la libertad, al negarles las garantías constitucionales que les corresponden.

Por favor lean mis posteos durante la cuarentena y advertirán que toda la sangre derramada pudo haber sido evitada si no hubiera primado el racismo de la casta judicial.

Por último tengo la necesidad y la obligación ética de aclarar un punto con relación a mi intervención en la negociación del día 1 de Noviembre en donde se logró evitar una masacre en el Sector de Máxima Seguridad del Centro de Tortura N° 23 de Florencio Varela: POR FAVOR NO ME FELICITEN, POR FAVOR NO ME AGRADEZCAN POR SALVAR NINGUNA VIDA porque YO NO FUI GESTOR DE LA NEGOCIACIÓN, FUI SIMPLEMENTE UN TESTIGO DE LO QUE HICIERON MIS 56 COMPAÑEROS DEL PABELLÓN 4. Mi nombre está circulando en infinidad de ámbitos indicándome como factotum de una exitosa negociación. Necesito aclarar que si bien yo ingresé al Sector de Máxima en vísperas de una sangrienta represión, mi única labor fue la de coordinar y articular una asamblea en el pabellón 4, la cual POR UNANIMIDAD estableció una hoja de ruta, con la cual MIS COMPAÑEROS NEGOCIARON CON LOS RESTANTES 637 DETENIDOS DE LOS DEMÁS PABELLONES DE MÁXIMA. Yo apenas intervine durante las 5 horas de negociación en momentos en que decenas de fuerzas represivas pugnaban por destruirnos y matarnos. Cuando ingresé al pabellón a las 13 horas, sabía que el asalto sería con luz diurna. El director de la Unidad apostó por la negociación, pero había muchos actores externos presionando para que nos reprima como lo hicieron en la destrucción de la Unidad 31. Mientras mis compañeros negociaban, discutían y argumentaban con la población de los pabellones 1,2, 5, 6 y 7, yo estaba SENTADO TOMANDO MATE APRENDIENDO UN CURSO INTENSIVO DE DIALÉCTICA, RETÓRICA Y TÉCNICA ARGUMENTATIVA. ELLOS (MIS COMPAÑEROS) Y SÓLO ELLOS, LOGRARON CONVENCER A LOS RESTANTES PABELLONES. ELLOS Y SÓLO ELLOS LOGRARON QUE CADA PABELLÓN VOTARA Y CONSENSUARA EL

PLAN QUE NOS SALVARÍA LA VIDA. ELLOS LOGRARON QUE 693 PERSONAS ARMADAS CON ARMAS BLANCAS Y ESCUDOS CASE-ROS, ABANDONARAN POSTURAS VIOLENTAS Y SE APRESTARAN A NEGOCIAR. Si no se comprende eso, no se comprende mi militancia por la educación. YO NO SOY, NI FUI UN HEROE. YO NO SOY, NI QUIERO SER, UN HOMBRE BLANCO COLONIZADOR QUE CON RAZONAMIENTOS CARTESIANOS CONVENCÍO A 693 IGNORANTES DE HACER LO QUE EL HOMBRE BLANCO DICE QUE ES LO CORRECTO. NO EXISTEN LOS HÉROES INDIVIDUALES, EXISTEN LAS POLÍTICAS COLECTIVAS EMANCIPATORIAS, EXISTEN LAS MICROPOLÍTICAS DE LA RESISTENCIA Y LA EDITORIAL CUENTEROS, VERSEROS Y POETAS DEL PABELLÓN 4 GENERA ESO: GENERA VIDA POR SOBRE LA MUERTE, GENERA DIÁLOGO POR SOBRE LA VIOLENCIA, GENERA RESPETO POR SOBRE LA SOBERBIA. Nuestros políticos, nuestros jueces, nuestros fiscales y defensores deberían APRENDER DE LOS MARRONES DE LA EDITORIAL CUENTEROS, VERSEROS Y POETAS DEL PABELLÓN 4. La negrada que estudia filosofía y literatura EN TERRITORIO nos salvó la vida a todos. Recuerden que la filosofía y la literatura SIN PASIÓN NI COMPROMISO NO LE CAMBIA LA VIDA A NADIE. La vida la cambiamos todos desde abajo hacia arriba y desde adentro hacia afuera.

GRACIAS A NUESTRO ESPACIO COLECTIVO, GRACIAS A NUESTRA ACCIÓN POLÍTICA, LOS COMPAÑEROS DEL PABELLÓN 4, EVITARON UNA MASACRE. ESE DOMINGO SANGRIENTO YO NO LE SALVÉ LA VIDA A NADIE, POR EL CONTRARIO, ELLOS ME LA SALVARON A MI. ELLOS SALVARON LA VIDA DE 693 POBRES Y LA DE UN BURGUES TURISTA EN EL MUNDO DEL SUFRIMIENTO. NUESTROS NEGROS, NUESTROS CHORROS, NUESTROS NADIES, ME SALVARON LA VIDA UTILIZANDO ARGUMENTOS QUE YO JAMÁS PODRÍA HABER UTILIZADO LUEGO DE HABER EJERCIDO EL DERECHO POR MÁS DE VEINTICINCO AÑOS. POR ESO DEJEN DE INVOCAR MI NOMBRE, ME RESULTA INSULTANTE SER DEFINIDO COMO HÉROE. SI ACEPTARA ESA IMPOSTURA TRAICIONARIA MI MILITANCIA Y NO PODRÍA VOLVER A MIRAR A LOS OJOS A MIS DOS HIJAS. YO SOY UN SIMPLE AGUANTADOR, SER HÉROE ES OTRA COSA. LOS HÉROES DE CARNE Y HUESO FUERON MIS COMPAÑEROS PRESOS, HÉROES CON NOMBRE Y APELLIDO, QUE TODOS DEBEN RECORDAR. LES RUEGO QUE DIFUNDAN

ESTE POSTEO Y QUE LEAN DEL PRIMERO AL ÚLTIMO A LOS COMPAÑEROS A QUIENES LES DEBO HABER SOBREVIVIDO: Carlos Kongo Mena (miembro de la Editorial hoy en libertad), Brian Calla González (miembro de la Editorial hoy en libertad), Francisco Bus, Ángel Araujo, Nicolás Almeida, Juan Manuel Pantano, Iván Furlani, Alan Majorana, Alejandro Lezcano, Maximiliano Álvez, Maximiliano Irrazabal, Gabriel Castro, Franco González, Gabriel Azoya, Brian Brady, Iván Escalante, Leonardo Gaitan, Andrés Centurión, Gabriel Paletta, Alejandro Herrera, Lucas Ramírez, Daniel Teri, José Luis Alcaraz, Mario Colman, Emiliano Mansilla, Gabriel Sánchez, Juan Orellana, Fabián Miño, Santiago Fernández, Jorge Rivas, Oscar Centurión, Darío Ojeda, Diego Villalba, César Bordón, Nicolás Machado, Leandro Silveyra, Jonatan Casco, Rubén Núñez, Enzo Landriel, Mauricio Funes, Sebastián Araujo, Alexis Leiton, Sebastián Soto, Claudio Peña, Hernán Calderazzi, Pablo Espinoza, Hugo Márquez, Brian Arias, Kevin Maddalena, Ricardo Lazarte, Javier Traferro, Julio Timm y Claudio Oviedo. Recuerden esos nombres, porque muchos de ellos pueden morir en estos días. Ellos saben muy bien que yo no los voy a olvidar. Ellos, y sólo ellos, saben que son los únicos héroes en este lío.

Posteo del día 20 de noviembre del 2020:

Soy Alberto Sarlo único responsable legal del siguiente texto: En el día de ayer concurrí como lo hago todas las semanas al pabellón 4 del centro de tortura N° 23, acompañado de dos amigos de la Editorial: la Dra. Rocío Alconada Alfonsín, representante del Comité Nacional para la prevención de la Tortura, y el Dr. Walter Colman, representante del Colegio de Abogados de La Plata. Junto a ellos leímos en asamblea dentro del pabellón el categórico informe publicado el día 18 de noviembre por la Comisión Provincial por la Memoria (CPM), que comparto en el presente link (<https://www.comisionporlamemoria.org/la-cpm-pidio-que-se-investiguen-y-sancionen-las-multiples-torturas-penitenciarias/>) en donde se puede leer en su segundo párrafo que: “Antes, durante y después de las protestas en cárceles bonaerenses ocurridas el pasado 31 de octubre y 1° de noviembre, la actuación del Servicio Penitenciario Bonaerense (SPB) fue violenta e ilegal: provocaron un conflicto al anun-

ciar y luego prohibir las visitas familiares, frente a las protestas reprimieron y luego tomaron represalias. La responsabilidad en toda la cadena de hechos es evidente y el saldo brutal: se estima que más de 1.500 personas fueron torturadas, centenares de personas trasladadas o heridas, algunas con lesiones que serán permanentes. La magnitud, escala y violencia de la actuación penitenciaria no tiene antecedentes recientes. Desde el primer momento, la CPM advirtió sobre el rol del SPB en el conflicto: tras haber anunciado el reinicio de las visitas luego de 8 meses de ASPO, un día antes, cuando todo estaba preparado para que así sucediera, notificó que las mismas habían sido suspendidas. Esa decisión inició las protestas que luego fueron alentadas y/o permitidas por funcionarios penitenciarios que habilitaron a los detenidos a subir a los techos o implementaron medidas que lo facilitaron, como por ejemplo colocar y sostener una escalera. Los testimonios de las personas detenidas y los registros fílmicos no dejan margen para la duda. Los problemas originados y/o propiciados por el SPB fueron resueltos utilizando la fuerza, mediante una brutal represión que no respetó ninguna normativa o protocolo. Se dispararon miles de balas de goma, muchas de ellas a quemarropa y sin respetar la distancia mínima de 10 metros o la obligación de disparar de la cintura hacia abajo. Durante la represión, agentes penitenciarios también quemaron y destruyeron las aulas universitarias en las unidades 31 y 48, y luego ordenaron cientos de traslados arbitrarios, gravosos y sin orden judicial. La mayoría de las torturas y/o malos tratos denunciados se produjeron cuando la protesta ya había sido controlada. Y en los días posteriores continuaron las represalias: aislamiento extremo en celdas hacinadas sin acceso a ducha o actividad alguna, falta de provisión de comida o entrega de comida en mal estado, golpizas y traslados compulsivos y arbitrarios.” Lo que ha hecho público la CPM es lo mismo que vengo denunciando desde hace meses y por suerte ahora lo han dicho con contundencia. Es inadmisibles que Xavier Areses, jefe del SPB y autor material de las más de 1500 acciones de tortura permanezca en su cargo, tan inadmisibles como que el DIRECTOR DE U 31 EN DONDE LOS PENITENCIARIOS AYUDABAN CON ESCALERAS A LOS PRESOS A REALIZAR EL MOTÍN CONTINUE EN EL MISMO CARGO Y EN LA MISMA UNIDAD QUE PRIMERO AYUDÓ

A AMOTINAR Y LUEGO REPRIMIÓ CON LA MÁS VIRULENTE PERVERSIÓN. TAMBIÉN ES INADMISIBLE QUE EN LA UNIDAD 40 DE LOMAS DE ZAMORA DONDE SE BALEÓ A FAMILIAS A ESCASOS METROS DE LOS TRIBUNALES DE LOMAS DE ZAMORA, TODAVÍA NO HAYA NINGÚN DETENIDO NI IMPUTADO POR TORTURAR A MUJERES Y NIÑOS EN LA PUERTA DE DICHO PENAL. LA AUTO- CRÍTICA DE JUECES, DEFENSORES Y FISCALES POR LOS SUCESOS OCURRIDOS EN LA UNIDAD 40 DE LOMAS DE ZAMORA DEBE SER PÚBLICA E INMEDIATA. MILES DE FAMILIARES HUMILDES Y SIN RECURSOS LOS ESTÁN OBSERVANDO. Lo ocurrido el fin de semana del 31/10 y 1/11 tal como ahora también lo dice la CPM fue la PEOR REPRESIÓN DEL SPB EN SU HISTORIA ¿LE IMPORTA A ALGÚN JUEZ ESTO? ¿LE IMPORTA AL PODER EJECUTIVO PROVINCIAL ESTO? La alegre continuidad laboral de la cúpula del SPB y de Xavier Areses demuestra a las claras el dispositivo racista de nuestra sociedad que categóricamente expone que reventar y torturar a miles de pobres, de negros, de marrones, de marginales, de “otros” es una acción “normalizadora”, absolutamente tolerada y hasta festejada.

Posteo del día 21 de enero de 2021:

El siguiente posteo lo realiza Alberto Sarlo, único responsable legal de la Editorial Cuenteros, verseros y poetas: Los días 31 de octubre y 1 de noviembre de 2020 se produjo la represión más feroz y sangrienta de la historia del Servicio Penitenciario Bonaerense. Desde el Ministerio Público — “gerenciado” por el miembro del Opus Dei y Procurador General, Julio Conte Grand —, ninguna imputación judicial se le hizo al Jefe del SPB Xavier Areses (amigo muy cercano a Conte Grand, ambos nombrados por la ex gobernadora María Eugenia Vidal). La nula aplicación del derecho entre dos amigos del poder como son Conte Grand y Xavier Areses, no es un hecho que no traiga consecuencias. Areses, envalentonado por la nula aplicación del derecho luego de más de 1500 casos de tortura denunciados por la CPM el 18 de noviembre, duplicó la represión avalado por la Fiscalía. Los centenares de preses muertos en el 2020 y los miles de mutilados por la feroz represión del 1 de noviembre fue encubierta también por la “Familia Judicial”, por el Ministerio de Justicia y por los medios de comunicación de izquierda y derecha, quienes me reconocieron que ninguna nota periodística podían sacar sobre la

represión en las cárceles, ya que los directores de edición tenían orden de no publicarlas. En poco más de 20 días ya han muerto 8 preses fruto de las políticas criminales de Xavier Areses y de Julio Conte Grand. Semejante grado de perversidad no nos hizo renunciar a los miembros de Cuenteros, verseros y poetas. Sigo yendo al pabellón 4 porque, como vengo afirmando desde hace diez años, mi militancia está destinada a la derrota. Peleo para ser derrotado. Peleo sin esperanza, porque no creo que la resistencia necesite de “esperanzas”. No es necesaria ninguna circularidad vivificante para resistir, no es trascendente ningún final alentador para rebelarse. El tiempo nunca pone las cosas en su sitio y excepcionalmente ejerce algún tipo de justicia. La “esperanza”, muchas veces, no siempre, ejerce un efecto de blandura moral ante la cotidianeidad de muertes, amputaciones y torturas en los cuerpos de mis compañeros preses. La esperanza suele tener dos metas de corto alcance que me he cansado de ver y vivir y de la cual puedo dar testimonio: los desencantados (que decantan en desmoralizados o apolíticos) y los escépticos (todavía más peligrosos porque con su cinismo siempre terminan jugando a favor de los fascistas). La adoración de “la esperanza” con su kioskito mercantil llamado “justicia del tiempo”, me parece una filosofía inaceptable. Los años que llevo militando dentro de los centros de tortura bonaerense me confirmaron que no es misión del tiempo corregir injusticias, sino más bien hacerlas más profundas. Por eso desde Cuenteros, verseros y poetas nunca dogmatizamos con sermones esperanzadores. Por el contrario, militamos la rebeldía y la resistencia contra el sentido común. Nuestra resistencia no necesita de coachings pro-esperanza. Aquellos que la utilicen son igualmente bienvenidos a nuestra lucha; sólo solicitamos que, si llegan a abandonarnos en algún momento, no lo hagan ni como desencantados y mucho menos como escépticos. Sólo eso pedimos desde nuestro putrefacto pabellón 4.

Posteo del día 4 de febrero de 2021:

El presente posteo lo realiza Alberto Sarlo, único responsable legal de las manifestaciones que expone la Editorial Cuenteros, verseros y poetas: Me han llegado algunas voces críticas de parte de funcionarios judiciales y miembros de la ONG Asociación de Pensamiento Penal (APP). Las mismas se centran en cierta violencia que destilo en mis relatos. Aparentemente no les ha gustado que haya expues-

to que el actual Jefe del Servicio Penitenciario, Xavier Areses, nunca pudo haber ordenado torturar más de 1500 personas en dos días (denuncia del 18/11/20 de la Comisión Provincial por la Memoria que comparto en el presente link (<https://www.comisionporlame-moria.org/la-cpm-pidio-que-se-investiguen-y-sancionen-las-multi-ples-torturas-penitenciarias/>), sin haber contado con el aval y complicidad de la APP y de centenares de jueces, fiscales y defensores públicos que cobardemente optaron por guardar silencio (aquellos que hayan hecho algo, no se hagan cargo de lo expuesto, aquellos que no hicieron nada, háganse cargo de su cobardía). En base a lo expuesto me gustaría brevemente realizar tres comentarios: El primero vinculado a cierta sorpresa que me produce el que les moleste lo que pueda decir una persona que no compite en las grandes ligas del "Poder" como lo hace la APP. Yo no tengo ni aspiro a cargos políticos, no cobro sueldo alguno por hacer lo que hago y no acepto donación alguna de nadie. Los 28 mil libros que editamos en once años, los regalamos, por ende, ni siquiera acepto dinero para recuperar todo lo que gasté de mi patrimonio personal. Hago esta aclaración porque es contundente que no hay equivalencias entre la APP o el Poder Judicial y mi persona. Que una ONG como la APP que cuenta con un presupuesto de magnitud, que ha logrado colocar algunos miembros en altas instancias de poder y que tiene infinidad de contactos políticos (cuenta con personajes muy adeptos a los canapés, a los flashes, a las reuniones con ministros, jueces supremos y gobernadores), se moleste por lo que pueda decir un docente en un centro de tortura, al menos es llamativo. En segundo lugar, puedo entender que se sientan algo agraviados por mis manifestaciones, pero ustedes deberán entender que no es gratuito defender al mayor torturador de la historia del SPB desde el regreso de la democracia. En vez de enojarse con un militante territorial como yo, los convoco a que realicen una fuerte autocrítica de la amistad que ustedes pregonan por Xavier Areses, una persona que ha dejado ciegas y mutiladas a decenas y decenas de preses en tan sólo dos días (sin contar con las más de 480 muertes evitables que lleva en gestión). En tercer y último lugar los llamo a la reflexión con relación a la crítica que realizan sobre mi persona: Yo hablo y denuncio en base a lo que vivo en el territorio. A mí no me pasa lo mismo que a la APP y a la mayoría de los jueces, quienes no tienen la más remota idea de lo que sucede en los centros de tortura.

YO ALFABETIZO Y DOY CLASES EN EL ÁREA DE MÁXIMA SEGURIDAD, DENTRO DE UN PABELLÓN DE "POBLACIÓN"(en la jerga carcelaria la peor categoría de pabellones) EN EL COMPLEJO PENITENCIARIO MAS PESTILENTE DEL PAÍS COMO LO ES EL COMPLEJO DE FLORENCIO VARELA. Sé lo que digo y me hago cargo de las consecuencias de mis palabras. Si ustedes se sienten provocados por las mismas, el problema es de ustedes, no mío. La cuestión ontológica es que ustedes, amantes de las buenas formas y el urbanismo, no toleran que alguien NO SE CALLE LA BOCA ¿Por qué callar cuando se fusila, se mata y se asesina? ¿Por qué desean mi silencio? La muerte de más de 480 preses en dos años y medio de gestión creo que permiten, a un docente como yo, realizar un posteo más o menos ácido o más o menos violento. La apatía de la APP y de los funcionarios judiciales ME OBLIGA A DECIR LO QUE PIENSO. Todos los ciudadanos a diario nos enfrentamos a distintas situaciones que quisiéramos cambiar, que nos dan bronca, rabia, lástima o impotencia. Pero la mayoría de ellas las dejamos pasar por distintos motivos: por no molestar a la gente, por no hacernos mala sangre, por no generar enemistades, etc. La sociedad ejerce una condena para aquellos que discutimos algunas verdades. Siguiendo al filósofo Diego Singer, sostengo que la educación está dentro del ámbito de la militancia política. Tiene que ver con la convivencia en una sociedad y con el gobierno de la misma. Todo proceso de enseñanza/aprendizaje, todo proyecto pedagógico implica infinidad de toma de posiciones, opciones, preferencias, inclinaciones y, por supuesto, pequeñas violencias. Yo asumo los riesgos de ser docente en un centro de tortura y asumo la responsabilidad de hacer oír mi voz. Si a vuestras excelentísimas señorías y a los privilegiados miembros de la APP esto les molesta, los invito a que alguna vez en su vida, visiten una cárcel sin contar con la amistad, protección y complicidad de un personaje funesto como lo es Xavier Areses. Conocer el barro, oler el hedor de la tortura, no les vendría nada mal. Puede no gustarles lo que escribo. Puede sonar soberbio. Asumo el riesgo. Asumo las consecuencias.

Alberto Sarlo

Posteo del día 21 de febrero de 2021:

El viernes 19 estuvimos Carlos Mena y Alberto Sarlo en el acampe de plaza Lavalle (frente a los Tribunales de calle Talcahuano) pasando la película PABELLÓN 4, charlando y haciéndole el

aguante a los familiares de preses que se manifiestan por las condiciones de tortura en las cárceles bonaerenses. Por respeto a los muchos menores de edad es que no acompañamos fotos de los acampantes. Dichas familias llevan más de 15 días de reclamo en endeble carpas y NINGÚN MEDIO DE COMUNICACIÓN NACIONAL LES HIZO UNA NOTA, NINGÚN PERIODISTA LES PREGUNTÓ PORQUE PROTESTAN, NINGUNA CÁMARA DE TELEVISIÓN LES CEDIÓ UN MICRÓFONO PARA QUE SE OIGAN SUS VOCES. Ese periodismo responde a dispositivos racistas idénticos a los del Poder Judicial. Los únicos presos que importan son los “presos blancos”, los únicos derechos que se vulneran y que tienen publicidad son las “detenciones ilegales de los hombres blancos”. Los únicos periodistas que fueron son los de medios alternativos y populares, quienes si bien no tienen tanto alcance como los hipócritas medios masivos, siempre están comprometidos con los derechos humanos. Nosotros repudiamos las prisiones preventivas de TODES, tanto de los pocos blancos detenidos como la de más de cien mil preses marrones, negros, marginetas, marginados y despreciados. Entre los acampantes se encuentra el compañero Alfredo Cuellar, padre de la China Cuellar, asesinada por el Servicio Penitenciario Federal en la cárcel de Ezeiza en 2012. La China murió joven, muy joven. La China murió por un Estado asesino que hoy, es mucho más asesino que nunca. No hubo década ganada para los marginados, mucho menos para los preses y sus familias. Tres muertos por semana es un genocidio por goteo del cual el presente gobierno no puede desentenderse. Como militante territorial con una ideología supuestamente afín a la del gobierno de turno, pido a los Estados nacionales y provinciales urgente tratamiento al reclamo de familiares de preses quienes pelean por algo justo, sencillo y esencial: ¡Dejen de matar pibxs en las cárceles! Cumplan con la manda electoral que los llevó al gobierno. Echen al actual jefe del SPB, Xavier Areses, responsable de más de 480 muertes evitables y artífice de la mayor masacre en la historia penitenciaria bonaerense. El reclamo de los familiares acampados en Plaza Lavalle es nuestro reclamo. El destrato que ellos sufren es igual al que sufrimos desde hace once años los miembros de Cuenteros, verseros y poetas, quienes perdimos a 13 compañeros desde nuestro nacimiento en

2010. Estamos hartos de ver morir compañeros. Estamos hartos de no ser escuchados. Desde nuestro pestilente pabellón 4 del centro de tortura N° 23 de Florencio Varela decimos a quien quiera escucharnos que LA CHINA VIVE EN LA LUCHA. NI UNA MENOS EN LAS CÁRCELES.

Alberto Sarlo

Posteo del día 9 de abril de 2021:

XAVIER ARESES vs CUENTEROS, VERSEROS Y POETAS: Soy Alberto Sarlo, fundador de esta Editorial Cartonera, y como nuestra única protección es la literatura y su difusión, me veo forzado a realizar el presente posteo: El día miércoles 7 de abril en horas de la mañana, partió la orden de Jefatura del SPB (Calle 6 entre 34 y 35), de suprimir un inminente motín en la Unidad 23 de Florencio Varela que sería iniciado por un veterano miembro del pabellón 4. Si había que romper el pabellón 4, así se haría. No hace falta aclarar que el Pabellón 4 de la U23 es nuestro pabellón, nuestra Editorial y que la versión del supuesto motín era OPERAR en la cárcel para generar reacciones violentas o pases de factura (algo muy normal en las mafias que usualmente usurpan cargos en el SPB). Como llevo más de once años militando en los centros de tortura y hemos logrado alfabetizar a más de 1000 compañeros, tengo muchos amigos en muchas unidades y esos amigos me avisan de las posibles “tumbeadas” de los funcionarios mafiosos. Ni bien me enteré del tema subí el posteo de fecha 7 de abril en donde SOLAPADAMENTE LE AVISABA A XAVIER ARESES (PERSONAJE NEFASTO QUE LEE TODOS NUESTROS POSTEOS A LOS POCOS MINUTOS DE SER PUBLICADOS), QUE PESE A NO ESTAR EN LAS MEJORES CONDICIONES DE SALUD, IBA A CONCURRIR AL PABELLÓN 4 A VISITAR A MIS COMPAÑEROS COMO HAGO DESDE HACE 11 AÑOS. Mi mensaje a Areses fue claro: NO ME BORRO. Xavier Areses QUISO APRETAR A UN COORDINADOR DE MÚSICA DEL PABELLÓN 4 Y GENERAR ALGUNA REACCIÓN VIOLENTA QUE JUSTIFICARA DESTRUIR NUESTRO PROYECTO. La triste realidad es que Xavier Areses, desea FINIQUITAR EL PROYECTO CUENTEROS VERSEROS Y POETAS (algo que no pudo hacer el gobierno de Macri/Vidal pese a los aprietes que me hicieron). Fue tan obvia la operación que todo el Ministerio de Justicia tomó nota de lo que pasó ya que las huellas digitales de Xavier Areses dejaron marcas en todos lados. Es bueno que lean mis posteos de fechas 2 de noviembre de 2020 y su-

cesivos días donde PUBLICAMOS COMO DESDE EL PABELLÓN 4 EVITAMOS UNA MASACRE durante la peor represión de la historia del SPB. LEANLO PARA CONOCERNOS Y PARA SABER QUE JAMÁS APOYAREMOS ACCIONES VIOLENTAS. No es fácil publicar más de 28 mil libros, regalarlos, alfabetizar, enseñar filosofía, literatura, música, xeligrafía y boxeo cuando el Jefe del SPB desea eliminar tu proyecto. Máxime si, para eliminarlo, hay que inventar un posible motín con el saldo de muertes y de heridos. No es fácil. Esta vez a Xavier Areses la tumbeada le salió mal. Por favor hacer pública esta denuncia ya que en el Ministerio de Justicia todos saben que mis dichos son veraces, no obstante lo cual los representantes de derechos humanos provinciales siguen mirando para otro lado. Gracias a todos. No está bueno lo que está pasando. Todavía resistimos. Abrazo.

Alberto Sarlo

A la fecha del cierre de este libro, Xavier Areses sigue siendo el jefe del SPB. No renunció, no lo apercibieron y ningún fiscal lo imputó por los más de 1500 casos de tortura acreditados por organismos estatales y vinculados a los derechos humanos. Igualmente el jefe del SPB no deja de ser una patética figura del horror. El problema no es el nombre del funcionario. El problema es el dispositivo homicida avalado por un estado y una sociedad racista. El problema somos nosotros. Nada de lo que escribí sirvió de nada. Yo sigo peleando.

ENTRE EL CAMINO NEGRO, LA RIVERA Y EL OLIMPO

Por Carlos Mena

«—Sí, pero déjame leer tu causa —me dijo—, ¡Ahhh! Estás por robar un locutorio en Palermo, seguido de una tienda de ropa, y andaban con un revolver treinta y ocho, vos, y el mayor con otro revolver treinta y dos. Decía por lo bajo, arrugando la frente brillante. —¡Mira vos che! —siguió diciendo—. A lo último se afanaron un auto en “Pompeya”, se agarraron a tiros con un “Cobani”, y le dieron un tiro en el hombro. —Sí. —contesté, haciéndome el boludo. —¿Y a vos te parece bonito? —Preguntó elevando la voz. —No. —dije. Pumm, sonaron las dos manos al golpear el escritorio, les juro que casi quedé agarrado del techo amarillo, amplio, pero altísimo, del tremendo susto por la reacción del Director, trastornado, que me toco conocer de pendejo. —No, señor —respondí empalidecido, casi muerto. —¿Falta alguno de estos atender? ¿Maza?, lo sorprendió con la pregunta al empleado mano larga, que había dejado de tambalearse, por y a causa del julepe, por el estruendo del golpe en el escritorio moderno. Y empezó: ¡Mentira! ¡Juaaa! ¡Juaaa! ¡Mentira! —por lo visto no podía parar de burlarse de mí, al percibir mi pánico. —¡Ay Dios mío! —con un suspiro dijo el ortiva del Director, sosteniéndose la panzota, llena de mierda y vinos finos. Mostré una tentativa de risita sin ganitas en un costado de mis labios. Sentí tranquilizarme un poco. El esclavo, perdón, el empleado, le dijo que yo era el último cabecita negra que quedaba. —Por lo visto, taaaaan chorroos, que digamos no son con tu compañero el mayor de edad ¿no? ¡Mm... mmm...! —hizo con la boca cerrada.

—Más o menos —contesté medio avergonzado, mirando sin ver los baldosones del piso blanco y negro. —A ver, dame tus datos,

pibe, todos tus datos. —Mientras él iba anotando en un tipo de boletín color naranja, mordisqueándose la punta de la lengua. Levantó la mirada, diciéndome: —Pibe, te leo en voz alta, y si hay algo que está mal, decime. ¿Listo? —Sí, respondí. —Número de causa N° 1132/9. Fecha de detención: 16 de Julio del año 1996. Fecha de nacimiento: 5 de Septiembre de 1981. Dirección: Itaty y Montiel, barrio Villa Albertina. Localidad: Lomas de Zamora. Altura 1902. DNI 28.825.976- Carlos Alberto Mena Miranda. Delito: Robo calificado. Dos hechos. Uso de armas de guerra y de uso civil, y robo agravado en grado de tentativa. Todo en concurso rel. Resistencia a la autoridad con tentativa de homicidio. ¿Está Bien? —Sí, Señor. —Señor director! Decime. —Señor Director. —Le repetí. —¡Muy bien! Ah! ¿Tenés apodos? —¡No!, Señor Director. —El tipo río, y por dentro dije: Sí, “Konguito de Lomas”. —¡Pla, pla! —Aplaudió dos veces, y me dijo que me iba a subir al dos, pero una vez, que me den el alta médica, me pasaba con Luchy al tres. —¡Sí! Está bien —contesté. —Andá nomás, murmuro.

Intenté tragar saliva, pero no pude. Giré sobre mis pies, y me fui con Luchy, caminando con el empleado en forma de custodia, 21-22 arrastrando una bolsa invisible. Cargada con miedo a todo ese mundo oscuro, y despiadado. Incertidumbre, desconcierto. Era un pingüino del barro, perdido en la “Antártida de fierro”, violaciones, injusticias y hormigón. Y en un momento dado “Bigy”, abrió la puerta que daba a el patio amplio, custodiado por tres pabellones a la vista, con pequeñas tribunas de cemento a su alrededor. Cuando le pregunté al hombre que llevaba la delantera, revoleando un manojito de llaves tintineantes, que me ponían los pelos de punta de punta, para saber dónde quedaba lo que sería mi nueva casa, vaya a saber por cuanto tiempo, él me respondió: —¿Ves las gotitas de sangre? —Sí —dije. —Bueno... agachen las cabecitas, y vayan siguiendo el caminito. ¡Uuy! Para qué! Un frío paralizante se adueñó de mi espalda, y parte del abdomen. El suelo era un reguero de sangre en dirección hacia una enorme reja. El olor era nauseabundo. Se me contracturó la cara y mis labios se resecaron. Contenía el aliento en cada paso que daba. El semblante de Luchy comenzó a demacrarse, hasta que en un momento palideció con un tono más blanco que el blanco. Tiró un cabezazo para atrás y dos para un costado, después dio un medio giro y se desplomó. No supe que hacer, el empleado que estaba con mi amigo, me hizo esperar en el

corazón del patio, justo donde resaltaba por estar pintado con un blanco chillón. Estábamos en el medio de la chanchita de fútbol. Se ve que el enfermero no estaba muy apurado por ayudarnos. Tardó como media hora en venir. Lo levantaron aún inconsciente y se lo llevaron a sanidad. A mí me llevaron nuevamente a la Dirección. 22-23 A Luchy lo atendieron y quedó en sanidad, todo un día, hasta que le dieron el alta. Las causas, fueron que no estaba bien alimentado. También la tensión, y el nerviosismo ganaron la partida en un pibe de trece años como el Luchy. Cuando despertó Luchy ingresó al nuevo chico, donde lo patotearon entre varios chicos. Era nuevo y muy chico. Cobró mal. Un policía y un empleado lo rescataron, pero en vez de llevarlo a sanidad para que lo curen se lo llevaron a una celda de aislamiento. Lo violaron toda la noche. Desde mi celda escuchaba los gritos del Luchy. Estuvo engomado una semana. Todas las noches el mismo empleado y el mismo policía lo violaban por turnos. Al octavo día el Luchy apareció ahorcado. Esa fue mi primera semana en un Instituto de menores. Debería contar mi historia, pero mi historia es igual a la de todos los que pasamos por un Instituto de Menores. No la pasé ni mejor ni peor que el Luchy, y el Luchy no la pasó ni mejor ni peor que miles de pibes que estos momentos están siendo “rehabilitados” con la misma metodología que se le aplicó al Luchy. Sépanlo. Los Institutos de Menores están igual o peor. Insisto, recién ahora debería empezar mi historia. Pero mi historia no tiene importancia. Mi historia es igual a la historia de todos. Historia que fue el principio de una carrera de chorro que culmina en una cárcel de máxima seguridad. Inicio y final. En el medio, mucha oscuridad, mucha soledad, mucha violencia. Ningún justificativo. Es lo que hay, es lo que fui. Es lo que no quiero volver a ser. Es lo que no seré.»

Carlos Mena. Extracto final del cuento *Entre el camino negro, la rivera y el Olimpo* del libro *Juguetes perdidos 4*, Ed. Cuenteros, verseros y poetas (2016). Disponible gratuitamente versión PDF en link de primer posteo del Facebook: Editorial Cuenteros, verseros y poetas o en nuestro blog cuenteros-verseros.com.ar

Capítulo XII
LA SOLEDAD DE UNA MILITANCIA
INTEMPESTIVA

(2021)

Todavía queda por ver si la maldad y la cobardía son lo bastante poderosas para sellar los labios de un hombre libre y honrado.

Ibsen, *Un enemigo del pueblo*

Pasaron los meses. Pasaron los motines, pasó el fusilamiento de Federico Rey, quedaron el ninguneo, la bronca, el olor a pólvora, el COVID y la muerte. El coronavirus empezó a matar en todo el Complejo Varela tanto a presos como a guardiacárceles. Decenas de guardias fueron pasados a cuarentena obligatoria al igual que los médicos de las distintas unidades. Los presos no, los presos hasta último momento se quedan en las cárceles. Ellos tienen la suerte o desgracia de ser trasladados recién cuando la parca se aproxima a sus cuerpos descarnados luego de semanas de altísimas fiebres. En Varela nos quedamos prácticamente sin médicos en las seis unidades. La gestión del gobernador Kicillof (gobernador a quien voté, por ser la única opción de un gobierno supuestamente popular opositor al neoliberalismo fascista encarnado en Patricia Bullrich, Macri y Vidal), es nefasta, no sólo por la insensibilidad e ignorancia en materia carcelaria, sino por la complicidad con los funcionarios de Vidal a quienes han decidido mantener en el cargo.

Yo seguí yendo a la unidad, seguí entrando al pabellón. Sigo yendo, sigo entrando. Voy a repetirlo: Soy el único civil y/o docente y/o personal no penitenciario de toda la provincia de Buenos Aires (y me permitió afirmar sin dudarlo que de toda la Argentina), al

que durante casi toda la pandemia le permiten y le han permitido ingresar en un pabellón a compartir horas con detenidos. Soy el único ser terráqueo que durante la pandemia sólo dejo de ir a una cárcel por menos de un mes. Mi ingreso no es formal ni protocolar. Yo ingreso de cheto, como dicen los pibes. Los penitenciarios me dejan pasar no porque sean buenos, o amantes de la filosofía que enseñó. Me dejan pasar porque ayudo a evitar que el caos se transforme en violencia y la violencia en muerte. Lo hago para ayudar en lo mucho en lo que hay que ayudar. Luego de tanta muerte y tanta sangre, estoy articulando como puedo y de la mejor manera posible mi trabajo con el nuevo Jefe del Penal y con el nuevo director por controlar la anarquía en la que nos dejaron las autoridades ministeriales. Si bien los directores de las cárceles no tienen facultades jerárquicas para imponerse ante los médicos (el área de sanidad hace años es autónoma y no debe responder ante jefes de penal ni directores), si un director sabe negociar con un médico, puede obtener algunas respuestas algo humanas de parte de los galenos penitenciarios, quienes acostumbran a tratar a los presos de manera nefasta y degradante.

Cada vez que entro a la unidad me cuido de cuidar a los pibes: barbijo, alcohol en gel antes de entrar y distancia de dos metros en nuestras clases, las cuales las hacemos en el patio para que corra más el aire. Los penitenciarios me dejan pasar porque saben que mi presencia ayuda. En estos momentos no me agreden en absoluto. Creo que, de alguna manera, bajo esta crisis sanitaria y política, los penitenciarios empezaron a comprender por dónde pasa mi militancia. Cuando llevo lavandina, también la comparto con ellos, ya que están sufriendo el mismo abandono y desprecio que el que sufren los presos. En esta pandemia, la política sanitaria de las autoridades provinciales y del despreciable Poder Judicial ha sido clara: "Que cada unidad se arregle como pueda. Si hay muertos que nadie se entere". El periodismo "facho" y el "progre" por primera vez dejó la "grieta ideológica" de lado y se asoció en algo, y ese algo es ocultar la inmensa cantidad de contagiados y muertos por COVID que se están dando en nuestros centros de tortura..., nada nuevo bajo el sol. Entre julio y agosto tuve no menos de 30 compañeros del pabellón 4 con fiebre y pérdida del olfato. Como no hay dinero para el hisopado, nadie supo que tuvo. En el área de sanidad no los pudieron alojar por temor a contagiar a otros pacientes y

alegaron que no había ambulancias disponibles para traslados (o porque temían que en un Hospital los riesgos de contagiarse otras enfermedades fuera más peligroso, o porque les chupó un huevo la salud de un preso), todos se terminaron curando encerrándose en sus celdas tratando de no contagiar a las celdas limítrofes..., estamos convencidos que el COVID se lo agarraron casi todos y de pedo no mató ninguno en el pabellón 4. De hecho, tal como narré en nuestro Facebook, tuvimos un compañero de pabellón que padecía un cuadro de fuerte tos y fiebre. Los médicos decían que era una angina, pero se lo decían sin hisoparlo ni hacerle estudio alguno. El alumno estaba en mis clases transpirando por la fiebre y perdiendo día a día peso. Desde el primer día que tuvo fiebre empecé a pedir inmediato traslado y aislamiento. Luego de pelearme casi a las trompadas con personal de sanidad de la 23, logré que lo sacaran a un Hospital para que lo hisoparan y le hicieran análisis de sangre (estoy hablando de enero del 2021, cuando el COVID causaba estragos en Argentina). El resultado: Nuestro compañero no tenía COVID, tenía tuberculosis. Bienvenidos a mi mundo.

Mi presencia en la 23 no sólo consiste en apoyar a mis compañeros del pabellón 4, también voy para darle ánimos a muchos penitenciarios que se saben solos y abandonados. Pocas veces como en esta pandemia me sentí más unido con esos penitenciarios. Porque a la 23 nadie quiere venir, y por eso desde Jefatura ordenan que vengan pibitos uniformados recién contratados, chicos de apenas 20 años, sin experiencia en cárceles y que tienen que aceptar paupérrimas condiciones de trabajo en una de las peores cárceles del país. Estoy con ellos, también a ellos les llevo barbijos y lavandina. Las clases de filosofía son una excusa para entender como el COVID está unificando su manto mortal tanto en presos como en vigilantes. La semana pasada, por los contagios, sólo había tres guardiacárceles para cuidar a los 693 presos del área de máxima seguridad. Ese es nuestro estado de derecho en el año 2021.

Para graficar algo de lo que estoy viviendo, les transcribo un posteo que subí en nuestro Facebook, en el año 2020:

«Hoy, miércoles 26 de agosto de 2020, me levanté temprano. Desayuné, preparé el mate y me puse a trabajar en mi PC. A las 10 horas recibo un llamado del Largo: “Hola Alberto, te llamo para saber a qué hora estás viniendo”. “A eso de las 12 vuelve Marina, me reem-

plaza con las nenas y salgo para allá. Estaré llegando a eso de la una. ¿Quién da la clase hoy?" "El Enzo" me contesta el Largo. "¿Seguimos con la Semana Trágica y la Patagonia rebelde?" "No, el Enzo va a arrancar con el gobierno de Uriburu y Severino Di Giovanni. Si llegás a la una nosotros empezamos antes porque el engome del patio es a las 3 y tenemos que ver un documental sobre el golpe del 30 antes, ¿te parece?" "Sí, dale. Si Marina llega antes capaz que veo parte del documental, sino, luego para la clase del Enzo. Igual creo que va a llover y se va a cortar la luz, así que seguro terminamos todos en la cocina. Nos vemos". "Abrazo", se despidió el Largo.

¿Por qué les cuento esto? Porque son estas cosas las que me dan fuerza para seguir yendo a un centro de tortura luego de diez años de ninguneo. En plena pandemia, sin presencia de médicos, sin visitas de familiares, con varios compañeros con fiebre, con otros enfermos sin antibióticos, con compañeros de otros pabellones heridos luego de la represión del último motín, los pibes del pabellón 4 preparan clases semanales que ellos mismos eligen y dictan. Cincuenta y seis presos de pabellón 4 sin que nadie los obligue sin que obtengan beneficio alguno, se reúnen todos los miércoles en el patio del pabellón a ver videos de canal Encuentro y a escuchar a uno de sus compañeros que preparó un tema durante la semana. Yo estoy yendo los miércoles como oyente. Yo estoy aprendiendo de ellos. Ninguna de estas clases, figuran en la currícula ni en sus expedientes judiciales, ningún beneficio obtienen por enseñar y por aprender. Ninguno de sus defensores públicos tienen la más puta idea de las cosas que hacen en el pabellón 4, porque hace siglos que los defensores públicos dejaron de visitar el Complejo Varela.

Tampoco figura en ningún lado que todos los días entrenan una hora de boxeo y que los lunes enseñan el reglamento de la Federación Argentina de Box (FAB), preparando el ingreso a la carrera de Directores Técnicos de Boxeo (clases coordinadas por Brian Calla desde la calle y Ángel Araujo desde el pabellón).

Tampoco figuran en ningún lado nuestras clases de música y pintura que dan los jueves y los martes. Nada de esto figura en ningún lado porque Cuenteros, verseros y poetas no existe en los papeles, por ende, no existe a la hora de otorgar buena o mala conducta en sus informes. Es bueno que se sepa que en tiempos de muerte (están muriendo penitenciarios y presos de COVID por igual sin que ningún empleado público con título de Juez, Defensor Público o Fis-

cal mueva un pelo — al que le toque el sayo que se lo ponga y hacerse cargo de sus pulgas—), hay pibes que RESISTEN sin violencia. Por la voluntad de estos “chorros”, es que sigo aguantando todas las humillaciones que “la gente de bien”, que la civilizada “gente de trabajo”, nos ha hecho padecer por más de una década.

No sirvo para patear Ministerios. No sirvo para estar sentado en un despacho enorme. No sirvo para que un chofer me lleve a hacer turismo y sacarme fotos con directores de unidades penitenciarias. No sirvo para tomar cafecitos con la endogámica realza del Poder Judicial cuyo ausentismo en los centros de tortura genera la muerte que los medios ocultan. No sirvo para que me convoquen a perder tiempo con funcionarios exitosos del Ministerio de Justicia que conocen la cárcel por ver la serie “El Marginal”. A mí, déjenme enseñar boxeo, literatura y filosofía con los pibes sufridos. A mí, déjenme aprender boxeo, literatura y filosofía de los pibes sufridos.

Alberto Sarlo»

Este posteo no tan reciente, este presente, este 2021, este libro, esta historia, es igual a miles de historias en donde los desposeídos pierden. Poco importa como terminó la farsa de la mesa de diálogo, poco importa que el actual Jefe del SPB, Xavier Areses, el peor verdugo que estuvo a cargo de dicha institución desde el regreso de la democracia, sea el mismo funcionario heredado de un gobierno punitivista y neoliberal, poco importa porque los negros chorros no importan ni a la izquierda ni a la derecha. Por eso desde el primer día les dije a los representantes de la mesa de diálogo, que no les iba a creer nada de lo que dijeran. No les creí porque esa pantomima negocial era una escena de comedia mortuoria. Todos saben que una negociación en donde una parte no arriesga nada y la otra arriesga su propia vida, es cualquier cosa menos una negociación. Esta no es la pelea alegórica de Kojeve entre un amo y un esclavo por voluntades deseantes. Esta es una lucha donde el esclavo lucha contra sí mismo, y tiene que elegir entre suicidarse o matarse.

Esta historia, mi historia, es una de las tantas historias de derrota que llevaron al burgués Karl Marx a pensar una teoría que cambie en algo la sociedad. Esta historia del pabellón 4 terminará mal, como terminaron mal miles de levantamientos agrarios, urbanos y obreros de los siglos XVIII, XIX, XX y XXI. Es una historia que terminará con más muertos de los muchos que ya han muerto. Muertos por motines,

muertos por coronavirus, muertos por tuberculosis, muertos por gangrena, muertos por influenza, muertos por Hepatitis B, muertos por suicidios, muertos por SIDA..., muertes de negros. Muertos que a nadie le importan.

El político puede pagarle al intelectual. Pero no puede confiar en él. El intelectual acabará por disentir y para el político esta será siempre una traición. Malicioso o ingenuo, maquiavélico o utópico..., siempre creará que tiene la razón y el que se opone a él es un traidor o, por lo menos, alguien dispensable, escribe Carlos Fuentes en su hermosa novela *La silla del águila*. Yo siempre estaré a favor de la acción política. Defiendo la gestión partidaria, porque cuando gana el apoliticismo el único que triunfa es el fascismo. En Argentina ya vivimos eso. Tengo claro que mi palo es el de los movimientos populares y que la resistencia vendrá de la calle, de abajo hacia arriba y de adentro hacia afuera. Nunca seré funcional al conservadurismo reaccionario eternamente vencedor. Pese a eso, me duele la cobardía de los actores políticos “del palo”. Me duele, pero no me sorprende. No me sorprende porque la minoría que yo represento, la minoría marginal, segregada, olvidada, ocultada, villera, negra de mierda, chorra y lumpenproletaria, es una minoría que no figura en ningún programa electoral de ningún partido.

El gran ausente de la política argentina y de la política mundial es “el otro”. La política partidaria siempre ha estado más pendiente de sí misma y de la proyección de lo propio, que del “retiro” para dar espacio al “otro”. Las luchas feministas anticolonialistas y anticapitalistas nos han enseñado que, pese a que la mujer ha sido el “otro” segregado de la historia universal del patriarcado, igual están dispuestas a dar batalla para reivindicar sus derechos. Por eso me sumo a su lucha. Me sumo militando por reivindicar la presencia y la esencia del “distinto”, del “puto”, del “trans”, del “negro”, del “chorro”. Si la política no está al servicio del sufrido, del desplazado, del despreciado del sistema, pues entonces no es política, es negocio. No me duele que “el otro” no figure en la derecha religiosa y neoliberal. Lo triste es que ya asimilé que no figura, ni figurará en los representantes de las distintas izquierdas populares. Por eso escribo este libro que seguramente muy pocas personas leerán. Escribo este libro que fue rechazado por infinidad de editoriales que me han dicho que está muy bien escrito pero que lamentablemente no pueden publicar. Escribo este libro que sé que me traerá más de un juicio de algunos hijos de puta y más de un dolor de cabeza. Igual lo escribo, igual lo público. Lo hago con dolor

y con bronca, pero con la certeza de saber que seguiré resistiendo y defendiendo a los *nadies* mal que le pese a mi tiempo.

Escribo este libro intempestivo porque lo que está por venir será duro, muy duro. Vendrán tiempos de grandes crisis económicas y en donde habrá más delincuencia urbana. Estoy convencido que, en el futuro inmediato y mediato, la crisis económica mundial nacida de la pandemia generará un importante incremento de las tasas delictivas. Es un efecto escalera: sube y se nivela, sube y se nivela, pero no baja. Puede haber descenso de delitos, pero dicho descenso conlleva muchísimo tiempo, muchísimo diálogo ciudadano y muchísima inversión. No veo una sociedad dispuesta a dialogar y a trabajar a largo plazo. Tampoco veo una coyuntura donde afloren buenos trabajos y bien pagos. Es poco probable que veamos eso pronto en América Latina. Lo que seguramente veremos es un aumento de los llamados delitos de oportunidad, o sea los delitos desarrollados para obtener algún tipo de renta: robo, venta de droga y en los casos más severos, delitos extorsivos. Lo más probable es que haya un aumento significativo en el robo, en todas sus modalidades. Y todo indica que nuestros políticos responderán a ese aumento delictivo con más policía, más punitivismo y más centros de tortura. La sociedad avala esas medidas de venganza.

La cárcel es criminógena, o sea, es todo lo contrario a una política de reducción de delitos. Esto tiene muchísimas causas, pero la principal es que no resocializa ni rehabilita. Si de algo debe servir este libro es para que la sociedad sepa que la tortura estatal lo único que genera son delitos cada vez más violentos. El número de gente que pasa por los centros de tortura es mucho mayor que el número de presos que hay en un momento determinado. Esto es porque hay una altísima rotación. En estos momentos en Argentina están alojados en centros de tortura más de 100 mil presos, siendo que aproximadamente 20 mil personas por año abandonan las cárceles porque cumplen sus condenas, o son consideradas inocentes en el juicio oral. La mayoría de esas personas van a encontrar enormes dificultades en encontrar trabajo o en resolver sus problemas de ingresos. Cuanta más gente sale de la cárcel es esperable que haya más delitos. El problema no es solamente las salidas de los centros de tortura, sino que realmente no entren tantos. La tortura no es solución para nada. Las cárceles no sirven para nada de nada.

Esta es una de las razones por las cuales escribí este libro. Escribir para narrar una militancia absurda y desesperada en tiempos absurdos y desesperados. Escribir con fundamentos y militancia para ayudar a los otros. Porque los militantes que hacemos territorio no podemos jactarnos sólo de la acción. La acción debe tener una teoría que nos inspire en las luchas emancipatorias. Teoría que debe interpelar nuestro sistema, pero sobre todo debe interpelarnos constantemente a nosotros mismos. Leer para pensar. Pensar para actuar ¿Actuar para ser derrotado?

No me asusta responder afirmativamente a esa pregunta, porque no me asustan los tiempos que corren. Un hombre sin pasiones, está tan cerca de la estupidez que sólo le falta abrir la boca para caer en ella, dice Séneca. Es por eso que debo defender el “*pathos*” de la resistencia. **La pasión por resistir debe coexistir con la certeza de la derrota.** No soy amigo de la derrota, mucho menos de la victimización. Yo nací y viví en el privilegio, muy lejos estoy de ser víctima de nada. Voy a la derrota sin ser víctima y sin victimizarme. Derrota cada vez más cercana de acuerdo a los cambios sociales que observamos. No puedo acobardarme ante la inevitabilidad de los cambios. Las cosas están mudando de apariencia, minuto a minuto.

Todo lo sólido se desvanece en el aire, escribió Marx hace más de 170 años. Si él lo expuso hace tanto tiempo, no tengo excusa para sorprenderme ante la mutabilidad de nuestra realidad. Pero la falta de sorpresa, no evita que me conmueva ante lo inocuo de mi accionar. Hacer territorio obliga a manejar tiempos. Tiempos para actuar y tiempos para esperar. Tanto mi accionar como mi pasividad fueron guiados por una estrategia racional dirigida a proteger la minoría que represento. Esa minoría no sólo incluye a los presos, sino también a los guardiacárceles, fiches, vigis, o como quieran llamar a la clase más baja de la jerarquía penitenciaria. Esos “gorras”, viven en las mismas villas que la de los chorros, habitan el mismo espacio de tortura, van a bailar a los mismos boliches, comen la misma comida de mierda de la cárcel y muchas veces padecen eventos traumáticos iguales o peores, sin contar con ningún tipo de apoyo psicológico o económico.

He dado testimonio en estas páginas de la poca efectividad emancipatoria de mi accionar en los centros de tortura. La muerte siempre se terminó imponiendo. Quizás no existan opciones superadoras, quizás toda mi militancia desemboque en el cementerio. Quizás, acción y pasividad comulguen en tiempos de ceguera, pero mi voluntad

sigue inquebrantable. Militar *gramscianamente* con el pesimismo de la razón y con el optimismo de la voluntad es un desafío para mi tiempo, un tiempo que no desea escuchar mi palabra, nuestra palabra.

En casi doce años de hacer territorio sufrí varias veces la maldición de Casandra. Sabía que iba a morir gente, sabía cómo hacer para evitar que esa gente muriese, pero nadie me escuchaba, nadie me tomaba en serio. Este libro sobre los desclasados de siempre, está escrito desde un territorio ignominioso y marginal, desde un espacio con olor a mierda y a descomposición. Este libro está destinado a seguir el ostracismo que caracteriza a los nadies. Desde ese ostracismo intento desesperadamente pensar mi sociedad. Es un libro que envejecerá mal porque prácticamente no nacerá. ¿A quién puede importarle como leemos y escribimos en un pabellón de “población”? ¿Cuántos de mis alumnos con asma, HIV, diabetes o tuberculosis sobrevivirán a la pandemia que nos azota? ¿Cuántos otros sobrevivirán a la cadena de motines que se avecinan? ¿Cómo sobrellevaré psicológicamente tanto destrato, tantos fracasos, tanto ninguneo de propios y ajenos, tantas muertes de compañeros? ¿Cómo se sobrelleva una editorial en un ámbito que mi sociedad desea transformar en un paredón de fusilamiento?

Mis compañeros y yo vivimos bajo presión desde su primer día de fundación un miércoles 5 de mayo de 2010. Cuando hablo de presión, hablo de que todos los coordinadores que tuve en algún momento fueron apuñalados en atentados que contaron con la complicidad estatal ya que el pabellón 4 nunca transó con los negociadores de drogas, sexo o celulares manejados por distintos funcionarios de la cárcel. Presión es observar cómo ante la negativa de mis amigos detenidos, los mismos sufrieron persecución, amenazas y atentados. Por presión hablo de que pincharan mi teléfono y me operaran con amenazas virtuales hacia mi persona e intimidaciones nada virtuales hacia mi futuro terrenal. Por presión hablo de la insoportable superficialidad con que esta realidad es tratada en mi sociedad. Por presión hablo de la furia de que nadie me escuche, de que vos no me escuches...

La editorial Cuenteros, verseros y poetas es una eterna danza en los límites de los desfiladeros de la cordura, es un baile torpe y desesperado al borde del precipicio de nuestra realidad. El precipicio sigue ahí. El cansancio también. Los lobos se imponen y todos podemos ser lobos. Porque podemos matar en cualquier momento, sino me creen lean a Hannah Arendt en *“Eichmann en Jerusalén”*, lean y entiendan

que Hitler si bien fue un ser nefasto, genocida y perverso, no fue el actor más dañino de su masacre, los realmente peligrosos fueron los centenares de miles de burocráticos, arribistas y mediocres ciudadanos alemanes como Eichmann que acataron sus macabros designios. Los realmente peligrosos fueron los millones de alemanes, rumanos, polacos o ucranianos que comulgaron con el nazismo. Porque vos y yo podríamos transformarnos en Eichmann si la muerte se enseñoorea de nuestro tiempo. La muerte con su aliento pestilente, nos observa cada vez más de cerca. Una vez que la muerte se impone, la frustración se transforma en bronca y la bronca en hastío.

Hastiado y golpeado me levanto y vuelvo a ingresar al pabellón 4. Hastiados y golpeados los pibes me vuelven a recibir dispuestos a sostenerme, sostenerse, sostenernos. Los textos que leo y que escribo son una excusa para seguir danzando, para no rendirnos.

Son muchas las razones para contestarme que nada cambiará con este libro. Tal vez lo haya escrito con el propósito de pelear por la pelea misma. Pelear para perder podrá ser traumático, patético y deprimente, pero no deja de ser una acción resistente. Pelear es resistir. La derrota del que resiste, al menos sirve de testimonio para futuras luchas emancipatorias. Ese puede ser un pobre consuelo, pero a mí me sirve. Por eso me veo obligado a escribir lo que escribo. Escribo para intentar que otros experimenten otra realidad de la vida. Una vida posible que ninguno de mis compañeros de pabellón podrá disfrutar. Ellos morirán en una sociedad racista. Eso lo tengo claro y los chicos también. Una persona “buena” no les diría eso, pero ya he dicho que no soy bueno y que no me gustan para nada los buenos. No soy bueno porque nada bueno puede salir de un centro de tortura. Yo soy habitante del privilegio y como tal, fingía vivir una vida común. Un día elegí dejar de fingir o fingir lo menos posible. Elegí involucrarme y alistarme en el bando de los derrotados. Si parás en el rancho de los derrotados, si elegís enfrentar una sociedad enferma, no podés esperar otra cosa más que la soledad y la derrota. Es una elección como muchas otras y yo elegí combatir a los verdugos, elegí estar en la trinchera másapestosa de mi tiempo.

Toda la mierda que viví, la elegí. Todo el sufrimiento que padezco y que llevo dentro mío, es parte de una elección voluntaria, individual y hasta egoísta. Por eso tengo la certeza de no ser un tipo “bueno”. Esto no es humildad impostada, esto no es poesía platónica, esto no es realismo sucio. Esto es resistencia. Resistencia hablando el silencio de

los que están matando. Hablo el silencio con dolor. Con dolor me fui apoyando en la escritura, aún sin saber si esto se publicará. Este libro lo terminé de escribir a principios de 2020. El último capítulo, dedicado al año 2021 lo agregué porque desde hace más de un año y medio ninguna editorial desea publicar un libro con tanta denuncia, tanta amargura y tan poca esperanza. La opción de sacarlo sin apoyo de una Editorial mínimamente importante es inadmisibles ya que no tendría protección ante enemigos muy peligrosos a quienes denuncio. Es difícil escribir sabiendo que puede haber consecuencias muy duras por publicar la verdad del horror de un tiempo. No comulgo con escrituras elusivas, pretensiosas y que les temen a los empinados precipicios. Es difícil tener cierta osadía para saltar al vacío y jugársela, difícil pero no imposible. Y como no es imposible sigo escribiendo porque la escritura es el mejor rescate de una memoria escamoteada y golpeada. La escritura tiene mucho que ver con mi responsabilidad ante la vida, ante mi vida. Si el destino me hizo depositario de una historia cruel, mi deber como ser humano es preservarla, sustraerla del fuego de los infiernos y rescatarla. Es la única manera de interpelarme y de interpelar a una sociedad indolente. Por eso milito una escritura de la resistencia. Resistencia de todos los días, de todas las horas, de todos los minutos, de todos los segundos. Resistencia en busca de una vida diferente. Si el este libro de mierda sirve para que en el futuro nadie tenga que sufrir lo que sufrieron mis compañeros, bienvenido sea. Si este libro de mierda al menos evita que se torturen menos pibes de barrio, me doy por satisfecho. Si estás páginas ayudan a que en el futuro una nueva juventud invada los centros de tortura con filosofía y literatura sin sufrir lo que yo sufrí, cumplí mi misión, porque si mi vivencia ayuda a otros a resistir, la derrota dolerá menos. A esto me dedico. Si no me crees acompáñame el próximo miércoles a la cárcel. Capaz que todavía estoy.

Alberto Sarlo, La Plata, Mayo de 2021

ESTUVE AQUÍ

Por Matías Castro

Carta que nos leyó Matías el día que salió en libertad y que se llevó el aplauso de todo el pabellón 4. Meses después moriría en un enfrentamiento policial.

En este grato momento que envuelve a los que atentamente me escuchan, estás vos, Alberto, transformando mis pensamientos en palabras.

Dejé aquí mi paso por esta Editorial. Ahora partiré y seguiré creciendo y luchando por superarme, por intentar sostener mi imaginación, pese al caos de la calle. Intentaré hacer eso, aunque acá las cosas te hagan perder la razón, a no ser que no tengas ninguna razón que perder.

Y aunque muchos nos miren de reojo, como observando a un grupo de locos, nadie ha resuelto aun la cuestión de si la locura, es o no la forma más elevada de la inteligencia. Creo que buena parte de lo glorioso, e incluso todo lo profundo, brota precisamente de una enfermedad del pensamiento llamada literatura.

Por eso leemos, para servirnos del testimonio directo de las palabras y para colocarlas al servicio de la "creatividad creadora". Leemos para poder dominar los relatos y con su unión y poder, aprender a vivir. Porque escribir un poema, ver su técnica verso por verso, no es ni más ni menos que dar vida.

Y no es que me la crea, sino que comprobé que puedo ser mejor. Yo sé que puedo hacer algo con mi vida. Lo digo porque nunca voy a olvidar lo orgulloso y único que me sentí al robarme los aplausos de este taller literario, y del mismísimo Alberto Sarlo, quién lo diría... Tenés que saber que esos aplausos que vos inauguraste, marcaron un antes y un después en la vida de cada uno de los literatos aquí presentes, y

nos demostró demuestra día a día, que la dicha de escribir no se mide por las virtudes o flaquezas de la escritura, porque no hay poeta por mediocre que sea, que no haya escrito el mejor verso de la literatura.

Y lo más importante es que dejas en nosotros una doctrina del perdón que puede anular el pasado. La gente debe saber que no hay un instante en nuestras vidas el que no estemos cargados como un arma. Pero vos nos enseñaste eso que creíamos perdido y que hoy nos hace proyectar una vida mejor y nos hace determinar lo que haremos mañana. Vos Alberto, podrás ser para algunos un hombre de leyes y dictámenes, pero para nosotros sos otra cosa. Vos en cada aliento, en cada palabra y en cada silencio, sos un poeta.

Acaso estás ojeando en este momento los muy diversos libros que no escribiste, que no escribirás, pero que de algún modo son parte tuya y nuestra. Ahora seguramente estarás silencioso y sin duda sonriente, al percibir que nos asombra y maravilla un hecho tan notorio. Ahora estas creando mi verso final. Somos el tiempo, somos la gloria. Nos aguardan una infinita suma de blancos días y negras noches, soñando que el mejor lugar es el verso plasmado por la pluma que trazo en las páginas que viven más allá de la mano de quién la escribe. Yo no sé si cuando salga escriba versos o me escriban epitafios, pero al menos como despedida tenga un verso que te has ganado. Mi verso consiste en una sola palabra: Gracias.

Matías Castro, *Estuve aquí*. Disponible gratuitamente versión PDF ingresando en nuestro blog cuenteros-verseros.com.ar, cliqueando en pestaña "Autores cuenteros", en donde aparecerán los nombres y apellidos de todos nuestros escritores con sus obras.

Epílogo

A NADIE LE IMPORTA QUE ELLOS SE PORTEN BIEN

¿Quién eres tú? —dijo la Oruga.

No era una forma demasiado alentadora de empezar una conversación. Alicia contestó un poco intimidada:

Apenas sé, señora, lo que soy en este momento... Sí sé quién era al levantarme esta mañana, pero creo que he cambiado varias veces desde entonces.

Lewis Carroll,

extracto del capítulo 5 de *Alicia en el país de las maravillas*.

Corrigiendo por enésima vez este libro, me puse a leer unos archivos donde tengo guardados viejos correos electrónicos que oportunamente le mandé a infinidad de funcionarios ministeriales de tercero, de segundo, de primero y de primerísimo nivel. Son correos electrónicos en donde denuncié o donde pido ayuda o exijo infructuosamente que detengan el maltrato y el desprecio a la vida de presos que padecían situaciones inhumanas en distintos pabellones de la Unidad 23. Si bien, mi proyecto nace del territorio del pabellón 4, siempre me metí en los problemas de otros pabellones cuando observaba que el SPB “se excedía en sus funciones”. Tengo claro que si solo me quedo cuidando mi quintita en el pabellón 4, mala y egoísta sería mi militancia. Entre esos correos encontré uno que me envié a mí mismo una noche que soñé una pesadilla que me dejó terriblemente angustiado.

Es un mail catártico que escribí de un tirón, no lo corregí, me lo mandé y nunca más lo leí. Al descubrirlo casi al finalizar la tarea de corrección del presente libro, los recuerdos volvieron con una prepotencia angustiante. Evidentemente me lo mandé a mí mismo con intenciones de expulsar el dolor y la impotencia que sufría esos días en que estaba tratando de sostener el proyecto luego del homicidio de Gabriel ocurrido a mediados de 2016. Dos niños habían quedado huérfanos por un asesinato cometido por uno de mis coordinadores. Además habían trasladado a decenas de amigos míos a los peores centros de tortura del interior de la provincia. Me comunicaba todo el tiempo con ellos telefónicamente y me contaban el sufrimiento de cumplir condenas en lugares donde sus familiares jamás podrían visitarlos. El viejo Javier, el flaco Guillermo, Maxi, Nacho, Fabián, Droopy y el resto de la vieja guardia habían ido a parar a las cárceles más oscuras, siniestras y decadentes del interior de la provincia de Buenos Aires, castigados por haber estado metidos en un proyecto liderado por un blanquito burgués que nunca había estado preso. Eran momentos en que estaba trabajando denodadamente para que vuelva a arrancar Cuenteros, verseros y poetas. Los únicos veteranos eran Francisco Bus, Jorge Rivas y Brian Calla. Fue una época triste y angustiante. Banco a muerte al Alberto Sarlo de esa época que supo sacar a flote la Editorial. Hoy no tendría los huevos para bancarme esa remontada. Bajo esas circunstancias entre insomnios y pesadillas, soñé una escena muy fuerte que me obligó a describirla y deconstruirla atontado por el sueño y la tristeza. Ese mail nunca lo había vuelto a leer hasta hoy y no dudé un segundo en adjuntarlo a *Espectros del pabellón (el hedor de la tortura)*. La redacción es mala, muy mala, el tono también, pero no quise corregirlo ni enmendarlo porque entiendo que es un texto crudo escrito a minutos de haber soñado una pesadilla que, me consta, volveré a vivir mientras pelee por lo que peleo:

(23 de noviembre de 2016 a las 7:08 am)

Hoy me levanté con lágrimas. Estoy escribiendo haciendo muecas para que no se sigan escapando estas putas lágrimas, sorbiendo mocos para evitar un llanto que tengo que taponar porque no quiero que las chicas me vean así cuando se levanten. Pero tengo que escribir porque si no me voy a olvidar esta sensación de patada en el estómago

que tengo. Tengo que escribir para no olvidar lo que quiero olvidar. Me despertó un sueño horrible, un sueño de mierda. Soñé que estaba peleando con un pibe. Un pibe con cara de hambre, miedo, rencor, amor, ausencia, carencia y odio. Un pibe igual y distinto a cualquiera de los miles de pibes que pasaron, vivieron o murieron en mi pabellón. Era un pibe de no más de veinte años que tenía una pistola en su mano y me pedía a gritos que no le dispare. El pibe apuntaba al suelo con el arma. Yo también tenía una pistola y le estaba apuntando al pecho. Yo estaba cagado de miedo y el pibe me gritaba desesperadamente que no le disparara. El pibe quería que la pelea, o discusión, terminase y yo, por el contrario, quería defenderme de algo o de alguien. Levanté la pistola. Ahora le apuntaba a la cabeza. El miedo me guiaba. Yo estaba asustado, pero el pibe no estaba asustado. Estaba resignado, vencido. Me miraba sin espanto, sin miedo a la muerte. Me miraba con tristeza. Y recuerdo que me habló. Me pidió que por favor no disparase el arma, que “nos tenemos que portar bien”, me dijo. Así lo dijo. Me dijo que “teníamos que portarnos bien”. Usó esas palabras, las mismas palabras que yo uso con mis hijas, y que mis hijas a veces utilizan entre sí, cuando alguna de las hermanitas se manda alguna macana. Desesperado le acerqué el cañón a la cabeza y le grité que a nadie le importa que nos portemos bien. ¡A NADIE LE IMPORTA QUE NOS PORTEMOS BIEN!, le grité y me puse a llorar. Lloro en el sueño. En el sueño lloro. Ahí es cuando me despierto.

Me despierto a las siete de la mañana. Me despierto y me doy cuenta que tengo lágrimas. Estoy llorando. Y sigo llorando porque sigue la angustia. Y sigue la angustia porque el mensaje fue claro. El mensaje sofoca, abruma. El mensaje destila frustración, porque después de laburar más de seis años en la cárcel con pibes marginales, recién después de seis años, viví en un sueño lo que ellos padecen todos los días... a nadie le importa que ellos se porten bien.

Ellos ya están condenados. En la cárcel o en la villa, están condenados. Con juicio o sin juicio están condenados. Hagan lo que hagan van a morir siendo pibes. Les podré enseñar literatura, filosofía y boxeo. Les podré enseñar a discutir sin heridos y sin muertes, pero están condenados. Podrán explicar lo que fue la revolución francesa y lo trascendental que es para la historia moderna la guerra de los treinta años, pero igual están condenados. Están condenados al desprecio y a la marginación. Están condenados a matar y a morir. Y a ser castigados por matar y por morir. Están condenados porque hablan mal, hablan a lo

viejita, a lo fierita, a lo parate de manos gato. Así hablan, y por hablar así, los matamos, los matamos todos los días porque les tenemos miedo, el mismo miedo que me llevó a ponerle el arma en la cabeza a un pibito que me miraba con la tristeza de los que nunca vivirán una vida. Y yo trato de salvarlos, pero cada vez que hago algo para salvarlos los hundo más y ellos ni siquiera se quejan. Ellos no me reprochan nada, ellos no me dicen lo que todos los de esa casta maldita saben y que yo no sabía hasta hoy, hasta sufrir esta pesadilla. Yo no sabía, pero ahora sé. Ahora sé, porque lo viví. Lo viví en un sueño. Un sueño en que me habló. Me habló a mí. No me habló con jerga tumbera, el sueño me habló con palabras que usan mis hijas, por eso me desarmó, por eso me hizo llorar. Un sueño hecho carne. Un sueño que quiero olvidar y que quiero recordar por siempre. Un sueño que me hizo llorar y que aún ahora describiéndolo me hace llorar. Un sueño que me interpela y me dice en la cara lo que los pibes nunca me dijeron, ni me dirán. El sueño me escupió que todo lo que hago es al pedo. Que todo mi esfuerzo es al pedo porque el desprecio, el miedo y el racismo que esta sociedad nos ha instalado en el corazón, son tan fuertes que no hay educación que valga. Nada de lo que hago sirve. No sirve porque a nadie le importa que ellos vivan o mueran. Es más, mi sociedad los prefiere muertos. Los quieren muertos porque a nadie le importa que ellos se porten bien.

LOS JUSTOS

Alberto Sarlo

Somos el otro. El otro es el que no es. No somos.

No somos porque los justos dijeron que no podemos ser. Los justos inventaron las normas y las normas de los justos dicen que nosotros debemos vivir en el mundo del otro.

El mundo del otro es un mundo sucio. El mundo del otro es un mundo que tiene color. Nuestro mundo tiene color negro. El mundo del otro es un mundo que tiene olor. Nuestro mundo huele a muerte.

No nos gusta la muerte. Pero los justos dicen que no podemos abandonar nuestro mundo. No lo podemos abandonar hasta tanto nos ganemos el derecho a ingresar al mundo de los justos. Mientras tanto debemos vivir en el margen. En el margen del mundo de los justos.

Somos el margen. Somos los marginales.

Los justos delimitan las fronteras. Debemos respetar las fronteras de los justos. Los justos levantaron muros para ayudarnos a respetar las fronteras. Pero nuestro lado de la frontera es de color negro y huele a muerte, les decimos a los justos. Esas son las reglas y las reglas son para ser cumplidas, nos contestan los justos. No nos gusta nuestro lado de la frontera.

Pero los justos nos ayudan. Nos ayudan para que no trepemos el muro.

Nos ayudan con educación en escuelas que no enseñan. Nos ayudan con salud en Hospitales que no funcionan. Nos ayudan con justicia de jueces que hablan otro idioma y viven del otro lado de la frontera. Nos ayudan con seguridad a base de balas.

Balas que matan.

Porque los justos también matan. Matan por justicia. Nosotros no. Nosotros matamos por codicia. Eso dicen los justos.

Los justos también nos esconden.

Nos esconden para educarnos. Para educarnos a no lastimar y para no desear ser parte del mundo de los justos. Los justos necesitan seguridad. Nosotros, los otros, también necesitamos seguridad, pero los justos dicen que primero tienen que solucionar la seguridad de los justos para después poder abocarse a la seguridad de los otros, de nosotros.

Esas son las reglas y las reglas son para ser cumplidas.

Los justos nos escondieron. Ahora estamos escondidos.

Escondidos para ser educados. Estamos escondidos en buzones de dos por dos. Los buzones son baños. Vivimos en baños. En baños de dos por dos. Somos tres, cuatro o cinco personas viviendo en baños de dos por dos. Vivimos diez, quince o veinte años en baños de dos por dos. Comemos, dormimos, cagamos, matamos y morimos en baños de dos por dos.

Pero vamos a salir. Tenemos que salir.

Porque las condenas que imponen los justos en algún momento finalizan. En algún momento, los que no morimos, salimos. En algún momento, los que sobrevivimos diez, quince o veinte años en baños de dos por dos, los que comimos, dormimos, cagamos y matamos en baños de dos por dos, salimos. Tenemos que salir. Salir para volver a vivir del otro lado de la frontera. Del lado negro y con olor a muerte.

Tenemos que volver rehabilitados, reeducados y reinsertados.

Tenemos que salir de los baños y volver a vivir en la oscuridad y la muerte, rehabilitados, reeducados y reinsertados porque esas son las reglas y las reglas son para ser cumplidas.

Eso dicen los justos.

Ese es el mundo de los justos. El otro es nuestro mundo.

Somos el otro. El otro es el que no es.

No somos.

ÍNDICE

Prólogo

LA DOCENCIA Y EL TERRITORIO.....	11
CUANDO ÉRAMOS CANCIÓN	25

Capítulo I

ENNEGRECER LAS LETRAS.....	27
LA FILOSOFÍA DESDE UN CAJÓN.....	37

Capítulo II

EL NACIMIENTO DE CUENTEROS, VERSEROS Y POETAS	41
UN CAMPO INFINITO	57

Capítulo III

LA DELGADA LÍNEA ROJA	61
DEFONDÉ.....	79

Capítulo IV

LA INSOPORTABLE SOLEDAD DEL SER	83
LA RANA ROJA PATONA.....	103

Capítulo V

LA SANGRE Y LOS LIBROS	105
¡EY GUACHIN!.....	115

Capítulo VI

LA (IN) SENSIBILIDAD PROGRESISTA	119
AUDACE E SINCERA.....	129

Capítulo VII

EL REGRESO DE LA PARCA	131
SARTREANDO CON MARX.....	141

Capítulo VIII

EL CONTRATO DE CARLOS	
Y LA ALEGORÍA DEL POTUS RADIATIVO	145
EL DÍA QUE NO ME GUSTARÍA VOLVER A VIVIR	157

Capítulo IX	
NI BORGES ZAFÓ DE LA REQUISA	159
DEL PARAÍSO AL INFIERNO	169
Capítulo X	
EL AÑO QUE VIVIMOS EN PELIGRO	173
LO QUE NADIE VE	181
Capítulo XI	
LOS MOTINES Y YO.	
POSTEOS DE UNA REPRESIÓN SANGRIENTA	183
Posteo del día 30 de octubre del 2020, 22 horas	193
Posteo del 1 de noviembre de 2020 en horas de la mañana	195
Posteo del día 2 de noviembre en horas de la noche	196
Posteo del día 4 de noviembre del 2020	198
Posteo del día 20 de noviembre del 2020	201
Posteo del día 21 de enero de 2021	203
Posteo del día 4 de febrero de 2021	204
Posteo del día 21 de febrero de 2021	206
Posteo del día 9 de abril de 2021	208
ENTRE EL CAMINO NEGRO, LA RIVERA Y EL OLIMPO	211
Capítulo XII	
LA SOLEDAD DE UNA MILITANCIA INTEMPESTIVA	215
ESTUVE AQUÍ	227
Epilogo	
A NADIE LE IMPORTA QUE ELLOS SE PORTEN BIEN	229
LOS JUSTOS	233

Coedición de Cartoneras

Cartoneras	Correo y sitio en Internet y Facebook	Editor
Cartonera Ateneo Tzapotlatena	venael@hotmail.com	Carlos Axel Flores Elva María Ventura
Viento Cartonero	rally40@hotmail.com	Israel Soberanes Daro Soberanes
La Rueda Cartonera	laruedalarueda@gmail.com	Sergio Fong
El Viejo Cartonero	Ediciones el Viaje edicioneselviaje@gmail.com	Marco Antonio Gabriel
Editorial Sin Fe	editorialsinfe@gmail.com	Ramón Bar Hernández
La Fragata Negra	La Fragata Negra (Facebook)	Jacobo Patricio Monraz
Sonrisas Cartonera	Colectivo Cultural Polanco (Facebook)	Norberto Villaseñor
Soy Arte Cartonera	I am ARTE (Facebook) arauzhernandez60@gmail.com	Blanca Estela Briones Irma León
La Biznaga Cartonera	labiznagacartonera@gmail.com https://labiznagacartonera.com/	Martín Muguruza
Pato con Cantlas	https://elpatoconcanclas.wixsite.com/elpatoconcanclas elpatoconcanclas@gmail.com	Paulina Navarro
Ediciones Tierra Culta	vmunitafritis@gmail.com	Víctor Munita Fritis
Ediciones del Varrio Xino	Ediciones del Varrio Xino (Facebook)	Pavel Neikame Fong
Cartonera Publishing	http://cartonerapublishing.com/	Lucy Bell
Mexihca Cartonera	Carlos Ramón Sepúlveda Luna (Facebook)	Carlos Ramón Sepúlveda

ESPECTROS DEL PABELLÓN,

EL HEDOR DE LA TORTURA, (ORIGINAL
PUBLICADO EN «CUENTEROS, VERSEROS Y
POETAS». COOPERATIVA CARTONERA ARGENTINA) SE
TERMINÓ DE IMPRIMIR EN MAYO DE 2021. EL CUIDADO
DE LA EDICIÓN ESTUVO A CARGO DE DARO SOBERANES.
EN SU COMPOSICIÓN SE UTILIZÓ CARTÓN DE EMPAQUE
REUTILIZABLE PARA FORROS Y PAPEL CAPUCHINO DE
75 GRAMOS PARA INTERIORES. LA COMPOSICIÓN
TIPOGRÁFICA SE HIZO CON FUENTES OPEN SANS Y
ELEPHANT DE 10 A 14 PUNTOS. EL TIRAJE FUE DE
300 EJEMPLARES.

ESTADO DE JALISCO, MÉXICO

